EL MAYORDOMO

¿Te atreves a cumplir tus deseos?



ANABEL GARCÍA

El mayordomo

¿Te atreves a cumplir tus deseos?

Anabel García

Copyright © 2024 Anabel García

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo 1
Epílogo 2
Nota de la autora
Agradecimientos

Para mi hijo Yago, que un día me explicó que un buen libro no podía ser todo de amor porque sería un rollo y que, además, ya no se llevaba lo romántico. Su recomendación, de manera encarecida, fue que metiera más guerra. Es más, mirándome a los ojos me dijo muy serio: «deberías seguir mis consejos, mami, hazme caso, que yo sé muchas cosas». Entonces me di cuenta de que me veía como una anciana desfasada.

Pues aquí tienes bien de guerra, cariño. Drake tiene mucho de ti, es un canalla con un corazón enorme que se empeña en ocultar. Espero que la historia de este peculiar mayordomo esté a la altura de tus expectativas, aunque no la leas hasta dentro de muchos años.

Prólogo

¿Hasta qué punto puede cambiarte la vida un simple pitido en la cabeza?

Nunca se me dio bien obedecer órdenes. Ya desde pequeño mis padres se quejaban de que era un rebelde sin causa, un espíritu libre que luchaba contra las injusticias del mundo como un guerrero solitario. Y por eso, precisamente, fue por lo que decidí no seguir la estela de mi padre, un médico de gran prestigio. Abandoné la carrera de medicina y me alisté en el Ejército. Mi sueño era llegar a tener el suficiente poder para cambiar las cosas.

Nunca imaginé que me arrepentiría tanto de haber tomado aquella decisión. Nunca hasta aquel día. El fatídico día en el que todo estalló por los aires, incluida mi alma.

***

Las luces del alba despuntaban aún en el horizonte cuando el gran estruendo me sorprendió. De repente sentí frío y me vi sumergido en el agua. No recordaba cómo había llegado allí. Solo sabía que la noche anterior me había acostado en la tienda de campaña más cercana al río porque en aquella época en Colombia hacía un calor de mil demonios y supuse que podría refrescarme en sus aguas cuando lo necesitara, pero… ¿Qué diablos había ocurrido después?

El río, que en aquel momento se teñía de rojo, me acababa de salvar la vida. Varias imágenes aparecieron de repente en mi mente: mi cabeza introducida en el agua con violencia para tratar de acallar ese maldito pitido que me atormentaba. Unas sombras lejanas que se aproximaban en el cielo. La duda de si avisar a los demás o no darle importancia por temor a que me tomasen por loco.

Mientras intentaba salir de la conmoción en la que me había sumido tanta explosión, me tambaleé de un lado a otro. Abrí y cerré varias veces los ojos con fuerza. Confuso. Veía borroso y seguía escuchando ese maldito pitido agudo que me impedía distinguir algunas voces lejanas. Todo cuanto me rodeaba era polvo y cenizas. El ambiente olía como a óxido, a sangre, y por un momento pensé que estaba en medio de una horrible pesadilla de la que enseguida despertaría, pero, por desgracia, no fue así.

Miré hacia abajo al sentir que algo líquido me resbalaba por el muslo; no podía ser el agua porque me llegaba a la altura de las rodillas, y descubrí horrorizado que lo tenía desgarrado por la metralla. No paraba de sangrar. Sentí un ligero mareo debido a la impresión, pero no podía rendirme ni dejarme vencer por el miedo, así que saqué mi propio cinturón de las presillas del pantalón y lo até a modo de torniquete con todas mis fuerzas alrededor de la pierna, a la altura de la ingle. Apreté los dientes tanto que casi estuve a punto de rompérmelos. No podía permitirme el lujo de gritar de dolor. ¿Y si el enemigo andaba cerca?

Una vez que me hube recuperado y, a pesar del terrible pitido que amenazaba con hacerme explotar el cerebro, levanté la vista y avancé unos metros junto a la orilla del río para no ser

descubierto. Cada paso era más doloroso que el anterior, pero necesitaba encontrar a mis compañeros para saber qué cojones estaba ocurriendo. Supuse que estarían escondidos por alguna parte, como yo. Incluso llegué a pensar que aquello podría tratarse de una de las simulaciones que nos hacían los tenientes a menudo, aunque, de ser así, era demasiado macabra para mi gusto.

—¡Lennox! —Escuché la voz del capitán por encima de los gritos y sollozos que oía de fondo.

Y en aquel preciso instante cesó el pitido.

Lo busqué, desesperado, con la mirada. Veía todo borroso y había demasiado humo negro por todas partes, pero nada me hizo sospechar que el capitán Gragio se encontrase cerca.

—¡Lennox! ¡A tu espalda! —rugió de nuevo mi superior.

Me di la vuelta de golpe, tratando de no desmayarme por la sangre perdida de mi pierna. Y de repente lo vi. El gran hombre que hasta hacía unas horas era imbatible, alguien a quien admiraba profundamente, se encontraba tendido bocarriba sobre la hierba, cubierto de sangre.

Mi corazón comenzó a bombear con fuerza. Sentí cómo la adrenalina recorría mi cuerpo por completo, como una polvorilla, llenándome de esperanza. Hasta dejé escapar una ligera sonrisa convencido de que aquella sangre no sería del capitán, sino la consecuencia de un forcejeo contra algún enemigo.

—¡Señor! —festejé.

Sin dudarlo ni un segundo, corrí hacia él con optimismo para intentar socorrerlo. Si el capitán estaba a salvo, todos lo estaríamos. Aquel hombre era lo más parecido a un héroe que hubiese visto jamás y no permitiría que nada malo les sucediese a sus soldados. Pero en cuanto llegué a su altura, junto a una roca a orillas del río, supe que aquello no sería posible: en su pecho había tres agujeros de los que brotaba sangre a demasiada velocidad.

La visión cayó sobre mí como un jarro de agua fría. Me paralizó por completo. Me sentí morir. Y el pitido volvió a invadir mi mente con mucha más potencia.

—¡Lennox…! —El capitán me miró lleno de algo similar a la alegría y eso me devolvió el aliento.

—Tranquilo, capitán, se pondrá bien. —Mi voz se vio amortiguada por el sonido de las bombas que seguían cayendo y explotando a nuestro alrededor, mientras trataba en vano de cubrir las heridas del capitán con mis manos temblorosas.

—¡Déjate de gilipolleces, Lennox y escúchame atentamente! ¡No tenemos tiempo! —Apartó mis manos de su cuerpo con ímpetu.

No daba crédito a lo que estaba sucediendo. No podía. Mi cerebro se negaba. Respiraba con dificultad y me estaba costando demasiado mantenerme consciente. Nunca había visto tanta sangre, y mucho menos saliendo a borbotones del cuerpo de alguien. Nunca me había enfrentado a ninguna situación que supusiera el más mínimo riesgo para mi integridad. Se suponía que aquella misión iba a ser segura al cien por cien y en aquel momento sentía que estaba a punto de morir.

Como si supiese que estaba entrando en pánico, el capitán Gragio me asestó una fuerte

bofetada en el rostro y aquello fue lo único que logró traerme de vuelta a la realidad. El pitido cesó de golpe.

—Esos malditos hijos de puta nos han tendido una trampa. Eres el último superviviente de nuestro escuadrón, muchacho. Tienes que…

Se detuvo para toser sangre.

—¿¡Qué!? ¿Quién nos ha tendido la trampa? ¿Por qué? —sollocé horrorizado.

Me negaba a dar crédito a toda aquella barbarie.

—¡Escúchame, joder! ¡Deja de ser un puto crío! Ahora todo depende de ti. No me queda tiempo y tienes que hacer exactamente lo que te diga…

Supuse que nunca me diría lo que pretendía porque su vida pendía de un hilo demasiado fino, pero lo hizo. ¡Vaya si lo hizo! Lo que me contó fue tan brutal que cambiaría el destino de muchas personas. Y, como él mismo me acaba de pedir, en aquel preciso momento dejé de ser un niño.

—Y tómate la resina del copaíba si no quieres perder esa pierna. —Me señaló la herida—. Recuerda todo lo que os he enseñado sobre las plantas medicinales, hijo. Te hará falta. Y llévate mi mochila, ahí tienes todo cuanto necesitas. Confío en ti, Lennox.

Acto seguido, el capitán me sonrió y dejó de respirar. Dejó este mundo con una enorme sonrisa llena de esperanza. Una fe ciega en mí y mi propósito. Algo que yo jamás había tenido.

Su cuerpo descansó al fin. Su alma tardaría más en hacerlo. Sin embargo, ahora era yo el que temblaba como el motor de una vieja lancha motora. Era la primera muerte que presenciaba y había ocurrido justo delante de mis ojos. Estaba aterrado. Debía asumir por las malas que aquel cuerpo inerte hacía tan solo unos segundos existía y que ahora se había esfumado a otro plano.

El pitido de mi cabeza comenzó a sonar de nuevo. Me iba a volver loco. Pero debía seguir adelante. Ahora todo dependía de mí. Si no lograba cumplir con la misión que me acababa de encomendar Gragio, todos pensarían que sufrimos un ataque de las milicias colombianas y habríamos muerto en vano.

Miré al cielo, también oscurecido por el humo. Tomé aire, a pesar de que todo olía a chamusquina. Me dejé caer de espaldas contra la roca en la que acababa de morir un gran hombre de la manera más ruin, y cubrí mi rostro con las manos teñidas de sangre para llorar como nunca lo había hecho. Con rabia. Con dolor. Con culpa. Pero en silencio.

Enseguida me incorporé, me puse la mochila del capitán al hombro, volví a meterme en el río y me enjugué las lágrimas con el agua. Me armé de valor para seguir porque no había tiempo para llantos.

Me encontraba solo, a orillas del Amazonas y con una bomba de relojería en mi poder a punto de estallar y no era, precisamente, de las que habían lanzado varios aviones sobre nuestro campamento hacía un momento, sino una que iba a cambiarlo todo.

No tenía manera de salir de allí con vida, pero me juré a mí mismo que, si lo conseguía, nada volvería a ser igual. Dedicaría mi existencia a vengar lo ocurrido. Se lo debía al capitán y a todos mis compañeros que… habían muerto por mi culpa.

Capítulo 1

POV: Una chica pasea a todos los perros del barrio para no morir pobre.

—¿Señorita Álvarez? —pregunta una sensual voz femenina.

¡Uf! «Señorita» y pensar que solo me quedan dos meses para que me sigan llamando por ese apelativo, creo que todavía no me he hecho a la idea.

—Sí, soy yo —respondo mientras sujeto el móvil entre el hombro y la oreja como puedo —. ¡Brutus, no hagas pis ahí, joder! ¡Thor, deja ese palo!

Voy por la calle intentando dar un apacible paseo a todos los perros del vecindario y así sacarme un dinerillo, aunque, para ser sincera, esto no se parece en absoluto a un paseo y mucho menos a uno apacible; más bien es una lucha encarnizada entre un chihuahua y un dóberman por llegar primero al parque mientras los demás canes intentan no morir asfixiados por sus correas. Aunque resulte difícil creerlo, el maldito chihuahua nos arrastra a todos por la acera sin ningún tipo de piedad.

Además, como la tintorería me pillaba de camino, soy tan lista que he aprovechado el viaje para llevar a limpiar un traje de mi novio, en fin, la conclusión es que no me quedan manos libres ni oxígeno en los pulmones para coger el teléfono y contestar la llamada. Aun así:

—¿Estaría disponible para hacer una entrevista hoy a las doce? —indaga la dulce voz al otro lado del teléfono.

¿¡Hoy!?

Mi cerebro se pone a perrear de emoción. He mandado una media de quinientos millones de currículos en un mes, no debe de quedar ni una sola empresa en Madrid sin saber que busco trabajo. Me abstengo de preguntar de qué puesto se trata, pues el abanico de posibilidades es tan amplio como el ancho mar. Da igual. Ya lo descubriré una vez que esté allí.

—Un momento, por favor, he de mirar la agenda —miento para hacerme la interesante mientras Brutus y Thor siguen tirando de mí como si fueran bueyes de carga para tratar de oler el trasero de una caniche que se cruza en nuestro camino. Me van a desencajar el hombro.

Desde que me despidieron del Westing, el hotel donde estuve más de dos años trabajando, no tengo nada que hacer en todo el día. Bueno, miento, ¿torturar a mis amigos cuenta como ocupación?

—¡Sí! —exclamo con demasiada emoción, por lo que me obligo enseguida a disimular—: Justo a las doce tengo un hueco debido a una cancelación de última hora, qué casualidad. ¿Me pasas la dirección? Si eres tan amable.

Me detengo en seco en medio de la Gran Vía para poder activar el micrófono y grabar la dirección mientras ella la dicta, con lo cual, un par de transeúntes se empotran contra mí y el traje de mi novio se cae al suelo. Justo encima de un charco de barro. Brutus, el chihuahua, me gruñe por detenerme.

—¡Mierda! —protesto. Ahora la factura de la tintorería será más cara.

—Le ruego que sea puntual —me pide la chica antes de despedirse.

—¡Por supuesto! ¡Puntualidad es mi segundo nombre! Gracias. Nos vemos en un rato —me despido.

Miro la hora en la pantalla del móvil y se me escapa un grito de terror al comprobar que ya son las once. Tan solo dispongo de una hora para dejar el traje en la tintorería, devolver cada perro a su dueño y volver a casa para arreglarme. Miro hacia abajo para recordar qué llevo puesto y me pregunto si estos leggins grises con la camiseta roñosa del mismo color y mis Converse Chuck Taylor All Star rosas se podría considerar el atuendo idóneo para una entrevista

«Alicia, ¡no llegas ni de coña! —me recrimino a mí misma, usando mi verdadero nombre a modo de auto-castigo—. Hoy no hay ni tintorería ni parque».

En mi particular percepción del mundo, imagino esperanzada que se va a detener el tiempo para que pueda llegar a tiempo a la entrevista. Pero todos sabemos lo que va a pasar, sobre todo Brutus, que me echa un mal de ojo cuando volvemos sobre nuestros pasos con dirección a casa.

—Hoy te quedas sin paseo, chiquitín —le digo con una falsa voz de pena—, qué suerte tengo de que no hables para contárselo a tu dueña. Con un poco de suerte no te veré más.

La contestación que recibo es su ladrido chillón. Estoy segura de que me ha llamado algo muy gordo.

*****

A la una y media entro corriendo por las puertas de cristal de un enorme edificio. Subo a la quinta planta, como me ha indicado la agradable voz femenina del teléfono. Mientras estoy en el ascensor, me retoco el maquillaje mirándome en el gran espejo que preside el cubículo.

En lo que más he tardado ha sido en secarme el pelo, juro que un día de estos me raparé. A mis tres *followers* de Instagram les encanta mi melena morena color azabache, pero nadie repara en los cuidados que requiere. No estaría mal que alguna marca de champú me escogiese como embajadora y así me ganaría la vida cuidándome el pelo, ¡qué maravilla!

Cuando las puertas se abren me sacan del absurdo mundo de burbujas rosas en el que me había sumido. Camino hasta una mesa donde una chica joven rubia me mira sorprendida.

—¡Qué valor! —susurra.

—¿Perdona?

Al darse cuenta de que la he escuchado se transforma en la mujer más sonriente del mundo. No se le forman demasiadas arrugas alrededor de los ojos, por lo que deduzco que debe de tener mi edad, unos veintimuchos.

—Buenos días, señorita Álvarez, lamento informarle de que llega demasiado tarde —me comunica fingiendo sentirse apesadumbrada—, el responsable de Recursos Humanos ya se ha

marchado.

¿Y cómo sabe que soy la señorita Álvarez?

Sé que la muy zorra en su interior se lo está saboreando. Esto es lo típico que contará luego a sus amigos con una caña en la mano, como si la viera: «Y tuvo la desfachatez de llegar una hora y media tarde, pero ¿qué se habrá creído la mugrienta esa?». Yo también se lo contaré a los míos, sin duda, pero resulta obvio que las versiones serán muy diferentes.

La pena es que ni siquiera puedo ponerme triste porque no sé ni para qué puesto me habían seleccionado, aunque, viendo el lujo del edificio, creo que podría interesarme, así que voy a intentarlo por última vez.

—Lo sé. He llegado tardísimo. Me caso en dos meses y me estoy volviendo loca con tanto preparativo. ¿Te has casado alguna vez? —Niega con la cabeza y, a juzgar por la expresión de asco en su impoluto y porcelánico rostro, creo que tampoco tiene la más mínima intención de hacerlo ¡*never*!—. Pues no lo hagas. Te poseerá el Anticristo, así que, déjame decirte, Jenny —leo su nombre en la credencial que lleva en la solapa de su chaqueta—, que si llegase el momento y tu prometido siguiese accediendo a casarse contigo después de los preparativos de la boda, será una prueba irrefutable de que es tu alma gemela y habréis superado todas las dificultades de la vida. Eso, o que es el Santo Job, una de dos.

Ella parpadea confusa. No sabe si reír o llorar.

—Señorita Álvarez, lo siento mucho, pero no hay nada que yo pueda hacer para ayudarla.

—¡Oh, vamos! No te estoy pidiendo que me lleves la cola del vestido hasta el altar, mujer. ¿No podrías llamar a la señora que hace las entrevistas y pedirle una cita nueva? Puedo ir donde le venga mejor. Solo serán cinco minutos, lo prometo.

Junto ambas manos a modo de plegaria y pongo ojos de corderito manso.

—De verdad que no puedo, lo siento.

—¡Mierda! —Pego un golpe con el puño sobre el cristal del mostrador.

Ella se asusta como la joven cándida y sensible que aparentar ser.

—Disculpe, señorita, pero…

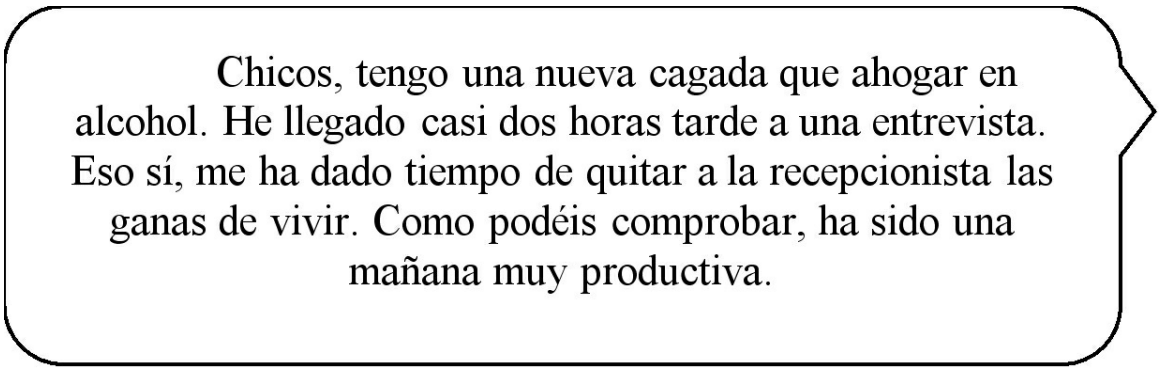
—Mira, Jenny, corazón —la interrumpo en un tono muy grosero ya sin tener nada que perder—, es muy probable que no vuelva a verte jamás en mi vida, así que más te vale no invocar al Anticristo del que te acabo de hablar.

Siento que me falta el oxígeno. Me estoy asfixiando. Me abanico en vano con la blusa. Suspiro. Termino haciéndome un moño cutre sobre la coronilla para no morir de calor. A pesar del aire acondicionado, me ha subido la adrenalina de golpe ahora mismo por haber estado corriendo desde hace más de dos horas.

Vuelvo al ascensor sacándome de camino los taconazos de aguja de suela roja que me había puesto especialmente para impresionar a quien me entrevistase. «*Hoy no habéis hecho bien vuestro trabajo, malditos*» les recrimino. También me quito la chaqueta del precioso traje azul petróleo que tengo reservado para ocasiones importantes como esta.

Pulso el botón verde varias veces y a toda prisa para que venga el ascensor, como si al

hacerlo así llegase antes. Mientras espero, saco el móvil del bolso para escribir en el grupo de mis amigos:



No me da tiempo a leer sus ingeniosas respuestas porque el sonido del ascensor al llegar consigue que levante la vista del móvil.

Y en cuanto las puertas del ascensor se abren, el mismísimo dios de los sementales aparece ante mis ojos. Y ahora sí que se detiene el tiempo.

Joder.

Él eleva su mirada, que tenía puesta en los botones de su impoluta chaqueta mientras los abrochaba, e impacta de lleno contra la mía. Se me cae uno de los zapatos al suelo, pero ni me inmuto. No soy capaz de moverme. Noto como si el contacto fuese físico. Tangible. ¡Por Dios bendito! Creo que hasta se me escapa un gemido al ser el centro de atención de esos ojos pecaminosos.

Tienen un color azul demasiado intenso para ser real. Enmarcados en unas pestañas oscuras, largas y tupidas. Su tez es morena, supongo que por estar demasiadas horas al sol. Es alto y corpulento, pero no a nivel «mi vida es el gimnasio», sino a un nivel más bien «te empotro sin esfuerzo». Calculo que debe de rondar los treinta y cinco.

Sale del ascensor y se agacha justo delante de mí, logrando que sienta cómo todo mi cuerpo se estremece al tenerlo postrado a mis pies. Me he quedado congelada pero ardiendo. Si es que algo así fuera posible. No soy capaz de moverme. ¡Ni siquiera noto que respiro! Al volver a incorporarse, uno de mis zapatos se interpone entre mis ojos y los suyos. Aguanto las ganas de pegarle un manotazo al zapato para que salga volando y así poder seguir admirando esos dos lagos azules que tiene por ojos.

—¿Es suyo? —pregunta con una voz ronca y poderosa.

«¡Contesta! ¡Por el amor de Dios, Alice, contesta, pedazo de *loser*!», me reprende mi subconsciente.

Pero es que su voz es una voz hecha para el pecado. Tiene el poder de embrujar víboras.

Esa maldita y puñetera voz se me ha metido hasta lo más profundo de mi ser y no precisamente por los oídos.

Cuando veo que el zapato cobra vida y se mueve delante de mis ojos, consigo reaccionar y cogerlo a toda prisa.

—¡Gracias! —Mi voz suena tan horrible que me entran ganas de estrangularme a mí misma.

Me pongo en el pie el zapato que acaba de darme y avanzo hasta el interior del ascensor con un zapato puesto y el otro quitado, vamos, lo que viene siendo cojear de toda la vida. Mi dignidad a la mierda, señoras y señores. ¿¡¡Se puede ser más ridícula!!?

Menos mal que no he conseguido el puesto de trabajo, esto ha tenido que ser obra del destino, porque si tuviese que volver a cruzarme con este hombre, me moriría de la vergüenza. Lo único que quiero es desaparecer ahora mismo de la vida, que el ascensor me lleve al inframundo, joder.

Pulso el botón de la planta baja de manera convulsiva, suplicando que se cierren las puertas cuanto antes para poder tirarme por el suelo y patalear. Pero él sujeta las puertas sin esfuerzo para evitar que se cierren.

Lo miro con el terror reflejado en mi rostro y no precisamente porque me dé miedo que pueda hacerme algo, más bien por todo lo contrario.

«Esto no me puede estar pasando. Estoy prometida» me repito, aunque mi entrepierna no opine lo mismo.

Estoy segura de que, si cierro los ojos, me tapo los oídos y tarareo la canción del arco iris, todo desaparecerá a mi alrededor.

Él, como si yo fuese una simple mosca a la que ha atrapado en sus redes, saca el móvil sin demasiada prisa, pronuncia algo parecido a «Geller» y cuando la amable voz de Siri le responde «llamando a Geller», él anuncia:

—La tenemos.

Después, simplemente retira la mano para permitir que se cierren las puertas. Lo último que veo es que guarda el móvil de nuevo en el bolsillo de su impoluta chaqueta sin apartar su mirada salvaje de mí.

¡Oh, por Dios, por Jesús y por todos los ángeles del cielo, apartad de mí esta tentación! Juro que estoy preparada para casarme, no hace falta que me mandéis este tipo de pruebas.

—Volveremos a vernos, Cenicienta —sentencia con su maldita voz de *fucker* profesional.

Y las puertas se cierran.

Capítulo 2

—¿En serio?

Dani acaba de escupir toda la cerveza sobre la mesa mientras el resto de mis amigos y clientes de la Terraza de la Reina se descojonan de la risa al ver la cara de imbécil que pone. Pongo los ojos en blanco.

—¡Déjate de gilipolleces, Dani, que no hace gracia! —le reprendo mientras ahogo la risa yo también.

—¡No te hará gracia a ti! Yo hubiera pagado millones por estar allí y verlo —exclama Noe entre carcajadas.

Al cabo de un rato, cuando han parado de reírse de mí, les pregunto:

—¿Qué creéis que significa «la tenemos»?

—¡Pues vete tú a saber, tía! —balbucea ella entre risa y cerveza—. Puede que estuviese hablando con su madre y se refiriese a cualquier cosa.

—¡Sí, hombre! Entonces ¿por qué leches sujetó las puertas mientras lo decía? —insisto.

—Es que, si realmente se refería a ti, yo me cagaría de miedo.

—Pues yo no le daría más vueltas —nos interrumpe Dani, que vuelve a unirse al grupo después de darse un absurdo paseo por la plaza de Pedro Zerolo en el que ha dejado su número al menos a tres tíos con los que se ha cruzado, eso que yo haya visto—, si vuelves a verlo se lo preguntas y si no, pues será una buena fantasía para cuando lleves años casada y solo te quede la masturbación como única fuente de placer.

—¡Dani! ¡Venga ya! ¡Céntrate! —le reprocho.

—Es que las tías sois unas dramáticas de la hostia, seguro que ahora estaréis toda la noche dando por culo con el temita. Y a mí lo que realmente me interesa es saber por qué cojones no lo has cogido por la corbata y te lo has cepillado en el ascensor.

Justo en el momento en el que me dispongo a llevarle la contraria para enzarzarnos en uno de nuestros eternos debates sobre su injustificada crueldad hacia las mujeres y la importancia de la fidelidad en la pareja, aparece Gerardo entre las sombrillas de la terraza.

—Mira, por ahí viene tu prometido —anuncia Noe con sarcasmo—, cuéntale lo del dios de los ojos azules, a ver qué opina él, anda.

—¡Cállate! ¡De esto ni una sola palabra! ¡Ninguno! —gruño entre dientes mientras sonrío a mi novio como si nunca hubiese roto un plato.

Mi amiga Guada aparece de repente a mi lado y me grita al oído, dándome un susto de muerte.

—¿Eres idiota? —Le doy en el brazo.

Ella pasa de mí mientras toma asiento a mi lado y los otros se ríen de nuevo.

Mi novio se acerca hasta nosotros y me da un beso en los labios. Después, da dos besos a mis amigos, momento que Dani aprovecha para apretarle el culo sin disimulo.

Recuerdo la primera vez que lo hizo, fue a los pocos minutos de haberles presentado, hace ya más de cuatro años. La cara de Gerardo fue todo un poema. Primero, porque no sabía que Dani era gay, o lo que quiera que sea, que ni él mismo lo sabe, y segundo, porque dudaba si contármelo por lo que pudiese pensar de él.

Dani estuvo mofándose durante meses hasta que Gerardo me confesó que mi amigo le metía mano a escondidas. Aquel día lloré de la risa durante un montón de tiempo porque siempre había pensado que era una broma entre ellos que hacían con toda la naturalidad del mundo y no algo oscuro que mi novio quisiera ocultarme.

—¿Lleváis aquí mucho rato? —pregunta mientras le hace una señal al camarero para que le ponga un doble de cerveza.

—Pues sí —le informa Guada con retintín.

¡Tendrá morro! Ella ha llegado un segundo antes que él.

—Es que ha venido un cliente a última hora y he tenido que atenderlo —me explica él apurado.

—Es que la gente que llega tarde a los sitios es lo peor ¿a que sí, Alice? —se queja Noe guiñándome un ojo.

—Pues sí. Se piensan que el tiempo de los demás no tiene valor —afirma Gerardo, mientras se quita la chaqueta del traje para dejarla escrupulosamente sobre el respaldo de la silla.

Siempre he creído que al hombre que mejor le sentaban los trajes en el mundo era a él… hasta esta mañana.

—¡Son tan desconsiderados! —insiste Guada.

—Bueno, vale ya —les interrumpo—. ¿Te han respondido del ayuntamiento?

—Todavía no. He llamado, pero no me han atendido —se queja.

—¡Oh, venga ya! Si vais a hablar otra vez de la boda me largo a casa —protesta Dani—, bueno, ni de coña, me largo con aquella rubia que me está devorando con la mirada.

Señala a la chica con el dedo y le hace un gesto obsceno lamiendo ese dedo con la lengua. ¡Dios! La vida parece tan sencilla desde sus ojos que me muero de la envidia. Se pone el mundo por montera.

—Pero ¿¡tú no eres gay!? —se sorprende Gerardo, al que no le cuento demasiado sobre la vida de mi amigo porque dice que es demasiado intensa para su gusto.

—¡Qué antiguo eres, Gerardito, hijo! Se me cayó el mito contigo el día que le pediste

matrimonio a Alice, pero es que ahora mismo me estás cayendo hasta mal.

Dani, con su metro sesenta, su estilo hípster desaliñado, esos ojos oscuros y su barba de tres días, se lo está pasando de lo lindo a costa de mi futuro marido.

—¿Por qué? ¿He dicho algo malo? —se inquieta el pobre buscando en todos una mirada de comprensión.

—Vamos a ver, ¿por qué vas a follar solo con hombres o solo con mujeres cuando puedes hacerlo con ambos? Y cuando digo *ambos* me refiero a todos juntos. —Le guiña un ojo.

Gerardo traga con dificultad. Menos mal que uno de los difusores de agua de la terraza nos acaba de rociar para que no nos derritamos y a mi novio parece venirle de perlas para que no se desmaye sobre el césped artificial que tenemos bajo nuestros pies.

—No sé, yo creo que a cada uno le atrae una cosa, ¿no? —Nos mira a nosotras buscando apoyo, pero yo me limito a sonreír mientras me encojo de hombros para que sufra un poquito más y mis amigas están demasiado ocupadas contestando a alguien por Tinder.

—¿En serio? —contraataca Dani—. Pero ¿tú quién eres, el rey Arturo que se ha escapado de la mesa redonda en plena Edad Media? Bueno, no, que hasta Arturito era más moderno que tú, que le daba a todo. —Se levanta de su silla para coger a mi novio por los hombros, se agacha y lo mira de frente mientras le susurra con una voz muy sexual—: Si tú quisieras, te haría gozar como no lo has hecho en tu puta vida.

Creo que a Gerardo le ha dado un ictus porque le dan vuelta los ojos. Me levanto yo también para meterme en medio de ambos y echarle un cable a mi novio. Sé que Dani disfruta haciéndole de rabiar y que nunca haría nada que pudiera hacerme daño, pero también sé que a Gerardo estas cosas le incomodan.

—¡Oye! ¡Búscate otro al que pervertir! Para uno que he convencido para que me lleve al altar, a ver si ahora encima me va a dejar por tu culpa. —Ambos se ríen. Uno aliviado y el otro pensando: «Llegará el día en que me lo calce».

Pasamos el resto de la tarde noche entre risas y confidencias. Hasta las once, que es cuando Gerardo me avisa de que Winny, nuestro perro imaginario, tiene hambre. Es nuestra cutre contraseña para que el otro sepa que ya le apetece irse a casa a hacer nuestras cositas, aunque mis amigos sepan de sobra que no tenemos perro y se hagan los tontos.

—Bueno, es una pena que os vayáis, pero ese perro estará desnutrido, sí, debéis iros a alimentarlo cuanto antes —comenta Noe.

—Sí, pero os aconsejo que no le deis más carne porque cualquier día se convertirá en león —añade Guada.

Todos nos reímos. Ellas dos brindan con su Moji-Gin, una bebida típica de este bar y que echo demasiado de menos.

—Si queréis ir a follar no hace falta que pongáis a un perro ficticio como excusa —sentencia Dani, que lleva un rato metiendo mano a la rubia por debajo de la mesa, ya que ahora está sentada a su lado—, además, podríais montároslo en el baño, para variar, joder, no siempre en la cama haciendo el misionero. Os vais a divorciar antes de casaros por *monoposturing aburridying.*

Gerardo no sabe dónde meterse. Niego con la cabeza, riéndome mientras cojo mis cosas. Es incorregible. Dejo el dinero de mis consumiciones y las de Gerardo encima de la mesa porque hoy me toca pagar a mí.

Solo de imaginarme con él en el baño me entra hasta la risa porque no es esa clase de hombres, fogoso e impetuoso. Él es más de planificar las cosas y tomarse su tiempo. Él limpiaría ese baño con lejía antes de rozar nada. Y a mí no me disgusta su forma de ser, aunque he de confesar, que ahora con unas cuantas cervezas encima, no me importaría que alguna vez me sorprendiese con algo así.

—No seas mal educado, Dani —le reprocha Gerardo molesto—, no se habla así delante de las señoritas.

—¡Hasta mañana, chicos! —me adelanto a la mordaz respuesta de mi amigo, cogiendo a Gerardo por la cintura para marcharnos.

Noe y Guada se despiden levantando su copa.

De camino a casa vamos cogidos de la mano. Estamos a finales de junio y hace un calor de muerte. A esta hora corre un poco de brisa, pero es cálida. La verdad es que refrescar refresca poco.

Nuestro piso se encuentra en la calle Hernán Cortés, cerca de La Terraza de la Reina, que es donde quedo siempre con mis amigos para tomar algo desde que nos conocimos en la universidad. Los demás viven más lejos, pero como después empalman y salen de marcha por la zona, seguimos quedando allí para tomar el *afterwork* cada viernes.

Antes de conocer a Gerardo, bebía más Moji-Gin que agua. Yo era de las que cerraban todas las discotecas madrileñas y conocía a todos los que trabajaban de relaciones públicas, pero eso fue hace tanto tiempo, que juraría que fue en una vida pasada. No es que le culpe a él, pero es cierto que cuando tienes pareja estable lo de salir hasta las ocho de la mañana deja de parecerte tan apetecible y prefieres quedarte en el sofá viendo una peli con tu novio.

—¿Qué tal la entrevista de esta mañana? No has comentado nada —pregunta.

Solo de recordarlo me da un vuelco el corazón.

—¡Ah, sí! La entrevista. Se lo he contado a los chicos justo antes de que llegases, por eso no quería repetirme —miento a medias—. Nada, que ya me llamarán, como siempre. —Me encojo de hombros. Ahora sí he mentido.

—Bueno, de todas formas, no nos conviene que encuentres trabajo ahora porque quedaría fatal pedir vacaciones para la luna de miel nada más empezar. Puedes tomarte estos dos meses sabáticos y ultimar los detalles de la boda sin estrés —propone.

Suelto un bufido.

—Creo que no conoces bien a tu futura suegra si crees que no me va a estresar. Estoy a punto de no invitarla a la boda, con eso te lo digo todo.

Él deja escapar una carcajada.

—¿Te la imaginas de abuela?

—¡No, por Dios, no! —Hago con que me tapo los oídos con las manos para no escuchar

más.

—¿Has bañado al niño, Alice? ¿Has abrigado bien al niño, Alice? ¿Te has lavado las manos para coger al niño, Alice? —imita su voz.

Me detengo en seco y lo miro.

—¡Como vuelvas a repetir una vez más mi nombre me divorcio antes de casarnos! —lo amenazo y me coge en brazos para darme un beso mientras nos reímos.

La verdad es que solamente con el hecho de querer tener a mi madre como suegra y futura abuela de sus hijos ya es toda una demostración de amor.

—¡Todavía no me puedo creer que vayas a casarte conmigo! Cada mañana cuando despierto me pellizco para comprobar que no estoy soñando al verte dormir a mi lado. Me haces tan feliz, Alice —musita contra mis labios.

—¡Oh! Yo también te quiero, tonto —contesto, volviéndolo a besar.

Y esa noche nos quedamos dormimos y abrazados después de hacer el amor. Postura del misionero, por supuesto.

Capítulo 3

Hoy es sábado y como cada primer sábado de mes Gerardo y yo vamos a comer a casa de mis padres en Toledo. Después de la boda espero poder alargar esta costumbre a una vez al año.

Los padres de Gerardo viven en Madrid, él es lo que se denomina un gato puro, pues sus padres y abuelos nacieron en la capital. De hecho, el piso en el que vivimos ahora es de ellos. Yo, sin embargo, soy mestiza, pues mi madre es gata, pero mi padre es toledano.

Mis futuros suegros son perfectos, nunca se meten en nada y respetan nuestras decisiones, a pesar de que algunas les resulten equivocadas. Eso se nota en la educación de Gerardo, que es siempre tan templado, no como yo, que soy una histérica, bipolar, zumbada y sin remedio.

Desde que mis padres se mudaron a vivir a la ciudad de las tres culturas, a mi madre se le agrió el carácter. Más todavía, lo que parecía imposible, pero lo hizo. Para un madrileño, Madrid es la mejor ciudad que hay y habrá en el mundo. Pero a mi padre, que es neurocirujano, le dieron una plaza fija en la preciosa ciudad amurallada y eso no les permitió quedarse en la capital. Mi madre renunció a todo su mundo por amor. Lástima que el amor no durase para siempre porque ahora no deja de echarle en cara que pidiese como primer destino Toledo y no Madrid. Lo cierto es que esa fue una buena jugarreta de mi padre a su mujer embarazada.

Volviendo al presente:

—Hija, yo creo que las flores deberían ser todas blancas, con las que has elegido la iglesia va a parecer la Feria de Abril.

—Mamá, no me jodas…

—¡Esa boca, niña! —me interrumpe enojada.

—Ya he aceptado casarme por la iglesia para que a papá y a ti no os dé un infarto, pero no pienso hacer ni una sola concesión más. Las flores de colores y, si no, sin flores y punto.

—De eso nada, que los padres de Gerardo también quieren que os caséis por la iglesia —susurra bajito para que no nos escuche Gerardo, que está con mi padre eligiendo un vino en la bodega—, lo que pasa es que son muy cucos, se callan y me dejan a mí el papel de mala. —Conozco de sobra ese tonito de falsa víctima.

—No, lo que pasa es que ellos respetan nuestras decisiones, no se meten a opinar y ningunear, como haces tú —critico.

—¡Oh, por favor! —Se lleva la mano al pecho de manera exagerada justo cuando mi padre y mi novio entran por la puerta de la cocina. ¡Qué casualidad!—. Toda la vida sacrificada por ella, y ahora con todo lo que estamos haciendo para que la boda sea perfecta lo único que recibo son patadas… La ilusión de mi vida serían unas flores blancas. ¿Tanto te cuesta darme ese

gusto?

Pongo los ojos en blanco en cuanto Gerardo me mira para que no le haga el menor caso a mi progenitora y evite que se desate la guerra. Pero es que deberían darle el Goya a mejor actriz de reparto de todos los tiempos. Lleva toda la vida manipulándome. Gracias a ella fui una adolescente sumisa y tonta de la que todos se aprovechaban y siempre pretende hacerme sentir mal por todo. Pero no se lo pienso permitir. Hay que poner límites.

—Está bien, pon las flores blancas.

Ya si eso dejaremos los límites para más adelante.

Nos sentamos los cuatro a la mesa. La casa de mis padres está repleta de gotelé, muebles de madera y ganchillo por doquier. Como era antes todo: horrible.

En medio de la comida suena mi móvil. Contesto por si fuera algo importante, como por ejemplo el catering.

—¿Sí?

—¿Alicia Álvarez?

¡No puede ser!

¡¡¡¡Esa voz!!!!

Creo que he debido de quedarme blanca de repente porque mis padres y Gerardo me observan con cara de preocupación.

—S-í… s-o-y… y-o —tartamudeo.

—Cariño, ¿estás bien? —Gerardo me coge de la mano con inquietud.

—¿Es usted la señorita Álvarez? —repite la voz. LA VOZ.

Esa voz.

¡¡¡¡¡¡¡Su voz!!!!!!!

Por extraño que parezca, el simple hecho de imaginar que ese hombre y yo estemos ahora mismo conectados, aunque solo sea a través de una línea de teléfono, me produce taquicardia. Quiero desmayarme, pero no tendría una explicación lógica para explicar el motivo al despertar, así que me aguanto como puedo.

—¿Sigue ahí? —pregunta la voz.

Gerardo, que se ha mosqueado, y con razón, me quita el teléfono de las manos.

—¿Quién es? ¿Qué ocurre? —inquiere en un tono para nada amigable.

Se levanta de la mesa para dirigirse hacia el otro lado del salón, donde le veo que escucha con atención y asiente con la cabeza mientras se pasa la mano libre por el pelo.

—Hija, ¿qué pasa? ¿Se ha muerto alguien? —me pregunta mi padre muy preocupado, posando su mano sobre la mía.

Lo miro absorta en unos pensamientos que nada tienen que ver con la muerte.

—No, papá, tranquilo. —Recobro la cordura poco a poco—. Es una llamada de trabajo.

—¿Y por eso parece que has visto al demonio? —insiste mi madre, que como me ha parido sabe de sobra que miento.

—No. Es solo que… al ser sábado… me ha sorprendido que me llamasen —sigo mintiendo con una voz muy aguda.

—Lo que tú digas. —Ella clava sus ojos castaños en los míos, que son idénticos.

Si algo he heredado de mi madre son sus enormes ojos trigueños. El pelo no es como el mío, ella lo lleva teñido de caoba y muy corto, supongo que ya no le apetecerá arreglárselo.

—¡Alice! —Aparece Gerardo emocionado en el salón, moviendo mi móvil como si fuese un sonajero. —¡Tienes una entrevista en Madrid!

—Pero si me dijiste que hasta después de la luna de miel no aceptase ningún trabajo —le recuerdo temiéndome lo peor.

—Ya, pero es que esto no es un trabajo cualquiera, cariño, ¡esta es la oportunidad de nuestras vidas!

Creo que solo he visto a Gerardo con esa sonrisa una vez desde que lo conozco: fue cuando me pidió matrimonio y le dije que sí. Mi madre le había advertido aquel día para que se mentalizara de que me iba a negar. Ninguno de los dos creyó que fuera posible que aceptase. A decir verdad, ni siquiera yo puedo creerlo a día de hoy. Yo nunca había querido casarme, así que para él fue toda una proeza que accediera sin más al primer intento. La única explicación que encuentro es que tengo una obsesión enfermiza con no decepcionar a nadie, a pesar de que eso implique decepcionarme a mí misma.

—¿A qué tipo de oportunidad te refieres? —indago nerviosa.

—¡No te lo vas a creer! Te lo cuento de camino, que, si no, no llegaremos a tiempo. —Se levanta para recoger nuestros dos platos todavía con comida de la mesa y llevarlos a la cocina a toda prisa mientras sonríe.

—¿A qué hora hay que estar allí? —quiero saber.

—Ha dicho que cuando queramos, pero nos vamos ya —me cuenta excitado.

—¿Y ni siquiera tomáis el postre? —se queja mi madre.

—Pili, hazme caso —la coge por los hombros y ambos se miran muy serios. Tengo la horrible sensación de que siempre están tejiendo mi futuro entre ellos—, tenemos que irnos.

—Vale, vale. —Ella renuncia a protestar de nuevo porque sabe que Gerardo nunca se pone así de serio, a no ser que se trate de algo verdaderamente gordo—. Pero en cuanto sepáis algo nos llamáis para contárnoslo con pelos y señales ¿eh?

Recogemos nuestras cosas, les damos un beso a cada uno y salimos por la puerta a toda prisa.

*****

Una vez en el coche, le pregunto:

—¿Me vas a contar qué coño está pasando?

Me da miedo que EL HOMBRE le haya contado lo sucedido ayer, en plan: «En cuanto tu prometida me vio salir del ascensor se le olvidó respirar», y que mi prometido en casa de mis padres solo estuviese disimulando para marcharse cuanto antes y aclarar el tema conmigo a solas, pero parece ser que nada más lejos de la realidad.

—Alice, no me he enterado muy bien de qué va la cosa, solo he oído una cifra —me explica mientras conduce de vuelta a casa.

—¿Una cifra?

—¡Cien mil euros! —canturrea mientras eleva ambas cejas varias veces.

—Pero ¿cien mil euros por hacer qué? —Ahora sí que me estoy empezando a poner nerviosa de verdad.

—¡Da igual! ¡Son cien mil pavos, joder! —exclama entusiasmado.

Me quedo en silencio mientras me muerdo la uña del dedo meñique.

Me ha sentado fatal su respuesta, pero no se lo hago saber.

Cuando una mujer se queda en silencio de repente en medio de una conversación es porque se avecina tormenta. Una muy gorda.

Capítulo 4

Antes de llegar al hotel, nos hemos pasado por nuestra casa para cambiarnos de ropa, aunque yo ya me hubiera arreglado el pelo y maquillado esta mañana para ir a casa de mis padres, a Gerardo no le parecía suficiente. Mi prometido, al que no hablo, ha escogido por mí para la gran ocasión un vestido corto con escote palabra de honor que me puse en nochevieja, morado, con muchos flecos tipo *charlestone*. Él se ha engalanado con un traje de chaqueta gris oscuro y se ha puesto hasta corbata.

En serio, estoy tan mosqueada con toda esta situación que mis nervios aumentan por momentos. ¿Se puede saber dónde diablos vamos así vestidos de gala?

Después, cogemos un taxi para que nos lleve al hotel Palace. No es que esté demasiado lejos, podríamos ir en bus o en metro, incluso andando, como solemos hacer siempre; pero Gerardo ha insistido en venir en taxi para que no me despeine ni sude. Además, con los tacones de aguja que llevo, también lo he agradecido.

Y aquí nos encontramos, entrando en el lujoso hotel Palace de Madrid como si estuviésemos en los Met Gala. Gerardo parece un niño pequeño en un parque de atracciones, le da igual todo, solo tiene ojos para los cien mil euros. No deja de hacer comentarios tipo «podremos comprar esto o hacer lo otro», por supuesto todo para él, mientras yo me siento como si estuviese acompañada de mi proxeneta.

Como no le hablo, tampoco quiero preguntarle qué coño hacemos en este hotel vestidos así. Incluso finjo no sorprenderme al verme rodeada de tanto lujo. Recuerdo una vez que invité a mi madre a desayunar al Ritz por su cincuenta cumpleaños y nos cobraron doscientos euros por un café y un bollo. Casi nos da un infarto allí mismo, por eso nunca he vuelto a ningún hotel de lujo. Te cobran por respirar.

—Hola, buenas tardes, tenemos una cita con el señor Lennox —indica mi futuro marido apoyándose en el mostrador como si fuese un capo de la mafia—. Dígale que Alicia Álvarez está aquí.

«¿¡Lennox!? ¿Quién coño se apellida así?», me inquieto solo de pensarlo.

La recepcionista, alta, joven, rubia, guapa y esbelta, deja escapar una risita tonta al escuchar el apellido del cliente y no creo que sea porque le haga gracia precisamente. Marca un número en el teléfono sin necesidad de buscar su habitación, vamos, que sabe de sobra dónde se hospeda el dichoso caballero. Me imagino a todas las empleadas babeando cuando se pasee por aquí con esos aires de grandeza.

—Señor Lennox, está aquí Alicia Álvarez —le informa ella—, vale, como usted desee. Gracias. —Suelta otra risita al colgar. ¡Por Dios! Solo le falta abanicarse.

La modelo/recepcionista sale de su puesto tras el lujoso mostrador para situarse a nuestro

lado.

—El señor Lennox vendrá en un momento. Me ha pedido que les acompañe a una de las salas VIP donde estarán más cómodos. —Indica con la mano la dirección a tomar y la seguimos como dos terneritos que se dirigen al matadero.

Odio que mi enfado me impida hablar con Gerardo porque tengo mil preguntas que se amontonan en mi mente. Él, sin embargo, está encantado con todo esto. Que no despegue los ojos del trasero de la recepcionista y que encima le dé igual que yo lo vea, no ayuda en nada a mi ira.

Llegamos a una puerta enorme de madera tallada que ella abre para dejarnos pasar al interior. Mi novio pone la mano sobre la parte baja de mi espalda para que pase delante, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, pero con un gesto brusco le retiro la mano. Me parece increíble que todavía no se haya percatado de que estoy enfadada con él.

—Tomen asiento, por favor. Enseguida vendrá un camarero para ofrecerles algo de beber —apunta la recepcionista mientras se marcha.

Nos sentamos en uno de los sillones de cuero marrón que rodean una pequeña mesa de cristal. Contemplo la cantidad de cuadros y muebles lujosos que hay en la exquisita estancia. Aquí todo vale un riñón.

—¡Qué nervios! ¡Ya verás cómo lo haces súper bien, cielo! —exclama Gerardo.

No me aguanto más. Juro que lo he intentado, pero no puedo evitar estallar:

—Pero ¿¡¡tú eres gi…

—Disculpen la espera —me interrumpe SU VOZ.

Gerardo y yo nos volvemos hacia la procedencia de la voz maldita a nuestra espalda. Creo que mi novio se arrepiente de haber venido en cuanto descubre semejante prodigio de la naturaleza. Vigilo de reojo su expresión, regocijándome en la impoluta actuación del karma. La mandíbula le llega al suelo y le hago un corte de mangas mental. Creo que estoy sonriendo y me han salido en la cabeza dos cuernos de diablilla. Me froto las manos con entusiasmo.

El señor Lennox se acerca a nosotros con paso grácil y firme. Es como un torrente de sexualidad y lo peor de todo es que es muy consciente de ello. El muy cabrón sabe de sobra el efecto que causa en las mujeres, bueno, y en los hombres.

Esta vez viste de riguroso chaqué: pantalón gris marengo a rayas negras, camisa blanca con cuello *wing* y puño doble, corbata negra con nudo *windsor*, chaleco gris plata, levita negra, zapatos negros de cordones y guantes de algodón blancos. ¡Guantes en pleno verano!

—Buenas tardes. —Le ofrece la mano derecha a mi novio al tiempo que mantiene la izquierda a su espalda. Cuando contemplo la escena del apretón de manos no puedo dar crédito a que ambos seres pertenezcan a la misma especie.

—Encantado, señor Lennox, soy Gerardo Rodríguez —balbucea mi prometido con una voz demasiado aguda. Creo que se le han encogido los huevos hasta adquirir el tamaño de un pipo de aceituna.

Acto seguido, mi pobre novio se deja caer en el sillón de forma lánguida. Una de dos, o se

acaba de enamorar, o le acaba de dar una embolia de envidia.

En cuanto el señor Lennox clava sus ojos en mí, vuelvo a experimentar la desagradable sensación de querer ser su sierva de por vida. Su mirada me pilla del todo por sorpresa, sobresaltándome, y a punto estoy de soltar un gritito, aunque logro ahogarlo antes de que salga de mi garganta. Inspiro hondo para calmarme. En serio, este hombre podría hacerme suya con solo pestañear, ¡Jesús!

—Señorita Álvarez. —Extiende su mano hacia mí y mis ojos se desvían intrigados a sus impolutos guantes blancos. Creo que no soy capaz de moverme.

—Pero lo de *señorita* será solo durante dos meses porque nos vamos a casar. —La aguda voz de Gerardo resuena por la sala como si fuera una mosca cojonera.

Nadie le responde. De hecho, nuestro anfitrión ni siquiera se molesta en mirarlo, pues no ha apartado sus increíbles ojos azules de mí ni un solo segundo.

Mientras me armo de valor para estrecharle la mano, un pensamiento me invade: «Menos mal que no tengo que rozar su piel porque podría ocurrir una catástrofe mundial». Bueno, aunque también pienso: «¿Qué habrá debajo de ese maldito traje que le sienta tan bien?».

—Preferiría que me llamase Alice —indico muy nerviosa al conseguir que mi garganta logre pronunciar dichas palabras con gran esfuerzo.

Justo cuando sus labios empezaban a curvarse, ha vuelto a enderezarlos, formando una fina línea. ¿Qué ha sido eso? ¡Oh, vaya! ¿Cualquier cosa que haga este tío me va a parecer excitante?

Cuando por fin mi mano entra en contacto con su guante, baja el rostro para posar sus labios sobre la piel desnuda del dorso de mi mano. Juro que lo siento como si me hubiese besado otra parte de mi cuerpo. ¡Por el amor de Dios, Alice, disimula!

Me da la impresión de que el tiempo se detiene para que sus carnosos labios permanezcan en contacto con mi piel, ¿o es que acaso está alargando demasiado el momento para ponerme histérica a propósito? No lo creo. Pero cuando estoy segura de que esto es lo peor que podría suceder, va y eleva sus increíbles ojos para descubrir mi reacción al beso.

En serio, la imagen de este hombre mirándome así… desde abajo… ¡Oh My God! Aprieto los muslos de manera automática y no entiendo cómo logro retener el gemido que amenaza con salir de mi garganta. Siento en mi estómago el revoloteo de todas las malditas mariposas que existen en el mundo juntas. ¿Qué digo revoloteo? ¡Lo que siento es un maldito huracán en toda regla y, desde luego, no en el estómago!

En cuanto vuelve a erguirse, recupero mi mano a toda prisa, como si la hubiese mancillado. Me contempla con una especie de risa contenida. Victorioso. ¿Sabrá lo que estoy pensando? Me siento intimidada. Como si estuviese estudiando cada parte de mi anatomía.

—Un placer conocerla, Alicia — susurra con esa voz sensual y ronca.

La frase suena extrañamente sexy, tanto como su actitud al pronunciarla. ¿O me lo he soñado? Sigue sin sonreír, no cambia el gesto ni aunque lo maten. Por favor, este hombre. ¿Acaso no sabe que los seres humanos expresan emociones con el rostro? Como no quiero que vea que me ha alterado demasiado, me vuelvo hacia mi novio.

Tengo tanto calor que deseo abanicarme. Mi nombre real pronunciado con esa voz grave es

demasiado para mí. Al fin y al cabo, para ser sincera, creo que no me disgusta tanto cuando lo dice él. Cuando las piernas no son capaces de sostenerme me dejo caer abatida en el sillón, al igual que ha hecho mi novio. Otro peón fuera de juego.

Gerardo carraspea para que me dé cuenta de que sigue estando ahí. Existiendo. Se lo agradezco porque lo había olvidado por completo y me ayuda a volver a la realidad. El señor Lennox se sienta frente a nosotros con una pierna cruzada a la altura del tobillo sobre la rodilla contraria. Como si fuese el rey del mundo y nosotros sus siervos.

Un camarero entra empujando una mesa de ruedas cargada con tazas, platos, cubiertos, dulces, una jarra con leche y una cafetera. Nos saluda y después pregunta cómo queremos el café, se lo indicamos y lo deja todo preparado de manera exquisita sobre la mesita baja. Antes de marcharse, se acerca hasta una cajonera de la que saca una carpeta de cuero negra que le entrega al señor Lennox con gran ceremonia. Por último, hace una reverencia antes de cerrar la puerta al salir.

—Se estarán preguntando el motivo de tanta urgencia —indica Adonis con su profunda voz de apareamiento a la que todo mi ser quiere responder y no pienso decir cómo.

—Pues sí, la verdad es que me gustaría saber por qué ha insistido tanto en contratar a *mi prometida* —enfatiza esas dos palabras Gerardo—, no creo que pegue demasiado en este mundo, a no ser como limpiadora, claro. Y mucho me temo que usted no se tomaría tantas molestias para contratar al servicio de limpieza.

—¿Perdona? —salto indignada.

Si me da una hostia no me duele tanto.

Me da la sensación, por las miradas que se dedican uno al otro, de que el desconocido ha captado al vuelo el enfado que tengo y que mi futuro marido ni siquiera se lo huele.

—Le aconsejaría que, si no es para mejorar el silencio, no hablase, señor Rodríguez.

—¡Claro que voy a hablar! ¡Se trata de mi futura esposa!

Vaya, ahora ha pasado de proxeneta a novio celoso. Esto se pone interesante.

—Antes de nada, les pasaré un contrato de confidencialidad para asegurarme de que nada de lo que hablemos hoy sale de aquí. Ustedes deciden si lo firman.

Gerardo me mira atónito.

—¿Tú sabías algo de esto? —me pregunta enojado señalando a Lennox con un dedo acusatorio.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Nos va a dar cien mil euros para echarte un polvo? ¿Es eso? —me recrimina.

—¿¡Eres idiota!? —No doy crédito a que esté soltando tantas estupideces por su boca. Quiero pensar que los nervios o los celos le están jugando una mala pasada porque, de lo contario, ¡lo mato!

—Estos tíos millonarios se divierten así ¿sabes, Alice? Se ha enterado de que vamos a casarnos y le pone cachondo comprobar si seríamos capaces de aceptar su oferta. Dime, ¿vas a

aceptar? ¡Porque a mí me da la impresión de que lo harías hasta gratis!

No sé en qué momento me he levantado y le he dado un bofetón, solo veo que Gerardo se toca la cara enrojecida mientras me mira sorprendido.

—¡Tú me has obligado a venir aquí medio desnuda! —le grito apuntándole con el dedo índice—. ¡Tú has sido el que lleva dos horas soñando en qué gastar los cien mil putos euros sin ni siquiera saber de qué va el trabajo! ¡No me has preguntado si estaba dispuesta a venir! ¡No te atrevas a insinuar que ha sido idea mía! ¡Ni mucho menos que aceptaría semejante mierda!

Él me mira aterrado. Nunca le he levantado la voz. Muy pocas veces le llevo la contraria y, desde luego, jamás le había dado una torta. Cuando abro la boca para disculparme se me adelanta:

—Te ha llamado a tu móvil. He visto cómo os miráis. Está claro que no es la primera vez que os veis. ¡No soy idiota! —se defiende.

A este paso voy a ser viuda antes que esposa. No puedo creer que me esté haciendo esto. Mis ojos se inyectan en sangre. Algo parecido al fuego nace en mi interior y de repente quiero matar al idiota de mi prometido.

—¿¡Qué estás insinuando? —grito fuera de mí.

El señor Lennox, gracias a los cielos, me coge por el brazo con suma delicadeza para invitarme a tomar asiento de nuevo.

—No se preocupe, Alicia, cálmese. Enseguida le explicaré a su prometido lo equivocado que está… si usted me lo permite. —Percibo cierto halo de diversión en su tono de voz.

Nos miramos durante un instante que se me antoja eterno y termino cediendo. Me siento, aunque esta vez en el sillón que está más alejado de Gerardo. Ahora mismo no quiero ni verlo. Me gustaría largarme de aquí para siempre y no volver a verlo.

—Lo primero que voy a hacer es presentarme —indica nuestro anfitrión mientras nos entrega el contrato sujeto en un portafolios de cuero negro y un bolígrafo Montblanc a cada uno —, mi nombre es Drake Lennox y soy el mayordomo personal de Alexandra Gragio.

—¿¡Alexandra Gragio!? ¿¡La actriz!? —exclama Gerardo entusiasmado de nuevo. Siento vergüenza ajena.

Lennox asiente sin demasiada ceremonia.

Mi cerebro solo es capaz de dar vueltas en bucle a la palabra *mayordomo*. Ahora me encajan más los guantes, sus exquisitos modales y esa postura tan rígida.

—Por eso necesito que firmen estos contratos de confidencialidad y no por nada que tenga que ver con las *Cincuenta Sombras de Grey* ni con *desayuno con diamantes*. —Toma asiento, aunque esta vez no se pone tan cómodo como antes, se mantiene alerta desafiando con la mirada a mi *no sé si todavía novio*.

Leo el contrato por encima. No pone nada del otro mundo. Solo que me comprometo a no difundir lo que este caballero me proponga. Me llama la atención que todos mis datos personales aparezcan ya escritos, dirección y DNI incluidos. Aunque no creo que sea el momento oportuno de pedirle el acuerdo de protección de datos.

Yo lo firmo y lo dejo sobre la mesa. Gerardo hace lo mismo.

—Antes de que diga nada —se dirige mi novio al mayordomo y luego a mí—: Alice, por favor, perdóname, he sido un capullo.

Giro el rostro en la dirección opuesta. No quiero ni mirarle. Entonces, se levanta y se pone de rodillas junto a mi sillón, cogiéndome las manos entre las suyas.

—Nena, por favor perdóname. Me he vuelto loco de celos. Me conoces y sabes que no soy así de gilipollas. Jamás pensaría que fueras capaz de hacer tal cosa. Es solo que al ver a este hombre a tu lado me he sentido tan poca cosa que el mundo se me ha venido encima pensando que te podía perder.

Por un instante quiero abrazarlo para consolarlo, como de costumbre, pero me contengo. Sigo impertérrita, hasta que le recrimino con alguna lágrima en mis ojos:

—Te has pasado mucho.

—Lo sé, cariño y no te imaginas lo avergonzado que estoy. Mira, no sé lo que te va a ofrecer este tío. Solo quiero que sepas que la decisión es solo tuya y que yo la respetaré y te apoyaré. Sea lo que sea.

—¿Lo estás haciendo por los cien mil euros? —le reprocho aún dolida.

—¡No!

—¿Y si me ofrece acostarme con él?

—Si es lo que quieres...

Ahora sí nos miramos a los ojos y vuelvo a ver al hombre del que me enamoré, aunque siga algo enfadada todavía. Asiento. Me da un beso en los labios, más para marcar territorio que para otra cosa y vuelve a su sitio.

No me creo nada de todo este numerito, pero voy a dejarlo estar de momento.

—Está bien, Drake Lennox, dígame qué tiene para mí —solicito.

Él me mira y eleva un ápice la comisura de los labios, sin llegar a sonreír, pero satisfecho. Sabe que me tiene en el bote. Todos lo sabemos.

Capítulo 5

—La gira de promoción española de Alexandra comienza la semana que viene. No sé si sería consciente, pero el hecho objetivo es que usted, Alicia, se parece mucho físicamente a la señorita Gragio.

—¡¿Qué!? —lo interrumpo—. ¡Sí, hombre! ¡Qué más quisiera yo!

—Qué más quisiera ella… la actriz, me refiero —añade Gerardo guiñándome un ojo, lo que me hace sonreír.

A ver, es cierto que ambas tenemos brazos y piernas, pero de ahí a parecerme a una de las actrices más sexis de Hollywood…

—Créame, Alicia, con una sesión de maquillaje y peluquería nadie lograría distinguirlas —asegura Lennox. (Y si me hicieran la cirugía estética y tres liposucciones, también)—. En la agencia tenemos expertos en reconocimiento facial que se dedican a esto y la han seleccionado a usted entre muchas otras candidatas.

Pongo los ojos en blanco.

—Si usted lo dice —asumo incrédula.

—La propuesta que le quiero hacer es contratarla de doble oficial mientras Alexandra permanezca en España, aproximadamente unos dos meses.

¡¡¡¡¿¿¿Holaaaa???!!!!

¡¡¿¿De doble??!!

¿Ha dicho de doble? ¿En serio? Me entra una risa tonta que no consigo controlar.

—Pero… cómo… eso es… —balbuceo.

—¿Te has presentado a un casting para hacerte pasar por Alexandra Gragio y no me lo has contado? —me pregunta Gerardo alucinando.

—¡No! Me presenté a una entrevista para secretaria —le miento porque en realidad ni siquiera me acuerdo para qué coño era el puesto, pero desde luego que para doblar a una actriz famosísima ni de coña —, ¡sería una tapadera!

Ambos miramos al mayordomo con distintas expresiones en nuestros rostros. Gerardo con recelo yo con devoción.

—Sé que tendrán muchas preguntas —resuelve comprensivo—, la primera vez es normal.

—¿La primera vez? —indago.

—Tenemos dobles oficiales en todos los países —aclara.

—¿Y en España no? —duda Gerardo.

—La doble española está embarazada de ocho meses. No nos sirve.

—Ah, claro.

Lennox se levanta para poner sobre la mesa un pelotón de folios.

—Este es el contrato. Tienen toda la tarde para leerlo, sopesarlo y decidirlo. Está todo muy bien explicado. Para cualquier duda de carácter legal podrán llamar al abogado, su número personal viene en el anexo 58. Cuando lo hayan decidido, sea lo que sea, les agradecería que dejaran todo sobre la mesa y salieran de la sala. ¿Alguna pregunta?

—Yo tengo muchas. —Veo que su rostro expresa hastío, pues para él esto será un *deja vú*, por eso añado—: Que seguro que no vienen aquí explicadas.

Él me mira como si eso fuera imposible.

—¿Cómo por ejemplo? —sugiere.

—¿Podré firmar autógrafos?

Parpadea confuso. Luego niega con la cabeza como si estuviese loca.

—Buenas tardes —se despide bajando levemente la cabeza sin dejar de mirarme.

Dios bendito, hago acopio de mi fuerza sobrehumana para no soltar un gemido.

Se dirige hacia la salida bajo nuestra atenta mirada con paso firme y decidido hasta que desaparece.

*****

He tardado un buen rato en reponerme de su presencia, aunque Gerardo no lo sabrá jamás.

—Mira, aquí pone que me pagarán todo: ropa, zapatos, bolsos, peluquería, tratamientos estéticos, comida, viajes, hoteles, médicos… ¡joder, qué lujazo! —Leo en alto una de las primeras páginas mientras mi novio y yo nos tomamos tranquilamente el café con los exquisitos bollos.

—Este punto dice que tendrás que hacerte el mismo peinado, tinte y tatuaje que ella —comenta Gerardo.

—¿Un tatuaje? ¡No!

—A ver qué tatuaje es. —Gerardo saca el móvil—. ¿Te imaginas que sea algo súper cutre? En plan calavera con corazones —bromea.

—O que sea un corazón donde ponga «siempre tuya, Manolo». —Los dos nos partimos de la risa.

Me enseña una imagen en la que se ve el tatuaje. Se trata de una especie de símbolo raro en su omóplato derecho.

—No es tan horrendo —me anima.

—Vale, puedo vivir con ello —admito.

Seguimos leyendo el contrato y no hay nada que me resulte imposible de conseguir. Lo

más difícil será inventarme una excusa creíble para dar las mínimas señales de vida durante dos meses en mi entorno. Aunque, a decir verdad, mi entorno se reduce a dos familiares y tres amigos.

—Creo que tu madre no va a estar sesenta días sin verte ni de coña. Es capaz de llamar al CNI o de contratar un detective —augura Gerardo mientras mastica media napolitana de crema.

—Ya, pues no puede saber la verdad, así que de eso tendrás que encargarte tú. —Lo señalo con la taza de café.

—Tendremos que inventarnos algo muy gordo —susurra.

—¿Algo por lo que tú y yo nos separemos a dos meses del gran día y por lo que no podáis quedar conmigo? —No se me ocurre una situación en la que mi madre no sospechase que se ha cancelado la boda y, en ese caso, sería capaz de buscarme debajo de las piedras para convencerme de que me case.

—¿Y si le contamos una verdad a medias? —propone él limpiándose las manos en una servilleta.

—¿A qué te refieres?

—Tus padres saben que te han ofrecido un trabajo. Nos inventamos que se trata de algo que no te permitirá estar en España y que, además, tampoco puedes contarlo. Ya está. No estamos desvelando nada.

Suelto la taza en su respectivo platito de porcelana sobre la mesa. Permanezco pensativa durante unos minutos.

—Podría funcionar.

—Y si ocurriese algo importante por lo que tuvieras que verla de manera urgente, siempre podré ponerme en contacto contigo y ya veríamos qué hacemos.

Nos miramos uno al otro.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le pregunto muerta de miedo.

—Yo no estoy nada convencido, pero tú eres la que se va a convertir en Alexandra Gragio. —Se encoge de hombros—. Tú decides.

Al mirarlo descubro que sus ojos brillan más que nunca.

—¡Por cien mil euros! —añado emocionada.

Asiente.

—Por cien mil euros, nena.

—¡Pues vamos a hacerlo! ¡Dame ese maldito bolígrafo! —exclamo.

—¡Esa es mi chica!

Firmo todas las páginas mientras nos partimos de la risa por los nervios y porque somos unos inconscientes que ni siquiera sospechan la que se les viene encima.

Nos abrazamos, nos besamos y festejamos mi nuevo contrato como si me hubieran

nombrado directora de una gran empresa.

*****

—¡Qué fuerte! ¡Me voy a casar con Alexandra Gragio! —susurra Gerardo mientras salimos por la puerta del hotel cogidos de la mano, después de haber dejado todo como nos ha ordenado el mayordomo.

—¡Oye! —Le doy un golpe en el pecho—. A ver si ahora te vas a imaginar que lo haces con ella cuando nos acostemos.

Él pone los ojos en blanco y me sonríe.

—¡Qué va! Tú eres mucho mejor.

Me coge por la cintura entre risas. Nos disponíamos a marcharnos cuando SU VOZ a nuestra espalda nos llama la atención.

—¡Alicia!

Es él. Sin duda.

Me giro muy despacio.

Ahí está. Con su pose de perdonavidas, apoyado con un hombro en el marco de hierro de la gran puerta del hotel, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, un pie cruzado sobre el otro a la altura del tobillo y esos ojos malditos que son como un canto de sirena.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Estamos a tres metros escasos de distancia, pero me tiemblan las piernas.

—¿Dónde va? —inquiere algo molesto.

—A mi casa. —Me encojo de hombros.

—Ha firmado el contrato.

—Sí.

—Entonces habrá leído la cláusula número 125 que reza: *el trabajo comenzará en el preciso instante de la firma* —recalca.

—Mierda —murmuro para mí—: Pero no será tan literal.

Eleva una ceja.

—Suponía que las palabras *preciso instante* no dejaban lugar a confusiones.

Juro que me aguanto muchísimo para no hacer burla de su tono de semidiós.

—Pero al menos tendré que ir a casa a por mis cosas ¿no? —insisto.

—No necesita nada. Nosotros se lo facilitaremos todo.

—Pero… es demasiado pronto —exhorto—: No me he hecho a la idea.

Miro a Gerardo, que, como yo, tiene el terror reflejado en su rostro. Por un momento me arrepiento de lo que he hecho. De pronto, me siento privada de libertad. Como si estuviese presa. Y esto me hace pensar «La he cagado».

—Tenemos menos de una semana para prepararla y le garantizo que será un trabajo duro. Lamento informarla de que no disponemos de tiempo para despedidas lacrimógenas. Seamos adultos, por favor —añade el mayordomo con un tono para nada amigable.

Antes de que mi cerebro comience a hervir Gerardo me atrae hacia sí para abrazarme y que me centre en él porque, de lo contrario, asesinaré a ese capullo con esmoquin.

—Cariño, no pasa nada, no te agobies, todo estará bien. Ya verás que un par de meses pasan volando y nunca más volvemos a separarnos. —Me besa. Nos besamos. Lloramos. Nos abrazamos mientras nos juramos amor eterno.

Y también nos separamos en cuanto un carraspeo se eleva sobre nosotros.

—Te quiero —le recuerdo con lágrimas en los ojos mientras se aleja de mí caminando hacia atrás sin dejar de mirarme, alargando las manos como si así pudiera tocarme con la punta de los dedos.

—Y yo a ti, mi amor, no lo olvides.

Se monta en el taxi que había llamado la recepcionista para nosotros y observo apenada cómo el vehículo arranca y mi novio se despide con la mano por la ventanilla bajada. Aguanto las ganas de correr tras él cuando el coche se mezcla con el resto del tráfico. Permanezco durante un buen rato con la mano levantada, aunque él ya no pueda verme. Todo a mi alrededor es silencio. Ni siquiera escucho el bullicio madrileño.

—¿Ha terminado ya con la pantomima de mujer enamorada? —pregunta Lennox a mi espalda.

¿¡Qué!?

Me giro de golpe para clavarle una mirada asesina, la más intimidatoria que me ha salido jamás. En serio, mis ojos tienen que estar inyectados en cólera, aunque mirarlo es como chocar contra un muro de hormigón. Ni se inmuta.

—¿Pantomima? ¿A qué se refiere? —Me acerco a él.

—Es obvio. Salta a la vista que su relación es una farsa. Y, si no lo es, siento ser yo quien le diga que está claramente abocada al fracaso. —Se encoge de hombros.

¡Toma ya! Lo suelta y se queda tan pancho. Abocada al fracaso dice el muy imbécil. Siento cómo me arde el estómago y después cómo me sube el fuego por el cuerpo.

—¡¿Y qué sabrás tú sobre mi relación?! —protesto indignada.

El hecho de que le haya tuteado parece desconcertarle durante una fracción de segundo, pero enseguida vuelve a meterse en su papel de dios de los palos metidos por el culo.

—Desconozco todo sobre su relación y la verdad es que tampoco me interesa en absoluto, pero le informo de que soy experto en comunicación no verbal y resulta innegable que ustedes dos son incompatibles.

En serio, no sé qué hacer, me he quedado en shock. Lo único que tengo claro es que quiero gritarle que me importa una mierda su opinión robótica sobre mi relación. ¡Él no es nadie para juzgarnos!

Reprimo las ganas de abofetearlo para comprobar si un viejo robot habita en su interior o se trata solo de un papel. Es tan prepotente e intimidante que cada vez que lo tengo delante me siento indefensa.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Pues yo al menos tengo novio! —suelto.

Lo admito, parezco una niña de quince años y juro que nunca me comporto así. Me enfado conmigo misma por no ser capaz de responder de una manera más contundente. Este tío ha sacado lo peor de mí y no sé cómo reaccionar. No me había pasado nunca. Lo de improvisar por lo visto no es lo mío.

Él eleva una ceja. Sorprendido ante mi respuesta infantil.

—Si lo que pretende insinuar con semejante comentario es que yo no tengo pareja, efectivamente, carezco de ella. Para mí no es algo despectivo. Una relación afectiva entre un hombre y una mujer es algo que no me produce el más mínimo interés. Y ahora, si ha terminado de revelarse contra la autoridad, le sugeriría que entrase en el hotel para que le puedan asignar su habitación y comencemos a trabajar. Tengo incontables asuntos que atender y ya ha monopolizado usted un tiempo demasiado valioso. —Señala el interior del hotel con su mano enguantada y el ceño fruncido.

¡Y este tío! ¿En serio pretende que me mantenga calladita cuando me está acusando de ser una actriz de las malas en mi propia vida? ¡Si no me conoce de nada! ¡Será gilipollas! Ahora mismo me importa muy poco que sus ojos y su voz me vuelvan loca. Lo ha utilizado para conseguir su cometido, que firmase ese contrato, y ahora que se ha salido con la suya, se está descubriendo su verdadero yo.

—¡Eres un maldito ogro sin empatía! —lo acuso al borde de un ataque de pánico.

Él abre mucho los ojos y aprieta la mandíbula, como si le costase demasiado digerir mis palabras. Lo desafío con la mirada. No pienso obedecerle. ¡Por encima de mi cadáver!

La escena es ridícula, de verdad. Él plantado en medio de la puerta de un gran hotel de lujo con ambas manos a su espalda, la pose más rígida que haya visto nunca, contemplándome como si fuese una alumna a la que hay que reprender; mientras yo, muerta de pena por haber tenido que despedirme de mi mundo; embargada por la angustia de encontrarme en una situación que no controlo, y al mismo tiempo llena de rabia por tener que soportar al engendro de Satanás; me muero de ganas por salir corriendo calle abajo para no volver a verlo más.

Después de una cruenta batalla visual se gira para darme la espalda y entrar de nuevo en su lujoso mundo siniestro y solitario.

—¡Tú lo que estás es celoso! —le grito desde la calle cuando creo que ya no puede oírme.

Detiene su paso en seco.

«¡Oh, joder, Alice, eres idiota! ¿Sabes que ese mastodonte podría aplastarte con un solo dedo? ¿Sí? ¡Pues no lo provoques!», me increpo a mí misma mientras contemplo cagada de miedo su ancha espalda.

Gracias a los cielos, continúa caminado hasta que lo pierdo de vista. Solo entonces siento que recupero el aire en los pulmones. Respiro hondo y cierro los ojos para tratar de calmarme.

¿Por qué narices habré firmado ese contrato?

He firmado ese maldito contrato porque mi vida me asfixia. Necesito sacar la cabeza del fango y respirar. Necesito perder el miedo a lo desconocido. A dejarme llevar. Necesito poder equivocarme sin escuchar la voz de Gerardo o de mi madre diciendo «te lo dije». Necesito no hacer lo que es correcto a cada momento. Necesito desobedecer y tomar mis propias decisiones. Necesito estar sola para volver a ser yo. Necesito encontrarme porque, de lo contrario, me perderé para siempre.

Cuando vuelvo a abrir los ojos parece que todo a mi alrededor se ha congelado y permanece en silencio.

¿Y ahora qué?

Capítulo 6

DRAKE

Alicia cabalgándome a lo bestia. La espalda de Alicia pegada a mi cuerpo sudorosa, recibiendo con las piernas flexionadas a cuatro patas mis fuertes embestidas mientras mis manos acarician sus turgentes pechos y después las yemas de mis dedos se clavan en sus nalgas. Alicia gimiendo, pidiéndome más, poniéndose muy cachonda. Siento un fuerte escalofrío recorrer mi espina dorsal. Necesito correrme. Pero quiero correrme con Alicia, encima de Alicia, dentro de Alicia, en la boca de Alicia. Quiero hacer que se corra como nadie lo ha hecho nunca y que grite mi nombre, joder.

¡Me cago en la hostia!

—Pero ¿qué cojones me pasa? —rujo colérico, tratando de retener esta puta erección que va a explotarme dentro de los pantalones.

Cierro los ojos con fuerza durante un nanosegundo para obligarme a pensar en otra cosa. El puto pitido que abrasa mi cerebro me está matando. Hacía años que no se detenía, se había adormecido y yo, simplemente, me había acostumbrado a su presencia. Pero en cuanto ella ha aparecido se ha parado. No daba crédito. Sencillamente no estaba. Y ahora parece que ha vuelto con más fuerza que nunca.

Trato de centrarme en otra cosa para ver si se me pasa. Me ha resultado demasiado embriagadora la vida sin este puto pitido.

«*La excelencia debe ser lo cotidiano*».

El mantra que me enseñaron en el *International Butler School*, prácticamente me lo tatuaron a fuego en el cerebro y ahora yo hago lo mismo con mis oyentes cuando me invitan a dar alguna charla en la universidad porque considero que es un concepto fundamental en la vida.

Me repito sin parar la puta frase mientras piso el pedal del acelerador hasta el fondo, con rabia... Rabia. Una emoción. Hace años que no me permitía emocionarme por nada y ahora me asfixio en sentimientos, tantos, que hasta me cuesta digerirlos. A mí, el experto en comunicación no verbal, el hombre del corazón de acero, el que ha destapado a miles de criminales precisamente por eso: por sentir.

«*Ver, oír y callar. Solo actuar*».

Otro mantra que acude a mi mente y que ahora tampoco me sirve para nada porque ni veo, ni oigo, ni me callo y tampoco actúo; bueno, actúo, pero de puta pena, que para el caso es lo mismo.

—¡Joder! —rujo, pegando un fuerte puñetazo con todas mis fuerzas al volante.

Estoy decepcionado conmigo mismo.

Diez putos años de mi vida aprendiendo protocolo, imagen pública, comunicación no verbal y todas esas mierdas. Todo este tiempo siendo un excelentísimo actor con el fin de no mostrar mis preocupaciones o emociones, siempre teniendo buena cara, buena disposición, una falsa sonrisa, aunque la procesión fuera por dentro. Y todo ¿para qué? Para que una niñata consiga hacerme perder los papeles de una manera tan bochornosa en tan solo un minuto. ¡Un puto minuto, la hostia!

—¡Celoso, dice! Como si ese chaval disfrazado con un traje del *outlet* inmaduro y pusilánime pudiera hacerme sombra a mí. ¡A mí!

Cólera. Otra emoción que me embarga. No logro refrenarla.

Yo, que soy absolutamente independiente, que mis límites están determinados por la moderación, que aduzco el *respeto* como norma sagrada sobre la que se sustenta cualquier tipo de relación, ya sea personal, de negocios o institucional. ¡Respeto! Esa mujer no tiene ni idea de la grandeza de esa palabra. Me gustaría enseñárselo. ¡Oh! ¡Cómo disfrutaría enseñándoselo contra la pared!

La imagen de mi mano recorriendo su muslo con lentitud para después colarse en sus bragas se apodera de mi mente. Entonces, sacudo la cabeza. Me prohíbo pensar. Solo quiero marcar distancias entre ella y yo. Solo eso, joder.

Centro toda mi atención en mirar las líneas blancas pintadas en el asfalto de la carretera. Sin darme cuenta, he entrado en la autovía y conduzco a demasiada velocidad, pagaré con gusto la multa, lo siento, pero es lo que necesito ahora mismo. Soltar toda la adrenalina que llevo dentro... Eso y una buena mamada.

Me obligo a pensar en algo y lo único que acude a mi cabeza es que cuando un caballero Samurai erraba en su acción, la única salida que le quedaba para salvar su honra era el *Seppuku*, vulgarmente conocido como *Harakiri*, que significa cortarse el vientre. Eso solo ocurría en Japón cuando un hombre de honor se equivocaba. Se trataba de salvar su honor personal y familiar. Si el Samurai no llevaba la iniciativa en el *Seppuku*, su señor le cortaba o mandaba cortar la cabeza. En este último caso, se desposeía a la familia de todas sus propiedades. Normalmente, el Samurai se las arreglaba solo y en la peor de las ocasiones, para evitar sufrimientos innecesarios, su mejor amigo o alguien de confianza le ayudaba a terminar pronto con el ritual.

¿Por qué cojones estoy pensando en esto ahora? Porque estoy seguro de que ella es mi puto *Seppuku*. Apostaría todo lo que tengo a que el cabrón del destino me la ha enviado para cumplir lo que yo no tuve cojones a hacer en el pasado.

Hacía tanto tiempo que no me alteraba, que ahora mismo sería capaz de estrangularla con mis propias manos. Cuando me ha desafiado con su mirada me he transformado en puro fuego. Tantos años de estricto entrenamiento militar para perder los papeles como un puto crío ante semejante estupidez… mierda. ¡No doy crédito!

Se ha despertado algo en mí que hacía más de veinte años que tenía dormido. He sentido. Había desarrollado una exquisita predisposición para *olvidar* y, de repente, todo se ha ido a la mierda. Ha sacudido mi vida como un terremoto. Parezco otra persona. Estoy acostumbrado a lidiar con empresarios, hombres y mujeres, líderes y gobernantes de todo tipo. ¿Quién cojones se cree esa niñata para sacarme de mis casillas así? ¡No sabe quién soy yo!

Odio los cambios. Cambiar no es bueno cuando las cosas van bien, y todo marchaba a la perfección hasta que ha aparecido ella. Mi sexto sentido me dicta que me niegue a los cambios por alguna extraña razón. Algo instintivo que me grita que es peligroso. ¿No se supone que el representante de Alexandra debe velar por su bienestar?

Frank y yo formamos un buen equipo, me gusta como jefe porque delega casi todo en mí; pero cuando se trata de Alexandra se vuelve demasiado débil, no es capaz de negarle nada y eso me pone de muy mala hostia. Parece que se le nubla la razón y ese es el motivo por el que decidí hace tiempo olvidarme de las mujeres. Necesito tener la mente fría. Siempre.

Ellas son demasiado viscerales y a mí me gustan las cosas organizadas y planificadas de antemano, donde no haya lugar para los errores ni las improvisaciones de última hora. Me pagan para programar la vida de todos los trabajadores de la gira y, si esa mujer se interpone en mi camino, nada va a salir bien. Pero no pienso abandonar por semejante nimiedad y más cuando la he seleccionado yo mismo saltándome todos los protocolos.

«¡Y también te ha llamado ogro!», me recuerdo a mí mismo. ¡Ogro!

¡No soy un puto ogro, joder! Es solo que los empleados necesitan mano dura para rendir como deben en el trabajo. ¡Y ella es una empleada! Pero ¿qué coño se piensa? Esto no son unas putas vacaciones pagadas en *Yupilandia* y se lo voy a hacer saber en cuanto llegue.

Me da igual lo que opinen todos de mí. Sé de sobra lo que valgo. Encontrar un mayordomo de mi nivel es como hallar una puta aguja de oro en un pajar, pues falta mucha preparación y gente que se quiera dedicar a esto como profesión. Hay que dedicarle la vida entera y las personas ni se plantean optar a ello. A mi nivel no puedes permitirte el lujo de tener horarios ni ataduras, esa es una de las muchas razones por las que recibo un sueldo estratosférico. ¡Porque lo valgo, claro que lo valgo!

—¡Relájate, Lennox! —me recrimino mientras trato de recobrar el control de la situación, pero mi mente sigue discutiendo consigo misma en un bucle infinito tratando de defender mi honor.

No soy un «*Don yo*». Creo en la diversidad de opinión, el trabajo duro, el estudio, la investigación y, por tanto, creo en el mérito. Profeso una gran devoción por aquellos que buscan ser genuinos, imaginativos e innovadores respaldándose en la razón y, desde luego, al contrario que muchos de los que se dedican al Protocolo, admito que me equivoco, aunque también he de admitir que no suelo hacerlo.

Hoy en día, y para mi desgracia, la mayoría de la gente de mi edad no es así. La gente va por el mundo sin honor y sin palabra, haciendo lo que les viene en gana sin ningún tipo de consecuencia y así se va este puto mundo a la mierda. No hay nada más seductor que los buenos modales. No comprendo cómo Alicia no se da cuenta y va por ahí gritando que estoy celoso, dirigiéndose a mí sin respeto, llamándome ogro y tuteándome. ¡Tuteándome!

«¡Basta ya! ¡Deja de justificarte! ¡La has contratado porque te puso a mil y nunca antes te había pasado! ¡Con ninguna mujer!», me reprendo. Además, está el asunto de los dos meses que necesita Frank de ella. Pero, para ser francos, eso a mí no me repercutió en absoluto.

En cuanto la vi frente a aquel maldito ascensor en la agencia, a la que, por cierto, nunca debí haber ido, supe que sería mi ruina, que estaba bien jodido. Su expresión corporal denotaba miedo, supe que jamás lograría hacerse pasar por Alexandra y, aun así, a pesar de las múltiples advertencias de mi subconsciente y de mis años de experiencia, me dejé llevar y llamé a Frank

corriendo para que la contratase. ¡A la dueña de esa estúpida y preciosa sonrisa! Pero ¿en qué cojones estaba pensando? O mejor dicho ¿con qué cojones estaba pensando?

«Drake, tío, céntrate» me ordeno. Y esta voz interior me sorprende porque no suelo dejar salir a mi personalidad jovial, esa que me llama «tío» y «Drake». Hacía siglos que no se dirigía a mí de este modo.

«No. Tú eres otra persona. Céntrate, Lennox», me reprendo enseguida.

Lo que ha pasado ya está pasado. No puedo cambiarlo. Solo debo decidir qué hacer a partir de ahora. Qué actitud tendré ante esa mujer que me vuelve loco y no me refiero al sentido romántico de la expresión, no, me vuelve loco de verdad, literalmente.

No voy a ir a un bar a emborracharme. No pienso irme de putas. No voy a buscar bronca en ningún antro de mala muerte. Lo único que quiero es follármela. De mil maneras. He visto el fuego en esos ojos que me atraviesan el alma cada vez que me miran y solo hay una manera de terminar con esto.

Problema resuelto, me obedecerá.

—Pero ¿qué coño estás diciendo, tío? ¡Entonces tendrías un problema mucho más gordo! —me recrimino en voz alta de nuevo llamándome «tío». Pero ¿qué cojones me pasa?

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza. Ese pitido. El maldito pitido.

Siento las pulsaciones a mil. Me obligo a respirar para tratar de relajarme. Pongo spotify para ver si es cierto que la música amansa a las fieras, pero en los altavoces del coche comienza a sonar una bazofia brasileña y lo apago al instante.

—¡Esta mierda será de Roberto Carlos! —Mi enfado aumenta por momentos al pensar en el guardaespaldas que me ha prestado su coche y en cómo ha sonreído cuando ha visto a Alicia en una foto de mi móvil. Le hubiera querido hundir la cabeza en el retrete…

Joder. Joder. Joder.

«*Somos esclavos de nuestras palabras y dueños de nuestros silencios*».

Todo esto no tiene razón de ser. No comprendo el motivo por el que me empalmo cada vez que la tengo cerca, incluso ahora mismo, con solo pensar en ir al hotel y empotrarla contra la pared me va a estallar la puta polla. La imagen de su boca succionándome con fuerza me tortura cada vez que miro sus labios.

—¡No quiero que vuelva a cruzarse en mi camino, no puedo permitirlo! —gruño como un energúmeno.

Mi cuerpo no se controla cuando ella aparece y mi mente tiene que estar despejada, por lo tanto, no es compatible. Contratarla ha sido, con diferencia, la peor idea en la historia de las malas ideas. Una cagada de dimensiones épicas.

Debo despedirla.

Pero el pensamiento de no volver a verla, lejos de aliviarme, me crea un extraño vacío en el estómago que ignoro de inmediato a propósito. Además, ha sido la única que ha conseguido que el pitido desaparezca por fin.

«*Hay que elegir siempre el menor de los males*».

Tomo la primera salida que encuentro para volver al Palace porque ha anochecido y estoy demasiado lejos. No puedo dejar nada al azar. Debo volver y tomar las riendas de toda esta puta locura. Cumplir con el deber es lo primero. A la mierda los sentimientos y las emociones terrenales. Yo estoy por encima de eso.

Y sé lo que tengo que hacer.

Capítulo 7

Estoy tumbada en la lujosa habitación del hotel que me han asignado en la quinta planta viendo una serie de Netflix cuando llaman a la puerta.

—Adelante —respondo sin saber quién es.

El capullo de los ojos azules aparece ante mí con un móvil en la mano. Se acerca hasta la cama con su habitual paso firme de dios griego y me da el teléfono de mala gana. Solo dice «el jefe» antes de abandonar la habitación y cerrar la puerta a su espalda.

—¿Sí?

—¿Alicia Álvarez? —pregunta una potente voz masculina al otro lado.

—Sí, soy yo —respondo algo intrigada.

—Soy Frank Geller, no sé si ha oído hablar de mí. —¿¡Frank Geller!? ¿Frank el dueño de medio mundo Geller? ¿El puto Frank Geller de verdad?

Tomo aire para lograr hablar sin tartamudear.

—Sí, señor Geller, por supuesto que sé quién es —contesto—, vi su nombre en el membrete del contrato.

Además de ver su nombre en el membrete, sale en mil millones de programas de televisión, periódicos y redes sociales, aunque eso me lo guardo para no parecer una fan psicópata.

—Quería aprovechar para darle la bienvenida a la empresa —alega con su inconfundible acento italiano y con una voz tan amigable que, para mi sorpresa, consigue ponerme en guardia. No creo que el puto Frank Geller llame personalmente a cada mindundi que contraten en la empresa, pues no haría otra cosa.

—Muchas gracias, es todo un detalle —musito entre dientes aguardando el chaparrón.

—También aprovecho la ocasión, señorita Álvarez, para desearle suerte en su encomiable labor. Me gustaría remarcar que su sueldo será más que generoso y se espera que esté a la altura de las expectativas que hemos depositado en usted. No sé si es consciente de la responsabilidad que asume, pues la posibilidad de ser descubierta no es una opción que deba barajarse. En tal caso, se vería obligada a pagar tal suma de dinero a la señorita Gragio que resultaría insultante, y eso no le agradaría a nadie ¿verdad?

No. No, en absoluto.

—¡No! Le prometo que voy a dar lo mejor de mí y que ni su madre nos va a distinguir. —Me sale del alma.

Él suelta una risa aterradora que no sé si me relaja o me inquieta más todavía.

—No tengo duda. Confío en usted. Y ¿sabe quién confía en usted más que yo aún?

—¿Quién?

—El señor Lennox.

—¿El mayordomo? —pregunto atónita.

—Él fue quien me convenció para pagarle semejante suma. Para ser franco, disponíamos de dobles profesionales que cobraban una tercera parte. Pero Drake insistió en que finalmente fuese usted quien ocupase el puesto. Le ofreció algo a lo que no pudiera negarse, ni usted ni nadie, ni siquiera alguien que estuviese preparando su boda.

Permanezco en silencio. Ahora ya sé por qué me ha llamado el mismísimo Frank Geller, el célebre magnate. Se trata de un tirón de orejas en toda regla.

No me doy cuenta de que estaba respirando hasta que dejo escapar un suspiro.

—¿Y bien? —inquiere.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Geller?

—Por supuesto.

—Me gustaría saber ¿cómo un simple mayordomo se permite el lujo de realizar un casting de manera totalmente arbitraria para un puesto que se supone tan importante? Y, además, ¿cómo triplica el sueldo sin saber nada sobre el empleado en cuestión? —Me estoy arrepintiendo antes de terminar de hablar, pero es que siento la intriga hirviendo en mi estómago y necesito saberlo.

No he tenido que pasar ninguna prueba, ni siquiera una simple entrevista, y si esto sale mal no quiero que se me eche la culpa a mí, porque quizá y solo quizá, no estoy preparada para el puesto y ha sido el mayordomo quien no ha sabido verlo.

El señor Geller carraspea.

—¿Usted qué entiende por mayordomo? —pregunta en un tono demasiado seco.

—Pues, no sé, ¿alguien que sirve las bebidas en una fiesta y recibe a las visitas en casa? —conjeturo.

Suelta un gruñido. Se ha molestado. Obvio.

—Lamento tener que llevarle la contraria. Un *simple* —enfatiza la palabra— mayordomo es un profesional que proporciona algo de lo que yo nunca dispongo: tiempo. Para mí el tiempo es el activo más caro del mundo, por eso la persona que me lo otorga es tan valiosa como el propio tiempo en sí mismo, señorita Álvarez. Drake Lennox es militar de carrera en activo, aunque ahora mismo haya pedido una excedencia para poder trabajar en mi agencia. Me costó Dios y ayuda convencerlo, por cierto. Está autorizado legalmente para ejercer como Consultor de Protocolo, Comunicación e Imagen Pública, siendo invitado por varias universidades y escuelas de negocios nacionales y extranjeras cada año para impartir cursos al respecto. Asesora a dirigentes, así como a instituciones públicas y privadas en todos estos campos. Ha trabajado como Capitán Mayor en la Guardia Real de Londres y actualmente tenemos el honor de que haya aceptado ser nuestro mayordomo encargándose de los famosos con más caché de nuestra

agencia.

—Ya veo… —«¡Tierra trágame, por favor!».

—¿Quiere saber qué otras tareas realiza un *simple* mayordomo, Alicia?

—No es necesario, señor. Me ha quedado bastante claro, de verdad, lo siento muchísimo, yo…

—Pues —me interrumpe sin hacerme el menor caso—, básicamente, se dedica a dirigir a todos los empleados. El problema es que en esta agencia son muchas personas. Ocuparse del personal a nivel internacional no es igual que hacerlo en una empresa pequeña. Para organizar esta agencia tienes que tener agallas y dominar múltiples disciplinas. Le doy algunos ejemplos: hay que aprobar las compras que le piden de cada departamento y pagar a los proveedores en tiempo y forma. Debe organizar la seguridad de los eventos que celebremos. Recibir y atender a nuestros invitados más importantes. Gestionar la agenda, tanto particular como social, de Alexandra y de otros cinco actores más. Acompañarles en algunos viajes. Gestionar todos los servicios externos necesarios, ya sean escoltas, chofer, cheffs, equipo de peluquería, vestuario… Y si Lennox dice «*salte*», lo único que puede contestar el empleado es «*¿con qué pie?*». ¡Oh! Y ya por último le confío un pequeño secreto: tiene licencia de armas y amplia experiencia en esconder un cadáver, lo que le confiere un poder letal. ¿Comprende ahora mejor el concepto de lo que implica ser *un simple* —enfatiza otra vez— mayordomo, señorita Álvarez?

Estoy cagada de miedo porque esto no era un tirón de orejas. Ha sido una amenaza en toda regla.

—Lo siento de veras. No pretendía menospreciar su labor —me intento disculpar como puedo mientras deseo con todas mis fuerzas que el suelo se desquebraje y me engulla.

—Pues entonces no lo haga. Se lo aconsejo por su bien. Buenas noches.

Cuelga.

El silencio se hace en la habitación.

Cojo la almohada y me pongo a llorar con todas mis ganas. Pero ¿quién me mandaría a mí meterme en esto? Si hace dos días mis mayores problemas eran elegir el color de las flores de mi boda y decidir si ponía ron o whisky en la barra libre del bar.

Llaman a la puerta.

—Perdón. ¿Puedo pasar?

Su voz. Otra vez.

—Adelante.

Se abre la puerta.

Aparece.

Reprimo las ganas que me entran de lanzarle la almohada a la cara para que se le borre esa estúpida expresión de «gano yo».

Lejos de eso, me incorporo para quedarme en pie junto a la cama como si fuese un militar y lo miro embargada de rencor. Supongo que debo de tener la cara roja y un montón de rímel recorriendo mis mejillas, además del pelo enmarañado. Seguro que la muñeca diabólica a mi lado debe de parecer Barbie Glamour.

Levanto la barbilla para que no me vea derrotada. Antes doblarme que partirme.

—Admito que te debo una disculpa —musito entre dientes.

Me cuesta la vida pronunciar esas palabras.

—La discreción y la confidencialidad son puntos esenciales para ejercer mi profesión con éxito. Nadie sabrá jamás que mancilló su honor pidiéndome perdón. —Un atisbo de sonrisa asoma a la comisura de sus labios.

¡Será cabrón!

Levanta la mano para que le devuelva su móvil.

—¿En serio? —Me separo de la cama para acercarme a él, que aún permanece junto a la puerta. Parece sorprendido, aunque intente mantener la compostura—. ¿Cuando me estoy disculpando aprovechas para burlarte de mí? ¡Otra vez! ¿Y luego pretendes que te respete? Pues ¿sabes lo que te digo? ¡Que te vayas a la mierda!

No puedo evitarlo. Es algo superior a mí. Me saca de quicio. Me enciende. Aunque me detengo a cierta distancia porque me impresiona demasiado. Él eleva una ceja al ver que me detengo.

—Señorita Álvarez, solo llevamos trabajando juntos unas cuantas horas, pero le aseguro que nadie había conseguido hasta el momento enfurecerme tanto como lo hace usted.

—¿Enfurecerte? ¡Ja! ¡Si pareces un robot! «Alicia enojar mí» —lo imito poniendo tono de robot, o lo que a mí me parece la voz de un robot, claro—. Un ser humano cuando se enfurece cambia el gesto, frunce el ceño, o al menos cambia el tono de voz. He visto ladrillos expresar más emoción que tú, ¡por el amor de Dios!

Observo cómo se le mueve la garganta. Ha tragado con dificultad, aunque haya tratado de disimularlo. Su mirada gélida consigue que el Polo Norte parezca una isla tropical.

—No me pagan para caerle bien. Pero, si lo prefiere, puedo decírselo de otra manera, quizá así lo comprenda mejor.

Me cruzo de brazos para observarlo con intriga mientras suelto un bufido de incredulidad.

—Sorpréndeme, *Robocop*. —Lo animo elevando una mano a modo de invitación.

Él avanza un par de pasos hasta plantarse a escasos centímetros de mí. Me arrebata su móvil de la mano. Su intenso olor a selva mezclada con madera obnubila mi razón durante un breve instante. Es un olor muy seductor que no había percibido antes por no estar tan cerca. Baja la cabeza para mirarme y yo la subo. Mierda, otra vez esos ojos del demonio.

Permanecemos así durante unos segundos. No soy capaz de apartar mis ojos de los suyos. Es tan condenadamente guapo y tan sumamente imbécil que voy a terminar volviéndome loca.

—Deje de tocarme los cojones de una puta vez —ruge entre dientes.

Me sorprenden tanto esas cinco palabras que solo logro abrir demasiado los ojos. Me he quedado totalmente paralizada. Era lo último que me esperaba y ni siquiera sé cómo reaccionar.

En serio ¿acaba de pasar esto?

Sin darme tiempo a réplica, aprieta la mandíbula, los puños y sale de la habitación pegando

un portazo. Acto seguido… me entra la risa floja.

—¡Ya te gustaría, *Terminator*! —grito para que me escuche incluso al otro lado de la puerta.

Creo que acabo de encontrar una nueva ilusión en mi vida: sacar de quicio a este mayordomo estirado.

Capítulo 8

Anoche, para mi sorpresa, dormí muy bien. Le di las buenas noches a mi amorcito, mostrándole mi lujosa habitación en una videollamada. Gasté unas cuantas bromas absurdas en el grupo de mis amigos para que no crean que pasa nada raro y llamé a mi madre para convencerla de que no me ha secuestrado una banda de albano Kosovares. Luego vi media película en la tele porque, para variar, me quedé frita antes de que terminase. Todo en orden.

Por la mañana temprano me informaron las chicas de recepción de que el desayuno se servía a partir de las ocho y bajé al restaurante sobre las nueve con la misma ropa que llevé ayer, es decir, mi vestido de la última nochevieja, ahora arrugado como si le hubiera pasado un tren por encima. He desayunado como si fuese el fin del mundo, pero en mi defensa diré que estaba todo delicioso.

Nota mental: No seguir este ritmo de ingesta de dulces si quieres caber en el vestido de novia.

Al volver a la habitación, veo que avanza de frente por el pasillo un Drake Lennox ataviado con unos pantalones cortos de color negro y una camiseta a juego, todo bastante ajustadito, por lo que se puede adivinar el pedazo que cuerpo que escondía el mayordomo debajo del esmoquin. Lleva una toalla al cuello que sujeta con una mano mientras se seca el sudor de la frente con el otro extremo. Está todo sudado y aun así es el hombre más atractivo del mundo, por todos los santos. No me quiero ni imaginar el aspecto que tendría yo después de haberme estado machacando en el gym, una cobaya calva y roja a mi lado sería Beyoncé.

Mi primer impulso nada más visualizarlo es darme la vuelta cual cobarde que soy y huir de la escena del crimen a toda prisa, pero mucho me temo que ya me ha visto, así que me empodero, levanto la cabeza y aprieto el culo, dispuesta a cruzarme con él como si nada, para que nunca sepa que su mera presencia me afecta más de la cuenta.

—Vaya, no sabía que a los robots se les podía cambiar la vestimenta que traen de serie —comento al llegar casi a su lado, pero mirando mis uñas, como si no le prestara la menor atención —, pensaba que te habrían cosido el traje al fabricarte

La verdad es que soy incapaz de imaginarlo desnudo, debe de haber nacido ya con el esmoquin puesto, aunque, a decir verdad, tampoco me lo imagino siendo niño ni riendo, seguro que fue un bebé de ceño fruncido.

—No importa el atuendo que lleve, porque usted seguirá mirándome con fascinación cada vez que me tenga delante.

Sigo adelante centrada en mis uñas.

—A palabras sordas oídos necios.

Mierda.

—¿Cree que, para variar, sería capaz de decir algo con sentido en mi presencia? —Ahora sí, clavo mis ojos en él, lo descubro mirando mi vestido con desprecio.

Enseguida eleva la mirada hacia mis ojos y el intenso contacto con los suyos logra que algo dentro de mí cambie. Me derrito. La parte que se esconde tras mi coraza de chica dura y fría se está confundiendo y volviéndose más cálida.

«No, no, no, Alice, de cálida nada», me reprocho enojada.

—¿Mirándote con fascinación? ¡Ja! ¡Ya te gustaría, Lennox! ¡Lo que creo es que deberías seguir entrenando en el gimnasio un poco más porque todavía te queda demasiada energía para ser idiota!

Una línea recta se dibuja en sus labios apretados, ¿está reteniendo la risa el muy imbécil? Cada vez tengo más claro que, al igual que yo, se comporta de un modo distinto cuando yo estoy cerca, y que lo hace de manera intencionada.

Siento que el calor me sube a las mejillas en cuanto nuestros cuerpos se cruzan, como si de repente alguien hubiese subido la calefacción. Es pura química, estoy segura. Continúo mi camino sin detenerme hasta la habitación con la mayor dignidad que soy capaz de reunir.

Antes de abrir la puerta, miro hacia atrás y lo descubro observándome sin censura. Nuestros encuentros son de lo más raros e incómodos. Mi corazón da un vuelco y me apresuro a entrar corriendo a mi cuarto. Una vez dentro es cuando grito contra la almohada. Algo que ya empieza a ser habitual en mí.

*****

Me he duchado y lavado el pelo para ver si me relajo un poco. He tenido que ponerme el mismo vestido porque no tengo otra cosa. ¿Quién me diría que iba a darle tanto uso el día que lo compré a regañadientes en Zara? Cuando voy a coger el secador para secarme el pelo, alguien llama a la puerta.

«Como sea él, juro que le estampo el secador en la cabeza. Necesito un poco de paz».

Abro con el ceño fruncido, dispuesta a embarcarme en una cruenta batalla contra el mayordomo, cuando un grupo de dos chicas y un chico de unos veinticinco años entran en la habitación como Pepe por su casa.

—¡Hola, reina! ¡Somos el *team* «Cambio radical»! Venimos a transformarte en la mismísima Alexandra Gragio —me informa el chico medio canturreando—. Yo soy Javi y ellas son mis ayudantes, Sonia y Selena.

—¡Tus ayudantes las narices! —protesta una antes de que me dé tiempo a abrir el pico.

—¡Pero si estamos aquí antes que tú, *cheugy*! —alega la otra.

—Pero sabéis que yo tengo más talento que las dos juntas —responde él.

Ellas pasan de él para darme dos besos mientras me río.

—¿Sonia y Selena? ¿En serio? —ironizo.

—¡Oh, sí! Nuestros padres eran muy frikis, hija —comenta una de ellas.

—¿Sois hermanas?

—Por desgracia, aunque yo soy la guapa. Acuérdate, Selena la guapa.

—¡Pero si sois gemelas! —Me río por la broma.

—Ya, pero siempre hay una más guapa —insiste.

—Y suele ser también la más gilipollas —responde la que había estado en silencio.

Nos reímos los cuatro. La verdad es que las dos son guapísimas. Tienen el pelo rubio, largo y liso. Los ojos verdosos. No son muy altas, pero tampoco bajas, más o menos serán de mi altura, metro sesenta calculo, aunque, eso sí, tienen muchas menos curvas que yo. Las puedo distinguir porque Selena lleva un piercing en la ceja y Sonia no.

Javi es delgado y espigado. Está rapado al cero y tiene unos ojos castaños súper expresivos que acompañan a una cara preciosa.

—Esta se perece más que la anterior, ¿no? —comenta Sonia a los otros dos como si yo no pudiese escucharla.

—Sí. Va a quedar perfecta —le responde su hermana.

—Venga, reina, vente con nosotros al centro, que vas a flipar de cómo te vamos a dejar —gorjea él al tiempo que me coge del brazo para que lo siga.

*****

Tres horas más tarde, por fin le dan la vuelta al sillón del salón de belleza del hotel donde estoy sentada para que pueda mirarme en el gran espejo que hasta ahora tenía a la espalda.

—Todavía no es el resultado final porque estás un poquito hinchada con tanto tratamiento, pero puedes hacerte una ligera idea de cómo te verás —me advierte Selena mientras guarda las brochas en el estuche.

Al verme en el reflejo siento algo muy extraño. Es como si no fuese yo, pero a la vez lo fuera. No sé. Es una sensación muy confusa, como si mi alma estuviese poseyendo un cuerpo y un rostro ajenos. ¡Nada más y nada menos que el cuerpo de Alexandra Gragio!

—¡Wow! —exclamo acariciando mi rostro con sumo cuidado, no vaya a ser que se desvanezca—. No puede ser real.

Me levanto para poder mirarme más de cerca.

—¡Eres la puta Alexandra Gragio, reina! —festeja Javi, orgulloso de su trabajo.

—¡Es increíble! —No puedo dejar de sonreír. —¡Soy idéntica! Parezco un clon.

—Un puto clon —canturrea Javi.

—¡Y verás cuando te traigan la ropa, nena! Entonces sí vas a flipar —augura Selena entusiasmada.

—Con lo que va a flipar va a ser con Julia —sonríe Sonia con malicia.

—¿Quién es Julia? —pregunto intrigada.

—Un demonio del averno que no te va a dejar volver a comer chocolate, ya os presentarán

—me advierte Javi.

—Pero no me dejéis con la intriga —les pido.

—No podemos decir nada, ya sabes. Contrato de confidencialidad —alega Sonia encogiéndose de hombros. —Disfruta de tu nuevo *yo*, ¡que estás cañón, tía! Nosotros hemos terminado por hoy.

—¿Por hoy? —pregunto, observando cómo recogen todo para meterlo en sus enormes maletines.

—Claro, *amore*, cada vez que hagas alguna aparición estelar en público tenemos que prepararte antes —me aclara ella—. Hoy solo ha sido como dibujar un boceto.

—Pero… —balbuceo.

—*Ciao, bella* —gorjea Javi.

Se despiden dándome dos besos cada uno para después salir por la puerta. Está claro que no les han autorizado a hablar. Han dejado todas las maletas en un rincón, supongo que se las llevará el mismo que las haya traído.

Me miro con más detenimiento al espejo. Me han hecho un corte *shaggy* a la altura del hombro, ondulado, como lo lleva la actriz ahora mismo, con unos reflejos azulados. Me han hecho *microblading* en las cejas (que ha dolido de la leche) para que sean iguales a las suyas, largas y arqueadas, por lo que mis ojos ahora parecen enormes. Me han puesto pestañas postizas permanentes. Me han inyectado miles de vitaminas y ácido hialurónico por toda la cara.

Javi quería ponerme silicona en los labios, pero las chicas no se lo han permitido porque, según ellas, los tengo perfectos. También llevo uñas de porcelana con una manicura preciosa, además de una pedicura ideal. Y, por último, ¿qué decir del maquillaje? Pues que yo no sería capaz de hacerme este pedazo de *cat eyes* ni en cien años.

—¡Que fuerte! ¡Soy igualita! ¡Estoy buenísima! —murmuro poniendo caras y posturitas sexis frente al espejo.

—Narciso murió admirando su belleza.

Esa voz de nuevo a mi espalda consigue que pierda el equilibrio.

Intento que no perciba cómo me pongo de nerviosa, pero su sola presencia llena tanto el espacio que acelera mis pulsaciones. No logro evitar que todo entre nosotros sea demasiado intenso y también demasiado molesto.

—Puedes ensalzar mi belleza sin necesidad de recurrir a la ironía. Ya no estamos en el instituto, Lennox. Al menos yo. Tu edad mental no llega ni a primaria —protesto.

—Ciertamente está usted preciosa. —Casi me da un infarto al escuchar semejante frase. Una lástima que continúe hablando—: No esperaba menos de mi equipo, para eso se les paga una ingente suma de dinero.

Claro, ha dejado claro que mi belleza es fruto del esfuerzo de su equipo. ¿Cómo no?

Pongo los ojos en blanco.

—Vale, ya sé a qué juegas. Me das una de cal y otra de arena para mantenerme a raya, pero

no pienso morder el anzuelo. Soy mucho más inteligente que eso —reniego.

—Me gustaría verlo.

Lo miro a través del reflejo, está plantado a mi espalda, en medio de la puerta con su impoluto uniforme y las manos a la espalda. Mirándome con esos gélidos ojos que bien podrían congelar el maldito infierno.

—Seguro que estás acostumbrado a ir por ahí mirando a la gente por encima del hombro por ser Don Importante y que todos tus empleados se caguen de miedo en cuanto pestañeas. Pero ¿sabes qué? Que a mí no me impresionas.

—Me alegra escuchar eso. No necesito su admiración, solo su respeto. De lo contrario, me temo que usted tendrá las de perder.

Me giro para poder mirarlo de frente. Él ni siquiera pestañea cuando lo desafío entrecerrando los ojos.

—¿Eso es una amenaza? —inquiero.

—En realidad es una advertencia.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a poner sobre tus rodillas para azotarme?

La imagen de semejante estupidez pasa por mi mente a traición para conseguir que me salgan los colores en las mejillas. ¿Por qué no dejaré de comportarme como una auténtica adolescente zumbada cuando lo tengo delante?

—¿Eso le gustaría? —espeta, enarcando una de sus espesas cejas oscuras.

—¿Y a usted?

Mi pregunta consigue que nos miremos fijamente durante un segundo. No puedo evitar que se me escape una pequeña risita traicionera que me apresuro en disimular. Esto consigue que la inalterable muralla de hielo que protege sus ojos disminuya lo suficiente como para que pueda distinguir un ligero atisbo de humor en ellos.

—Si es preciso para ganarme su respeto, sí, lo haría… con gusto. —El tono de su voz al pronunciar sus dos últimas palabras es demasiado sugerente para mi cordura.

Jaque mate.

Un calor repentino invade mi entrepierna. Esto podría considerarse infidelidad. Estoy segura. Es hora de retirarse. Dicen que una retirada a tiempo es una victoria ¿no?

—¡Ni en tus sueños! —espeto airada.

Suelto un gruñido, cierro con fuerza mis puños y atravieso a toda velocidad el salón. Al llegar a su altura se hace a un lado para dejarme pasar y es entonces cuando huelo su perfume y me vuelvo un poco más loca.

Salgo corriendo escaleras arriba. Una vez en mi cuarto, repito la misma acción que ya se ha vuelto costumbre: dejarme caer sobre la cama para exhalar mi rabia chillando contra la almohada.

—¡Será capullo!

Capítulo 9

—No puedo creer que necesite toda esa ropa —exclamo gesticulando con las manos de manera exagerada para señalar la ingente cantidad de perchas colgadas que se expanden ante mí—, todo esto es un derroche.

—No es tan excesivo como parece —niega Julia, la elegante señora de unos cincuenta años que me ha acompañado a la habitación contigua a la mía. Una habitación que utilizan a modo de vestíbulo única y exclusivamente.

—¿Usted cree que podré ponerme todo esto? ¿En un mes? ¡Ni siquiera me daría tiempo en una vida entera! —insisto.

—Tenga en cuenta, señorita, que hay dos prendas de cada modelo —me explica con paciencia.

—¿Qué?

—Cuando la actriz se ponga un vestido de gala, usted tendrá que llevar el mismo. Si ella sale de *shopping* con unos vaqueros, usted deberá vestir de la misma manera.

Miro con más atención las prendas de vestir y tiene razón, hay dos de cada. Incluso de zapatos, tocados y bolsos. ¡Qué locura! Me estoy volviendo loca.

—Vale —asumo.

Aun así, lo considero excesivo.

—Yo estaré aquí para ayudarle con el *dresscode* cada día, ¿de acuerdo? No tendrá que preocuparse por nada.

—Vale. —Permanezco pensativa—. ¿Y Alexandra? ¿Vendrá aquí a vestirse también?

Ya me imagino la fiesta.

—Sí, pero nunca coincidirán. Muy pocas veces se dirige a sus dobles —me cuenta.

—¡Ah! ¿Por qué no?

—No lo sé. Supongo que no le gustará enfrentarse a sí misma.

No comprendo lo que quiere insinuar con sus palabras, pero tampoco me da opción a réplica, ya que se adelanta y me coge del brazo para que me suba en una especie de grada, delante de la que han dispuesto un espejo enorme. Me recuerda a las carísimas *boutiques* donde me llevó mi madre hace unos meses para probarme vestidos de novia. Por cierto, en una de ellas nos cogimos un buen pedo con el *champagne*.

—Desnúdese, por favor. Voy a probarle un par de vestidos para comprobar que los bajos estén perfectos. Drake me aseguró que tenía las mismas medidas que Alexandra, pero mis años

de experiencia me dicen que usted tiene un par de kilitos más —comenta mientras va a por uno de los modelos colgados a mi derecha.

—Estoy haciendo dieta para la boda —miento al quitarme el vestido que he llevado desde ayer—. Pero el estrés y la ansiedad no me permiten bajar de peso. Estoy como hinchada.

—No hay por qué bajar de peso en la vida real, pero si la contratan de doble de alguien se supone que debe tener las mismas medidas. No sé qué mosca le habrá picado a ese mayordomo gruñón. Se estará haciendo mayor. Nunca antes había seleccionado a una candidata sin que diésemos el visto bueno los demás del equipo. Esperemos que esto salga bien. Es un despropósito.

Las dos nos miramos esperando alguna palabra de la otra, pero ninguna la obtiene. No tengo la menor idea de por qué motivo me ha contratado el patán del esmoquin. Tengo la sensación de que cualquier cosa que diga o haga será utilizada en mi contra, así que será mejor que me mantenga calladita.

Se pasa un buen rato poniendo alfileres aquí y allá, midiendo cada parte de mi cuerpo con la cinta métrica y tomando apuntes en una libreta mientras protesta. Me estoy aburriendo muchísimo, aunque trato de enfocar mi escaso entusiasmo en el maravilloso vestido de pedrería azul marino que tengo puesto. Esto debe de valer una pasta.

Al cabo de dos horas, ha terminado.

—¡Está bien! Tardaré un par de días, pero quedarán perfectos. Solo tendré que sacar un centímetro de cada costura de las caderas. Eso, o tendrá que comer lechuga durante una semana. —Me observa por encima de las gafas.

—No, la lechuga mejor la dejamos para los conejos —bromeo, pero ella no se ríe.

Me saca el vestido que llevo puesto con sumo cuidado por encima de la cabeza y lo vuelve a colocar en su percha con gran ceremonia.

—Tiene la ropa interior en ese armario. —Señala con el dedo hacia dicho lugar—. Creo que sería conveniente que se lo llevase a su propia habitación. Lo veo mucho más práctico.

—¡Por supuesto!

No me imagino yendo en bolas por el pasillo para vestirme.

—Las habitaciones están comunicadas —me explica mientras señala con la mano una puerta que no había visto hasta ahora y pone los ojos en blanco como si me hubiese leído el pensamiento—, pero no siempre podrá entrar aquí, como por ejemplo cuando estemos arreglando a Alexandra, que cerraremos con llave. Por eso le recomiendo que se lo lleve a su cuarto.

—Gracias, Julia.

—Un placer.

Se marcha sin añadir nada más. Creo que su exquisita educación no le permite añadir «se masca la tragedia, vamos a cagarla por tu culpa», pero sus ojos lo desvelan.

Una vez que estoy sola, abro el armario de la lencería y me quedo con la boca abierta. ¡Qué pasada!

Acaricio cada prenda con sumo cuidado, no vaya a ser que se desintegren. Hay camisones, sujetadores, tangas, braguitas, pijamas, bodis, medias… Por Dios, es todo tan delicado que da miedo hasta tocarlo. Encajes, sedas, satén, raso, organza...

—¡Este es el sueño de toda mujer hecho realidad! —festejo.

Saco el móvil para hacer una foto y mandársela a Gerardo con un emoticono guiñando un ojo y el texto:

Espero que me dejen llevármelo todo a casa. Creo que hay un par de cosas a las que podríamos darle un buen uso en la luna de miel.

Espero su respuesta, pero no llega, así que cojo toda la ropa íntima para llevármela a mi cuarto. Doy unos cuantos viajes, pero como atravieso por la puerta que comunica ambas estancias, no tardo demasiado.

Una vez que está todo colocado, decido ponerme un conjunto negro de encaje debajo de un vestidito muy corto de Chanel de color cereza y unas cuñas de esparto del mismo tono.

—¡Espectacular! —gorjeo en el espejo.

No puedo evitar mandarle otra foto a Gerardo, pero esta vez sin texto.

Como tampoco obtengo respuesta decido bajar a comer.

Todos los clientes del hotel con los que me cruzo me miran al pasar y cuchichean entre ellos. Alguno incluso me saca una foto creyendo que no me doy cuenta.

Me siento junto a la misma mesa que me asignaron en el desayuno y me pido un vino blanco con unos *tagliatelli* a la carbonara. No tarda demasiado en servirme un camarero muy amable. Le sonrío y me dispongo a comer tan feliz.

—¿Cuánto lleva aquí? ¿¡Dos minutos!? —ruge cabreadísimo.

Doy un brinco en mi silla por el susto.

—¡Joder! —me quejo poniéndome la mano sobre el pecho, donde el corazón late desbocado y no precisamente porque el mayordomo esté tan bueno—. ¿Por qué eres tan sigiloso?

Él toma asiento frente a mí muy despacio sin dejar de mirarme a los ojos.

—Alexandra no debería llegar hasta la semana que viene a España —susurra.

Trago la comida que me había metido en la boca.

—¿Y?

—Pues que te has paseado por todo el hotel —me señala con una mano acusadora—: ¡Vestida como ella!

Parpadeo, confusa.

—¿Me has tuteado? ¿Ya te tomas esas confianzas? —lo provoco, fingiendo una indignación que no siento. —Un mayordomo de tu rango… ¡qué decepción!

Él deja escapar un bufido y cierra los ojos mientras se pellizca el puente de la nariz. Respira hondo. Supongo que está rogando a Dios que le dé paciencia para no asesinarme. Por fin

abre los ojos.

—No puede ir paseándose por todas partes cuando está caracterizada porque la gente pensará que es ella —me explica con toda la calma del mundo en un tono muy bajito.

—Vaya, otra vez me habla de usted. Mi pequeño cerebro de mujer tonta está un poco confuso. —Me cruzo de brazos mirando al infinito como si fuese un poco cortita.

De pronto, da un fuerte golpe con la mano sobre la mesa y me sobresalto.

—¡Va a ser la primera persona a la que despido en menos de veinticuatro horas! —me advierte.

Va a resultar que el hombre de hojalata tiene emociones porque ahora parece realmente enfadado. Y no me extraña porque estoy pasando de lo que realmente importa para centrarme en tocarle las narices. ¿Por qué lo hago? Pues no lo sé muy bien, pero se ha convertido en un vicio demasiado placentero.

—Bueno, al menos cobraré una buena indemnización por despido improcedente. —Me encojo de hombros.

—¿Le parece improcedente saltarse todas y cada una de las normas? —gruñe tratando de contener su ira.

—¿Le parece procedente contratar a alguien sin ni siquiera saber si habla inglés? ¿No se supone que una doble debe hablar el idioma del personaje que dobla? —contraataco.

Suelta un bufido.

—Eso es ridículo. ¿Quién no habla inglés hoy en día? —se mofa.

Levanto la mano y su aguda mirada se desliza por mi brazo hasta el dedo en alto. Al volver a mis ojos expresa algo parecido a la sorpresa, pero mezclado con algo similar al odio mortal.

—No tengo ni idea de inglés. Siempre lo he odiado. Aprendía las cuatro cosas básicas que nos mandaban en el colegio para aprobar el examen y luego se me olvidaba. Te puedo decir mi nombre y mi edad como mucho —le confieso riéndome.

Desvía la mirada durante un instante, pero es el tiempo suficiente para captar el terror en sus ojos.

—Mierda —gruñe entre dientes para sí.

—Disculpa, ¿cómo dices? —lo pincho.

Él me observa lleno de rabia, daría lo que fuera por exterminarme, aunque sabe de sobra que no puede perder los papeles en público, sería demasiada intensidad para un robot como él. Disimula como puede. Parece apurado de verdad. No doy crédito.

Pero es cuestión de un segundo lo que tarda en volver a su pose rígida y concienzudamente formal.

—Ahora mismo las redes están llenas de rumores sobre la estancia de Alexandra en España. Ese es el primero de los asuntos a resolver —me informa mientras se recoloca la chaqueta del uniforme de manera escrupulosa.

Saca de un bolsillo su teléfono, lo desbloquea y me muestra en la pantalla varias fotos y videos en los que se me puede ver de camino al restaurante.

—Vale. ¿Y qué pasa porque esté unos días antes aquí?

Niega con la cabeza, escandalizado, pero contenido, como es él, la moderación personificada.

—La señorita Gragio no puede llegar a un país sin avisar antes al gabinete de prensa, a su representante, al departamento de seguridad y a todos los medios de comunicación. Por no hablar de sus fans. ¿En qué mundo vive? ¿Acaso se cree que esto es una broma? —Su voz ronca denota una creciente indignación.

—Lo que creo es que por algún extraño motivo que nadie alcanza a comprender, te has empeñado en que yo, una auténtica inepta según tú, ocupe un puesto para el que resulta más que obvio que no estoy preparada. ¿Por qué me has ofrecido este trabajo, Lennox? —inquiero—. Porque, si de algo estoy segura, es de que yo no pienso cargar solita con toda la culpa si la cago. Y desde ya te aviso de que es lo más probable.

—Está bien. Vamos. —Hace un movimiento con la mano mientras se levanta de la silla y espera junto a la mesa a que lo siga.

—¿A dónde? No he comido.

El mayordomo le hace una seña con la cabeza a un camarero que enseguida entiende lo que significa, aunque yo no puedo decir lo mismo. «Verás como al final no tomo ni lechuga» me digo muerta de hambre.

Me levanto con la intención de atravesar el salón, pero Lennox me coge del antebrazo para llevarme casi a rastras hasta una puerta trasera, ya que el restaurante está hasta arriba de gente.

Llegamos a un pequeño jardín donde hay cubos de basura y varias cajas apiladas. Supongo que será el patio de la cocina.

—Vaya, pensé que tendrías más clase a la hora de escoger los decorados para tus charlitas motivadoras —protesto señalando con desdén los cubos de basura.

Él se coloca frente a mí con las manos a su espalda, es decir, su habitual pose de mayordomo estirado, ignorándome, como de costumbre. Yo me cruzo de brazos y comienzo a silbar a la espera de alguna bronca o similar. Él niega con la cabeza, exasperado, ante mi silbido; es como si le taladrase el cerebro. Será alguna especie de alergia a esa onda de sonido.

—La he traído aquí para que me explique con detalle cuál es el motivo de su constante conducta inadecuada —me pide.

—¡Oh! Pues creo que eso mismo debería decirte yo.

—Mi conducta es más que adecuada teniendo en cuenta la suya —insiste.

—La mía también es adecuada entonces —sigo provocándolo, a ver quién puede más.

Él toma aire para armarse de paciencia. Desde luego, he de admitir que se notan los años de entrenamiento. Yo ya me habría lanzado por un barranco para que pareciese un accidente.

—¿Podría comportarse como es debido por el bien de todos? —me pide en un tono

amable.

—Y tú ¿podrías dejarme en paz? —espeto imitándole.

Su mirada se desvía un leve instante hacia otra parte para volver a mí mucho más severa. Durante un momento, creo que va a dejarse llevar, pero enseguida recobra la compostura.

—Me temo que eso no será posible. Soy su jefe directo —me informa sin inmutarse.

—¿Y no puede haber alguien más? ¿Un intermediario o algo así? Está claro que lo nuestro —nos señalo a ambos con un dedo— no funciona.

—No hay nadie más.

—Pues entonces tenemos un grave problema.

Suelta un suspiro. Mete las manos en los bolsillos y se apoya en la barandilla de hierro negro que tiene a su espalda, adoptando una pose algo más relajada.

—¿Todo esto es porque le dije que su historia de amor era una pantomima? —indaga examinándome con los ojos entrecerrados.

No sé qué contestarle. Por un lado, sí, me sentó fatal que me juzgara de esa manera, que afirmase que lo que tenemos Gerardo y yo era una farsa, sin conocernos de nada. Pero, por otra parte, ese lado suyo remilgado y perfeccionista me saca de mis casillas y no puedo evitar querer revelarme contra su autoridad para desvelar quien es realmente. Me niego a aceptar que pueda existir alguien así, mitad máquina, mitad humano.

—No es solo por eso —admito.

—¿Entonces?

—Me cae mal. —Me encojo de hombros.

Al ver la expresión de su rostro, algo parecido a *¿tenemos trece años o qué?*, deduzco que mi cara también debe de ser todo un poema.

Niega con la cabeza, supongo que para que mis palabras no permanezcan demasiado tiempo en la suya.

—Está bien. Le propongo un trato —añade.

Suelto un bufido seguido por una risa sarcástica.

—La última vez que me propusiste algo mira cómo hemos acabado. ¡Y lo peor es que esto no ha hecho más que empezar!

Él asiente.

—Necesito que haga lo que le pido, Alicia. Solo eso. ¿Usted qué necesita?

—Para empezar, odio que me llames de usted. Me haces sentir anciana.

—Está bien, pues yo le tuteo y usted me obedece —propone.

—¿¡Qué?! ¡Ni de coña! —vocifero—. Tengo principios ¿sabes?

«Mi obediencia no vas a ganártela ni postrándote de rodillas, robot —exclamo para mis adentros—, aunque, pensándolo mejor… puede que así sí te la ganases». ¡Por Dios! ¡Fuera de mi

mente, harpía lujuriosa!

Sus ojos me estudian consternados. Sé que me estrangularía con mucho gusto, una pena que sus exquisitos modales no le permitan mancharse esos impolutos guantes blancos con mi sangre de obrera.

—Le agradecería que expresara su petición con más claridad y así sería más sencillo para ambos —me pide.

—No sé. Pues por ejemplo estaría bien que no me regañases todo el tiempo. ¿No puedes comportarte como una persona normal? Mi subconsciente quiere patearte el culo cada vez que me hablas así. No puedo estar segura de mí misma si a cada paso que doy te tengo detrás criticándome y mirándome como si fuese un escombro humano. Soy consciente de que alguien como yo te produce arcadas, pero al menos, no me lo hagas saber tan descaradamente.

Toma aire de nuevo y se cruza de brazos. «No. Así se le marcan demasiado el pecho y los bíceps, joder».

—Ha firmado un contrato, Alicia. Espero que comprenda que eso le prohíbe hacer lo que le venga en gana. Se ha comprometido a representar un papel siguiendo unas directrices a cambio de una ingente cantidad de dinero. Si tan difícil le resultaba, no lo hubiera firmado. No entiendo por qué se empeña en sacarme de mis casillas, le advierto que eso no va a ocurrir. Nadie se había comportado así hasta ahora y considero que es muy inmaduro por su parte. Parece una mocosa malcriada en medio de una pataleta constante. Resulta agotador a la par que aburrido.

Por más que lo intento no consigo que salga esa parte de él que sé que tiene. Lo sé porque anoche salió un poco a la luz. En lo más profundo de mi ser estoy convencida de que está representando un papel, que en realidad no es así. Y no entiendo por qué cerciorarme de ello se ha convertido en mi nuevo propósito en la vida.

Lo miro en silencio durante un rato. A decir verdad, un rato pequeño porque me intimida demasiado la intensidad de su mirada.

—Está bien. Te obedeceré si me dices por qué me has contratado. La verdad —lo reto.

Él niega con la cabeza.

—Se parece mucho a Alexandra y no disponíamos de tiempo suficiente para hacer más entrevistas.

—Mientes.

Clava sus oceánicos ojos en mí.

—¿Por qué habría de mentir? —inquiere.

—Tu jefe me dijo que había dobles profesionales mejor preparadas que yo y que cobraban menos de la mitad. ¿Por qué yo, Lennox? —insisto.

Baja la cabeza. Creo que ahora mismo está discutiendo consigo mismo.

—No voy a contárselo —termina asumiendo mientras se mira los pies.

—Está bien. Pues yo no pienso obedecerte.

Me doy media vuelta y me dirijo hasta mi habitación de nuevo siendo el centro de todas las

fotos y videos de los clientes del hotel a los que saludo y lanzo besos al aire. Esto le encantará al mayordomo. Estoy segura.

Alice 1 – Drake 0

¿Quieres guerra, mayordomo?

¡Pues la vas a tener!

Capítulo 10

DRAKE

No podía decir que la relación con Alicia se fue a pique porque en realidad nunca estuvo a flote. Los días que transcurrieron hasta que Alexandra llegó a España fueron un auténtico calvario, y que yo pensara así mandaba huevos. Yo, que había vivido en el puto infierno, en uno real. No iba a entrar en detalles sobre mis años en el Ejército, pero admitía que preferiría mil veces volver allí a tener que soportar que ella me mirase como lo hacía, con ese desprecio.

Para mí, por primera vez en la vida, alguien resultaba ser un completo enigma. Era capaz de prever sin problema lo que harían o cavilarían las personas, estaba entrenado para ello; pero con Alicia me sentía como un insignificante aprendiz. Era como si un terremoto arrasara conmigo. No sabía nunca hacia dónde iba a dirigirse. Nunca podía presagiar el cariz de su devastación. Y eso me angustiaba. Mejor dicho, me aterraba.

Necesitaba tener el control. El control era fundamental en mi vida. Aunque, lo que realmente me mortificaba era pensar que había sido yo quien había elegido estar en aquella situación y que, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, me negaba a despedirla. Podría hacer mi trabajo a la perfección estando lejos de ella, ya que juré protegerla. Incluso creí que así sería mejor, pero a la hora de la verdad no quería que se alejase de mí. Y esa continua lucha interna conmigo mismo me estaba destrozando.

No hacía otra cosa que desobedecerme. Se lo había tomado como su única misión en la vida y, si continuaba permitiéndoselo, sabía que tarde o temprano algo saldría mal. Algo grave. Así que debía detener todo aquello. Al instante. La cuestión era ¿cómo?

Todo empezó el día en que su prometido la ninguneó en sus narices sin ningún tipo de pudor y tuve que presenciar cómo luego se despedían como dos adolescentes enamorados. ¡Por el santísimo Cristo! Si hubiera sido por él, la hubiese echado a los leones con tal de cobrar los cien mil euros. ¿Acaso ella no lo veía? ¿Cómo iba a casarse con semejante monstruo?

Aun así, quizá debí mostrar algún tipo de empatía ante su despedida. Tratar de comprender que se estaba separando de su prometido y que se sentiría triste, pero fue superior a mis fuerzas. No pude morderme la lengua. Ese hombre no la merece. Y después de tildar como *farsa* su relación todo cambió entre nosotros. Se puso a la defensiva y no ha habido manera de encaminarlo de nuevo.

Alicia me dijo que estaba celoso, pero los celos son la respuesta emocional que surge cuando una persona percibe una amenaza hacia algo que considera propio, o también cuando hay una posibilidad que induce a sospechar que la persona amada presta atención a otra, y ella no es mi pertenencia, ni mucho menos la persona amada; por lo tanto, no puedo sentir celos. Es

absurdo. Pero si no son celos ¿qué cojones me ocurre?

Pasaron los días y si yo decía blanco ella elegía negro. Si yo le pedía arriba ella se situaba abajo. Juré por todo lo jurable que no terminaría con mi paciencia, pero Alicia tiene una habilidad que destaca por encima del resto: sacarme de quicio.

Y llegó el día en que no pude más.

Alex y las chicas no volvieron a caracterizarla para que nadie volviese a confundirla con Alexandra antes de tiempo. Solucionamos el malentendido de las fotos en el hotel enviando una nota de prensa comunicando que las imágenes filtradas eran del año pasado, por lo que ambas deberían, como mínimo, hacerse otro corte de pelo y teñirse. Alexandra no estuvo nada contenta con la decisión y Frank mucho menos. Me cayó una buena bronca por no haberlo evitado. La primera de mi vida como mayordomo. Y, por supuesto, gracias a ella.

—¿Le importaría acompañarme hasta su habitación? —le pedí el cuarto día de estancia en el hotel.

—Estoy desayunando —contestó sin ni siquiera mirarme mientras devoraba una tostada. Mi mente perturbada me plantó delante de los ojos la increíble visión de Alicia engullendo mi polla con el mismo entusiasmo.

Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza para deshacer la nítida imagen que me torturaba. No podía empalmarme. Después la miré con ferocidad rogando a los cielos que jamás descubriese la manera violenta en la que la deseo.

—Esto es más importante que su desayuno — exhorté.

—No hay nada más importante que mi desayuno.

—El asunto en cuestión lo es —insistí.

—Me importa una mierda —soltó.

Mientras yo la contemplaba con la mandíbula apretada, ella se chupaba un dedo con una lentitud deliberada sin apartar sus ojos de mí. Tenía la falange cubierta del chocolate de una de las cinco napolitanas que tenía en el plato junto al café. Lo saboreó poniendo los ojos en blanco.

Sentí cómo un latigazo impulsaba mi polla hacia arriba con fuerza, lo que me obligó a colocar las manos delante de mi entrepierna. La rabia nació al instante en lo más profundo de mi ser.

Se acabó.

La cogí del brazo para levantarla de la silla y me la llevé del restaurante casi a rastras mientras ella gritaba insultos barriobajeros como una desquiciada. Al llegar al pasillo la solté.

—¿Por qué se ha largado de la clase de inglés esta mañana? —le recriminé.

El prestigioso profesor nativo que había contratado para darle clases intensivas a Alicia durante cinco días me prometió que le enseñaría lo básico para desenvolverse sin problema ante los medios, pero, por lo visto, ella no ponía nada de su parte. James Smith acababa de llamarme quejándose de que su alumna se había marchado en medio de la clase y que, además, le había hecho una peineta. Por lo tanto, dimitía. Estaba indignadísimo con su actitud y yo le entendía mejor que nadie.

—Porque no voy a aprender inglés en dos días —contestó.

Sentí cómo corría la sangre ardiendo por mis venas. Medio metro escaso de distancia nos separaba. Ella de brazos cruzados desafiándome como nadie lo había hecho nunca y eso, para mi desgracia, me ponía la polla tan dura que me costaba horrores contenerme. Yo, con los puños apretados a ambos lados de mi cuerpo, estaba perdiendo los papeles y no podía permitírmelo. Debía estar a la altura de las circunstancias y no volverme loco por una niñata malcriada.

Era trabajo y sabía muy bien lo que debía hacer, por mucho que hubiese tratado de engañarme a mí mismo. Ya pensaría después cómo resolvería el asunto por el que la había contratado.

—Está bien. —Mi respuesta calmada la confundió—. Usted lo ha querido. Recoja sus cosas. Está despedida.

Sus ojos se clavaron en los míos buscando algo que no pude descifrar. Detecté un ligero titubeo en su postura. Alicia creía guardar un as en la manga porque me había negado a confesarle el motivo por el que la había contratado, pero acababa de sorprenderla. Supuso que iba a permitirle cualquier capricho y se había equivocado. Todo tenía un límite. Y había llegado.

—¿Me acabas de despedir por saltarme una clase de inglés? —tartamudeó.

—La he despedido por sus continuas faltas de respeto hacia todo el personal y, sobre todo, hacia mí. No merece ni una sola oportunidad más. Esto no va a funcionar. En una hora un coche la estará esperando a la puerta del hotel para llevarla a su domicilio… junto a su querido prometido.

—Está bien. Me iré. Pero que sepas que me largo porque no te soporto, no porque tú me lo digas.

—De eso nada. La he despedido. Por eso se va.

Me armé de valor. Quizá fuese la última vez que la tuviera delante y pensar en ello me mataba. Aun así, me di la vuelta dispuesto a abandonarla para siempre. No podía permitir que descubriese mi falta de determinación ni que leyese nada en mis ojos. Pero ella, lejos de amedrentarse, disparó a matar:

—Lo que te pasa es que me tienes miedo, Lennox. Eres un maldito cobarde y por eso me quieres lejos de ti.

Me detuve en seco, inhalé con fuerza y me volví muy despacio para mirarla a los ojos. Sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Miedo? —gruñí colérico.

—Sí.

—Usted no sabe lo que es el miedo —le reproché.

Ella entreabrió los labios lo justo para dejar pasar una bocanada de aire. Luego contuvo la respiración hasta que terminó diciendo:

—Lo único que sé es que cada vez que me miras tus ojos reflejan M.I.E.D.O.

—¿De usted?

—Sí. De mí.

Miedo. De ella.

Interesante.

Tuve que aflojarme el nudo de la corbata porque me estaba asfixiando. Me encontraba al límite.

Me acerqué muy despacio hacia su cuerpo. Lo hice por instinto. Como si se tratase de un canto de sirena. Desconocía la verdadera intención que me impulsó a hacerlo hasta que ella comenzó a retroceder. Bien. Al menos había conseguido intimidarla.

Por cada paso que yo daba hacia delante, ella retrocedía uno, hasta que su espalda se pegó a la pared. Apoyé mi antebrazo en dicha pared por encima de su cabeza y dejé caer mi mano al otro lado de su rostro. Contuve con todas mis fuerzas las ganas que me entraron de morder esos malditos labios carnosos que me perseguían día y noche.

Estábamos tan cerca que podía oler su perfume dulce de flores frescas. Me transporté sin quererlo a un día de primavera antes de que todo ocurriese, cuando todavía me permitía soñar con ser feliz. Contemplé absorto la oscuridad de sus pupilas. Nunca había visto unos ojos así, tan profundos. Desafiantes. Brillantes. Llenos de vida. Traicioneros. Eran el tipo de ojos que te enganchaban y te absorbían antes de que te dieras cuenta si quiera de lo que estaba sucediendo y luego ya estabas perdido.

El simple hecho de descubrirme pensando en todas aquellas gilipolleces en medio de uno de los peores días de mi carrera me hizo admitir que estaba realmente jodido. Era un maldito cabrón. Acababa de inmovilizar a una empleada contra la pared con la única intención de amedrentarla. Me sentía como si tratase de domar a una yegua salvaje, anhelando que perdiese lo que realmente la hacía diferente a las demás yeguas. No sabía qué coño me ocurría. Estaba demasiado cabreado para sopesar las consecuencias de aquella locura. No era capaz de alejarme de ella, joder.

—Tiene razón. Tengo miedo —gruñí contra sus labios sin llegar a rozarlos. Su boca tan cerca de la mía era una tortura cautivadora. La deseaba tanto que no lo soportaba.

Ella tembló un poco. Pude percibir su… gemido.

—¿De qué?

—De… —Me mordí el labio antes de soltar una estupidez tipo «enamorarme de ti», así que continué: —De no poder controlarla. Usted es una bomba que no se sabe cuándo va a estallar y eso me aterra. Hay demasiadas cosas en juego.

—¿Qué cosas?

—Dinero.

Se llevó una mano al pecho.

—¡Uf! ¡Qué susto! Por un momento pensé que te habías vuelto humano y te estabas preocupando por mí. Pero no. Gracias a Dios sigues siendo un gilipollas.

Las ganas que tenía de atraerla hacia mí eran abrumadoras y ser consciente de ello logró que me cabrease más. Quería hundirme en ella. No era capaz de concentrarme en otra cosa. ¿En

qué cojones estaría pensando cuando me acerqué tanto?

—Tiene mucha suerte de estar aquí, Alicia. No se hace una idea de cuánto. No comprendo el motivo por el que se empeña en sabotear todo cuanto tiene al alcance de su mano para ser feliz. Pero si es lo que quiere, respetaré su decisión.

Nos miramos uno al otro. De verdad. Nos miramos buscando unas respuestas que no queremos dar ninguno de los dos.

—Haré lo que me digas —susurró muy bajo.

Abrí mucho los ojos y elevé las cejas, expectante. Sorprendido.

¿Se rendía?

¡La hostia!

Se me heló la sangre al escuchar semejantes palabras salir de su boca. Apreté la mandíbula y me obligué a respirar profundamente para que no descubriese el descomunal tormento que azotaba mi interior.

—¿Puede repetirlo para que lo grabe? —bromeé.

Una broma. ¡Oh! Joder, acababa de hacer una puta broma. ¿Qué cojones me ocurría?

Negó con la cabeza.

—Ese tren ha pasado, vaquero.

—¿Qué tren?

—El de ser colegas.

Estaba muy enfadada, pero había algo más. Podía adivinarlo en esa cara injustamente bella, en esos ojos llenos ahora de algo parecido al dolor. ¿La había herido al despedirla? Era imposible que se rindiese tan fácilmente. La estaba subestimando. Estaba aturdido. Esta mujer me hacía sentir cosas que no me podía permitir el lujo de sentir y por eso no pensaba con claridad.

La cogí con fuerza por ambos brazos y la sacudí un poco para que dejase de mirarme con esos ojos insolentes que me gritaban «te odio con todas mis fuerzas».

—No se te ocurra retarme, Alicia.

Mierda, la había tuteado. Mierda, ella se había dado cuenta. Y, a juzgar por su sonrisilla de niña traviesa, sabía que me tenía en sus manos. Los latidos de mi entrepierna estaban de acuerdo con ella. Me obligué a dar un paso atrás para que la distancia me permitiese despejar la mente.

—Sé que piensa que soy un dictador paranoico, pero le aseguro que no pretendo amargarle la vida, solo intento protegerla.

—¿Protegerme? ¿De qué?

De mí.

—¿Sabe la cantidad de amenazas de muerte que recibe Alexandra cada día? No. Obvio. Porque usted solo se ha centrado en lo bonito del cuento. No se ha detenido a pensar en los desequilibrados que hay sueltos por ahí ¿verdad?

Ella negó con la cabeza algo pensativa.

—Pues si continúa con esa actitud va a conseguir que la maten, no solo a usted, sino a todos los que la rodean y eso es lo que me da miedo. —La dureza de mi voz la hizo dudar, aunque no perdió ni un ápice del brillo en sus ojos—. ¿Es eso lo que quiere?

—No.

—Debes confiar en mí, Alicia —susurré en un tono suave, sorprendiéndome a mí mismo.

Ella clavó sus ojos en los míos al percatarse de que la acababa de tutear de nuevo. Sí. Me estaba saltando todas y cada una de mis reglas. Nunca había tuteado a un empleado a propósito, por mucha confianza que tuviésemos. Yo estaba acostumbrado a tener siempre razón, así se hacían las cosas de manera correcta y todo marchaba bien. Pero con ella nada de eso me servía, solo la improvisación. E improvisar con el diablo tiene sus consecuencias.

—La confianza es algo que se gana, no se impone —musitó—, debería ser mutuo. Yo no confío en ti y tú no te fías de mí en absoluto.

Sentí mi polla dar un salto dentro del pantalón. Fue tan brusco que hasta me asusté y por eso me separé de ella más aún, por miedo a que lo notase. Tarde. La vi que contenía la risa. ¿Lo habría sentido? Dios. Esa maldita mujer sería mi perdición. Acababa de descubrir que a mi polla, por lo visto, le ponía muy cachonda su rebeldía.

Había servido a mujeres mucho más importantes y hermosas que ella, pero solo Alicia despertaba eso en mí. Lujuria. Locura. Deseo. Justo la única mujer en el mundo que preferiría que la atropellase un camión a tocarme, aunque, a juzgar por los pezones erectos que se transparentaban en su camiseta ajustada, no era yo el único que sentía cargado el ambiente entre nosotros.

—¿Firmamos el *statu quo* entonces? —propuse.

Levantó su mano para estrecharla con la mía y al ir a hacerlo la retiró de golpe.

Nos miramos.

—Sin guantes —me pidió.

—Jamás me quito los guantes.

—Creo que un trato de semejantes dimensiones bien merece algunas concesiones, Robocop —bromeó imitando el tono de un robot al hablar con una media sonrisa.

Está bien. Claudiqué. No me reconocía a mí mismo. No sé a qué coño estaba jugando. Mientras me quitaba a regañadientes el guante de la mano derecha, miré sus carnosos labios entreabiertos. De pronto me imaginé acariciándolos, introduciendo uno de mis dedos desnudos en su boca, después introduciendo la punta de mi polla mientras ella la envolvía con su cálida lengua…

Sacudí la cabeza para desterrar esos putos y sucios pensamientos que solo ella me provocaba.

—Trato hecho, Cenicienta —gruñí.

En el momento en que mi piel entró en contacto con la suya sentí un intenso escalofrío que

me erizó el vello de todo el cuerpo. Retuve las ganas que me entraron de atraerla hacia mí con fuerza para besarla contra la pared. Ella también se estremeció, lo noté; además retiró la mano de inmediato, como hizo cuando la besé el día de la firma del contrato. Joder. ¡Cómo se me fue la cabeza aquel día también!

—Confianza y respeto. Mutuo —recalcó esta última palabra con las mejillas sonrojadas y la respiración entrecortada señalándome con un dedo acusador y los morros sacados.

—Espero que no rompas el pacto —le advertí.

Entrecerró los ojos y elevó el mentón.

—¿O qué?

¿Cómo?

¿¡Volvía a retarme!?

¿Había estado vacilándome la muy…? La cogí por las caderas para atraerla hacia mí y así obligarla a mirarme a los ojos de cerca. El calor de su cuerpo contra el mío consiguió encenderme más todavía. Hacía siglos que no sentía ese tipo de calor. La miré amenazante. Mi polla se tensó de nuevo y esta vez me encargué de que ella la sintiera.

—¡O te juro que descubrirás lo que es el puto infierno! —rugí con una voz llena de oscuridad.

Ella cerró los ojos con delicadeza e inclinó su boca hacia la mía, esperando que rompiera la distancia que nos separaba. Miré sus labios sedosos como si se tratase de la puta manzana prohibida. Juro que por un momento dudé si mandarlo todo a la mierda y besarla. Era lo que más deseaba en el mundo. Pero la solté y di un paso atrás para alejarme de aquella perversa tentación.

En cuanto abrió los ojos vi en ellos su desconcierto.

—¡Oh! ¡Venga ya! ¡Era una broma, Lennox! —Soltó una carcajada que me llenó de algo que no supe interpretar.

Sonreí ligeramente. Hacía tanto tiempo que no sonreía que el gesto me desconcertó, ni siquiera recordaba cómo se hacía.

—Vuelve a tus clases de inglés de inmediato, Alicia —susurré.

Incliné la cabeza hacia abajo a modo de despedida. Me di la vuelta y me largué de allí antes de cometer alguna imprudencia de la que me arrepentiría el resto de mi vida, si es que acaso no lo había hecho ya.

Capítulo 11

La Dolce Vita de Ferez, Mara Sattey y Tananai suena en bucle a todo volumen en los altavoces de Alexa que me han prestado en recepción mientras bailo subida a la cama como una loca que no puede dejar de sonreír.

Siento que hoy todo brilla más a mi alrededor. Yo misma me siento como una nube rosa llena de felicidad, podría hasta flotar si me lo propusiera. Hoy todo podría convertirse en un colorido videoclip de los años cincuenta en el que yo cantase a pleno pulmón disfrazada de italiana rubia y guapa en la playa.

En medio de una de las múltiples veces que estoy repitiendo el estribillo, o más bien destrozándolo con mi italiano *made in Spain*: «*Non so dirti di no quando vivo solo per noi. Chiamami se vuoi diglielo agli altri che stasera non puoi sei tutto per me*»… veo cómo la puerta de la habitación se viene abajo y suelto un grito al descubrir a Drake sobre ella mirándome con el terror reflejado en su rostro.

Su presencia llena de repente el ambiente, es como un torrente de masculinidad invadiendo el espacio. Todo él respirando con dificultad mirando hacia todas partes con cautela. Como si esperase que un dinosaurio lo atacase. Es la palabra *potencia* hecha hombre, por Dios.

Contengo el aliento mientras la canción sigue sonando de fondo. Sus ojos descienden desde los míos hasta mis muslos desnudos, pasando por pechos y abdomen sin ningún tipo de recato, entonces caigo en la cuenta de que estoy en bragas y sujetador. Puedo sentir la tensión sexual entre nosotros. Esa tensión que se crea cada vez que nos aproximamos. Resulta cada vez más tangible.

Por inercia, me cubro con un brazo los pechos y con el otro la entrepierna, como si quisiera que no viese mi piel desnuda, cosa imposible, pues me hallo subida a la cama como si fuese Miley Cyrus en medio del escenario.

—¡¿Se puede saber qué coño haces?! —le increpo—. ¡Has derribado la puerta! —Señalo la puerta destrozada con una mano, pero enseguida la devuelvo a mis pechos.

Se acerca hasta Alexa y apaga el aparato de un manotazo. Todo se queda en silencio.

—He llamado varias veces y no has contestado. Te oí gritar y supuse que estabas en peligro —gruñe todavía muy tenso.

Desvío la mirada y siento cómo se sonrojan mis mejillas.

«Claro, ha debido de escuchar mis alaridos y se ha pensado que me estaban descuartizando. ¿Cómo iba a imaginar que eso era cantar?», conjeturo para mis adentros muerta de la vergüenza.

—Estaba cantando en italiano —le explico, elevando la barbilla para mantener mi dignidad

intacta.

Él me examina pensativo inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Cantando? —repite incrédulo.

—¡Sí! No todas cantamos como Rihanna ¿vale? —me defiendo.

—Parecía que estabas invocando a Satanás.

Retengo la risa.

—¡Oh! ¡Pues ya veo que la invocación ha dado resultado! —espeto señalándolo de nuevo con la mano.

Drake permanece quieto sin mover ni un dedo. No parece que le impresione demasiado mi físico, por lo que me siento algo decepcionada.

—Tú lo que querías era verme desnuda —lo provoco para que haga o diga algo.

Abre mucho los ojos. Entonces suelta un bufido y niega con la cabeza.

—Le aseguro que nunca me ha hecho falta derribar ninguna puerta para ver a una mujer desnuda.

Está claro que las mujeres corren a sus brazos con solo chascar los dedos y esa imagen me pone demasiado celosa.

—¿Otra vez me llamas de usted? —Cambio de tema.

—La costumbre. —Se encoge de hombros.

—Pues ahora que ya has visto que no me están secuestrando y me has dejado claro que no te interesa en absoluto mi desnudez, ¿te importaría largarte de aquí?

—Yo no he dicho que no me interese tu desnu… —comienza a hablar, pero se detiene en seco. Niega con la cabeza y carraspea, después pone su habitual pose rígida—. Venía para avisarte de que en media hora nos reuniremos con el guardaespaldas de Alexandra en el salón del té. Sé puntual por favor.

Se da la vuelta, recoge la pobre puerta que ha partido en dos y la coloca como puede en su sitio, aunque se queda colgando.

—Eso lo pagarás tú, ¿no? —protesto.

Clava su mirada en mí y mi corazón se salta un latido.

—Enseguida vendrán a colocar una nueva.

Sale de mi habitación con paso firme, como si fuera un tigre. Por fin me dejo caer sobre la cama para poder respirar de nuevo, aunque, de repente, aparece solo su cabeza por el hueco de la puerta y vuelvo a ponerme rígida metiendo tripa.

—Alicia.

—¿Qué?

—Creo que deberías concentrar tus esfuerzos en el inglés, el italiano no es lo tuyo —suelta el muy cabrón.

—¡Oh! ¡Vete a la mierda!

Le lanzo la almohada con todas mis fuerzas mientras escucho algo parecido a una risa.

¡Lo odio!

Capítulo 12

—¡Eh, tío, no puedo creer que a ella la tutees y a mí no! —se queja el guardaespaldas de Alexandra.

—Créame, usted no me ha dado tantos quebraderos de cabeza como ella, señor Molís —sentencia Drake.

—¡No me jodas! Nos conocemos desde hace ¿cuánto? ¿Más de diez putos años? ¿Y sigues llamándome *señor Molís*? —se indigna imitando su tono.

Nos encontramos los tres sentados en unos taburetes altos tras la barra del bar del Palace. Este distendido escenario no le pega para nada al estirado del mayordomo, pero es que la sala del té estaba reservada para una reunión de empresarios y Lennox, tras montar el pollo de su vida a los pobres recepcionistas a los que solo les ha faltado llorar, ha considerado oportuno que viniésemos aquí, pues a las seis de la tarde de un jueves se suponía que estaría vacío para poder conversar los tres tranquilos. Sin embargo, al llegar, nos hemos encontrado con un par de parejas sentadas en la zona del fondo y por eso nos hemos tenido que venir a la barra. Todo contratiempos para una persona tan cuadriculada como él. Estará indignado.

El ambiente que nos rodea me recuerda mucho al de un pub irlandés. He de admitir que no me siento tan nerviosa como si estuviésemos en un despacho, aquí me encuentro como pez en el agua. Aunque en mi comodidad también influye el hecho de que ellos hayan pedido una botella de agua mineral y yo un mojito. Mojito que el mayordomo no ha aprobado, pero que me ha dado igual.

—Dime cuál es el truco —me pide Roberto Carlos.

—Ya te lo ha dicho él: tocarle las narices —le respondo encogiéndome de hombros.

El guardaespaldas nos observa a Lennox y a mí perplejo. Acto seguido suelta una sonora carcajada.

—Nunca creí vivir para presenciar tal cosa —agrega mientras niega con la cabeza.

—Tampoco es para tanto —alega Drake restándole importancia—, si desde el principio usted me hubiera hecho saber que tutearle le hacía tan feliz, quizá lo hubiese conseguido también.

Roberto Carlos lo mira exagerando un enfado que no tiene.

—¿En serio, Drake? ¿Y qué se supone que tengo que decirte? «Oye, tío, con la de cosas que hemos vivido juntos en diez putos años, ¿no crees que es hora de que me tutees?» ¡Joder, eso no se pide! ¡Sale solo!

—A mí no me sale. El respeto es…

—Sí, sí, sí *blablablá* —lo interrumpe—, ya me sé el protocolo de memoria, no hace falta que lo recites.

—Pues no me haga recordárselo.

—Nosotros estamos al mismo nivel en cuanto a rango se refiere, tío, incluso tú estarías por encima de mí y yo te tuteo. Podrías hacerlo tú también sin problema, y no por eso nos tenemos menos respeto.

—No me está permitido, señor Molís.

—¡Joder, te lo estoy pidiendo! ¿Quieres que me ponga de rodillas?

Miro a uno y después al otro como si se tratase de un partido de tenis. Me lo estoy pasando en grande. Roberto Carlos, vestido de calle con vaqueros y camiseta blanca de manga corta, supongo que para que nadie sepa el cargo que ostenta y Drake, con uno de sus escrupulosos trajes de mayordomo inflexible. Sospecho que tendrá un armario repleto de ellos, todos idénticos.

El guardaespaldas es más o menos igual de alto que el mayordomo, pero el primero es más corpulento. Debe de rondar los cuarenta años. Tiene la tez, el pelo y los ojos oscuros. Una mirada sensual y peligrosa a la vez. Su sonrisa es blanca, radiante y perfecta. Apostaría a que es brasileño por su casi imperceptible acento. Y es muy atractivo. Muy muy atractivo.

—No voy a tutearle. Fin de la discusión —sentencia Drake dejando claro quién es el macho alfa de los dos—. Hace tiempo le di permiso para que usted me tuteara a mí, sin embargo, yo no me siento cómodo haciéndolo. Como decía, el respeto hacia las buenas costumbres no ha de perderse nunca.

Pongo los ojos en blanco y doy un trago largo de mi copa. Me faltan las palomitas para que esto sea perfecto.

—Vale. Te lo compraría si a ella no la tuteases —insiste con una sonrisa malvada.

Drake me mira de reojo. Estoy segura de que se está cagando en el maldito día que se cruzó conmigo. Yo, para disimular, enredo con el dobladillo del vestido verde de tirantes que llevo puesto. Jamás pensaría que semejante tema de conversación saldría a relucir en la reunión. Creo que se está arrepintiendo de no haberla celebrado a solas con el guardaespaldas.

—Señor Molís, le sugiero que se centre en explicarle a Alicia nuestro método en cuanto a seguridad se refiere. Debe conocer el protocolo a la perfección. De lo contario, le garantizo que saldrá escarmentado. Usted y todo su equipo.

Él me contempla con incredulidad, igual que si le estuviesen avisando de que una pulga podría exterminar a la raza humana.

Niega con la cabeza.

—¿En serio? ¿Yo soy el señor Molís y ella es Alicia? —se escandaliza.

Yo escupo un poco de mojito porque no aguanto la risa, pero Drake se levanta del taburete muy enfadado para encararse con Roberto Carlos, al que apunta con el dedo índice a escasos centímetros. Joder, si yo fuera él estaría temblando y no lo descartaría, pues se ha quedado blanco.

—No me haga arrepentirme de la confianza que he depositado en usted a lo largo de los años —ruge el mayordomo—. Se está comportando como un maldito adolescente, pavoneándose y haciendo gracias delante de una mujer. Espero por el bien de todo el equipo que deje de hacerlo porque esta señorita no es el ser indefenso y sumiso que aparenta. ¡Es un puto imán de calamidades! Y ahora, si me disculpan, tengo otros asuntos que requieren de mi presencia.

—¡Eh! ¿Cómo que soy una fuente de calamidades? —protesto.

Nos dedica una última mirada de desaprobación a ambos. Se pone ambas manos enguantadas a la espalda, como si se hubiese auto recordado que está perdiendo las formas y se marcha sin prisa, pero con una determinación absoluta. Me recuerda a una pantera negra dejando atrás a dos conejitos.

—¡Drake, tío, no te vayas, que estaba bromeando! —exclama Roberto Carlos desde su sitio.

Lennox le hace caso omiso y desaparece por la puerta del bar.

—¡Vaya! ¿Qué mosca le habrá picado? Nunca lo había visto así de quisquilloso —comenta el guardaespaldas mientras le hace una señal a la camarera para que se acerque.

—Yo diría que ha estado como siempre: insoportable. —Bebo de mi copa hasta que me la termino.

Roberto Carlos me estudia con detenimiento. Muy serio.

—Como siempre no. Hay algo diferente —susurra con una sonrisa muy rara—: Tú.

—¡¿Yo!?

Asiente pensativo.

—¿Quién convoca una reunión privada entre una empleada y los dos jefazos del equipo? Eres demasiado valiosa para él, pero ¿por qué?

No sé si habla conmigo o consigo mismo.

La camarera llega. Él pide un whisky y otro mojito.

—¿Pretende emborracharme, señor Molís? —bromeo imitando el tono de Drake.

—Pretendo que nos hagamos amigos, señorita Álvarez. —Me guiña un ojo.

—Mucho me temo que eso no será posible. —Le muestro el dedo en el que llevo mi anillo de compromiso, por lo que frunce el ceño. Sé de sobra que está de cachondeo. Yo también.

—¿Estás casada?

—Dentro de dos meses lo estaré.

Sus ojos oscuros me observan con cautela.

—Y, si no es mucha indiscreción, ¿puedo saber el motivo por el que a dos meses de tu boda te embarcas en esto?

—Obvio. Por el dinero.

Él asiente, pero no muy convencido.

—Cuando mi hermana se casó no había quien la soportara durante los tres o cuatro meses anteriores a la boda. Desconozco tu situación económica, pero el tamaño del brillante que llevas en ese anillo me hace pensar que mal no te va. Creo que por cinco mil euros ninguna novia estaría dispuesta a dejar su boda en manos de nadie que no fuese ella misma. ¿Me equivoco?

Los efectos del segundo mojito comienzan a hacer mella en mi lengua, que lucha contra viento y marea por soltarse y ser libre.

—Como bien sabes, he firmado un contrato de confidencialidad. No me tires de la lengua —le pido.

—¡Bah! Todos lo hemos firmado. Estamos en el mismo barco, querida. Si Alexandra Gragio me confía su vida, creo que tú puedes confiarme algún secretillo, ¿no crees?

—Está bien. ¿Quieres jugar a eso? Tú primero —le propongo.

Me sonríe ampliamente antes de dar un buen trago de su vaso.

—Me gustas. Tienes agallas —admite asintiendo con la cabeza.

—Gracias.

—¿Quieres que te cuente algún secreto? Vale. ¿Mío o de Drake? —indaga con una ceja arqueada.

«No vayas por ahí, Alice, es perro viejo y te va a pillar en un renuncio», me advierte mi subconsciente.

—Tuyo —respondo.

Él me examina con detenimiento y vuelve a sonreír.

—Eres más inteligente de lo que suponía. Si hubieras elegido saber algo de él, no me habría hecho falta preguntar nada más. Buena jugada, Alice —admite.

Yo levanto la copa y brindamos.

—Te estás yendo por las ramas, Molís —lo animo y se ríe.

—Vale. Un secreto confesable y que pueda interesarte… —Piensa—. Odio tener que llevar traje de chaqueta en verano, por eso visto de paisano.

Lo miro desilusionada.

—¡Buah! Eso es una mierda de secreto, es igual que si yo te digo que no me gusta pasar frío en invierno. ¿Qué tipo de secreto es ese?

—Vale. —Levanta ambas manos—. Tenía que intentarlo. Ahí va mi secreto: Estoy enrollado con un cliente.

Me tapo la boca.

—¡Has roto la regla básica número uno de todo guardaespaldas! ¡Ahora quiero saber con quién! —exclamo.

—No. Te toca —alega.

—Vale. Mi secreto es que nunca he querido casarme.

Él se sorprende.

—¿Con tu novio o en general?

—En general. Odio las bodas. Los vestidos de novia. Las flores. A mi madre desquiciada. Las invitaciones. Las sonrisas falsas. Los compromisos…

—Vale, vale —me interrumpe—, me hago una idea. Entonces, ¿por qué te casas?

—No lo sé. Fue todo tan romántico que me resultó imposible decirle que no —miento—. Pero ¿por qué te estoy contando esto?

Él sonríe.

—Si te das cuenta, no me has contestado «porque estoy segura de querer pasar el resto de mi vida junto a él» —alega.

—Bueno, supongo que eso también. —Me encojo de hombros.

Para ser sincera, todo esto de la boda ha sido como dejarme llevar por la corriente. Ha sucedido y ni siquiera sé cómo. Bueno, sí que sé cómo. Mi madre me manipuló para que accediera porque si no me quedaría sola el resto de mi vida. Y creo que estar aquí, lejos de todo el caos de las preparaciones me está sirviendo como una burbuja de oxígeno donde por fin puedo respirar.

Es él ahora quien levanta su copa para chocarla contra la mía mientras se parte de la risa.

—¡Vaya! ¡Esto sí que no me lo esperaba para nada! —exclama embargado por la emoción.

—¿Qué? ¿Qué no me gusten las bodas? —pregunto intrigada por su alegría.

—No, cariño. Tú no tienes ni idea, pero lo que va a pasar durante estos dos meses ¡no me lo perdería por nada del mundo!

—¿A qué te refieres?

—Solo dime una última cosa antes de que yo suelte la bomba, te lo has ganado —me pide.

Es cierto, yo he respondido a un montón de preguntas y él a ninguna.

—¿Qué?

—¿Cuánto te ha ofrecido por aceptar el puesto? —indaga.

—¿Quién?

—Lennox.

—No puedo decirlo.

—Puedo averiguarlo por mi cuenta, pero te quedarás sin saber mi gran secreto —me advierte.

Lo pienso durante un minuto escaso.

—Cien mil.

Él se atraganta con la bebida que tiene en la boca y comienza a toser. Mierda. No tenía que habérselo dicho.

—¿¡Cien mil putos euros!? ¿Has dicho cien mil? —exclama alucinando.

—¡Calla! Te van a oír —le increpo bajando la voz.

—¡La hostia! Ese maldito cabrón quería que no tuvieses más remedio que aceptar el puesto ¿eh? La pregunta es ¿por qué? —piensa en voz alta.

—Muy fácil. Porque quiere hacerme la vida imposible —respondo—, le encanta mandarme cosas imposibles de hacer para criticarme después por hacerlas mal y adora provocarme con esos ojos azules para que me entren dudas sobre mi matrimonio. Pero… estoy decidida a casarme.

Él vuelve a soltar otra carcajada.

—Este es el mejor trabajo de mi puta vida. —Se frota las manos.

—Lo que tú digas. —Pongo los ojos en blanco fingiendo que no me encanta lo que insinúa —. Te toca. Suelta el bombazo.

Creo que en su mirada se refleja el arrepentimiento. No me lo quiere contar.

—Te prometo que no diré nada a nadie. Nunca —lo animo con insistencia.

Mira a ambos lados para confirmar que nadie nos escucha.

—Nunca me he enrollado con un cliente —susurra.

—¡¿Qué?! ¡Eso es hacer trampa! —me quejo.

—Te saco unos años de edad y de experiencia, jovencita —me advierte—, me has subestimado.

—¡Eres un maldito mentiroso! ¡No me extraña que Drake no se fie de ti!

—Y tú has incumplido casi todas las cláusulas del contrato con alguien a quien no conoces de nada por el simple hecho de darte confianza y tomarse una copa contigo. Si extrapolamos esto a la vida real, la prensa de mañana estaría llena de noticias falsas sobre Alexandra, por no hablar del peligro que hubiese corrido tu vida.

Siento una vergüenza horrible. Soy idiota.

—¡Estoy harta de vosotros dos!

Me levanto cabreadísima para marcharme.

—¿Dónde vas? Todavía no te he explicado el protocolo de seguridad —me reprocha.

Me vuelvo para mirarlo a los ojos.

—Tú también me has subestimado si crees que después de engañarme y reírte de mí voy a quedarme aquí escuchándote como un corderito manso.

Se pone en pie para impresionarme.

—Soy tu superior. Es lo que tienes que hacer. Esto es trabajo, demuestra tu profesionalidad, Álvarez. —Su tono ahora es mucho más serio.

Sigo mi camino hacia la puerta haciendo caso omiso a sus quejas. Es más, me giro y le hago una peineta con el dedo corazón que lo deja más boquiabierto aún.

Lennox tenía razón, no soy ningún corderito manso. Y por supuesto que una pulga puede exterminar a la raza humana, solo necesita estar muy cabreada.

Capítulo 13

Drake abre la puerta de su habitación y su rostro refleja el terror más devastador en cuanto me ve plantada en medio del pasillo cruzada de brazos.

—¿Estás decepcionado? ¿Esperabas a otra persona? —pregunto.

—¿Por qué? —parece confuso.

—Porque has abierto la puerta como si supieras quién iba a venir —le explico.

De pronto, soy consciente de que va ataviado con un pantalón de pijama verde a cuadros y una camiseta de manga corta de algodón negra. Además, parece algo despeinado. Así aparenta su verdadera edad y le sienta mucho mejor que el disfraz de mayordomo octogenario. Aguanto las enormes ganas que me entran de tocarlo. Está tan guapo que duele.

¿Estaría ya acostado? ¿Tan pronto? Aunque, a decir verdad, no sé ni qué hora es. Se ha debido de hacer tarde mientras hablaba con Roberto Carlos y no me he dado ni cuenta. ¡Oh! ¿Se lo estaría montando con alguien y lo he interrumpido?

—¿Piensas quedarte ahí plantada durante toda la noche? —pregunta, molesto.

—¿Hay alguna mujer escondida en el baño?

Estoy completamente segura de que detesta que lo esté viendo en pijama. Y ¡OMG! ¡Cómo le sienta el maldito pijama! Debería ir así vestido todo el tiempo. Bueno, mejor no, porque no sería capaz de pensar con claridad, si es que acaso lo hago alguna vez cuando lo tengo delante.

—No.

Ni corta ni perezosa me cuelo dentro de la inmensa habitación como quien no quiere la cosa mientras me observa estupefacto. Me siento en su cama en plan indio como si estuviese en una fiesta de pijamas entre amigas y me cubro los muslos con una de sus almohadas para que no se me vean las bragas.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡No puedes estar aquí! —se queja sin cerrar la puerta con la esperanza de que al escucharle me arrepienta y me marche. Pobrecillo iluso.

—Vengo a hablar contigo. Ese Roberto Carlos es un capullo —le explico.

Él cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz mientras respira hondo. Al abrir los ojos de nuevo parece otra persona. Una con más calma. Creo que recurre a algún tipo de mantra tibetano o se enfoca en alguna luz infinita cada vez que está conmigo para lograr serenarse.

—Solo dime que te ha explicado lo que tienes que hacer en cuanto a seguridad se refiere. Solo eso —me pide.

—No.

—No —repite confundido.

—Me ha engañado para que le contase por qué me tuteas, por qué he aceptado el puesto, cuánto cobro y por qué voy a casarme con mi novio. Pero como él no ha cumplido con su parte del trato, me he largado antes de que pudiera explicármelo.

—Te has largado —vuelve a repetir.

Asiento.

—Aquí. He venido aquí.

No sé por qué, pero mis piernas me han traído hasta su habitación sin premeditación ni alevosía y ahora los dos parecemos algo incómodos.

—¿Y cuál se supone que era su parte del trato? —pregunta esperando cualquier respuesta.

—Me confesó que se había enrollado con un cliente y me prometió que me contaría de quién se trataba si yo contestaba antes a sus preguntas. ¡Y luego resulta que todo era mentira!

Drake cierra la puerta. Parece agotado.

—Por lo visto hemos vuelto a parvularios —comenta hastiado.

—Pues sí, no todos tenemos mil años como tú.

—Independientemente de los años, ¿qué te importa a ti con quién se haya acostado Roberto?

—Pues… —Me encojo de hombros. —Soy cotilla por naturaleza. No he podido evitarlo.

—Alicia, ¿cómo tengo que decirte que no te fíes de nadie? ¡Es que te lanzan un anzuelo y tú picas a boca llena!

Trato de no reírme al imaginarme un pez con mi cara devorando con desesperación un anzuelo enorme en forma de pizza.

—Sé de sobra que he metido la pata, ¿vale? No hace falta que tú también me des la charlita.

—Al menos tengo la certeza de que la información que le has facilitado no saldrá a la luz. Espero que hayas aprendido la lección.

—¡No he venido para que te las des de listo tú también!

—Entonces, ¿a qué has venido?

Lo miro.

Me mira.

Se cruza de brazos expectante.

He venido porque necesito que alguien no me haga sentir que soy una mierda. Necesito tu aprobación y cada vez que no me la das me pongo histérica.

Pero en lugar de eso, digo:

—No lo sé. Solo… he venido.

Él niega con la cabeza.

—Está bien. Siéntate ahí. —Señala una de los dos sillones de cuero negro que hay frente a una robusta mesita de madera—. Ya veo que tendré que ocuparme personalmente de esto.

Toma asiento en el sillón que queda libre esperando a que acate su orden. Ahora todo me parece mucho más pequeño. Cuando Drake ocupa un espacio con su enorme cuerpo, dicho espacio disminuye, es la teoría de la relatividad de toda la vida, pero aplicada a Lennox. Su cuerpo es directamente proporcional a las ganas que me entran de tenerlo cerca.

Mi instinto, algo borracho, me pide a gritos que no obedezca para así poder provocarlo, pero mi lado cuerdo me suplica que lo respete porque solo quiere ayudarme y encima la he cagado. Me hallo inmersa en una continua lucha interna pues, por un lado, odio su formalismo, sus reglas, sus prohibiciones, sus condiciones…; y por otro, obedezco porque es nuestro trato y… no lo sé muy bien, pero creo que le estoy cogiendo algo parecido al cariño.

En cuanto me siento donde me ha ordenado, aparece en su rostro una media sonrisa sombría de triunfo.

—No cantes victoria, Lennox, me siento aquí porque yo quiero y no porque tú me lo ordenes —lo amenazo.

—Estás haciendo muchos avances, Alicia.

—¿Con respecto a qué?

—A tu obediencia.

Suelto un bufido.

—¿Mi obediencia? —Finjo escandalizarme.

—Los animales salvajes luchan con todas sus fuerzas para no ser domesticados, pero finalmente ceden porque se dan cuenta de que es lo mejor para ellos —me explica.

—No creo que sea mejor, quizá más fácil.

Me lo imagino domando un caballo salvaje, en vaqueros y sin camiseta. Está en un rancho arenoso bajo el tibio sol del atardecer y el sudor perla su torso desnudo… ¡Por Dios! Niego con la cabeza para que la tórrida imagen desaparezca de mi mente. «Gerardo es el único que puede domar a esta yegua», me recuerda mi yo responsable, pero mi mente, de manera automática visualiza al caballo salvaje de antes pegándole una coz en todo el culo a Gerardo. Madre mía. ¡Esto va de mal en peor!

Muevo la cabeza tratando de que se desvanezcan las imágenes.

—Sí, vale. Cuéntame todo ese rollo de seguridad para que pueda irme a dormir de una vez —espeto como si fuera él quien me obligase a estar aquí.

Pasa de mi comentario. Saca de una especie de cajón escondido bajo la mesa un gran papel doblado que despliega sobre el cristal.

—¿Qué es eso? —pregunto al ver un montón de líneas rojas y negras dibujadas con rotulador.

—Son posibles vías de escape ante una amenaza —me informa.

—No. Me refiero a que si todavía se usa papel en este siglo. Te pareces a mi abuelo cuando miraba cómo ir a los sitios en un mapa arrugado —bromeo.

Pone los ojos en blanco.

—Tenemos una aplicación que nos consiguió un colega del CNI que escanea las superficies del lugar y plantea las posibles rutas hacia la salida. Pero, aun así, a mí me gusta verlo sobre el papel. ¿Contenta?

—No pensaba que tu obsesión por el control llegase hasta el punto de dudar de una aplicación gubernamental. Creo que deberías ir a terapia —lo pincho.

Pasa de mí. A diferencia de mí, él sabe elegir sus batallas.

—El punto negro —saca una especie de ficha plana de color negro y lo planta sobre las líneas de colores con gran ceremonia—, es Alexandra, o en este caso tú. Seleccionaremos una de las rayas dependiendo del lugar en el que se encuentre el sujeto peligroso y de su nivel de riesgo.

Me levanto del sillón para examinar el papel más de cerca, entonces descubro que se trata de un mapa del hotel y que el punto negro es mi habitación.

—¿Qué pasa si la amenaza sube por estas escaleras? —Lo señalo en el mapa.

Él echa un vistazo rápido y apunta a una línea roja que va directa a la recepción del hotel.

—¿Por qué esa y no esta otra que es más corta? —quiero saber.

—Porque, además de no ser vista, nos daría tiempo a llegar por detrás del sujeto e inmovilizarle mientras tú te pones a salvo —me explica, moviendo el dedo por la posible ruta que llevarían ellos mientras mueve la ficha negra hasta la salida.

—Muy bien. —Me cruzo de brazos como si eso me importase más bien poco. —Se supone que el equipo de seguridad del señor Molís se encargará de todo esto ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces ¿para qué tengo que saberlo yo?

—Muy fácil. El punto negro es lo principal. Desde él comienzan las líneas aquí dibujadas. Si el punto negro estuviese en otro lugar —cambia la ficha a un sitio donde no hay líneas dibujadas—, este mapa no tendría sentido, sería absurdo. ¿No crees?

—¡Claro!

Me mira fijamente y trato por todos los medios de que no se dé cuenta de cómo me estremezco cuando lo hace.

—Por lo tanto, el puto punto negro deberá estar exactamente dónde y cuándo se le indique que esté —sentencia mientras vuelve a poner la ficha en su sitio sin dejar de mirarme.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada que a él le pilla totalmente desprevenido.

—¿Qué se supone que te hace tanta gracia? —reniega.

—Que sigo sin entender por qué me has contratado —balbuceo entre risas—. Tienes un montón de candidatas cualificadas para que se estén quietecitas en su sitio y todo salga bien, pero tú decides escoger una bomba de relojería que no sabes cuándo va a estallar. ¿Lo haces por algún

tipo de promesa o algo así? ¿O es que te pone cachondo tener la adrenalina al máximo?

Drake Lennox se recuesta sobre su sillón. Su expresión oscura me invita a subirme a horcajadas sobre sus muslos para desmelenarme durante toda la noche, pero me recuerdo a mí misma que estoy prometida.

—Creo que debo volver a dejar las cosas claras —dice con calma, como si no hubiera hablado en absoluto—: No me involucro en la vida personal de mis empleados. No estoy aquí para ser tu colega, confidente o cualquier otra cosa. Estoy aquí para organizar tus tareas y protegerte de daños físicos. Eso es todo. Mis empleados entienden a la perfección cómo deben funcionar las cosas para mantener el barco a flote.

—¿Y cómo lo consigues? —Mi sonrisa irónica lleva una advertencia que él no nota o ignora.

Los ojos azules de Drake se clavan en los míos.

—Hacen lo que les digo cuando lo digo —susurra en un tono seductor. Para ser sincera todo cuanto hace me parece seductor.

No sé si a él le pasará lo mismo conmigo, no lo creo, pero a mí se me nubla la razón en su presencia. Ahora mismo haría lo que me dijera y cómo lo dijera sin dudar. Me levanto para dirigirme hacia la pequeña nevera que tiene a su espalda, aprovechando la distancia entre nosotros para poder respirar tranquila. Abro la puerta y miro en su interior.

—¡¿Agua?! —me quejo—. No me jodas. ¿Solo tienes agua?

—¿Qué esperabas? ¿Una bacanal de alcohol y drogas? —No se gira para mirarme, sigue dándome la espalda.

—No, pero por lo menos una botellita de esas pequeñas de whisky que hay en todos los hoteles ¿no?

—No bebo estando de servicio.

—Es de noche, no creo que estés de servicio —alego.

—Mi servicio es 24/7 mientras dure la gira de Alexandra.

—¿En serio? —Cojo una de las botellas de agua mineral y vuelvo a sentarme en mi sitio mientras la abro para dar un trago. —¿No te resulta agotador ser siempre así de… insoportable?

—¿Insoportable? —Se sorprende, aunque de manera casi imperceptible.

—Sí, ya sabes, un macho alfa estirado, que seguramente sepa cómo matar a alguien de mil maneras diferentes, pero también cómo se sirve el té en Indonesia. Alguien que tiene a todas las mujeres enloquecidas a su paso. Espera. Me apuesto lo que quieras a que eres de los que ordena lo que tienen que hacer en cada momento cuando estáis en la cama y, además, te encanta fardar de abdominales y besar tus propios músculos.

—¿Qué cojones…

—Pero fijo que lo que más te gusta es gruñir —lo interrumpo— y pelearte con otros sementales de tu rango por el poder. También sueles aullar a la luz de la luna. Y seguro que perteneces a algún grupo de apoyo donde os dais fuerza unos a otros para seguir siendo así de

arrogantes.

Drake me arrebata la botella de agua y se la bebe de un trago ante mi atónita mirada. Después la deja vacía sobre el mapa que hay encima de la mesa para dedicarme su atención plena.

—Primero. En Indonesia no se sirve el té. Segundo. Te garantizo que las mujeres que me llevo a la cama saben de sobra lo que tienen que hacer, no necesitan que yo les dirija, aunque no tengo la mínima intención de que lo compruebes. Y tercero, no soy yo el que está continuamente reclamando tu atención, por lo que te recomiendo encarecidamente que busques tú un grupo de apoyo.

Me levanto de la silla como un resorte. Muerta de celos y rabia por lo que me acaba de decir.

—¡Yo no estoy reclamando tu atención!

—¡Ah! ¿No? ¿Y qué hay de que finjas un secuestro para que te vea desnuda?

—¡No estaba desnuda!

—Entonces, admites que fingías un secuestro para llamar mi atención.

—¡Ni de coña! ¡Estaba cantando!

—Si tú lo dices.

Lo miro llena de furia.

—No me extraña que estés siempre solo. ¡Eres un gilipollas!

—En eso tienes razón. Me gusta estar solo. De hecho, me encantaría volver a estarlo. Creo que ya has comprendido nuestro concepto básico de seguridad: donde sea que tú o yo vayamos, iremos juntos de ahora en adelante ¿entendido? —Se pone en pie y me muestra la puerta de salida con la mano derecha.

—Lo llevas claro —bufo cogiendo la ficha—, este punto negro es libre y no piensa obedecerte.

Me dirijo hasta la salida de muy mala gana.

—No descansaré hasta doblegarte, Alicia.

—¡Ni se te ocurra volver a llamarme así o me convertiré en tu peor pesadilla! —lo amenazo mientras salgo.

—Ya lo eres.

Le guiño un ojo, le sonrío de la manera más falsa del mundo y me despido de él levantando el dedo corazón.

Cierra la puerta y me dirijo a mi habitación, que se encuentra al final del mismo pasillo, con el ceño fruncido. Pero ¿por qué coño me pone de tan mala leche este tío y sin embargo no dejo de buscarlo?

Capítulo 14

Hoy es el gran día. Por fin llega Alexandra Gragio a Madrid y he de admitir que me siento bastante nerviosa. No solo por conocerla, sino porque la tensión se palpa en el ambiente. Todos parecen estar estresados, como si viniese un emperador de la Antigua Roma y amenazase con decapitarlos de no estar todo a su gusto. Es una sensación horrible.

En los dos últimos días, un asesor de comunicación no verbal me ha estado mostrando vídeos sobre la actriz en distintas situaciones para que intente imitar su forma de caminar, su sonrisa y sus gestos, es decir, se supone que tengo que actuar como si fuese una diosa por encima del bien y del mal. Tiene algunas manías muy características que me han resultado fáciles de conseguir, como por ejemplo chascar la lengua antes de la risa, enrollarse un mechón de pelo en un dedo mientras habla, o sonreír de manera sarcástica ante una pregunta incómoda de la prensa. El asesor me ha felicitado por lo bien que lo he hecho, aunque yo no estaría tan contenta.

En mi escaso tiempo libre en estos días he aprovechado para hablar con Gerardo. Le veía tan raro que le he pedido que viniese a verme. Sé que no está permitido, pero necesito tocarlo y saber que mi otra vida es real para no volverme loca. Hemos quedado en una de las puertas traseras del hotel.

Por otra parte, Lennox ha estado muy ausente, lo que me ha dado cierta sensación de libertad. Supongo que estará preparando la llegada de la gran estrella al milímetro para que no le cague una paloma en la cabeza mientras sale de su brillante limusina de purpurina. Casi no hemos intercambiado una palabra y lo agradezco. La última vez que nos vimos me puso demasiado nerviosa.

A las cinco de la tarde, cuando ya se han marchado todos los empleados del restaurante, me adentro en los pasillos de la cocina hasta llegar a la salida por donde tiran la basura. ¡Y ahí está Gerardo! ¡Y me ha traído la mochila que le he pedido con mis zapatillas rosas!

Corro hasta él como si mi vida dependiese de ello. Su enorme sonrisa y sus brazos abiertos logran que avance cada vez a más velocidad, hasta que impacto contra su cuerpo y casi caemos al suelo. Nos besamos como nunca lo hemos hecho, con necesidad. Parece que no hay nada como la distancia para reavivar el amor.

—Joder, Alice, te he echado tanto de menos —musita contra mis labios.

—Y yo a ti. Había olvidado tu cara.

Después de un buen rato apoyados contra la pared metiéndonos mano como si estuviéramos en el instituto, me doy cuenta de que hay una cámara de seguridad justo encima de nosotros. «¡Mierda! Seguro que Lennox me pilla más pronto que tarde».

Aunque, acto seguido, mi yo maquiavélico toma posesión de mis actos y me levanto la

falda mirando a mi prometido con lujuria, que no tarda en bajarse el pantalón y penetrarme sin piedad contra la pared. Tampoco tarda demasiado en correrse, una pena que yo no pueda decir lo mismo, pues la excitación que siento al imaginar que el mayordomo me esté mirando es mayor que la que me confiere con cada arremetida mi novio. Aunque esto es algo que negaré haber dicho el resto de mis días.

Después de nuestro fugaz escarceo, mientras nos arreglamos la ropa, Gerardo me cuenta cómo van las cosas y me alegra saber que todo está en orden. No hay novedades más allá de que todos me echen de menos. Cuando se marcha nos prometemos repetir en cuanto me sea posible. La verdad es que me he quedado algo más tranquila al verle en carne y hueso porque estaba rarísimo últimamente. Ahora sé que todo marcha sobre ruedas. Ha sido una dosis de realidad que necesitaba tanto como respirar.

Una vez que estoy sola, no he dado ni dos pasos de vuelta al interior de la cocina cuando descubro dos ojos azules clavados en mí.

—¡Joder! ¡Qué susto! —grito, llevándome la mano al pecho.

Él continúa impertérrito, ahí plantado a escasos metros, de brazos cruzados, mirándome con los ojos envueltos en llamas.

Avanzo hacia él con la intención de esquivarlo y huir a mi cuarto como buena cobarde que soy.

En cuanto lo tengo cerca me falta el aliento y a él se le dilatan las pupilas, seguramente sea porque conmigo aflora su instinto asesino. Intercepta mi paso con su cuerpo y me veo obligada a detenerme.

—¿Estabas espiándome? —me quejo presa de los nervios.

Intento retomar mi camino porque me niego a parecer débil ante él, pero me agarra de la muñeca y me gira hacia él de un tirón, aunque, aun estando así de enfadado, lo hace con delicadeza para no hacerme daño. Ha sido tan repentino que no caigo en la cuenta de que estoy estampada contra su pecho hasta que me veo obligada a levantar el rostro para mirarlo a los ojos, que son pura lava.

Lennox sabe de sobra lo que está haciendo. Invade mi espacio personal a propósito. Es lo que hace cuando quiere intimidarme y admito que lo está consiguiendo porque, en cuanto mis ojos se desvían a la mano enfundada en guantes blancos que sostiene mi muñeca, me suelta; momento que provecho para retroceder un par de pasos y alejarme de él.

—¿Crees que eres la única que puede saltarse las normas? —ruge lleno de ira.

Avanza un paso hacia mí y me veo obligada a retroceder de nuevo. Avanza otro paso más y yo retrocedo de nuevo. Así hasta que mi espalda impacta contra la pared. Atisbo un ligero movimiento triunfal de la comisura de sus labios. Parece saber exactamente lo que estoy pensando sin necesidad de mediar palabra. Ojalá yo tuviera el mismo poder.

—¿Qué pretendes? —pregunto nerviosa al verme sin escapatoria.

—Te ordené expresamente que no fueras a ningún sitio sin mí y mucho menos estando Alexandra aquí —gruñe lleno de arrogancia. Lo cual me saca de quicio y al mismo tiempo me deja sin aliento.

Alexandra, Alexandra, Alexandra, Alexandra, estoy de Alexandra hasta las narices. Desde que ella ha llegado no me ha hecho ni caso. Quería llamar su atención de alguna manera. Lo sé, soy patética. ¿Qué puedo hacer?

Sé que está haciendo un gran esfuerzo por no agarrarme y azotarme porque cada músculo de su enorme cuerpo está en tensión, a pesar de ir vestido de arriba abajo lo noto en su cuello y lo percibo en la expresión de su rostro.

—¿Acaso querías acompañarme a echar un polvo con mi novio? ¿No has tenido suficiente con mirar? —lo provoco señalando la cámara.

Al descubrir que yo sabía que me estaban grabando muestra cierta sorpresa que se apresura a disimular de inmediato. Mueve la cabeza en lo que parece ser una negación rotunda. Dudo si está decidiendo entre horrorizarse o reírse.

—Lo que acabas de hacer no debería haber ocurrido bajo ninguna circunstancia.

—No sé a qué te refieres. —Me veo obligada desviar la mirada porque la suya me atraviesa cargada de algo parecido al deseo. Si no supiese que es imposible, me estaría subiendo por las paredes.

Se me seca la boca al instante al sentir su cuerpo contra el mío. Trago saliva. Y casi se me olvida respirar al enfrentar su mirada depredadora.

—Me importa una mierda si ese tío hace contigo lo que le viene en gana cuando no estás trabajando, pero no pienso permitir que te expongas de esa manera mientras estés bajo mi mando.

Percibo su aliento mentolado y su inconfundible olor a selva. Un escalofrío, que nada tiene que ver con el miedo, recorre mi columna vertebral y me estremezco mientras intento poner distancia entre nosotros por temor a lanzarme a sus brazos. Intento salir de aquí, pero me lo impide poniendo su brazo sobre la pared y al verme acorralada saltan todas mis alarmas.

—¡Tú no tienes que permitirme nada! ¡Es mi vida! —le grito con las brasas de mi indignación cobrando vida de nuevo.

—¡De ninguna manera! ¡Es la vida y el sustento de muchas personas! ¿Puedes imaginar qué pasaría si hubiese entrado alguien aquí y os hubiese sacado una foto? ¿O si alguno de los vigilantes de seguridad, en vez de avisarme, como han hecho, vendiese las imágenes a algún medio de comunicación y todo el mundo te confundiese con Alexandra?

—¡Oh! ¡Claro! Siempre preocupado por la gran Alexandra —protesto algo celosa al comprobar que su enfado no es debido a que me lo estuviera montando con mi novio, sino por proteger a la actriz.

A ver, entre tú y yo, reconozco que perdí la razón en el momento en que me subí la falda para que Gerardo me tomase contra la pared, pero por algún extraño motivo que no alcanzo a comprender, me gusta discutir con él. No sé, me pone cachonda verlo perder los papeles porque solo lo hace conmigo y eso, de alguna manera enfermiza, me hace sentir especial.

Quizá alguna vez deje de ponerme así cuando me habla, pero no lo creo porque hay algo en nuestros tira y afloja que se parecen mucho a… los preliminares.

Lennox agudiza la mirada, está tratando de calmarse para recobrar el control de sí mismo

porque, aunque se niegue a admitirlo, le saco de quicio. Pero, de repente, ocurre algo que me deja fuera de juego. El mayordomo deja caer los hombros. Abatido.

—Esto es una auténtica estupidez, Alicia. Cada segundo de mi puta vida me arrepiento más de haberme cruzado contigo en aquel maldito ascensor.

Lo miro desconcertada, pero sigo atacando.

—Lo mismo digo.

Baja su rostro y permanece a escasos centímetros del mío. Sus ojos no pierden el brillo, pero parecen agotados.

—Siento haberte hablado así.

Y con esas cuatro palabras destroza todas mis barreras de un solo golpe. Salen volando como si nunca hubiesen estado ahí, consiguiendo que mi corazón galope desbocado en pos del amor.

—Perdona… ¿quién eres y qué has hecho con el mayordomo de hojalata?

Su boca ni siquiera se mueve. Por supuesto que no. Mi broma no es digna del Club de la Comedia. Supongo que encontrar una cascada en el Sáhara es más fácil que encontrar una gota de humor en ese cuerpo enorme y exasperantemente bien esculpido.

—Olvídalo. Sube ahora mismo a tu habitación. Ella llegará enseguida y nadie debe verte en su presencia.

Comienza a caminar hacia el interior del hotel. La creciente distancia entre nosotros me duele.

—Drake, espera.

Se detiene y se vuelve a mirarme. Parece tan abatido que me entran ganas de reír, pero no lo hago para que no se enfade más aún.

—Yo también siento lo que he hecho. Me ofende que pienses todo el tiempo que soy una inútil incapaz de hacer bien las cosas y creo que por eso me comporto como una idiota todo el tiempo.

La mirada que me lanza es abrasadora y me advierte de que no juegue con él. Lamentablemente yo no sé jugar a eso, solo le estoy siendo sincera.

—Eres tú la única que piensa eso de sí misma. Si te he contratado es porque opino justo lo contrario, que eres una mujer más que válida, aunque parece que tienes una disposición enfermiza a demostrarme que estoy equivocado.

—No te compadezcas de mí. Resulta más que obvio que no piensas así —asumo dolida.

Él parece descolocado. Deja escapar un suspiro.

—Jamás podría compadecerme de alguien como tú.

—¿Porque soy un desastre?

—Porque me has demostrado tener más agallas que nadie que haya conocido hasta ahora.

Me emocionan sus palabras. Una lágrima traidora asoma a mis ojos, pero lo disimulo. No quiero mostrarme vulnerable delante de él.

—Te prometo que no te arrepentirás de haberme contratado, Lennox.

Se aclara la garganta y susurra:

—No te imaginas lo que daría por creerte, Alicia.

Y continúa su camino hasta que desparece de mi vista.

Me dejo caer hasta que me quedo sentada en el suelo temblando contra la pared. Se me viene el mundo encima al ser consciente de que estoy perdida. No puedo evitar sentir una irrefrenable atracción por él, aunque no es eso lo que me preocupa, pues es lo que sentiría cualquier mujer en su sano juicio al tenerlo cerca. Lo que me inquieta es mi continua necesidad de llamar su atención, y, sobre todo, lo bien que me hace sentir cuando se muestra como ahora, es decir, como un ser humano. Me hace sentir… viva.

Nunca había sentido algo así y pensaba que esto solo ocurría en las novelas románticas, bueno, más bien en las eróticas porque aquí amor hay poco. Me había hecho a la idea de que no viviría esta atracción tan bestia en la vida, pero aquí estoy, a dos meses de mi boda babeando por un hombre al que detesto con todas mis fuerzas.

Una sonrisa se adueña de mi rostro. Creo que acabo de descubrir mi talón de Aquiles.

Capítulo 15

Estoy dormida plácidamente en mi cuarto cuando escucho unos golpes en la puerta. No son unos ligeros golpes de alguien que llama, no, esto más bien es el brutal intento de un rinoceronte por atravesar la madera; cosa que me parece un *déjà vu* porque la acaban de poner nueva.

—¡Alicia! ¡Abre!

No podía ser otro. Su voz consigue que cada vello de mi piel se erice. Corro a mirarme en el espejo para comprobar si estoy visible, pero de pronto un estruendo me sobresalta. ¡Parece un disparo! Enseguida se escuchan gritos lejanos.

¡Ay, Dios!

Abro la puerta a toda prisa. Me tiemblan las piernas.

—¿Qué pasa? —exclamo asustada.

—¿Estás bien? —Lennox aparece en mi campo de visión sin camiseta, solo con el pantalón del pijama y unas botas Panamá Jack. Está despeinado, tiene la cara desencajada y lleva una pistola en su mano derecha. Es entonces cuando el pánico se apodera de mí: Drake Lennox jamás saldría de su habitación despeinado.

—¿Qué pasa? —susurro todo lo bajo que me permite el miedo.

No se me escapa el modo en que mira mis piernas desnudas. Sus ojos se oscurecen y mi piel responde a ese contacto visual como si fuese una caricia. Cierra los ojos un instante como para obviar que mi camisón de encaje azul petróleo es demasiado corto.

Entra a toda prisa y cierra la puerta tras de sí con mucho cuidado para no hacer ruido. Con lo grande que es ocupa demasiado espacio en la habitación.

—Sé que te resultará imposible, pero intenta no separarte de mí, ¿de acuerdo? —Habla muy bajo mientras me hace un gesto con la mano para que le siga. No lo suponía tan sigiloso.

He visto muchos hombres con el torso desnudo, pero J-O-D-E-R, Lennox tiene músculos que no sabía que pudiesen estar ahí, todos juntos, además, están cubiertos por una piel morena y tan sedosa que parece terciopelo. Y sus pezones… Quiero tocarlos. Me quedo sin habla. Su olor me está torturando.

—¿Esto va en serio o es un simulacro? —acierto a preguntar.

Su mirada me lo dice todo. Va en serio.

Mierda.

Se mete en el baño y pulsa una tecla del secador de pelo del hotel, ese que nadie usa

porque tiene muy poca potencia y deja el pelo como si hubieras metido los dedos en el enchufe, y de repente se abre una trampilla junto a la bañera.

—¡Joder! —Pongo una mano sobre mi boca para ahogar un grito—. ¿No me habrás estado mirando desde ahí mientras me duchaba?

Él pone los ojos en blanco, pasa de mí y hace una señal con la cabeza para que entre. Me apresuro hasta el armario para ponerme mis Converse rosas. Luego vuelvo a su lado y le obedezco, a regañadientes, pero lo hago.

Al pasar por su lado no puedo evitar echarle una ojeada al abdomen. «¡Deja de mirárselo, pervertida!». Dios santo. Esa uve que tienen los hombres en la parte externa de los abdominales. ¡Esa uve! Además, al girarse descubro dos hoyuelos en la zona lumbar, justo encima del... «Por el amor de Dios, Alice. ¡Le estás mirando el culo!».

Él está buscando algo en algún lugar de la habitación, así que aprovecho para entrar donde me ha dicho. Tal vez esté así de nerviosa porque acabo de enterarme de que estoy en peligro, pero no tengo miedo, estoy… excitada. Y os preguntareis ¿por qué iba a impresionarme el peligro? Pues porque tengo una relación tóxica conmigo misma y me pone que me protejan.

Una vez que los dos nos encontramos en el interior de lo que parecen ser las tripas del hotel, enciende la linterna de su móvil y alumbra el suelo del pasillo oscuro en el que nos hallamos. Es entonces cuando caigo en la cuenta de que me he dejado el móvil en la habitación. Da igual, ya lo cogeré después. Trato de seguir su paso, pero estoy temblando y no me resulta posible.

—Drake, o me explicas ahora mismo qué coño está pasando o me va a dar un ictus. Y no creo que entonces te sea de gran ayuda.

Él se detiene. La linterna nos alumbra a ambos ahora. Clava sus ojos en los míos. Duda si contármelo o no.

—No debería decírtelo, pero… confío en ti.

—No sé si deberías —tartamudeo.

—Se han llevado a Alexandra.

—¡¡¡¿¿¿Qué???!!!

Sujeta la pistola entre la goma de su pantalón de pijama y su lumbar, supongo que para que deje de mirar el arma con expresión de psicópata y me calme. Aunque no estoy al borde de un ataque de pánico por la pistola precisamente. Coge mi mano con la suya que tiene libre y entrelaza los dedos con los míos. No lleva los guantes y su calidez me pilla por sorpresa provocando un fuerte chispazo en mi entrepierna. Parece sonreír ligeramente al imaginar mis mejillas sonrojadas.

—Sé que no estás preparada para esto, pero intenta mantener la calma. He de llevarte a un lugar seguro cuanto antes para poder volver a entrar. No te preocupes, Alicia, estando a mi lado jamás te pasará nada.

Quiero creerle, pero...

Está bien. No es momento para hacer el idiota. Lo creo.

Caminamos con las manos cogidas como si fuera lo más natural del mundo cuando yo no puedo ni respirar, no sé si por el miedo o por los nervios de que me lleve de la mano. Nos imagino caminando así, juntos, por un parque lleno de flores mientras suena Laura Pausini de fondo. ¡Por Dios, no se puede ser más tonta!

Al final llegamos a una especie de sala oscura donde solo vislumbro entre la penumbra un sofá de cuero negro junto a una mesita de cristal. Enciende una pequeña lámpara que hay sobre dicha mesita y descubro que nos encontramos en algo similar a un bunker.

—Escóndete detrás del sofá. —Señala dicho lugar con el dedo—. Toma esto. Si la necesitas, úsala. Enseguida volveré a por ti.

Miro atónita mi mano temblorosa que ahora sostiene una pistola.

—¡Estarás de coña! —lloriqueo.

—No.

—¡No pienso quedarme aquí sola!

—No tienes que hacer nada, Alicia. Solo permanecer en silencio. Sé que te resulta imposible, pero solo tienes que mantener la boca cerrada. Es fácil.

—Serás…

—Confío en ti —me interrumpe al tiempo que se marcha.

El muy cabrón sabe que estas tres palabras hacen mella en mí, por eso las dice.

Antes de que me dé tiempo a llamarle, ha desaparecido.

*****

Desconozco el tiempo que llevo esperando escondida detrás del sofá. Deben de ser horas. He contado ovejas, elefantes, arañas y todos los animales que se me han ocurrido para mantener mi mente ocupada, pero no hay manera. Me va a dar algo.

De repente, escucho una voz masculina con un acento latino. ¿Puede ser colombiano? No lo sé. Solo sé que se aproxima.

Las pulsaciones se aceleran. Sujeto la pistola entre las manos y apunto hacia la puerta. Veo cómo tiemblo. No soy capaz de mantener la calma, por más que lo intento.

No quiero matar a nadie, pero tampoco quiero morir.

Joder. Pienso en mis padres, que estarán tan tranquilos sin imaginar lo que le está pasando a su única hija. En mis amigos, que seguro estarán bebiendo y bailando en alguna discoteca ajenos a mi desgracia. Y en mi prometido, que será el primer hombre viudo antes de casado de la Historia.

La puerta se abre y algo gigantesco se abalanza sobre mí. Sin dudarlo un solo segundo aprieto el gatillo.

Capítulo 16

Trato de abrir los ojos, pero los párpados me pesan demasiado, aunque al final lo consigo con mucha dificultad. Miro a mi alrededor soñolienta. Todo se encuentra a oscuras. Veo borroso. No soy capaz de abrir mucho los ojos, solo lo justo. Me da la sensación de tener una pesa encima de ellos que me obliga a cerrarlos.

Un fuerte dolor atraviesa mi cabeza. Es punzante, como una espada. Quiero tocarme con la mano para aliviarlo, pero mi brazo no responde, está dormido. Inmóvil.

¡¿Qué me pasa?!

Agobiada, intento recordar qué ha ocurrido, pero no lo consigo. Solo hay un agujero negro en mi memoria. Si me apuras, no recuerdo ni mi nombre.

¿Dónde estoy?

¿Estaré muerta?

Entonces, observo mi cuerpo y certifico que está entero, sano y salvo. No tengo heridas. Caigo en la cuenta de que llevo puesto mi camisón azul petróleo y está bastante sucio, por cierto. Me encuentro tumbada sobre lo que parece ser una hamaca pequeña. No demasiado cómoda.

La estancia en la que me hallo es de madera. A juzgar por la forma, yo diría que se trata de una cabaña. Tiene una pequeña ventana desde la que puedo adivinar que fuera es de noche. Supongo que será la luz de la luna lo que ilumina el interior. También hay dos puertas y una chimenea. Nada más a la vista.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunto aterrada.

Bien, al menos la lengua no la tengo dormida.

—Vaya, por fin se ha despertado la Bella Durmiente —me contesta una trémula voz masculina. Yo diría que pertenece a alguien que se debate entre la vida y la muer…

¡Un momento!

Mi cerebro se detiene en seco al escuchar su voz y, de pronto, los recuerdos comienzan a invadir mi memoria, se atropellan, colapsan y se me escapa un grito.

Drake Lennox.

—¿¡Dónde estamos!? ¿Qué me has hecho? —inquiero.

Es horrible estar al borde de un ataque de pánico y no poder mover ni un músculo. Quieres huir, pero solo puedes estar tirada. Una maravilla.

—¡Oh! ¿Cómo no? Ella siempre me declara culpable —reniega en susurros.

—¡Es que es tu culpa! —protesto.

—Perdona, pero eso tendría que decírtelo yo a ti, ya que fuiste la que me disparaste.

Suelta un alarido de dolor que me atraviesa el cuerpo.

—¿Qué? ¡Ni de coña! Te lo estás inventando para asustarme.

—Puedes venir a comprobarlo tú misma —gruñe molesto.

—Lo haría encantada si pudiese moverme.

No creo que sea cierto que le disparé. Lo último que recuerdo es un disparo, sí, pero no fue a Drake… ¿o?... ¿quizá sí? ¡Dios mío! Estaba muy oscuro.

—¿Por qué no puedes moverte? ¿Estás atada? —pregunta en un tono de preocupación.

Esto me indica que puede que no haya sido él quien me ha dejado aquí y eso me da más miedo todavía.

—No estoy atada, pero no puedo moverme de cuello para abajo. ¿Y tú?

No responde.

Se escucha un suspiro, como si le doliese algo.

—¿Drake?

—No te preocupes, Alicia —dice con dificultad al cabo de un rato—, nos han suministrado opio.

—¿Opio?

—Dependiendo de la composición y la dosis, inmoviliza los músculos, pero en pocos minutos dejará de hacer efecto y podrás moverte —me explica.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, si no me equivoco, aquí suelen utilizar esa sustancia cuando secuestran a alguien.

—Secuest… —ni siquiera logro repetir las palabras—. Un momento. Si estás tratando de asustarme...

—Estoy intentando justo lo contrario —jadea.

Si no fuera porque es un hombre que bien podría confundir con Batman, es decir, tan duro por fuera como por dentro, juraría que está medio moribundo.

—¡Ja! Seguro que esta es una de tus estrategias de mayordomo estirado para que me muestre más sumisa. Pero, déjame advertirte que no lo vas a conseguir. No pienso obedecerte. ¡Nunca!

—Alicia, admito que me pone muy cachondo discutir contigo, pero ahora no es el momento, he perdido mucha sangre…

Su tono de voz, casi apagado, logra que el corazón comience a latirme a mil por hora. Espero que sea por eso y no porque haya dicho que le pongo cachondo. «A ver, Alice, que te está vacilando, chica, que pareces de ayer», me reprendo.

—¿Drake?

No obtengo respuesta.

—¡Drake, joder, responde!

Me niego a creer que estemos secuestrados y mucho menos que al maldito mayordomo se le ocurra morirse en este preciso momento. Ni de coña. Toda esta mierda es por su culpa. No le va a resultar tan fácil abandonar el barco.

Reúno toda la fuerza posible para intentar moverme y por fin mi cuerpo responde. Mal, pero responde.

Me caigo de la hamaca y me doy un fuerte golpe contra el suelo, aunque casi ni lo siento. ¡Bendita anestesia! Me arrastro por el suelo cogiendo impulso con los brazos, ya que las piernas no reaccionan aún y me dirijo hacia la puerta de la que procede su voz. Al moverme voy sintiendo un ligero cosquilleo en los pies que me indica que la droga está dejando de hacer efecto.

Mientras me arrastro cual víbora borracha voy preguntándome en qué maldito momento he llegado a esta situación con lo feliz que era cuando todos mis problemas eran que un chiwawa no me hacía caso.

Empujo la puerta de madera con el codo. Como se encuentra medio abierta sigo avanzando hasta llegar al interior de lo que ahora descubro que es el baño. Un baño muy arcaico, pero un baño al fin y al cabo.

—¡Drake! —grito al descubrirlo hecho un ovillo sobre lo que parece ser el plato de ducha. Está cubierto de sangre.

No me responde, pero me mira con los ojos entreabiertos. Creo que es la impresión que me causa el verlo así lo que consigue que reúna las fuerzas necesarias para ponerme en pie y correr hacia él.

En cuanto llego a su altura, me arrodillo a su lado a toda prisa y descubro que, en efecto, tiene una herida en el costado izquierdo que trata de taponarse en vano con sus manos. Ya no tiene ni fuerza. Joder, la sangre no deja de salir.

Sin dudarlo ni un segundo arranco la tela de su pantalón de pijama, pues es lo único que veo por aquí y lo presiono contra la herida.

—Tienes que sacar la bala —susurra entre dientes.

—No. No puedo. Yo…

Me agarra la muñeca casi sin fuerza para que le mire a sus ojos sin brillo. No parece él. Tiene un tono grisáceo y la mirada perdida.

—Tienes que hacerlo, Alicia.

—Pero es que yo… ¡no sé sacar balas! —exclamo.

—Confío en ti.

Esas tres palabras se me clavan muy dentro. Desconozco el motivo, quizá porque nadie me lo haya dicho nunca antes, pero cada vez que me las dice me convence para hacer lo que sea. Ver

a este gran coloso totalmente rendido frente a mí consigue ablandarme el corazón.

El párpado derecho comienza a temblarme y acto seguido le siguen las manos. ¿Cómo coño voy a sacar una bala del cuerpo de alguien si me desmayo al ver una gota de sangre?

—Rompe esa pared. Es falsa —masculla.

—¿Qué? —Todavía debo de estar flipando.

—Ese trozo de madera en la pared de tu izquierda es una tapadera. Retírala.

Le hago caso y empujo una tabla pequeña que parece más torcida que el resto. Para mi sorpresa, enseguida se cae al suelo y descubro una especie de mochila, la cojo a toda prisa, la abro y descubro un botiquín antiguo en su interior. Lo abro. Hay unas pinzas y un montón de artilugios quirúrgicos, como si alguien los hubiese dejado ahí a propósito. «¿Qué leches es esto? ¿Algún tipo de gincana macabra en la que tienes que salvar tu propia vida?», me planteo. ¡Da igual!

Vuelco en el suelo todos los utensilios mientras me vuelvo a arrodillar junto a él. Me limpio el sudor de la frente con el antebrazo. Tomo aire. «Yo puedo», me consuelo.

—Está bien —me animo a mí misma en voz alta—, ya tengo todo. Ahora solo hay que utilizarlo.

—Alcohol. Echa primero el alcohol. —Su voz es casi imperceptible mientras coge aire con dificultad.

—Esto te va a escocer —le advierto al destapar el bote y ponerlo sobre la herida.

No dice nada, solo cierra los ojos como si se quedase dormido. Ahí va. Echo un buen chorro de alcohol. Madre mía. Cierro los ojos por la impresión, pero él ni se inmuta. Mierda, no voy a ser capaz de hacer esto.

Me gustaría decir que estoy disfrutando al ver sufrir a este energúmeno cabezota y estirado, pero no. De alguna manera me duele verlo así. Saber que confía en mí cuando tengo su vida en mis manos es demasiada responsabilidad. No quiero pensar en lo que pasará si la cago.

—Drake, no te duermas.

Me apresuro a coger las pinzas e introduzco el metal con muchísimo cuidado en la herida, como si no quisiera rozarlo. ¡Qué ascazo, joder! Siento tanta repulsión al entrar en contacto con la carne abierta que me entran arcadas, pero me aguanto como puedo para no vomitar. Respiro profundo. Mis manos enseguida se tiñen de rojo, lo que provoca que las pinzas se resbalen y se introduzcan de golpe en su cuerpo. Drake expresa el dolor contrayendo el rostro, pero por fin toco algo duro. Es ahora o nunca. Lo atrapo con fuerza y tiro hacia fuera sin titubear.

—¡Lo tengo! ¡Drake, lo he conseguido! —festejo mirando la pequeña pepita metálica que sostengo ahora entre mis dedos—. ¡Te pondrás bien!

No responde. Está tendido sobre el plato de ducha con los ojos cerrados.

—Por favor, Dios, que no se muera. Por favor, por favor —sollozo.

—Cóselo —balbucea sin abrir los ojos.

No se ha muerto. Bien.

Cojo una aguja y el hilo quirúrgico para coserlo cuanto antes. Necesito que deje de sangrar, pero las manos me tiemblan demasiado para enhebrar la aguja con el hilo. Me estoy mareando y no aguantaré mucho más. «¡Vamos, Alice!», me animo. Y, tras varios intentos fallidos, al final lo consigo.

—Drake, esto te va a doler.

El primer pinchazo hace que vomite sin poder evitarlo y gracias al cielo llego al inodoro a tiempo. Me pongo en pie para lavarme corriendo. Hay un cubo de bambú junto al lavabo con agua. No me importa el tiempo que lleve ahí. Luego me miro en el espejo al incorporarme y compruebo horrorizada que estoy blanca. Doy asco. Pero da igual. Me obligo a recomponerme enseguida. Tengo que hacerlo. «Yo puedo hacerlo» me digo.

Vuelvo a agacharme, cojo la aguja ensangrentada de nuevo, con cuidado para que no se resbale y coso la herida a toda prisa, a pesar de que me tiemble el pulso y que note cómo se me revuelve el estómago. Juro que nunca he tenido una sensación tan horrible en mi vida.

—Siento que te vaya a quedar una cicatriz tan espantosa, Lennox, pero lo que me importa ahora es que sobrevivas —cuchicheo mientras termino mi gran obra maestra—. Ni Frankenstein tenía una cicatriz así, joder.

Después, me dejo caer contra el suelo, exhausta. Un sudor frío recorre mi cuerpo. Lo he pasado fatal, pero al menos he conseguido que deje de salir sangre de su cuerpo. Ahora solo tiene que ocurrir un milagro y que no se infecte la herida.

—Drake, no te mueras. Por favor.

Hablando de infectarse, me incorporo para cortar con las tijeras otro trozo de la tela del pantalón del pijama de Drake, uno que no parece demasiado sucio, lo meto en el cubo para lavar la herida. Lo vendo como puedo con una gasa que hay en el botiquín y ahora sí que me desmayo tranquila.

*****

—Alicia —escucho un jadeo muy sutil a lo lejos, pero creo que sigo inconsciente—, tengo que confesarte algo muy importante antes de morir. ¿Alicia?

¿Morir?

¿Quién de los dos se muere?

Capítulo 17

Abro un ojo con pereza y descubro que es de día. Cubro mi rostro con el brazo, llena de esperanzas por dormir otro rato. Me encanta remolonear en la cama cuando me despierto tarde. Para eso están los fines de semana ¿no? Seguro que anoche… Anoche… ¿Anoche?

¡No me acuerdo de lo que hice anoche!

Me incorporo sobresaltada y algo confundida. No me suena esta cama, parece que haya estado en medio de un tornado; es de latón viejo y da bastante miedo. Al menos parece limpia. Tampoco me suena esta habitación. ¿Dónde diablos estoy? ¿Será una alucinación? Me viene a la cabeza de repente y con total nitidez una de las pesadillas que tuve anoche: cosía una herida enorme al mayordomo para que no muriese desangrado en una cabaña de madera justo como esta…

Pruebo a pestañear rápido para despejar la vista porque veo un poco borroso y, como la técnica no funciona, me froto los ojos para obligarme a mirar otra vez a mi alrededor mientras hago caso omiso del sudor frío que me empapa la frente y al temblor de las manos... Joder. Mis manos. ¡Están cubiertas de restos de sangre!

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder, joder! —exclamo horrorizada.

Salgo de la cama a toda prisa. Al pisar el suelo de madera descalza compruebo que no hace frío. Tampoco calor. Corro despavorida buscando la salida. De camino, miro el baño de reojo y descubro aterrada que hay sangre por todas partes. Después atravieso lo que parece ser el salón donde hay colgada una hamaca. Entonces recuerdo que yo he estado ahí antes, cuando no podía moverme.

Secuestro.

Es la palabra que monopoliza mi mente y aparece en ella rodeada de luces de neón que se encienden y se apagan.

Con las manos temblorosas abro la puerta que se supone que debe dar a la calle. Es de madera y muy ligera, de las que se abren con una patada. En cuanto la atravieso, me quedo en shock en medio de un porche.

Ante mis ojos se expande una vegetación tan densa que forma un intenso dosel que apenas deja pasar la luz del sol. Hay miles de frondosos árboles infinitos cubiertos de musgo y enredaderas retorcidas que trepan por ellos hasta donde la vista alcanza. Se entrelazan unos con otros para formar pasillos angostos y laberínticos que bien podrían engullir al explorador más experimentado.

Es como si alguien hubiese metido la pequeña cabaña a presión en medio de lo que parece ser la selva. ¡La selva, Dios mío! Me abrazo a mí misma al sentir cómo la humedad eriza el vello

de mi piel. El olor a tierra húmeda y el canto de aves exóticas en lo alto de los inmensos árboles logran que una pregunta aparezca en mi cabeza:

¿Dónde cojones estoy?

Esto no es España ni de coña. Lo único que sé es que estoy… sola.

Algo oprime mi pecho, tanto que hasta me cuesta respirar. El corazón late tan fuerte que parece que bombea en mis oídos. Me mareo. Siento hormigueo en manos y pies. Es como si me estuviese observando desde fuera y no pudiese controlar lo que me está sucediendo. Estoy atrapada dentro de mi propio cuerpo luchando contra la marea de sensaciones que se apodera de mí.

Me dejo caer de rodillas presa del miedo. Cierro los ojos y junto las palmas de las manos a la altura de mi pecho para rezar como es debido, porque si pones las manos así, seguro que se te hace más caso ahí arriba.

—¡Diosito, por favor, por favor, por favor, sé que no suelo rezar mucho, pero por favor te suplico que Drake no haya muerto!

—¡Qué melodramática, joder!

Abro los ojos y… ¡ahí está!

¡Drake!

Se encuentra apoyado con un hombro en la pared, cruzado de brazos, con su habitual porte seguro y elegante de perdonavidas. Despeinado y con una barba incipiente que... ¡Buf! Simplemente está impresionante. No lleva camiseta, solo unos pantalones de pijama sucios y rotos, además de unas botas color camel de Panamá Jack. Joder. Quiero hacer un póster con esta maldita imagen y masturbarme al mirarla cuando lo pegue en la pared de mi habitación. «¡Oh! Muy buena idea, Alice, querida, seguro que a Gerardo le parecerá muy apropiado», me reprendo.

Me alegro al ver que sus ojos han recobrado el brillo cautivador que suelen tener y que me está sonriendo con una calidez contagiosa.

¡Un momento!

¿Me está sonriendo?

¡¿A mí?!

¿Acaso los robots sonríen?

Nunca lo había visto sonreír y lo cierto es que con esa sonrisa deslumbrante podría iluminar el puto universo al completo.

Parece que se ha detenido el tiempo entre nosotros. Me lleva un instante comprender que está vivo, que estamos en algún lugar perdido del mundo y que… ¡está vivo! ¡Está vivo! En cuanto mis neuronas conectan unas con otras me pongo en pie de un salto y corro hacia él chillando:

—¡¡¡Drake!!! ¡¡¡Estás vivo!!!

Corro como si fuese hacia Papá Noel el día de Navidad, pero no un Papá Noel rechoncho y anciano, no; este es de los que suelen desnudarse en las despedidas de soltera, con muchos

abdominales, oblicuos y músculos por todas partes.

Al llegar a él lo abrazo con todas mis fuerzas. Es tal la alegría que he sentido al verlo que no lo puedo evitar.

—¡Estás vivo! —celebro como si al repetirlo tantas veces se hiciera realidad.

—Eso parece.

Sus brazos me rodean con cautela. Por lo que a él respecta, no es un abrazo demasiado efusivo y en cuanto es consciente de que su piel y la mía están en contacto directo, se separa como si de pronto mi cuerpo le quemase. Lo miro avergonzada por haber expresado tanto entusiasmo al verle y él me sonríe de nuevo para reconfortarme, como si pudiera leerme la mente.

«Joder, acabo de descubrir mi nuevo punto débil: su sonrisa». Y ahora ¿cómo me deshago de esta imagen arrolladora que perturbará mi mente para el resto de mis días? Y es que cada vez que sonríe seguro que nace un hada o un ser mitológico resplandeciente en algún lugar del mundo mágico. Esa maldita sonrisa consigue que todo se vuelva más brillante y alegre. «¿Hadas? ¿Magia? ¿Brillante y alegre? ¿Qué diablos te pasa, Alice?».

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada al reparar en el trozo de tela ensangrentado que enrollé alrededor de su abdomen.

Vuelve a poner un rictus serio. Me apuesto el cuello a que no le hace ni pizca de gracia tener que andar por ahí sin camiseta. Así no parece una máquina, sino alguien vulnerable.

—Muy bien. No ha sido nada.

—¿Nada? ¡Casi te desangras!

Oh, no ha sido nada, dice. Acabo de flipar en mi fuero interno porque me he dado cuenta de hasta qué punto pretende hacerse el héroe. Le lanzo una mirada de soslayo cargada de escepticismo.

—He tenido heridas peores. Me pondré bien, Alicia. Soy un hueso duro de roer. Lo tuyo ha sido peor.

El modo en que me mira… Tengo la sensación de que nuestra relación laboral está a punto de saltar por los aires. Sé que, de algún modo, va a pasar algo entre nosotros.

—¿Lo mío?

—Llevas dos días inconsciente.

—¿Dos días? ¿En serio?

Me atormenta pensar que haya estado dos días viéndome dormir. ¿Habré babeado? ¿Me habrá visto las bragas? ¡Obvio! Mi rostro debe reflejar la estupefacción que siento, pero finge que no le importa.

Recoge lo que parecen ser unos peces enormes que hay en el suelo y se dirige al interior de la casa. La elegancia masculina con la que se mueve me resulta casi hipnótica. Se me hace la boca agua y no por los peces. De repente se gira y me pilla admirando su trasero. Mierda.

—Bueno, ahora podrás estar tranquila por fin.

—¿Tranquila?

—Claro. No tendrás que ponerte celosa porque me miren otras mujeres. Soy todo para ti.

Las mejillas me arden, abro los ojos de par en par, suelto un grito ahogado y casi me atraganto con mi propia saliva. Él sonríe y niega con la cabeza.

—Tenías que haberte visto la cara.

—¡Eres idiota!

—Hay que recoger madera para hacer fuego. ¿Sabrás hacer eso sin meterte en líos? —farfulla.

—¡¿Perdona?!

Vaya. ¡*Bye*, mayordomo amoroso! ¡*Wellcome*, mayordomo gilipollas! Nadie te echaba de menos. Vete a la mierda y trae de vuelta al macizorro sonriente.

Lo sigo al interior de la cabaña con las manos en jarra sobre mi cintura y los ojos abiertos como platos. Me planto delante de él cortándole el paso y mirándolo con los ojos entornados.

—¿Qué has querido decir con eso? —exijo.

—Que tenemos que buscar leña para cocinar el pescado.

—No, no, no, no escurras el bulto, amigo. Has dicho que no me meta en líos. ¿Eso significa que crees que estamos aquí por mi culpa?

—Resulta obvio que estamos aquí por tu culpa —afirma.

Casi me echo a reír y, seguramente, me habría reído de no ser porque todavía me estoy recuperando del hecho de saber que estamos…

Decido que echarle la culpa puede esperar.

—¿Dónde estamos?

No responde.

—¡Drake! ¿Dónde coño estamos? —insisto.

Él suspira mientras mira a la chimenea vacía como si en ella estuviese la respuesta a la evolución humana.

—En Colombia.

—¿¡¡¡Queeeeeé!!!? ¿Colombia? ¿Colombia Colombia? ¿La Colombia del otro lado del mapa? —Mi voz es muy chillona y desagradable. Lo sé, pero no puedo evitarlo, me sale así.

—No hay otra Colombia.

—¿Y se puede saber qué leches hacemos en Colombia? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Y quién…

—Alicia, es importante que recojamos leña. Son las cuatro. En algo más de una hora será de noche y te puedo garantizar que no te gustará lo que hay ahí fuera cuando todo es oscuridad. Lo único que puede mantenernos a salvo es el fuego. Una vez que estemos a salvo, responderé a todas tus preguntas. Lo prometo, pero, créeme, hay que priorizar.

Parpadeo sin dar crédito.

—¿Crees que puedo ponerme a recoger madera tan tranquila sin saber las respuestas a todas esas preguntas?

—Si no quieres hacerlo, no estás obligada. Lo haré yo. Solo te he pedido que no te metas en líos. Mi misión consiste en mantenernos con vida hasta que logremos salir de aquí.

—¡Oh! ¡Mírate! Ya eres de nuevo el hombre de hojalata sin emociones y rígido con su habitual vara de hierro metida por el culo. ¡Te prefería cuando te estabas muriendo!

Drake suelta una especie de gruñido y echa la cabeza hacia atrás como si estuviera rezando al cielo.

—Lo siento. No tengo tiempo para discutir. Si me disculpas.

Y así es como me deja sola en medio de la selva con miles de millones de preguntas sin responder en la punta de la lengua y enfadada como una mona por haberme echado la culpa de todo. No voy a poder con esto.

¿Seré demasiado melodramática de verdad?

Capítulo 18

Una sinfonía de ruidos desconocidos y perturbadores crea un concierto de acordes tenebrosos en el exterior y ni siquiera me atrevo a imaginar qué los produce. El único sonido que distingo es el repiqueteo de la lluvia contra los cristales de las ventanas. Tengo la sensación de ser observada por algo que no puedo ver. Solo de pensarlo se me eriza el vello y se me cierra el estómago, no sé cómo este energúmeno puede estar tan pancho devorando el pescado delante de mí como si fuese un suculento manjar.

Noto que el sudor me corre por la espalda; tiene que ser por los nervios. Aun así, si algo he aprendido en el poco tiempo que llevo con Robocop es que nunca debo mostrar mi debilidad ante él porque después la usará como arma arrojadiza contra mí. Así que, en lugar de ponerme a chillar como una histérica (cosa que quiero hacer con toda mi alma), lo miro con ojos acusadores, preparándome para lo que sea que me espere y le suelto:

—¿Por qué sabías que había un botiquín escondido en la pared?

—Porque lo guardé yo ahí hace muchos años.

—Espera… ¿Qué?

—¿Te lo repito?

—¿Podrías olvidarte por un momento de que eres idiota y explicarme qué diablos está pasando aquí?

Las llamas de color ocre de la hoguera iluminan nuestros rostros, no hay más luz en la estancia, pero la que hay es suficiente como para verle tragar con dificultad debido a mi pregunta.

—Siento no poder darte una información más exhaustiva al respecto, Alicia. Ya te he comunicado todo cuanto sé.

—¡Y una mierda! ¡Estoy segura de que sabes mucho más de lo que me has contado!

—¿Y qué te hace suponer eso? —Su voz es profunda y reconfortante, pero no pienso dejarme embaucar por este encantador de serpientes.

—Que no quieras contestar a mis preguntas.

Me enerva parecer una chiflada psicópata en comparación con él, que está ahí sentado con las piernas cruzadas en el suelo como si fuese Ghandi en el lugar más exquisito del mundo. Míralo, ahí con sus modales refinados y su mirada de falsa humildad. Tiene los ojos entrecerrados, con ese color azul gélido cautivador, y me pone muy nerviosa que nunca se altere.

—Puedes hacer las preguntas que desees. No tengo nada que ocultar.

Termina de comerse el pescado que tenía entre manos y se limpia en un cuenco con agua

que no sé de dónde habrá salido.

A ver, Alice, piensa.

—¿De dónde has sacado los peces?

—Del río.

—¿Qué río?

—El Amazonas, obviamente.

Pongo los ojos en blanco y le hago burla imitando su tonito de ser superior al decir «obviamente».

—¿Cómo sabías dónde estaba el río? ¿Por qué sabes que se pueden comer esos peces? Y lo más importante ¿cómo los has pescado? Porque no creo que te hayan caído del cielo a las manos.

—Los peces no caen del cielo…

—¡No me toques la moral, Lennox! —Lo interrumpo levantando el dedo índice a modo de amenaza. Él retiene una risa que le agradezco que no deje escapar porque ahora mismo podría estrangularlo.

—El paiche y la payara son especies autóctonas que alimentan a los muchos indígenas de la zona. Si tienes un poco de paciencia y la agilidad suficiente, no te resultará difícil atraparlos.

—¡¿Cómo?! Solo llevas puesto un pantalón de pijama roto. No me creo que metas las manos en el río, ¡el Amazonas nada menos!, y saques una docena de peces para la cena. ¡Ni el mismísimo Jesucristo sería capaz de tal hazaña!

Ahora se ríe, aunque se apresura a borrar ese leve gesto humano de su rostro.

—Tenía también un hilo de pescar y un par de anzuelos guardados. Si tanto te interesa aprender, mañana puedes venir a practicar conmigo.

—¿Mañana? ¡Oh, no! ¡Ni hablar! ¿Es que piensas quedarte aquí mañana también? ¿Vamos a ser Emmeline y Richard en el *Lago Azul?* Porque yo paso de verte hacer fuego con dos piedras.

—¿A qué viene lo de las dos piedras?

Me encojo de hombros.

—Supongo que eso harás como el buen troglodita que eres.

Pasa de mí, pero suelta un suspiro cargado de culpa.

—Hasta que no mejore mi estado —señala su herida—, no puedo realizar grandes caminatas. Además, tú tampoco estás lo suficientemente fuerte. Me temo que deberemos permanecer aquí unos cuantos días más.

Al darme cuenta de que Súperman está reconociendo una debilidad, levanto un poco el pie del acelerador.

—Drake, en serio, ¿podemos dejar de hablar sobre trivialidades de pesca y centrarnos en el motivo por el que estamos aquí atrapados?

—Tú eres la que quería saber cómo he conseguido los peces.

Pongo los ojos en blanco y dejo escapar un suspiro. Quiere que me centre en la discusión para desviar el tema, pero no pienso caer en su trama. Ya me conozco sus truquitos y, aunque me encanta torturarlo, hay cosas que requieren mi atención.

—¿Quién nos ha secuestrado?

—No sé quién ha sido. Alguien asaltó el hotel para llevarse a Alexandra. Creo que nosotros solo somos un daño colateral. Supongo que querrán pedir un cuantioso rescate.

Tengo algo rondándome en la cabeza desde hace mucho tiempo.

—¿Eso significa que no les servimos para nada? —musito en voz baja.

Parece algo confundido.

—Si así fuera nos habrían matado ya.

—¡Deja de hablar en clave! Estoy muerta de miedo, ¿podrías ser tan amable de esforzarte un poco en articular más de dos palabras seguidas para que no termine de volverme loca? —le grito.

No puedo creer que sea capaz de estar tan tranquilo. Parece que está de vacaciones y eso me pone más nerviosa aún.

—Lo más probable es que no sepan quién de las dos es la Alexandra verdadera.

—¡Madre mía! —chillo histérica tapándome la boca con las manos.

—Alicia, tranquilízate.

Muy bien. Ha pronunciado las dos palabras mágicas que invocan a Satanás. Ha echado la pólvora sobre el fuego y ahora viene lo bueno.

—¡Ah! ¿Sí? Con que tengo que tranquilizarme ¿eh? Pues déjame decirte una cosa: ¡Ni lo sueñes! —Me levanto del suelo sin dejar de mirarle a los ojos. Creo que está alucinando.

—Alicia, es por tu bien.

—¡Lo único que me hace bien es tenerte bien lejos!

Me dirijo a la puerta.

—¡Alicia! —El mayordomo suena alarmado por primera vez en su vida. Se levanta a toda prisa para retenerme, pero llega tarde, ya he salido.

—¡Déjame en paz, maldita Wikipedia! ¡No te soporto!

Corro tan rápido como puedo antes de que el miedo que me recorre la columna vertebral me haga cambiar de opinión, aunque el cabreo es la gasolina que mueve mis piernas a toda prisa. Es lo que tiene ser una mujer impulsiva y estar fatal de lo mío.

En cuanto veo que todo a mi alrededor está oscuro, pero oscuro a nivel terrorífico, me planteo darme la vuelta, pero pienso en la cara de autosuficiencia que pondrá Drake por salirse con la suya y me pongo a correr entre los árboles, directa a la boca del lobo.

A medida que me adentro más en la espesura, mi corazón late con más fuerza y los sonidos van adquiriendo un matiz más perturbador, lo que provoca que la naturaleza nocturna sea

realmente espeluznante. Me siento diminuta en un entorno tan inmenso que tiene presencia y energía propias. Algo siniestro se siente en el ambiente, no puede palparse, pero sí presagiarse: peligro.

—¡Alicia! ¡Vuelve ahora mismo!

Escucho un crujido a mi espalda justo cuando me dispongo a mandarlo a la mierda.

—Alicia —susurra a mi espalda.

El tono de su voz indica que me esté quietecita. Miro por encima de mi hombro derecho y compruebo que dos ojos brillantes se esconden entre la maleza. Demasiado cerca de mí.

Suena un leve rugido, como el motor en ralentí de una moto. Lo sé. Es la hora de mi muerte. Y reconozco que me lo merezco por imbécil. Si ya me lo decía mi madre, que no me sé cuidar sola.

—No te muevas —susurra Drake a mi izquierda. El miedo me ha paralizado; por mucho que quisiera, tampoco podría moverme.

Lo que siento al verle a mi lado no es solo alivio, es algo parecido a la admiración.

—Camina hacia atrás, sin girarte, muy despacio, no hagas movimientos bruscos y cuando llegues a casa escóndete —me indica en voz baja.

Mi primer impulso es desobedecerle, como siempre, pero no estoy en situación de hacer el idiota ahora mismo y hago lo que me ordena.

El camino se me antoja eterno. Ni siquiera sé si respiro. Al llegar al interior de la cabaña, cierro la puerta de golpe, suelto el aire que tenía retenido y me dejo caer de espaldas contra la pared hasta quedarme sentada. Ni siquiera soy capaz de mantenerme en pie. Me tiembla todo el cuerpo.

Pasan unos minutos que me parecen años. Drake no vuelve. ¿Y si le ha pasado algo por mi culpa? No me lo podría perdonar nunca. Soy una inconsciente. Hay veces que me odio a mí misma, pero es que no entiendo qué me pasa con él, quiero provocarlo todo el tiempo, es superior a mis fuerzas…

De repente, se abre la puerta y me da tal susto que chillo como una desquiciada. Ya me veo devorada por el tigre, el jaguar o lo que fuera eso. Drake aparece ante mis ojos respirando como si acabase de correr una maratón. Cierra la puerta tras de sí a toda prisa para sujetarla con brazos y piernas. No entiendo por qué hasta que enseguida unos golpes desgarradores suenan al otro lado.

—Dame un leño que tenga fuego —me pide señalando la chimenea con la cabeza.

Voy corriendo hasta la lumbre, cojo el tronco más grueso que veo y se lo llevo cual antorcha olímpica. Lo coge y me bufa:

—¡Escóndete, joder!

—¡No!

Quiero ver qué va a hacer con eso, por si puedo ayudarle.

—¡Me cago en mi puta vida, Alicia, escóndete o me va a estallar la jodida cabeza! —ruge

enfurecido luchando contra la puerta.

Está bien.

Me levanto del suelo a toda prisa.

Pero ¿dónde me escondo si esto es tan pequeño? Miro a mi alrededor mientras escucho aterrada los rugidos y zarpazos en el exterior. Sin poder evitarlo me pongo a llorar. Al final decido meterme en el baño y sujetar la puerta como hace Drake. Llegado el caso, no creo que me libre de ser la cena del bicho que esté ahí fuera, pero, al menos, no cabrearé al mayordomo gruñón.

*****

Después de un buen rato, en el que he terminado acurrucada en el suelo hecha un ovillo tapándome las orejas con las manos para no escuchar nada (cosa que no he conseguido), todo se queda en silencio. No sé si quiero saber qué ha pasado o no.

Me incorporo y lo llamo a través de la puerta armándome de valor.

—¿Drake?

Nada.

—¿¡Drake!?

Silencio.

—Ya puedes salir —me indica.

Abro lo justo para comprobar por una rendija si está todo en orden. Salgo y me planto delante de él. Indefensa.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me siento fatal porque eso tendría que decírselo yo a él. Asiento.

—¿Y tú?

—Un gatito no puede conmigo.

Se me escapa una risilla tonta, aunque también tengo los ojos enrojecidos de llorar.

—¿Qué era eso? —balbuceo.

—Un jaguar hambriento.

Me quedo muda.

Él solo me examina. No añade nada, pero está comprobando si estoy ilesa.

Trato de descifrar qué hay en sus ojos. ¿Miedo? ¿Ira? ¿Rencor? No lo sé. Lo único que adivino es un destello de turbación en la profundidad de su mirada. Un mapa que me he empeñado en vano en descifrar. Hay algo en él que me cautiva, pero… ¿por qué se empeña en ocultar que tiene sentimientos?

Y así, sin más, por primera vez se me ocurre un motivo por el que pudiéramos estar aquí. Y no pinta nada bien. Me hace sentir desnuda. Frágil.

Capítulo 19

—¿Por qué sabes que estamos en Colombia? —le pregunto.

—Porque ya he estado aquí antes.

—¿Aquí dónde?

—En esta cabaña.

—¿Qué? ¿Tiene eso algo que ver con el secuestro?

Cierra los ojos con el dolor reflejado en el rostro y se agarra la cabeza con las manos como si estuviese a punto de explotarle.

—¿Qué tienes? ¿Estás bien? —Intento acercarme a él, pero me corta el paso interponiendo una mano entre nosotros.

—¿Te importa que hablemos de todo esto mañana? He perdido algo de sangre y necesito descansar —me pide abatido.

Elevo una ceja y lo miro con suspicacia al ser consciente de que de nuevo está expresando una debilidad. ¿Qué le está pasando al mayordomo? ¿Será la humedad del ambiente? Me ablando enseguida al comprobar que la venda que rodea su cintura está más roja que nunca.

—¿No será alguno de tus sucios trucos para escurrir el bulto? —inquiero, camuflando mi preocupación.

Ya me ha dado largas con demasiados temas y estoy empezando a perder la paciencia.

—No tengo quince años, Alicia. Mi palabra es ley. —No sé qué coño me pasa con su voz profunda, pero cada palabra que pronuncia me envuelve en una especie de fascinación que me hace querer seguir escuchándolo durante horas. Y lo que es aún peor, creerle.

Se dirige hasta la hamaca con la mano taponando su vientre. Me siento muy culpable por haber salido corriendo por la selva en plena noche como una gilipollas.

Observo cómo trata de tumbarse en la hamaca que pende de dos cuerdas atadas a la pared. El tío mide casi dos metros, no creo que ese trozo de tela aguante su peso. Hace una mueca de dolor.

—¿En serio vas a acostarte ahí? —le increpo.

—Solo hay una cama y es para ti.

Prefiero hacerme la valiente antes de que note que me perturba dormir en la misma cama que él.

—Vamos, Lennox, no me digas que tienes miedo de que te meta mano mientras duermes.

Clava los ojos en mí y se me escapa una risilla nerviosa al ver su expresión de espanto.

—De lo único que tengo miedo es de que no dejes de intentar suicidarte —gruñe.

—Venga ya. No seas exagerado —bromeo.

—Te he salvado la vida varias veces. No exagero.

Vaya, parece que el hombre de hojalata ha vuelto.

Suelto un bufido.

—Varias veces, dice. No me has salvado la vida ni una sola vez. Sin embargo, yo sí que te la he salvado a ti. —Muevo mi pelo hacia atrás con la mano en un gesto de chulería y me dirijo con paso firme a la habitación. Ahora mismo tiene que estar súper enfadado y es la única manera de que acepte dormir en la cama. Ya nos vamos conociendo.

Él me sigue como el fuego que asciende por la mecha de un petardo.

—¿Cómo que no te he salvado? ¿Quieres saber qué te hubiera hecho ese maldito jaguar si hubiera llegado un minuto más tarde?

El petardo va a explotar.

—Da igual. Eso ya es pasado. Estoy aquí vivita y coleando ¿no?

—Sí. Ya lo veo. ¡Gracias a mí!

Pestañea estupefacto.

—¿Pretendes que te dé las gracias? No sabía que fueras tan machista.

Traga saliva. Duda por un segundo qué contestar. Estoy segura de que no está acostumbrado a este tipo de manipulación psicológica. Sin embargo, yo tengo matrícula de honor.

—¿Soy machista por salvarte la vida? —inquiere molesto.

—Eres machista por pretender dejarme como una damisela en apuros y quedar tú siempre como mi príncipe salvador. ¿Crees que una mujer no puede salvarse sola?

Nos encontramos uno a cada lado de la cama.

—Claro que una mujer puede salva…

—¡Ni siquiera me has dado una oportunidad! —lo interrumpo—. ¿Sabes? En las novelas románticas de hoy en día el hombre no rescata a la mujer, ella se salva solita. Él solo mira y aplaude; incluso hay veces que hasta ella lo salva a él.

—Me parece estupendo, pero no ha sido el caso.

Hago aspavientos con las manos.

—¡Eres un egoísta! ¡Y encima quieres que te dé las gracias! —grito exagerando mi indignación.

Veo que está apretando los puños y que la vena de su cuello se está hinchando, pero trata de disimular.

—No te preocupes —pronuncia ahora mucho más calmado—, la próxima vez que quieras servir como cena a las bestias que están ahí fuera seré el más feminista del mundo y dejaré que te coman. ¡Ah! E incluso aplaudiré, como los protagonistas de esas novelas tuyas.

Me cruzo de brazos y elevo la barbilla.

—Bien. Eso espero.

Me tumbo en el lado izquierdo de la cama enfurruñada y dándole la espalda. Al menos he conseguido uno de mis propósitos: restarle importancia al hecho de dormir juntos, porque eso sí que me aterra de verdad. Eso y que la cama tenga pulgas o chinches.

De espaldas a Drake, repito mentalmente mis reglas para no poner los cuernos a mi prometido:

1. Mantener los sentimientos escondidos como si se tratasen de un tesoro que nadie puede encontrar. Tanto o más que mis bragas de regla.

2. No pensar que le gustas. Es lo más absurdo que podría ocurrir. Por eso no ocurrirá nunca.

3. No cometerás actos impuros, o lo que es lo mismo, no imaginarme en la cama con él. Un momento…

Y entonces noto cómo el colchón se hunde. Segundo propósito conseguido. No sé si se habrá puesto de cara a mí o de espaldas y me da demasiado corte comprobarlo. Permanecemos en silencio hasta que mi estómago decide rugir como un león muerto de hambre.

—No has comido nada en todo el día —susurra.

—No pienso permitir que me alimentes como si fuera minusválida, ¡machista!

Suelta un bufido. Puedo imaginarme su cara. Ya le veo poniendo los ojos en blanco y maldiciéndome en hebreo.

—No he conocido en mi vida a nadie como tú —protesta.

—Como yo de guapa querrás decir —lo pincho.

Me vuelvo para mirarle, está tendido bocarriba y descubro un brillo juguetón en sus ojos.

—Como tú de insoportable.

—¡Oh, mira qué casualidad, ya somos dos! —Vuelvo a darle la espalda.

Y con este comentario, por supuesto teniendo yo la última palabra, damos por zanjado el día… hasta que añade:

—Como tú de guapa tampoco.

¡Oh!

Siento que se detiene el tiempo y que mi corazón da un vuelco para comenzar a latir demasiado rápido, desbocado. Y es que con pequeños detalles como este me está ganando. Y no quiero.

Tiene una manera única de hacerme sentir especial, como si no hubiera nadie más en el mundo cuando está conmigo, como si nada malo pudiera ocurrirme estando a su lado, y eso no me ha pasado nunca. Su inteligencia me abruma. La valentía que demuestra cada vez que se enfrenta a los peligros sin ni siquiera dudarlo (incluida yo, que soy el mayor de los peligros), y la pasión por cada cosa que hace, lo convierten en el hombre más atractivo de todo el maldito universo. Creo que he comenzado a descubrir que detrás de esa apariencia dura e impenetrable que quiere hacer ver a todo el mundo hay una gran sensibilidad. Lo malo es que está escondida bajo capas y capas de hormigón.

De repente y sin venir a cuento, se me pasa por la cabeza una imagen demasiado nítida de su cuerpo sobre el mío. Me pregunto cómo será haciendo el amor. Tiene que ser una bestia parda que te haga gritar hasta el amanecer.

«Alice, cariño, duérmete y deja de pensar en gilipolleces, que te casas en menos de dos meses. ¿Añadimos esto a tu ridícula lista de sandeces para no engañar a Gerardo?», me sugiero a mí misma.

Pasan unos minutos y no soy capaz de dormir. Estoy tan acalorada que me va a dar algo. Me coloco bocarriba y descubro que Drake está con los ojos muy abiertos mirando el techo. Por un momento dudo si fingir que estoy dormida, pero algo me hace pensar que a él me costaría más engañarle que a mi futuro marido.

—¿No puedes dormir, Lennox? —susurro.

—Lo que no puedo es tumbarme sobre el costado izquierdo por la herida.

—Sabes que tienes dos costados ¿verdad? —le vacilo.

—Sobre el derecho estaría de cara a ti y no quiero que pienses que te estoy mirando.

—¿Y cuál es el problema de que piense que me estás mirando?

—¿Conociéndote? Eres capaz de acusarme de acosador maníaco o algo por el estilo.

Abro los ojos desmesuradamente y suelto una sonora carcajada que retumba en medio de la noche colombiana.

Él me observa horrorizado. Yo lo miro divertida. Acto seguido se le dibuja una medio sonrisa en sus labios.

—¿Te estás riendo de mí? —quiere saber.

—Me estoy riendo porque este maldito mundo tiene que estar loco si una chica como yo tiene amedrentado a alguien como tú —balbuceo entre mis propias risas.

Permanece pensativo.

—Una chica como tú… —Se interrumpe en seco y cierra los ojos. Después los abre y continúa, aunque no termina la frase que había empezado, muy a mi pesar—: La verdad es que todo nos iría mejor si me temieras.

—No te temo, Lennox. Creo que hasta me estás empezando a caer bien. Que te haya salvado la vida ha sido un punto de inflexión en nuestra relación. A partir de ahora me estarás tan agradecido que nunca más me tratarás como a una mujer desvalida y eso me invita a respetarte.

Nos miramos uno al otro. Yo tratando de no reírme y él tratando de no matarme. No sé si sentirá lo mismo que yo, pero está claro que hay algo en el ambiente. Es tensión. Tensión sexual pura y dura. Me cuesta muchísimo no lanzarme a besarlo cuando lo provoco y se muerde la lengua para no responder, como ahora. Tiene una cara tan masculina con esa barba que ha comenzado a salir en su mandíbula que me vuelve loca. Esos ojos de un azul imposible y sus carnosos labios perfectamente definidos. Además, lo tengo tan cerca que... Madre mía.

—Me es indiferente lo que sientas por mí, Alicia. Solo necesito tu obediencia.

Y con esta maravillosa frase se carga toda la magia que había creado yo misma a nuestro alrededor. Es por este tipo de zascas por los que quiero fastidiarle todo el tiempo. Porque estoy segura de que no siente lo que dice. Es imposible después de lo que hemos vivido. Tiene que ser una armadura. Estoy segura de que la sonrisa al verme esta mañana ha sido lo más real que ha ocurrido desde que nos conocemos.

Se gira para darme la espalda y un rato después me quedo dormida con la palabra *capullo* rondándome en la mente.

Capítulo 20

—¿Sabes que mirar así a alguien es lo mismo que tocarlo?

¡Ay, Dios!

Joder. Me he quedado atontada contemplando su inmensa espalda esculpida por los mismísimos dioses y, para ser sincera, también miraba ese culazo que bien podría partir nueces. ¡Y me ha pillado!

Cierro los ojos de golpe para sacarlo de mi campo de visión a toda prisa mientras siento cómo me sube el rubor a las mejillas. Me lleva unos largos segundos volver a mi tarea, que no es otra que tejer una red con hojas de palmera para meter los peces que haya pescado.

Abro los ojos, pero mi cerebro, que por lo visto tiene vida propia, reniega para que no concentre la mirada en mis dedos y vuelva a desviarla al mejor lugar del mundo: su trasero. ¡Maldito sea! Todo es culpa de esos hombros torneados y esos músculos marcados en los brazos.

Se da la vuelta y saca pecho. Ay, Jesucristo, vaya abdominales.

—No te estaba mirando a ti —bufo suplicando que me trague la tierra.

—¿Te gustaría recorrer mi cuerpo con las manos como lo estabas haciendo con los ojos, Alicia? —susurra con una voz provocadora.

Casi me atraganto con mi propia saliva. Toso.

—¡Qué más quisieras!

—Te diré una cosa, querida. Si miras así a un hombre lo interpretará de la única manera que puede hacerse. Somos adultos. Luego no recules.

—No te miraría de esa forma ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra... querido —pronuncio con retintín esta última palabra imitando su tono.

Drake sonríe de medio lado, pagado de sí mismo, antes de volver a darme la espalda y continuar agachado junto a la orilla del río intentando pescar algo, no sé si un resfriado. El problema es que tengo su esplendoroso trasero a menos de dos metros de mis ojos y me resulta realmente complicado apartarlos de ahí. Por lo visto, este hombre sudado y sucio es como una especie de criptonita para mí. Por eso decido darle la espalda para no verlo.

—Todavía no entiendo por qué me has declarado la guerra —farfulla sin mirarme.

«Porque no logro apartar mis ojos de ti, maldito», le responde mi mente.

—Yo no te he declarado la guerra, Lennox. Desde el principio fuiste tú el hostil conmigo.

—¿Hostil? Si tu máximo en la vida es joderme.

—Y el tuyo joderme a mí. Estamos en paz.

—Yo no quiero jod… —se detiene de golpe y mira a un punto fijo a mi espalda.

Lo miro para comprobar qué ocurre y me hace un gesto posando el dedo índice sobre sus labios para que me mantenga en silencio. El miedo se apodera de cada célula de mi cuerpo al imaginar a un enorme jaguar acechándome y tengo que obligarme a no correr hacia él para que me proteja entre sus poderosos brazos.

Le hago una señal levantando muy despacio ambas manos con las palmas hacia arriba y encogiéndome de hombros para que me explique qué ocurre, pero él mueve su mano indicando que me esconda tras un arbusto que tengo a la derecha. Obedezco.

Al principio los nervios no me permiten ni respirar. Estoy de cuclillas, cubriendo mi cabeza con los brazos mientras miro hacia todas partes esperando que aparezca cualquier animal sediento de sangre a mi lado. Pero nada.

Luego, tras varios minutos, me voy serenando. Bajo los brazos para abrazar mis rodillas mientras tomo asiento en el suelo muy lentamente. Trato de hacer el mínimo ruido. Pero no se escucha nada.

Cuando se me han dormido las piernas, decido asomarme para comprobar qué ocurre y descubro a Drake tan tranquilo pescando en el mismo sitio de antes. Solo le falta silbar al muy hijo de perra.

Me levanto como un resorte y me da un calambre en la pierna.

—¿Eres idiota? —le grito mientras me agacho de nuevo para masajearme el gemelo que me duele como si acabasen de electrocutarme.

—¡Cállate! Estás espantando a los peces.

Ni siquiera tiene la decencia de mirarme, pero ni falta que hace porque percibo el tono de burla en sus palabras. Se tiene que estar descojonando de la risa por dentro. Será cabrón.

—¿Me has tenido una hora agachada y muerta de miedo por el mero placer de burlarte de mí?

—¡Vaya! ¿Has aprendido a calcular el tiempo? ¡Enhorabuena! — Él se incorpora y mira al cielo elevando una mano a modo de visera—: Aunque yo diría que más bien han sido veinte minutos.

Me aproximo hasta estar a su lado y miro hacia arriba para encararlo. De pronto, soy consciente de que es mucho más alto que yo. Él me contempla con la diversión reflejada en su rostro.

—¡No puedo creer que hayas hecho algo así! —Pongo los brazos en jarra sobre mi cintura.

Se cruza de brazos y da un paso hacia mí, por lo que me veo obligada a levantar el rostro más aún para mirarlo. No pienso achantarme.

—Y yo no puedo creer que tengas que estar a mi lado tocándome los cojones todo el puto día —gruñe.

—¡Te estaba ayudando a tejer la red! —Señalo las ramas de palmera que he dejado tiradas

en el suelo.

—Te he dicho que hagas eso para que estuvieras entretenida, calladita y dejases de espantar a los peces. No necesitamos esa puta red para nada.

Mi cara de indignación debe de ser todo un poema.

—¡Joder! ¡Yo…! Yo… ¡Te odio!

Bufa y sonríe.

—No más que yo a ti, Alicia.

El tono en que lo dice logra que cada vello de mi cuerpo se erice.

Se da la vuelta y sigue a lo suyo. Como si yo no existiera.

Es tal la ira que me recorre el cuerpo que, sin pensarlo dos veces, levanto la pierna, poso la suela de mis zapatillas en su trasero y lo empujo con todas mis fuerzas hacia delante. Lo que viene siento una patada en el culo de toda la vida.

Me arrepiento en el preciso instante en el que lo veo caer al agua. Si pudiera retroceder el tiempo lo haría. Lo juro. Ay, Dios. Vaya si lo haría, joder. Su cabeza sale a la superficie enseguida, después su torso empapado, dado que el agua le cubre hasta la cintura. Clava sus ojos enrojecidos de asesino en mí.

—Estás muerta —ruge apresurándose a la orilla.

Empiezo a correr como si fuese el mismísimo diablo el que me persiguiese.

—¡Ha sido sin querer! —chillo mientras corro esquivando los árboles del camino. Él me persigue como si fuera una apisonadora.

—¡Y una mierda sin querer!

No tarda demasiado en alcanzarme. Me atrapa con ambos brazos por la cintura, como un placaje de béisbol, y del impulso nos caemos rodando por el suelo hasta que él termina encima de mí. Intento en vano zafarme de su enorme cuerpo, pero me aprisiona sin esfuerzo entre sus muslos.

Me sujeta las muñecas por encima de la cabeza. Con lo cual, nuestros rostros están demasiado cerca para mi gusto. ¿Quién me mandaría a mí tirarlo al agua?

Todas y cada una de mis terminaciones nerviosas se encuentran alerta. Es tan guapo que me da vergüenza contemplar cómo las gotitas que perlan su pelo resbalan por su piel bronceada.

—¡Quítate de encima! ¡Me estoy haciendo pis! —exclamo.

Pero Drake no se aparta. Me mira con los ojos inyectados en sangre de la rabia que lo invade.

—Te crees muy lista ¿eh? —conviene con cierta admiración.

—Lo soy.

Le sonrío y me devuelve la sonrisa, muy a su pesar. Permanecemos así, como estamos, escuchando solo nuestras respiraciones y sintiendo el latido de nuestro corazón contra el pecho

del otro.

Afloja el agarre de mis muñecas para acariciar mi piel en el ascenso hasta entrelazar sus dedos con los míos. Todo mi ser se incendia. Sus ojos desprenden destellos de luz azul. Verlos de cerca es una auténtica pasada. Me intimidan. La piel de nuestros labios casi se roza. Siento su calor. Me muero por besarlo. Esto es demasiado intenso para mi cordura.

—¿Qué intentas? —inquiero.

—Ponerte nerviosa.

—Pues suerte con eso.

Se mueve un poco para que sienta su miembro más que duro en mi entrepierna. Me pongo roja de manera automática.

—Pues yo diría que voy por buen camino —susurra.

Cabrón.

Se incorpora, soltando mis manos, pero permanece sentado sobre mí. Mis ojos persiguen de manera inconsciente las gotas de agua que recorren su firme torso. Daría lo que fuera por lamerlas. Mil millones de imágenes tórridas invaden mi mente. Ni siquiera puedo enumerar la cantidad de veces que he soñado con tenerlo así, sobre mí, empapado, a mi merced. «¡Por Dios, Alice! ¿Qué coño estás diciendo?». Me reprendo a mí misma.

—Estoy fuera de tu alcance, Lennox —lo azuzo.

Arruga la frente.

—No quiero tenerte a mi alcance.

Veo el desdén de su mirada.

—Tremendo subnormal.

Parpadea desconcertado.

—Perdona, ¿me has insultado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pasas de mí.

Echa su cabeza hacia atrás y suelta una risa. Una risa que me enloquece.

—¿Y por eso te ves con el derecho de insultarme?

—Por lo menos podrías haber disimulado y decir que te caigo bien. No ser tan maleducado.

—No he sido maleducado. Estarás acostumbrada a que todos te besen los pies, pero nada más lejos de mi intención.

Nunca sabrá que eso no es lo que ocurre en realidad.

Ambos nos damos un buen repaso con la mirada. Yo soy la primera en retirar mis ojos de

él. Algo me aprisiona el pecho, pero tengo que hacer el esfuerzo titánico de disimular. No mostraré debilidad.

Drake posa sus manos en el suelo a ambos lados de mi cabeza y aproxima su rostro al mío. Tanto que se habrían mezclado nuestros alientos en el instante en que alguno de los dos hablara. Huele a tierra. A naturaleza salvaje. A lluvia. Es una mezcla extraña. Llamativa. Un cúmulo de cosas que obnubila mi razón.

Permanecemos en silencio. Mirándonos uno al otro.

—No quiero que te acostumbres a mí, Alicia. En cuanto esto termine no volverás a verme. Da igual si me caes bien o mal. Aprende cuál es tu sitio de una maldita vez.

Deseo con todas mis fuerzas que le caiga un rayo y le parta en dos.

—¡Oh! ¿No volver a verte? Créeme, podré vivir con ello. —Suelto una carcajada falsa.

—Joder.

Él niega con la cabeza, se levanta de golpe y se larga dando largas zancadas con esos andares de prepotente que lo caracterizan.

Necesito saber por qué se comporta así conmigo. Toda esta hostilidad la ha empezado él sin que yo le haya hecho nada, salvo salvarle la vida. Se ha ganado a pulso mi desprecio por ignorarme sin razón aparente. Al menos merezco saber el motivo. Por qué me rechaza categórica y sistemáticamente. Me levanto y lo persigo.

—¿Por qué no te caigo bien? —La pregunta se me escapa de los labios sin poder evitarlo.

—No me cae bien nadie.

—Eso es mentira. Seguro que con mi hermanita eres un perrito que menea el rabito.

Su mirada se enturbia y se me calienta la sangre al instante ante la palabra *rabito*. Dado el tamaño de lo que he sentido antes no creo que ese apelativo le sea apropiado.

—Ya me has visto interactuar con algunos empleados a mi cargo, los tengo a todos acojonados con tan solo mirarlos.

—¡Oh! ¡Encima estás orgulloso!

—Lo estoy.

—No puedo creerlo. Nunca he visto a nadie que sea tan capullo y que encima se jacte de ello.

—Yo tampoco he conocido nunca a nadie que se haya propuesto tocarme los cojones solo por el mero placer de sacarme de quicio.

Todo permanece en silencio después de esa frase. Vamos a recoger los dos peces que ha pescado antes.

Al rato caminamos uno al lado del otro hacia la cabaña. A cada paso que doy me siento más libre. Más libre que nunca. Estos momentos no suelen darse en mi vida diaria. Una vida en la que siempre estoy apurada por llegar a fin de mes y corriendo de un lado a otro. Aquí me he olvidado de todas las preocupaciones y en mi mente solo existimos el mayordomo, la

supervivencia y yo. Y, para ser sincera, la supervivencia tampoco es que me importe demasiado.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —me pregunta al cabo de un rato con una sonrisa de lo más impertinente.

—Ten cuidado con tanto reírte, Robocop, no vaya a ser que te dé una embolia.

—Si no me ha dado ya… lo dudo.

—No lo dudes. No estás acostumbrado a semejante despliegue de júbilo. —Permanezco un momento en silencio y decido seguir pinchándolo—: Por cierto, de nada.

—¿De nada? ¿Por?

—¿Por salvarte la vida quizá?

—¡Oh! ¡Venga ya! Podría haber sobrevivido, solo fue un raspón.

—¿¡¡Un raspón!!?

En cuanto le miro indignada, compruebo que me está vacilando y se me escapa la risa.

—Además, no hace falta que me lo recuerdes cada día.

«Es que me fascina recordarte que me debes algo para así soñar con cobrármelo».

—Creo que después de eso podría dedicarme a salvar vidas por el mundo. ¿Qué opinas? —bromeo.

—Que la cifra de mortalidad aumentaría estrepitosamente.

—¡Oye! —protesto.

—Por no hablar de las cicatrices tan originales que lucirían los escasos supervivientes. Podrías creas una moda.

—¡Eres idiota! —Me río sin poder evitar echar un vistazo a los puntos en su abdomen.

Su puto abdomen perfecto.

—Y tú toda una visionaria.

—Tal vez en mi otra vida fuese médico.

—No tienes pinta.

—¿Ah, no? ¿Y de qué tengo pinta?

Me mira con la boca abierta para soltar algo, pero se detiene y niega con la cabeza ahogando una risa.

—Prefiero morderme la lengua.

—¡Eso es mucho peor que decirlo!

—¿Por qué?

—Porque siempre voy a imaginar algo horrible.

Me contempla dubitativo.

—Piensa lo que quieras. —Se encoge de hombros.

—Dímelo.

—No.

—Vamos, Drake, no seas crío. —Me pongo delante de él para interceptarlo, pero me esquiva sin el menor problema—. ¿Qué tienes que perder?

—La dignidad.

Suelto una risotada.

—¡Ja! Siento decirte que ese tren ya ha pasado, vaquero.

Se ríe de nuevo.

Hemos llegado a la cabaña. Me pongo en medio de la puerta para no permitirle el acceso. Se detiene y se ríe al verme cruzada de brazos con el ceño fruncido.

—¿Crees que no puedo apartarte de ahí?

—Inténtalo.

Bufa.

Suelta los peces. Se agacha y me coge como a un saco de patatas, como si pesara un gramo mientras yo pataleo y suelto blasfemias en vano. Entra en la cabaña conmigo encima y me suelta en el suelo.

—¡Eso ha sido lo peor que has hecho desde que te conozco! —me quejo.

—¡¿Qué me dices?! —exclama llevándose la mano al corazón con una gran indignación fingida, por supuesto—. Seré cabrón y machista. ¿Me has prohibido el paso y yo, siendo el triple de grande que tú, te he quitado del medio sin más? ¡Hay que tener poca vergüenza!

Se me escapa la risa tonta.

—Eres idiota.

Se toca el corazón con exageración, como si le doliese.

—¡Oh! ¡Otro insulto! No podré superarlo. Pobre de mí.

Y así pasamos el resto del día.

Capítulo 21

Una noche, cuando ya estamos en la cama acostados no dejamos de dar vueltas ninguno de los dos.

—Drake.

—Mmm.

—No te hagas el dormido. Sé que estás despierto.

—¿En tu otra vida fuiste bruja?

—Fijo.

—Pero una de las malas. Con verrugas.

Me río.

—¿Me vas a echar de menos cuando salgamos de aquí? —le pregunto.

Él se gira de manera brusca para poder mirarme, de tal forma que ambos nos encontramos uno frente al otro tumbados de lado. Está tenso. Cualquiera diría que le he pedido matrimonio. Soy consciente de que todo ha cambiado de repente en su actitud.

—No voy a echarte de menos, Alicia.

«Este hombre ni siquiera es capaz de admitir que le caigo bien, ¿cómo va a asumir que le gusto?». Lo ha dicho con rotundidad mirándome a los ojos con desprecio. No miente.

Me acaba de dar una bofetada de realidad con la mano abierta. Hasta ahora albergaba la tonta esperanza de que, si le daba espacio, tarde o temprano saldría de esa fortaleza en la que está preso. Pero creo que me estoy engañando, no es que no sea capaz de aceptar lo que ha surgido entre nosotros, es que para él no significa nada.

Justo cuando me dispongo a darle la espalda para que no descubra mis lágrimas, me sonríe con dulzura y me coloca un mechón de pelo rebelde que me cubría el rostro. Algo inaudito. Algo que consigue que mi imaginación despliegue todo tipo de fantasías.

—Tampoco voy a echar de menos tus abrazos.

Ahí lo tienes. Con una frase me destruye y con la siguiente me hace feliz. No puedo permitir que tenga ese poder sobre mí. Pero ¿qué hago para evitarlo? Solo soy capaz de reírme.

—¿Qué? ¡Si eres tú el que me abraza a mí! —bromeo.

Él se coloca bocarriba y se cubre el rostro con el brazo, no sé si para camuflar la risa, pero deja escapar un suspiro.

—Eso fue lo que ocurre, sí.

—Ambos sabemos que necesitas esos abrazos, Ironman.

No añade nada más. Se queda en silencio.

No creo que podamos dormir. Al cabo de un rato en el que me percato de que estoy harta de fingir que no me muero de curiosidad por saber cosas sobre él, le pregunto:

—¿Por qué no me cuentas de una maldita vez cuándo has estado aquí?

Respira hondo y suelta un suspiro.

—¿Por qué no puedes dormir?

«Porque antes, cuando me has llevado a ese claro para poder ver las estrellas, me he enamorado un poquito más de ti. Porque tenerte tan cerca y no poderte tocar es el mayor de los castigos». Y es que en una de nuestras fructíferas conversaciones le comenté que nunca había visto el cielo estrellado, pero el de verdad, no alguna estrella aislada en el cielo contaminado de la ciudad, y él, sin dudarlo, en cuanto anocheció me lo puso delante. Con la emoción que me embargó no pude evitar volver a abrazarlo y él se separó al instante. Para variar, me hizo creer que era algo que le molestaba en lugar de hacerle gracia.

—Porque no tengo sueño —miento.

Su mirada indica que no me cree, pero, aun así:

—Fue hace mucho tiempo. Yo tenía veinte años.

—¡Vaya! Pues sí que hace tiempo, sí —lo interrumpo y al mirarme con el ceño fruncido en plan «muy graciosa», le sonrío y continúa hablando.

—Me acababa de alistar en el ejército para llevar la contraria a mi padre, que era médico y pretendía que yo siguiese su camino.

—Mi padre también es médico —lo interrumpo de nuevo.

No me hace ni caso, como si ya lo supiera. Tampoco esperaba que montase una fiesta por la coincidencia, pero, no sé. Es igual que cuando alguien te dice emocionado que su mes de cumpleaños es el mismo que el tuyo, a ver, es algo que no os va a unir más, pero al menos finges que te interesa lo más mínimo, ¿no? Por educación y esas cosas. Aunque, pensándolo mejor, Drake está en otra fase de la evolución humana. Pasa de quedar bien.

—Vale. Sigue —le pido.

—Él siempre tuvo la esperanza de que yo lo fuera también. De hecho, hice dos años de Medicina.

—¿Dejaste la carrera de Medicina con lo difícil que es que te admitan?

—Gilipolleces que haces cuando eres joven y tonto. —Se encoge de hombros.

—Más tonto que joven —comento.

—¿Vas a reseñar cada frase que diga? —me cuestiona.

—Ya. Me. Callo. —Hago como si me cerrase la boca con una cremallera.

—Resumiendo, nos destinaron aquí con la excusa de hacer maniobras especiales junto a un

poblado indígena. España tenía un tratado con Colombia, por lo que debía enviar medicinas y enseres sanitarios a ciertas zonas despobladas y enseñarles a usarlo; además, teníamos que instruirles sobre nuestra cultura y ellos a cambio nos mostraban cómo sobrevivir en la selva. La misión era algo totalmente inocuo, por eso enviaron un batallón de niños inexpertos. Pero en el último momento y de manera misteriosa, nuestro superior inmediato no pudo acompañarnos y asignaron la misión, nada más y nada menos, que al capitán Gragio. El hombre más importante del momento.

—¡¿Gragio?! ¿Cómo Alexandra?

Asiente.

—El padre de Alexandra.

—¡¡¡¿Qué?!!!

Ya no aguanto más echada. Esto se está poniendo demasiado interesante, así que me incorporo y me siento en plan indio a su lado. Él sostiene la cabeza con una mano y el brazo flexionado.

—Cálmate, Alicia. Así no hay quien pueda contar nada.

—Vale, *sorry*. Sigue, por favor.

Niega con la cabeza a modo de reprimenda, aunque parece divertirse con mi emoción.

—A todos nos sorprendió que viniese con nosotros porque era uno de los capitanes con más rango en el Ejército. Aquello era ridículo. Pero nadie dijo nada. Una noche mientras dormíamos nos atacaron. Unos aviones lanzaron varios misiles contra nuestro campamento. —Hace una pausa y su rostro refleja consternación durante un breve instante—: Murieron todos menos yo.

El horror que debió suponer aquella catástrofe para un chico de veinte años invade mi imaginación y pongo una mano sobre mi boca abierta.

—Lo siento, Drake —susurro mientras vuelvo a colocar la mano sobre mi regazo para abrazarme.

Niega con la cabeza como si no quisiera acordarse y estoy segura de que lo consigue. Es experto en bloquear emociones.

—Me encontré con el capitán unos minutos antes de su muerte y me encomendó una misión personal: encontrar a su hija perdida.

—Pero…

—La última orden que me dio fue seguir con vida para poder esclarecer los hechos ante un tribunal de guerra. Todo apuntaba a que el ataque había sido perpetrado por la milicia colombiana, pero los dos reconocimos los aviones españoles.

—¿En serio?

—Querían eliminar a Gragio porque no era precisamente un soldadito manejable. Empezaba a tener muchos seguidores dentro y fuera del Ejército y al Gobierno no le interesaba un insurrecto entre sus filas. Al mismo tiempo, se aseguraban una beneficiosa batalla diplomática

con Colombia. Los veinte muchachos que muriésemos en la misión seríamos simples daños colaterales. Una mísera indemnización a nuestras familias y todo solucionado.

—¿Y nadie más vio lo que pasó de verdad?

—No. Se encargaron de hacerlo a la hora adecuada. No contaban con que nadie sobreviviese.

—Es horrible. No puedo creerlo.

—La vida no es bonita, Alicia. Está repleta de mierdas como aquella.

Me da pena que piense así, pero cada uno ha vivido en dos mundos completamente distintos. El pasado nos moldea.

—¿Y tú cómo te salvaste? —pregunto intrigada.

—Recuerdo que estaba amaneciendo. Era casi de noche. Fue todo muy rápido. Yo me libré porque no estaba en la tienda de campaña. Estaba metido en el río.

—¿Y nadie más pudo verlo? ¿Ni los indígenas?

—Ellos no entienden de aviones. Nadie pudo imaginar que nos estaba atacando nuestro propio Ejército. Se dio por supuesto que fue la milicia.

No puedo ni imaginar lo mal que tuvo que pasarlo. Tuvo que ser horrible.

—¿Y qué hiciste después?

—Tras varios días caminando río arriba, me encontré con esta cabaña y me escondí. Estaba herido y muerto de hambre. Pero juré cumplir con lo que me había pedido el capitán y no podía permitirme el lujo de morir. Creí que había sobrevivido por algún extraño motivo que a día de hoy aún no comprendo. Si te soy sincero, no sé ni cómo lo conseguí.

—Con mucho valor —respondo como si fuera mi héroe.

—Yo no lo llamaría valor. La mochila que me dio el capitán Gragio me salvó la vida. Parecía que sabía lo que iba a pasar porque metió en ella ciertas cosas que alguien no lleva de manera habitual en una mochila.

Siempre quitándose mérito.

—¿Y cómo saliste de aquí?

—Logré salir después de varios meses. En ese tiempo aprendí a pescar, a cazar, a recolectar fruta, a hacer fuego… Al final hasta engordé. Cuando estuve fuerte, caminé durante días hasta que encontré un poblado y ellos me ayudaron. Al llegar a Madrid conté todo lo ocurrido en el tribunal de guerra.

—Y se armó la de Dios es Cristo.

—Así es. Tú tendrías trece o catorce años, no creo que lo recuerdes, pero fue un escándalo internacional que dejó a nuestro país sumido en una terrible crisis, pero al menos conseguí que la memoria de Gragio descansara en paz y que se hiciera justicia con mis compañeros.

—Tuvo que ser horrible para todas aquellas familias —conjeturo.

—Lo fue.

—Por lo menos tus padres pudieron recuperar a su hijo. Lo vivirían como una especie de milagro.

—No quiero hablar de mi familia.

Se crea un silencio incómodo. Puede que esa personalizad fría y distante tenga que ver con la relación con sus padres. Podría explicar muchas cosas.

—¡¿Y qué pasó con la hija perdida?! ¿Cómo encontraste a Alexandra? —pregunto para cambiar de tema.

—Esa historia te la contaré otro día. Ya ha sido suficiente por hoy.

Bostezo y me tumbo de nuevo sobre el colchón. Aguanto las ganas que me entran de abrazarme a su cuerpo y pasarle la pierna por encima tipo koala. Él eleva la comisura del labio sin llegar a sonreír. Joder, lo que se hace de rogar este hombre para soltar una nimia sonrisa.

Pasan unos minutos y ninguno dice nada. Me giro para ponerme de lado, de espaldas a él.

—Yo creo que eres un héroe —musito medio dormida.

—No digas eso, Alicia. Esos chicos murieron por mi culpa.

—¿Cómo? ¡No me lo creo! —Me giro de golpe para verle la cara. Está muy serio. Con la mirada perdida en algún punto del cielo que se ve tras la ventana.

—A veces siento un pitido muy fuerte en la cabeza. Los médicos no saben qué es. Aquella noche me dio muy fuerte, sentía que me abrasaba el cerebro y me metí en el río para intentar calmarlo. Por eso vi los aviones aproximarse a lo lejos, pero no le di importancia. No dejo de pensar que les podría haber avisado en vez de centrarme en mí mismo y que se hubieran salvado, como yo.

Parpadeo, confusa.

—No deberías ser tan duro contigo mismo. Eso no hubiera ocurrido así. No había tiempo.

Gira el rostro hacia el otro lado con la mandíbula tensa.

—Da igual. Ya no importa.

Me levanto de nuevo para volver a sentarme. No puedo permanecer tumbada como él. Tomo su rostro entre mis manos para obligarle a mirarme y descubro que sus ojos están vidriosos:

—Sí, claro que importa. Tenías veinte años. Ni en tus peores pesadillas podrías haber supuesto que os iban a atacar. Tú mismo has dicho que estabais en una misión de paz que no conllevaba ningún peligro. Y, aun así, incluso habiéndolo podido imaginar, no tuviste tiempo. Era imposible, Drake.

—Podría haber despertado a todos. O al menos a alguno.

—No podías —insisto.

Nos enredamos en un duelo de miradas. Él tiene el ceño fruncido. Se tortura. No quiere darme la razón. Y yo sé que la tengo, pero antes de aceptarlo, preferiría arrancarse el brazo.

Su expresión es la misma que si estuviese sufriendo la tortura más cruel. Estoy segura de que para él ha sido el mayor trauma de su vida. Tuvo que ser durísimo todo aquello. Una pesadilla. Me fastidia mucho que no sea capaz de verlo de una forma objetiva con el paso de los años.

Aparto mis manos de su rostro con cuidado.

—¿No fuiste a terapia después de todo aquello? —le pregunto.

—No.

—Pues creo que no te vendría mal. Compadezco al pobrecito que tenga que lidiar contigo, pero lo necesitas urgentemente.

—Todos los psicólogos se pueden ir a la mierda. No sirven para nada.

—Sirven para expresar tus emociones y aprender a gestionarlas.

—He aprendido a ocultarlas, que es mucho más útil.

—¿Cómo puedes decir algo así? —protesto exasperada.

—La conversación se ha terminado, Alicia —indica en un tono seco.

Por un momento siento mucha pena por él. Aquel chico no pudo hacerlo mejor y el adulto que es ahora no deja de machacarlo por ello. No se lo merece. Tiene que perdonarse.

Le pongo una mano sobre su brazo para impedirle que se dé la vuelta y clava sus ojos en mi mano como si le hiciera daño. «No pienso retirar la mano, por mucho que intentes intimidarme, Lennox», le reta mi voz interior.

—Lo que intento decir es que, aunque te hayas entrenado para ello, hay veces que resulta perjudicial ocultar las emociones. Eres un ser humano, por mucho que te empeñes en negarlo. Todos cometemos fallos y no hay que machacarse por ello. Es imposible. Nadie es perfecto. Ni siquiera tú, aunque te sorprenda —bromeo al final para que no se cierre.

—Sé que no soy perfecto. De haberlo sido, no estaríamos aquí. —El tono de su voz denota culpabilidad.

¿Qué le habrá pasado a este hombre a lo largo de su vida para fustigarse así? Incluso siendo como una máquina se reprocha que todo es culpa suya.

—¿En la misma cama te refieres? —lo pincho porque en el fondo me da pena, a ver si así destensamos el ambiente.

Suelta un suspiro y evita reírse.

—Entre otras cosas, sí.

—¿Piensas que es culpa tuya que estemos aquí?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Mi deber era protegeros a ti y a Alexandra. —Señala la estancia con ambas manos—: Resulta obvio que he fallado.

No aguanto más su auto sabotaje. Alguien tiene que decirle a este hombre que todo cuanto pasa en el mundo no está bajo su control. Que no va a poder evitar que ocurran cosas inesperadas. Lo miro a los ojos como una madre enfadada.

He de confesar que la imagen de semejante tío morenazo tumbado bocarriba, con un brazo bajo la cabeza que hace que sus abdominales se marquen más todavía, me deja un poco mareada, pero intento disimularlo como puedo.

—Escucha muy bien lo que voy a decirte porque si alguien me pregunta juraré que nunca ha ocurrido —le digo muy seria mientras él clava sus ojos llenos de curiosidad en mí—, nadie aguanta un viaje en avión de más de doce horas hasta aquí con un tiro en el abdomen, y estoy segura de que lo hiciste por mí, para no dejarme sola con los desgraciados que nos han hecho esto. Nadie sale desarmado en plena noche a luchar contra un maldito jaguar en medio de la selva. Por no hablar de mantenerme con vida durante dos días mientras estaba inconsciente, hacer fuego, conseguir alimentos y agua. Si no estuvieras aquí, yo ya habría muerto. Siempre estás dispuesto a ayudar a los demás. Tienes que empezar a reconocer tus aciertos y no machacarte tanto por lo que ni siquiera son errores. No puedes mantener todo cuanto ocurre a tu alrededor bajo control, Drake. Simplemente es imposible, porque, aunque te resulte difícil de creer, no eres Dios. Y, si aun así ocurre algo malo, no tiene por qué ser tu culpa.

Tiene los ojos fijos en los míos, pero la mirada perdida, como si no estuviera aquí ahora mismo. Dudo que haya escuchado lo que he dicho y hasta lo prefiero porque ahora mismo me siento demasiado vulnerable. No sé si he hecho bien.

—La excelencia debe ser lo cotidiano —musita para sí.

Levanta la cabeza hacia el cielo como si estuviera rezando para pedir sabiduría al universo. Se pasa la mano por el pelo y, después, fija de nuevo la mirada en mí.

—Drake.

Ladea la cabeza, pero esta vez sus ojos son fríos y distantes. Ha bajado la guardia y en cuanto se ha dado cuenta ha vuelto a cerrar todas las compuertas.

—No soy el hombre que te empeñas en ver, Alicia. No tengo los sentimientos puros que quieres asignarme. Ninguno de mis actos es desinteresado, todos tienen un motivo y, por supuesto, un precio.

—Eso es lo que quieres aparentar, pero te conozco un poco y sé que debajo de todas esas capas hay algo más.

—No me conoces en absoluto. No hay nada más. Créeme.

—Lo he visto —insisto.

—No te equivoques. Te lo has imaginado. No es más que el reflejo de tus anhelos prohibidos.

Me da tanta rabia que me tome por una cría tonta que idealiza a las personas que me dejo llevar sin pensar en las consecuencias. Le cojo la mano y la pongo sobre mi pecho para que note los latidos de mi corazón. Con lo que no contaba era con que su mano es tan enorme que cubre mi pecho por completo, lo cual consigue que mi pezón se endurezca de manera automática bajo su cálido tacto y que me sonroje como nunca.

Por un segundo en el que puedo observar cómo se dilatan sus pupilas creo que va a acariciar mi pecho con su cálida mano, pero en el último momento la retira de golpe y se levanta de la cama de un salto para apuntarme con su dedo índice acusador.

—No sé lo que intentas, Alicia, pero espero que no vuelvas a hacerlo. No debes confiar en mí más allá de lo estrictamente profesional. Es una orden.

Y sin darme opción a réplica desaparece de mi vista. Inmediatamente después, escucho el sonido de la puerta cerrarse con fuerza.

Vale. Me ha quedado muy claro: prefiere morir degollado por un jaguar a tocarme.

Capítulo 22

No he pegado ojo en toda la noche. Ha sido horrible. Debo de tener unas ojeras kilométricas, por no hablar del pelo y el olor a cerdita que desprenderé.

«No me extraña que Drake haya salido huyendo. Las mujeres más atractivas y poderosas lo miran como si fuese un caramelito, ¿cómo iba a fijarse en mí?», pienso mientras me levanto de la cama con calambres por todo el cuerpo.

«¡No! —me recrimino a mí misma—. No voy a permitirme tener esos pensamientos de mierda, tratándome mal, para variar. No soy ni menos ni más que nadie y mucho menos por un físico». Además, ¿qué me importa a mí no resultarle atractiva al mayordomo? Estoy comprometida, por el amor de Dios. Sentirme atraída por él es lo más normal del mundo, solo hay que verlo, pero de ahí a gustarme va un mundo. Un mundo que no pienso recorrer.

«¡Oh! ¿A quién pretendes engañar? Estás coladita hasta los huesos por él».

No tengo por qué exagerar las cosas. Hay que relativizar. Y, de momento, todo está en orden. No ha pasado nada. Solo ha malinterpretado un gesto. No tenía ninguna intención de que me acariciase el pecho. Ninguna.

Pero una cosa es lo que quiera que ocurra y otra muy diferente lo que sucederá. Confieso que me genera mucha ansiedad encontrarme con él. Después del momento que compartimos ayer no sé cómo reaccionará y tampoco cómo lo haré yo. Somos como dos trenes a punto de colisionar constantemente y nunca se sabe cuál de los dos se saldrá de la vía.

En otras circunstancias podría fingir que todo va bien, incluso interponer distancia entre nosotros, pero aquí no me queda más remedio que interactuar con él, entre otras cosas, porque dependo de su experiencia aquí para sobrevivir.

«Tengo que comportarme como si no hubiera ocurrido nada», me repito mientras me dirijo al baño. Había una especie de cuenco de barro que Drake llenó de agua ayer, pero ahora está casi vacío. Dejo escapar un bufido de queja. No soporto vivir así, rodeada de mierda por todas partes. Tengo la ansiedad disparada a niveles estelares.

Decido salir a buscar algún sitio donde pueda asearme, aunque me dé miedo perderme. Pero antes descubro que hay unas cuantas uvas grandes sobre una piedra junto a la puerta. Supongo que las habrá traído él, claro. Cojo una y la abro. La piel es de color púrpura y la carne de color amarillo, me suena que se llama camu camu, las he visto en alguna tienda en Madrid. Lo devoro como si no hubiera un mañana. Tiene un sabor ligeramente ácido y me sabe a gloria. Estaba hambrienta.

Después, me pongo las Converse rosas y en cuanto abro la puerta me choco con él. Genial.

—Buenos días, Alicia.

—Buenos días —respondo esquivándole y tratando por todos los medios de no mirarle.

Me sujeta con delicadeza por la muñeca para detenerme. Lo miro a los ojos y otra vez se ilumina todo a mi alrededor. Tiene que ser el efecto de la droga que nos dieron, que no la he eliminado por completo de mi cuerpo.

No, en serio. He visto a muchos hombres sin camiseta (no penséis mal, que también se pueden ver en la playa), pero esto es demasiado. Sus hombros parecen tallados en una aterciopelada piel dorada. Sus abdominales y sus oblicuos le confieren el impresionante aspecto de dios griego todopoderoso. Es todo músculos, pezones, venas y un moreno que me resulta demasiado atractivo. Es condenadamente guapo y no es justo que ningún ser humano juegue con tanta ventaja. Me atrae tanto que me veo obligada a cerrar los ojos para alejarme de su magnetismo y él interpreta este gesto como que deseo que me suelte la muñeca. Lo hace.

Vuelvo a mirarlo, esta vez con más intensidad. A plena luz del sol deberían verse sus imperfecciones, pero el muy cabrón no tiene ninguna. Sus ojos azules centellean mientras me observa con el ceño fruncido y creo que estoy empezando a marearme. Mi imaginación me juega una mala pasada al plantar delante de mis ojos una suculenta imagen de ambos besándonos. El pulso se me acelera y de repente soy consciente de que eso me apetece demasiado. De que mis manos se están aferrando a la tela de mi camisón con fuerza. De que estoy perdida.

Quiero acercarme hasta él y recorrerle el abdomen con los dedos. Quiero que todo cambie entre nosotros y que me bese. Dios, sus besos deben de ser apoteósicos con esos labios gruesos. Por no hablar de… «Alice, no pienses en su entrepierna ahora, joder». El aire que me rodea está demasiado caliente, o quizá sea yo. Me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sus ojos la siguen.

—¿Dónde vas? —pregunta con la voz ronca.

—A buscar algún sitio donde quitarme la roña que tengo encima.

—Espera. Dejo estos peces dentro y te acompaño —indica levantando la bolsa de lianas que fabriqué yo misma llena de peces—: Hay una cascada muy cerca de aquí.

De repente, la vívida imagen de los dos desnudos besándonos debajo de una cascada se apodera de mi mente y me veo obligada a apretar los muslos. Esto va de mal en peor. Tiene que ser el calor húmedo de la selva, que me enciende de alguna manera inexplicable. «No, bonita, el clima de la selva precisamente no es lo que te enciende —me recrimino— sus abdominales tienen más papeletas».

Niego con la cabeza para despejarla de visiones tórridas.

Sale de la cabaña y se detiene a mi lado.

—¿Has dormido bien? —pregunta como si nada el muy capullo.

Me da mucha rabia no poder mandarle a la mierda y tenerme que morder la lengua. Pero, si quiero asearme, es lo que hay. Tendré que seguirle el rollo como un corderito manso.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú? —digo con retintín.

Me muero de curiosidad por saber dónde leches ha dormido, pero no pienso preguntárselo y darle el gusto de pensar que me importa.

—Muy bien. ¿Vamos? —Señala con la mano un pequeño sendero entre la maleza.

—¿Voy primera?

—Así podré protegerte si algún bicho quiere comerte.

«El único bicho que quiero que me coma eres tú y eso no va a ocurrir», le grita mi mente. ¡Oh! Estoy mucho peor de lo que me imaginaba.

—Espero que no lo hagas para poder mirarme el culo.

Suelta un gemido quejumbroso y me río por lo bajini.

Caminamos a través de árboles inmensos y todo tipo de vegetación. Veo tucanes y guacamayos de varios colores volar de un árbol al otro. Es impresionante. Drake me va dirigiendo desde atrás y cuando cree que hay algún peligro se adelanta y estudia la zona antes de dejarme continuar.

La confianza que tiene en sí mismo es imposible de pasar por alto, y me la transmite, sin lugar a dudas me siento más valiente a su lado. Cada uno de sus gestos da la impresión de estar calculado al milímetro, pero al mismo tiempo resulta tan natural que parece que la elegancia fluye por sus venas, incluso estando en una situación como esta. Odio que sea tan perfecto.

No tardamos en llegar.

En cuanto elevo los ojos del suelo, se me escapa un chillido de emoción. Me cubro la boca con la mano porque no soy capaz de cerrarla ante lo que acaba de aparecer en mi campo de visión de repente.

—¡¿Estamos es el paraíso?! —exclamo impresionada.

—Ahora más que nunca —susurra sin apartar los ojos de mí.

Nos encontramos en lo más profundo de la exuberante selva colombiana donde ha aparecido de la nada una cascada mágica, un rincón paradisíaco en el que la naturaleza despliega toda su majestuosidad. Me quito las zapatillas para adentrarme con delicadeza en este lugar encantado, como si al hacer ruido fuese a desaparecer. La luz del sol se filtra a través de la vegetación, creando destellos dorados sobre las hojas.

Respiro hondo y cierro los ojos. Siento una conexión especial con el entorno. El sonido del agua al caer resuena en mis oídos como una melodía suave y armoniosa. Los pájaros cantan sinfonías alegres para celebrar la vida. Cada gota que salpica contra las rocas me susurra secretos ancestrales, mientras el aroma fresco y puro de la selva impregna el aire.

Al abrir los ojos de nuevo me maravillo por la danza de unas mariposas multicolores que revolotean alegremente a mi alrededor. Parezco una niña pequeña henchida de ilusión. Me giro y me encuentro con los ojos de Drake clavados en mí con una expresión que hasta ahora no había visto.

—Y tú ¿qué miras? —le gruño.

Retira su mirada avergonzado sin añadir nada y desaparece entre la maleza que hemos dejado atrás. Supongo que volverá a la cabaña. No me importa. Estoy enfadada con él, pero eso no va a fastidiar mi momento mágico.

Pasado un tiempo prudencial en el que me cercioro de que no está por aquí, decido adentrarme en el pequeño lago de aguas cristalinas. Me cubre hasta la cintura, aun así, me sumerjo en la piscina natural que se forma al pie de la cascada para llegar hasta ella. El agua fresca acaricia mi piel mientras me envuelve en un abrazo. Para saborear cada sensación al máximo decido quitarme la ropa. Lanzo el camisón y las braguitas hacia las piedras del exterior. Ahora sí que me siento libre.

La cascada se desliza majestuosamente por las rocas cubiertas de musgo, formando un velo blanco que contrasta con el verdor intenso que nos rodea. Las flores exóticas y coloridas asoman tímidamente entre la vegetación a ambos lados, añadiendo pinceladas de belleza a este escenario sobrenatural.

Me sitúo justo debajo de donde cae el agua y degusto cada sensación que provoca en mi piel. Cierro los ojos para sentir la energía pura del lugar. Dejo que el corazón se llene de la paz y la serenidad que solo un entorno como este puede brindarme. Noto cómo va sanando cada parte de mí, como si se alimentara mi alma. Ahora mismo me siento parte de algo infinito, conectada con la naturaleza en su estado más puro y sublime.

No sé en qué momento me he dejado llevar por la emoción, pero comienzo a acariciarme. Quizá haya sido la sensación de intimidad que me otorgan las espesas cortinas de agua que me envuelven. O puede que sea el sentirme así de libre y querer disfrutar al máximo de la vida. O tal vez, y solo tal vez, el estar a solas con el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra. La consecuencia es que me he excitado y hasta me atrevo a contonearme de una manera sexy mientras me toco.

Estoy a punto de perderme en los placeres de la carne cuando de pronto dejo de escuchar el sonido del agua y oigo un crujido sordo seguido de un ruido siniestro. Antes de que pueda reaccionar y cubrirme la cabeza con las manos, una sombra enorme se abalanza sobre mí. Noto un peso, envuelto en un olor metálico, caerme encima y el impacto me deja sin aliento.

¡Una mierda del tamaño de Francia acaba de caer sobre mi cabeza mientras intentaba masturbarme y ahora estoy cubierta de vísceras malolientes! Retrocedo con el corazón latiendo a mil y mis sentidos abrumados por la angustia. Una avalancha de pánico y repulsión recorre mi cuerpo y me entran ganas de vomitar. Estoy temblando sin ser capaz de procesar la situación, o sea, esto solo me podría pasar a mí.

Permanezco petrificada mirando con cautela mi cuerpo embadurnado de cosas varias. A cada cual más asquerosa. Quiero llorar, pero lo único que acierto a hacer es ponerme a gritar llena de rabia con toda la fuerza de mis pulmones. Como si así pudiera retroceder en el tiempo y no aceptar la maldita oferta de trabajo del puto mayordomo. ¡Él tiene la culpa de todo!

—¡Alicia!

Su enorme cuerpo aparece de la nada para cogerme en brazos y sacarme de aquí a toda prisa, como si fuera Tarzán salvando a Jane (o a Chita, según se mire) de una catástrofe mundial.

—¡No me mires, que estoy desnuda! —le grito tratando en vano de cubrir mis generosos pechos con una mano y con la otra el triángulo de las Bermudas.

—¡Joder, no me grites en el oído, que me vas a dejar sordo!

—¡Suéltame! —Pataleo para que me deje.

—Que no me grites.

—¡Que me suelteees!

—No hasta que estés a salvo.

Avanza conmigo en sus brazos a través del lago como si flotase. Me da la impresión de estar en la típica escena a cámara lenta de una película de acción mientras todo estalla a nuestro alrededor.

—¡He dicho que me sueltes, joder! —chillo en su oreja con todas mis ganas.

De manera instintiva se lleva las manos a los oídos, por eso me caigo al agua. Mi primer impulso es plantarle cara, pero enseguida recuerdo que estoy en bolas y permanezco agachada en el agua para que no me vea más de lo que ya haya visto, aunque el lago es demasiado transparente para eso. ¡Ay, por favor, qué vergüenza! Cuando me mira su expresión es de terror.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? ¿Estás loca? —gruñe sin dar crédito todavía al grito histérico que le he soltado en toda la oreja.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo tú? ¿Por qué has interrumpido mi apacible baño? —me quejo cruzándome de brazos. Debo de parecer una mujer minúscula desde su posición.

—¿Apacible? ¡Estabas gritando como si miles de pirañas te devorasen viva! —Hace aspavientos con los brazos.

—¡¡¡¿Pirañas?!!! ¡Anda ya! ¡Deja de inventarte excusas para verme desnuda!

—¿Me vas a decir que estabas cantando en italiano otra vez?

Trato de no reírme, por eso aparto la vista.

—¡No!

—¿Entonces?

Establecemos contacto visual de nuevo, y espero ver en sus ojos una señal de advertencia para que vaya con cuidado a ver lo que suelto por mi boquita. Siento un desconocido remolino en el estómago al verlo tan sexy. Mi mente suspira enamorada: «Él te mantendrá a salvo. Siempre lo hace».

Añado eso a mi lista de cualidades indispensables que deberá tener mi futuro marido: poder confiarle mi vida. Una lástima que a Gerardo no le confiaría ni una planta.

Me contempla con el miedo todavía reflejado en su rostro mientras respira con dificultad por el esfuerzo que ha realizado. Puede que sea cierto que haya venido corriendo para salvarme, a pesar de que no debería haberlo hecho con la herida tan reciente, y ese es el único motivo por el que cedo y le cuento la verdad.

—Me ha caído una mierda en la cabeza. —Me señalo el pelo lleno de la pasta asquerosa.

Sus ojos se clavan en mi pelo. Permanece en silencio. Es como si viese mi cabeza por primera vez en su vida. Hace una mueca muy extraña que no sé descifrar. Yo miro hacia otra parte para disimular lo ridícula que me siento. Pero, de repente, suelta un bufido seguido por una carcajada…

¡¿Una carcajada?!

¡¡¡Del robot!!!

Abro los ojos desmesuradamente al ver que el muy capullo se está partiendo el culo de la risa. No puedo creerlo. Se sujeta el estómago con las manos mientras se dobla hacia adelante. Y lo peor de todo es que me contagia enseguida y terminamos los dos doblados a carcajadas.

Puede que esto sea lo más especial que haya presenciado en toda mi vida: ver a una roca descojonarse de la risa. Es un sonido celestial. Casi mágico. Es como escuchar la frecuencia de Dios. En serio, me va a dar un síncope porque me estoy dando cuenta de que me he hartado de engañarme a mí misma pensando que quiero a alguien más en mi vida que no sea Drake. Y ahora mismo estoy convencida de que si no es con él, no lo quiero.

Pasado un buen rato, en el que me duelen la mandíbula y el estómago de tanto reír, le salpico con el agua esperando que interponga distancia entre nosotros, pero no lo hace. Nuestros ojos se encuentran y dejamos de reír poco a poco hasta que en nuestros rostros solo queda el reflejo de una nimia sonrisa. Él no aparta su intensa mirada azul de la mía. Está impresionante ahí de pie plantado como un gigante mojado ante mí. Mojado a nivel «se te transparentan algunas cosas».

No sé a qué está esperando.

Ahora me doy cuenta de que tengo que hacer algo con lo que sea que hay entre nosotros o moriré siendo una mujer sexualmente frustrada. No puedo seguir así para siempre, me siento perdida.

Carraspeo.

—¿Te importaría acercarme mi ropa? —le pido señalando la piedra donde descansa mi camisón.

Él parece sentirse algo desconcertado ante mi petición, pero traga saliva y asiente. Se acerca a las rocas con paso firme y vuelve con el trozo de tela en una mano, pero sin las bragas. Decido pasarlo por alto. Ya las cogeré yo después.

—Gracias —le digo.

Me pongo el camisón y aprovecho para limpiarme el pelo sumergiendo la cabeza debajo del agua. Seguramente alguna de las modelos con las que Drake acostumbre a acostarse lo haría de una manera super sexy, en plan cámara lenta, a diferencia de mí, que debo de parecer un gato atropellado.

Al mojarse la fina tela del camisón me embarga la misma sensación de pudor que si no llevase nada, pues se pega a mi cuerpo como un tatuaje. Descubro a Drake mirándome sin remilgos con las pupilas dilatadas. Me recuerda a una pantera acechando a su presa y, aunque finja que no me intimida, la situación es demasiado inquietante.

Al cabo de un rato por fin me pongo en pie. Él permanece a un latido de distancia. Eleva una mano como si quisiera acariciar mi piel. Sonríe de una forma cálida, y reprimo el impulso de mirar hacia atrás para comprobar si hay alguien más, pues su sonrisa es tan dulce que dudo que me la esté dedicando a mí. Me pongo muy tonta ante esta nueva situación. No sé ni dónde mirar. No sé qué hacer. Me siento como una jovencita en el instituto delante de su *crush*.

Coloca un dedo debajo de mi barbilla y lo alza para que le mire a los ojos. Me sonrojo un poco, porque mantiene su intensa mirada fija en la mía. Después, con el mismo dedo, me aparta el pelo que tengo pegado al rostro con delicadeza. El tacto de su piel consigue alterar los latidos de mi corazón. Esto es peor que en las películas.

—¿Estás flirteando conmigo, Lennox?

Sonríe satisfecho y niega con la cabeza. Se pone las manos en las caderas y mira al cielo. Después se acerca más aún. Tanto que no corre ni la brisa entre nosotros.

—Si yo fuera de otra manera intentaría disculparme por mi comportamiento de anoche —susurra demasiado cerca de mi boca—, pero tal y como son las cosas, probablemente lo empeoraría. Las palabras bonitas no son mi fuerte, y tú tienes la habilidad de tergiversar todo cuanto sale de mi boca…

—A tu edad ya tendrías que saber que una disculpa nunca debe empezar criticando a quien quieres que te perdone —lo interrumpo—. Eso es de primero de relaciones humanas, Lennox.

—¿Ves? Todo sale mal cuando trato de hablar contigo.

Parece enojado, pero cuando sonrío por verle agobiado, me devuelve la sonrisa. ¿En serio esto está pasando? No parece él. ¿Qué mosca le habrá picado?

Acaricia mi labio con un dedo. Como si, de alguna manera, quisiera retener mi sonrisa entre sus dedos. Como si tocase algo verdaderamente valioso. Dudo si apartarme porque no sé cómo reaccionar. Se me olvida respirar cuando está tan cerca. Me gusta la sensación que experimenta mi cuerpo cada vez que me roza y parece que él acaba de descubrir lo mismo al tocarme. Parecemos dos tontos.

—Me fascina tu sonrisa —admite.

Está siendo amable y estoy segura de que preferiría morir antes que admitirlo. Una pequeña sonrisa florece en mis labios de nuevo.

—¿Eso ha sido un cumplido, Lennox? Ten cuidado que tu corazón de hojalata podría comenzar a latir —bromeo para destensar el ambiente.

—Tómalo como quieras —gruñe.

No puedo evitar que mis ojos se desvíen desde sus hombros hasta su estómago y después a una zona por debajo de sus impresionantes abdominales que acaba de moverse.

—Te sugiero que dejes de mirarme así, Cenicienta —me amenaza con una voz ronca de depredador.

—¿O qué? —Muerdo mi labio inferior mientras clavo mis ojos en los suyos, que están negros por el deseo.

—O mandaré mi profesionalidad a la mierda.

Siento un fuerte espasmo en mi sexo y, joder, me tienta muchísimo lanzarme contra él y apretarme contra su cuerpo duro y protector para que me empotre de manera salvaje contra alguna de las rocas que tenemos a nuestra espalda. «Pero ¿en qué diablos estás pensando, Alice? Eso nunca va a ocurrir». Me encuentro al límite de la cordura. No sé si podré controlarme ante semejante sobrecarga de estímulos.

Me siento muy culpable por Gerardo, pero es que con él nunca he experimentado una atracción tan bestial. Ni siquiera al principio. Con él siempre ha sido una relación *cozy*, algo reconfortante, pero también aburrido y monótono. Sé exactamente lo que va a hacer en cada momento. Por el amor de Dios si hace años que no me besa con lengua, y lo peor es que ni quiera me importa. Me he acostumbrado a eso. Me había convencido de que es lo que sienten las parejas normales. Que esa pasión arrolladora de la que tanto hablan en los libros no existe en la vida real. Hasta ahora.

Pero en este preciso instante, mientras me estremezco ante la oscura mirada de Drake, me doy cuenta de lo equivocada que he estado durante todo este tiempo porque podría tener un orgasmo sin que ni siquiera me tocase. No soy consciente de que estoy reteniendo el aliento hasta que se me escapa un jadeo involuntario… Y esa es la señal que el mayordomo necesita para atacar.

Salva la diminuta distancia que nos separa hasta presionar sus labios contra los míos. Siento una mano arder en mi cintura para atraerme con fuerza hacia su cuerpo mientras la otra se enreda en mi pelo. Emite un gruñido desde lo más profundo de la garganta en cuanto es consciente de que le devuelvo el beso y ese sonido hace todo mi mundo añicos.

El contacto con sus labios carnosos es algo inexplicable. Su ávida lengua arrasa conmigo. Es incluso mejor de lo que había imaginado, y eso que lo he imaginado demasiadas veces. Sus besos son tan poderosos que algo estalla en mi interior, como una llama que abrasa mis venas. Mis manos buscan tocarlo por todas partes con desesperación. Ahora mismo podría prender en llamas si me lo propusiera. Podría hacer arder la puta selva.

Noto su polla erecta contra mi vientre, pero, de repente, se detiene y se aparta de mí a toda prisa.

—No podemos, Alicia. —Respira con dificultad, se recoloca su enorme miembro en el pantalón mientras me mira con unos ojos llenos de arrepentimiento.

—¿Qué? —balbuceo confusa.

No entiendo nada. Tiene que estar bromeando.

Si ya está hecho. Ya la hemos cagado. ¿Qué más da un poco más que menos?

—Esto —nos señala a ambos con un dedo acusador—, no es lo que somos. No es lo que yo soy para ti. Ni tú para mí.

Me siento como una imbécil. Quizá él está más que acostumbrado a ir besándose por ahí con miles de mujeres, pero para mí esto lo cambia todo. Ya no puedo casarme sabiendo que siento algo tan fuerte por otra persona, incluso siendo solo atracción sexual… que no lo es.

—¡Ah! ¿No? ¿Y qué es lo que somos? —Me cruzo de brazos tratando de disimular mi indignación—: ¡Ilumíname, Nostradamus!

Él aprieta los labios, la mandíbula y los puños.

—No somos nada.

A pesar de que sea un cabezota, yo lo soy mucho más que él y no va a saber cómo me siento en realidad. ¡Por encima de mi cadáver!

—¡Vaya novedad! ¡Pues claro que no somos nada! ¿Acaso crees que voy a cancelar la boda por echar un polvo contigo! Somos adultos, por el amor de Dios. Estamos cachondos, apagamos el fuego y punto. Después, como si no hubiera pasado nada. ¡Yo estoy enamorada de mi novio! No te equivoques.

He soltado toda esa cantidad de mentiras para no confesar que no quiero que lo que hay entre nosotros se acabe nunca, sea lo que sea. Que no quiero separarme de sus labios, de este momento, de esta sensación de libertad. Y que quiero quedarme aquí, con él, para siempre.

Baja la cabeza y se marcha sin mirar atrás. Desaparece entre los árboles con paso firme en dirección a la cabaña y me deja aquí sola, enfadada y caliente como nunca.

—¡Eso! ¡Huye, como haces siempre! ¡Eres un maldito cobarde, Lennox! —le grito llena de rabia.

¡¡¡Capullo!!!

Pasado un rato, mientras busco mi ropa interior entre las rocas, mi mente piensa «nunca antes había sido tan real lo de *perder las bragas por alguien*». Aunque, gracias al cielo, las he terminado encontrando. No quiero ni pensar en lo incómodo que sería andar por ahí en plan comando... Me imagio la cara de Drake si lo descubriera... ¡No!, no quiero ni pensarlo.

Capítulo 23

DRAKE

«Acabo de besarla. Hostia puta, acabo de besar a Alicia. Una cagada de dimensiones épicas, joder». Me recrimino mientras deambulo delante de la cabaña y el puto pitido de la cabeza amenaza con matarme.

Acepté este maldito trabajo pensando que Alicia sería más sumisa dadas sus circunstancias: una mujer joven a punto de casarse que necesitaba el dinero; pero ha resultado ser la insurrección hecha persona. En cuanto la vi supe que si apretaba la tuerca precisa sacaría de ella esa fiera que llevaba dentro.

Es el tipo de mujer extraordinaria que aparece una sola vez en la puta vida. Y su personalidad empeora aún más las cosas, porque realmente me fascina y me cabrea a partes iguales. Aunque la mayor parte del tiempo me vuelve loco con sus provocaciones, sé que es fuego ardiente y yo, cada vez que está cerca, en lo único que soy capaz de pensar es en arder con ella.

Nunca había sentido nada por ninguna mujer más allá de una mera atracción física. Ninguna había despertado la más mínima chispa. Hasta que llegó ella, con el desafío implícito en su mirada, y arrasó con todo. La quiero y no puedo tenerla. Tampoco puede saberlo. Es mi puto destino. Mi maldición. Mi tortura. El karma. Todo. Esto es un auténtico desastre. Y me lo tengo merecido

Necesito algo para mantener ocupada mi mente. Algo que no tenga que ver con esas curvas preciosas, ni con el brillo de sus ojos, ni con su sonrisa, ni mucho menos con su boca. Joder. No dejo de pensar en las cosas sucias que le haría a esa boca hecha para el pecado. Esa boca que no deja de desafiarme.

Me acaba de decir que está enamorada de su novio, pero los dos sabemos que no es verdad. Lo que he sentido con ese puto beso no ha sido algo normal y sé que ella lo ha sentido también. Solo lo ha dicho para provocarme, como todo lo que hace. La última vez que permitió que ese cabrón le pusiera las manos encima fue porque sabía que yo estaba mirando. Dios, casi me volví loco al verlos por las cámaras de seguridad, no quiero ni acordarme. Tuve que contenerme para no matarlo. Una alimaña como esa no se merece a una mujer así.

De repente sus horrendas zapatillas rosas aparecen en mi campo de visión. Ha debido de seguirme.

Lleva ese mini camisón de encaje azul pegado al cuerpo que deja sus tersos y suaves muslos a la vista. Esos muslos que me muero por lamer. Por no hablar de sus pechos, que claman por mis atenciones turgentes y erectos. Tiene el pelo mojado y me reta con esa mirada suya siempre dispuesta a atacar. Dios, me recuerda a la maldita diosa de la guerra, tan aterradora como

excitante. Todo en ella es una puta tentación. Estoy bien jodido.

J.O.D.I.D.O.

Aprieto los puños a ambos lados del costado y me concentro en el papel de mayordomo distante, aunque he de confesar que sin el uniforme y el pecho al aire me resulta mucho más difícil.

—Alicia, tenemos que dejar las cosas claras. No podemos volver a…

—Yo ya lo he dejado claro —me interrumpe con un tono altivo—: Estoy enamorada de mi novio. Punto.

De nuevo esa frase se me clava en lo más profundo de mi ser para joderme la vida. El pitido me revienta las sienes. Un relámpago sobre nosotros amenaza tormenta. Todo es caos.

Intenta pasar de largo para entrar en la cabaña, pero la detengo interceptando su paso.

—Deja de decir que estás enamorada de él —gruño sin pretenderlo.

Abre los ojos demasiado y se sonroja al instante, pero disimula a la perfección que la he pillado. Es maestra en fingir. Como yo.

Comienza a llover como nunca. La lluvia amazónica es así, salvaje, intensa e imprevisible. Como ella.

—Y tú deja los celos, Lennox.

Seis palabras. Tan solo seis palabras consiguen hacerme explotar. Lo que no han logrado equipos enteros de inteligencia ni brigadas del ejército lo ha conseguido una mujer semidesnuda de lengua viperina.

Su irreverencia. Su carencia absoluta de prudencia. Su insolencia. Su descaro. Todo en ella es una provocación constante.

Y se acabó.

Me importa una mierda que se vaya todo al infierno.

La cojo por la cadera, la giro para ponerla de espaldas a mí contra el tronco del árbol más cercano. Su grito de sorpresa no impide que atrape sus muñecas sobre su trasero. Mi polla se clava a modo de amenaza en su culo respingón, dura y furiosa. Solo una fina tela nos separa.

Ha sido la única mujer que me ha llevado al límite. La única que ha conseguido que pierda la cabeza. Y aquí estamos.

—Dime qué cojones quieres de mí, Alicia —gruño en su oído.

—Quiero que admitas que me deseas —jadea.

No me jodas.

Esta mujer es mi puta perdición. Lo supe desde el primer momento en que la vi delante de aquel ascensor, sudorosa, con las mejillas sonrojadas y los zapatos en la mano. Desde que consiguió que me saltara todos y cada uno de mis principios para que la tutease. Y lo sé cada vez que veo en sus ojos la guerra que se libra en su interior. Me desea. Sabe que lo hace. Sabe que lo sé. Pero no sabe si es correspondida. Ese ha sido mi as en la manga… hasta ahora.

—Te deseo —asumo en su oído con una voz sucia que logra hacerla estremecer—, y me muero de celos cada vez que pienso en el cabrón que tienes por prometido.

Ya está. ¡A la mierda mi profesionalidad! Todos los años de contención y entrenamiento se reducen a este instante. Al momento justo en el que voy a sucumbir a la tentación. Pero es que no me importa. Cuando la tengo cerca nada me importa. Ni siquiera soy capaz de ejercer mi arma más poderosa: el autocontrol.

—Pero no te equivoques, Cenicienta, no quiero besitos ni romances de novela. No quiero hacerte el amor con velas. Solo quiero follarte. Quiero marcarte a fuego. Tanto, que ni se te ocurra pensar en que ese hombre te vuelva a poner sus sucias manos encima. Quiero estar dentro de ti para que te olvides de desafiarme a todas horas. —Noto cómo su respiración se acelera y su vello se eriza. No solo por mis palabras, sino también por la forma en que acaricio la delicada piel de su oreja con mis labios al hablar.

Lejos de la reacción que me esperaba de ella, saca su culo hacia mí para frotarlo contra mi polla, que rebota en respuesta. He perdido la cuenta de las veces que me he corrido en el pantalón como un puto adolescente por su culpa, pero ahora mismo me contengo para que no ocurra algo tan vergonzoso.

—¿Quieres follarme, Lennox? ¿Y qué te lo impide? ¿Tus absurdos votos de castidad a la hermandad de mayordomos robóticos? Vamos, no se van a enterar —susurra.

La lluvia lubrica nuestros cuerpos. La tela de su vestido empapado no oculta nada a la imaginación, ni mis pantalones tampoco.

Sé que debería hacerla callar y marcharme. Poner distancia entre nosotros es lo único que me funciona cuando la deseo tanto. Pero, lejos de eso, dejo escapar una maldición entre mis labios y le doy la vuelta para que estemos uno frente al otro. Para que me diga a la cara que me la folle. Necesito que me lo pida. Que lo consienta.

—No me has entendido. No voy a forzarte.

—El que no me ha entendido eres tú. Quiero que lo hagas —jadea encendida.

Clavo mis ojos llenos de una lujuria desmedida en ella.

—¿Qué?

—No… no quiero que me fuerces —se ruboriza—, quiero… lo otro.

Esta nueva versión de Alicia tímida me sorprende, y he de admitir que me gusta, pero no es la que necesito ahora.

—Dímelo —le pido contra sus labios. Respira con dificultad y tiene los pezones erectos.

—Fóllame, Drake. Fóllame como nunca has follado a nadie. —¡Ahí está la guerrera que arrolla con todo!

Me rindo.

Ha ganado.

La sujeto de la nuca con ambas manos y permanezco quieto a escasos milímetros de sus labios entreabiertos a la espera, una vez más, de que acepte lo que va a pasar entre nosotros. Ella,

jadeante, e impulsiva, como siempre, ni siquiera lo duda y estampa su boca contra la mía.

El tacto de sus labios es embriagador. Hace unos minutos que la he besado, pero necesitaba volver a hacerlo. Sabe a algo dulce, como a flores. Ya soy adicto a su sabor, joder.

No es un beso dulce. Es exigente y posesivo. Nuestras lenguas se enredan y se devoran llenas de frustración y tensión sexual acumuladas. Nos devoramos el uno al otro como si el mundo fuera a acabarse. Y, como por obra de magia, como casi siempre que está a mi lado, el pitido de mi cabeza desaparece. ¿Será ella el remedio a mi dolencia?

Los brazos de Alicia enseguida me rodean el cuello y su cuerpo se acerca al mío con efusividad. La abrazo con fuerza, como si no quisiera que se separase nunca de mí. Compruebo lo bien que encajamos. Suelta un gemido que hace saltar a mi polla con violencia.

La cojo por el culo, la levanto y ella envuelve mi cintura con sus piernas bronceadas. Subo las escaleras hasta la habitación sin que nuestras bocas se separen en ningún momento.

La dejo en la cama. Estamos calados. Me inclino para sacarle el camisón por encima de la cabeza y me detengo un momento para admirar su delicioso cuerpo sin tener que disimular, sin necesidad de ocultarme y sentirme como un pervertido, sin fustigarme por ello. Es tan hermosa que ahora mismo me faltaría tiempo en la vida para venerarla. La acaricio con los ojos, que oscilan con atrevimiento desde sus pechos firmes y perfectos hasta sus braguitas. Mi polla está tan dura que me duele.

—¿Qué pasa? —me pregunta con timidez ante mi escrutinio.

No quiero que se sienta mal, todo lo contrario, quiero a la Alicia irreverente, a la desvergonzada que me hace frente, a la que es capaz de doblegar a un puto gigante con tal de salirse con la suya.

—Que eres preciosa.

Joder, lo he dicho en un tono que debo de parecer un adolescente patético babeando ante una diosa.

Me sonríe con descaro. ¡Esa es mi chica!

Se pone de rodillas en la cama y se baja las braguitas con una lentitud agonizante, sin dejar de mirarme a los ojos. Joder, no sé si voy a aguantar mucho más sin tocarla. Estoy cayendo en un abismo del que no voy a poder salir ileso. Lo único que deseo ahora mismo es enterrarme en ella para siempre, aunque sepa de sobra que eso no será posible.

—¿No vienes, Lennox? —susurra dando un par de palmaditas sobre el colchón.

Me acerco a ella y capturo sus labios con los míos mientras enlazo mis dedos en su cabello. Después bajo a su cuello, sus clavículas, sus hombros, sus pechos. Cuando acaricio sus pechos con las manos se le escapa un gemido. Entonces saboreo sus pezones hasta que se estremece bajo mi lengua arqueando la espalda. Tengo que sujetarla para que no se caiga.

Me siento sobre la cama, ella continúa de rodillas y ahora rodea mi cuello con los brazos mientras acaricio su sexo. Está empapada. Tiro suavemente de su pezón con los dientes mientras introduzco un dedo en su interior. Despacio. Con cada lenta penetración de mi dedo gime con la boca abierta y la respiración entrecortada. La contemplo, sintiendo más placer en la excitación de su rostro que en cualquier orgasmo que haya tenido a lo largo de mi vida. Es jodidamente

perfecta.

—Drake —jadea cuando acelero un poco el ritmo, mirándome con los ojos brillantes de lujuria. Está al borde del precipicio, pero me agarra por la muñeca para que me detenga.

—Dime.

—¿No ibas a follarme?

Mierda. Tenía la esperanza de poder parar esto sin llegar al final.

Exhalo un suspiro para poder recuperar el control de mis actos.

Me detengo.

Su mirada es todo menos amigable, me está amenazando por no cumplir mi palabra y evito sonreír por ello.

—Si vamos a hacerlo, hay que dejar claras algunas cosas antes —le digo.

—¿Esta es la parte en la que me preguntas si tomo la píldora?

Me sorprendo. Me fustigo. No había caído en eso con lo cachondo que me he puesto. Salgo corriendo a buscar en mi escondite secreto y, efectivamente, ahí están los condones de hace veinte años. En su día me vinieron bien para llenarlos de agua, nunca pensé que fuera a usarlos para otra cosa.

Vuelvo a la habitación a toda prisa. Alicia me observa llena de curiosidad. Verme caminar con mi pesada polla en alto, pues se intuye a la perfección a través de los calzoncillos mojados, le provoca una risilla perversa.

—¿Dónde has ido?

—A por esto. —Le enseño el paquete. Lo abro y lo estudio con detenimiento. No parece que esté mal.

—¡No puedo creerlo! Condones *vintage* —se ríe.

—¿Tomas anticonceptivos por si esto falla?

—Claro.

Bien. Todo bajo control entonces.

—¿Era eso lo que querías dejar claro? —indaga.

La hostia, casi se me olvida.

—La tensión que hay entre nosotros está jodiendo la misión que tenemos entre manos, creo que… resolver el asunto —podemos llamarlo así— nos ayudará a centrarnos de nuevo en lo que realmente importa; pero después de esta noche, nunca más se repetirá. Tú seguirás con tu vida y yo con la mía. ¿Está claro?

Ella se merece a alguien mucho mejor que yo. No podría ofrecerle nada, no soy capaz de sentir nada por nadie y Alicia se merece todo. Da igual lo que yo quiera, no es posible en nuestra realidad, así que ahora solo me importa cumplir sus deseos.

Me observa dubitativa. Apostaría toda mi fortuna a que quiere negarse por el mero placer

de joderme la vida, pero, contra todo pronóstico, asiente.

—Vale. Pero te advierto que serás tú el que me pida repetir —me sonríe con malicia mientras se coloca de pie junto a la cama, entre mis muslos.

—Te aseguro que eso no va a ocurrir, Alicia.

—Ya lo veremos, Lennox.

Me agarra del pelo y me acerca hacia ella de un tirón brusco para besarme con furia y arrebatarme la opción a réplica. Va a acabar conmigo, lo sé.

Sin darme apenas tiempo de asimilar lo que acabamos de pactar, me baja los pantalones con cuidado de no hacerme daño en la herida. Después hace lo mismo con los bóxers y abre mucho los ojos al ver mi tamaño.

«Cariño, mido casi dos metros de altura, ¿qué esperabas?», pienso.

Me tumbo en la cama bocarriba, me coloco las almohadas bajo la cabeza para poder contemplar cómo gatea sobre el colchón sin dejar de mirarme, parece una pantera hambrienta. De mí. Se acomoda a horcajadas sobre mis caderas y permanece quieta. A la espera de mi siguiente movimiento. Quiere doblegarme. No se ha dado cuenta de que hace tiempo que estoy a sus pies.

El sudor perla nuestra piel. Noto su humedad sobre mí. Estoy desesperado por entrar en ella, aunque no vaya a saberlo. Nunca.

Me arrebata el condón que sostengo en la mano y me lo pone con una experiencia que me vuelve a poner celoso.

—Fóllame como has prometido, Drake —jadea con la voz seca al tiempo que clava sus uñas en mis bíceps.

Cuando me llama Drake pierdo la noción del tiempo, la hostia.

—¿Eso quieres?

—No quiero besos, ni promesas de amor; solo sexo, salvaje y desenfrenado, sin explicaciones ni consecuencias.

Sus ojos me dicen que no miente. Es lo que desea y se lo voy a dar con mucho gusto.

Me incorporo, rodeo su cintura con un brazo mientras me sujeto al colchón con el otro y la levanto lo suficiente para clavarla en mí de una fuerte estocada. Echa la cabeza hacia atrás soltando un fuerte gemido de placer. Ya no hay vuelta atrás.

—Joder —gruño entre dientes.

No voy a negar que mantengo sexo de manera habitual con mis amigas de confianza porque soy muy activo, pero para mí es como un deporte. Lo que acabo de sentir no tiene comparación con nada de lo que he experimentado antes. Esto es la puta hostia y todo apunta a que no es el sexo en sí, sino la persona con la que lo practicas.

Utilizo mi brazo para dirigir la velocidad del movimiento y la intensidad. Establezco un ritmo rápido, profundo y brutal, haciéndola tomar cada centímetro de mí. Sus pechos rebotan con cada embestida y esa visión tan cercana casi consigue que me corra. Ahora mismo soy un animal

enloquecido.

Apoyo mi frente en la suya.

—Me vas a matar —jadeo.

Sin previo aviso sale de mí para colocarse a cuatro patas. Voy a perder la cabeza ante semejante visión. Normalmente soy yo el que dirige la función. Me vuelve loco que sepa pedir lo que quiere y cómo lo quiere. Mi sangre fluye por las venas como fuego líquido y mi corazón late con una mezcla de lujuria mientras me sitúo de rodillas tras ella, coloco mis manos en su cintura y la penetro con fuerza desde atrás. Hasta el fondo. Suelta un grito agudo de placer que recordaré el resto de mi vida.

Después la agarro por las nalgas para poder profundizar más y ella a su vez se aprieta contra mí. Dentro. Fuera. Con fuerza. Todos mis sentidos se agudizan: el tacto de su piel bajo mis manos, el olor a sexo, el impacto de la carne y los sonidos de sus pequeños gemidos mientras la embisto. ¡Jesús! No puede haber nada mejor que esto. Juro que no aguanto más.

Con una mano acaricio su clítoris y al cabo de unos minutos Alicia suelta un alarido, se deja caer laxa sobre el colchón corriéndose con tanta fuerza que sus temblores tardan bastante en desaparecer. Es una imagen digna de memorizar.

Yo la sigo enseguida, derramándome fuera de ella mientras me dejo caer a su lado, exhausto. Me quito el condón, lo anudo y los lanzo al suelo. Ha cumplido con su cometido a pesar de los años.

Lo único que se escucha ahora es el sonido de la lluvia repiqueteando en el cristal y nuestras respiraciones entrecortadas.

—Esto hubiera sido mejor en una habitación del Ritz —susurro sin atreverme a mirarla.

—Ha sido perfecto.

La miro y me sonríe. Parece contenta de verdad. El rostro de Alicia recién follada es mi nueva imagen preferida. Por un momento se me pasa por la cabeza la descabellada idea de volver a besarla, pero enseguida la desecho. Sería una solemne estupidez.

—Una pena que no pueda volver a repetirse —comenta mientras se da la vuelta para darme la espalda poniendo su cuerpo desnudo demasiado cerca del mío.

Miro la tersa piel de ese precioso culito y me arden los dedos por tocarlo de nuevo. Se me ocurren un millón de cosas que le haría a ese trasero. No he tenido tiempo de hacer todo lo que me gustaría con ella. Ha sido demasiado rápido.

Me siento como un obseso, no soy capaz de apartar la vista de su cintura y su espalda suave. Me cago en la puta, pensaba que una vez que hubiéramos follado no volvería a sentir esa atracción enfermiza, porque es lo que suele pasarme siempre, pero… ahora solo puedo pensar en repetir. Me invaden las ganas.

«Piensa en otra cosa, Drake», me obligo.

Quizá haya sido demasiado duro con ella para que no se haga ilusiones conmigo. No es que sea un hombre cariñoso, pero tampoco tan cabrón como he querido parecer. La razón es que no quiero que sepa bajo ningún concepto lo que sería capaz de hacer por ella. ¡Dios, estoy bien

jodido!

Capítulo 24

Drake y yo procuramos estar todo el día separados. Después de acostarnos me quedé plácidamente dormida y al despertar se había ido.

Para no torturarme por lo sucedido entre nosotros me paso horas buscando palitos para la lumbre de esta noche y fruta que me parece comestible. Pero, aun así, mi mente encuentra demasiados momentos ideales para darle vueltas al asunto y con darle vueltas me refiero a estar completamente obsesionada.

«¿Cómo has podido hacerle algo así a Gerardo? Con lo bueno que es y lo bien que se ha portado su familia contigo», me recrimino todo el tiempo.

Al final, después de darle vueltas y vueltas, llego a la conclusión de que el hecho en sí de haberle sido infiel es lo de menos. Mientras busco leña entre la maleza me doy cuenta de que nuestra relación ya estaba muerta desde hacía tiempo. No tenemos gustos comunes. Ni temas de conversación. Ni siquiera ponemos pasión en las discusiones, y ya del sexo mejor ni hablamos. Para ser del todo sincera, me daría igual si él estuviese con otra mujer ahora mismo.

Me siento culpable por haber aceptado casarme con él sin hablar antes sobre los problemas que teníamos. En una relación no se puede seguir hacia adelante sin mirar atrás. No se puede construir sobre unos cimientos que no son sólidos.

Pero da igual todo lo que piense para tratar de restarle importancia, la realidad es que me siento mala persona por haberme acostado con Drake. Debería haberlo dejado con Gerardo antes. Y me odio por ello.

Una vez que ha anochecido me meto en la cama y no soy capaz de dejar de llorar. Parece que he entrado en bucle.

—¿Alicia?

Su voz profunda me reconforta. Por fin está de vuelta. Le he echado de menos. Me siento mucho más segura cuando está cerca. Pero no quiero que lo sepa. Creo que soy tan insoportable con él porque no quiero que sepa que me gusta ni mucho menos que piense que soy lo peor por engañar a mi novio.

No le respondo. Me limito a intentar dejar de llorar.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado desde la puerta.

—Sí —sollozo.

—Ya veo.

Bordea la cama para ponerme delante de la cara unos trozos de pescado limpios, sin espinas y ya asados. Usa a modo de plato una hoja grande y frondosa de alguna planta. Esto

podría ser lo más parecido a que tu amante te prepare el desayuno y te lo lleve a la cama a la mañana siguiente ¿no? Pero pronto descubro que el pescado es una simple excusa, lo que pretendía en realidad es comprobar el grado de tristeza.

—No me apetece comer, pero gracias —murmuro intentando cubrir mi rostro con el pelo para que no me vea de esta guisa.

Permanece unos segundos en silencio.

—Insisto en que deberías comer. Tu cuerpo necesita proteínas. No puedes alimentarte a base de fruta. No sabemos el tiempo que vamos a estar aquí.

Esa última frase se me clava en el alma y, sumada al regreso de su habitual postura robótica, comienzo a llorar de nuevo, aunque esta vez con más ganas.

No es que esperase que me trajera flores o me despertase con un beso, pero estoy descubriendo que mis sentimientos por él cada vez son más fuertes y que no hay vuelta atrás. Estoy aterrada.

—No hace falta que te pongas así. Puedo intentar cazar algún pájaro si prefieres comer carne.

—¡No estoy así por el pescado! —le grito.

Me da tanta rabia que sea capaz de comportarse como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si estuviese loca por sentir lo que siento. Como si solo fuera cosa mía.

Él suelta un suspiro y se marcha tipo androide.

Bien. Ahora además me siento súper culpable. He sido una auténtica gilipollas tratándolo así. No se lo merece, por muy resentida que esté. Y lloro más aún.

¡Vaya día de mierda!

Tras unos cuantos minutos de incertidumbre e indecisión, al final decido levantarme, ponerme las zapatillas e ir tras él. Debo de parecer la niña del exorcista ahora mismo, pero no me queda más remedio. ¡Lo que daría por un peine!

Cuando salgo al pequeño salón, veo que el enorme cuerpo de Drake está tendido en el suelo, hecho un ovillo frente a la chimenea, con las piernas flexionadas y las manos cubriéndose los oídos. Es como si le fuese a explotar la cabeza. La idea de haber sido yo la que le ha causado semejante dolor me provoca una sensación extraña y quiero abrazarlo. Pero, joder, no quiero remover más mis sentimientos para descubrir qué significan.

—Drake —lo llamo.

Permanece inmóvil, me taladra con la mirada. Hay desesperación en sus ojos y es equiparable a la que siente mi corazón. Tiene los labios separados por la sorpresa y los pectorales marcados. No dice nada. Mi respiración es agitada. Sacudo la cabeza. ¿A qué he venido? ¿En qué estoy pensando? No sé qué decir.

Enseguida se yergue para sentarse con su típica postura de estirado, dándome la espalda. Como si no hubiera ocurrido nada. Como si no lo hubiese visto. Vuelve a estar dispuesto para la guerra. Normalmente esto bastaría para que yo lo atacase sin piedad, pero no es el momento. Estoy sobrepasada.

—Siento haberte hablado así —musito.

Miles de escalofríos se expanden por todo mi cuerpo. ¿Es posible que todo esto sea real? ¿Es posible que estemos aquí? Quiero hacerle un millón de preguntas. Pero mi boca se niega a abrirse.

Se gira para mirarme sorprendido por mi disculpa, aunque su mirada es distante, a pesar de que la expresión de su rostro se torne algo más relajada.

—No pasa nada. —Se vuelve para mirar el baile las llamas de nuevo.

—Sí, sí que pasa. —Me acerco hasta él, me arrodillo a su lado y poso una mano sobre su hombro. Sus ojos se clavan al instante en ese punto de unión—. He estado intentando hacerme la valiente, pero todo esto me viene grande. Tengo miedo.

Desvía la mirada hacia mis ojos con cautela. Parece que no puede mirarme.

—No debes tener miedo estando conmigo, Alicia. En poco tiempo saldremos de aquí y esto quedará en un simple recuerdo. —Él se refiere a la selva y yo me refiero a todo lo demás.

¿Y si no quiero que esto sea solo un recuerdo? Porque uno de los mayores miedos que tengo es, precisamente ese, que todo se quede en una simple anécdota.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros…

—No ha ocurrido nada —me interrumpe con un tono tajante al tiempo que mueve el hombro para que retire la mano.

Ahora que conozco la cara oculta de Drake no quiero que volvamos a ser lo que éramos antes.

Busco sus ojos con prudencia, pero no me devuelve la mirada. Está mirando fijamente el caótico baile de las llamas. No sabría descifrar qué piensa ahora mismo porque es experto en disimularlo. Se ha entrenado a conciencia durante años. No como yo, que se me ve a la legua.

—Puede que tú estés acostumbrado a acostarte con mujeres sin sentir nada, pero yo… —No puedo seguir hablando porque se me escapan las lágrimas al pensar en Gerardo.

Drake me observa y me ofrece su mano para que tome asiento a su lado. Para mi sorpresa, la acepto y me siento con las piernas cruzadas en plan indio. Después me pasa la hoja que ejerce de plato con el pescado y un coco partido con agua para beber. Decido no analizar en exceso todos y cada uno de los gestos que hace.

—Come algo. Con el estómago lleno se ven las cosas de otra manera —me aconseja con un tono paternal.

Muy a mi pesar le obedezco porque me muero de hambre. Al cabo de un rato, me lo he terminado todo y me chupo los dedos de buena gana bajo su atenta mirada.

—Estaba delicioso —admito—, gracias, chef Lennox.

Me sonríe y asiente con orgullo.

Todavía me impacta verle sonreír. Cuando lo hace mi corazón da un vuelco. Mucho me temo que esto no se va a poder detener porque cada vez es más intenso.

Me abrazo las piernas mientras contemplamos las llamas en silencio durante un buen rato. Algunas lágrimas traidoras recorren mis mejillas al pensar en lo mal que lo he hecho todo. Me siento la peor mujer del mundo. La más sucia y rastrera. Él me mira de reojo sin decir nada, pero posa la mano sobre la mía con delicadeza. Ese mínimo contacto consigue hacerme estremecer. Un puto roce. Se me escapa un sollozo y es cuando él decide romper el silencio:

—¿Te encuentras bien?

—No —admito mirándolo a los ojos y sintiendo cómo el espacio entre nosotros se condensa. Es como si un imán nos atrajese. Su pulgar se desliza arriba y abajo en mi mano. Muy despacio. Me gustaría confesarle lo bien que me siento cuando estoy así con él, pero no puedo. Retiro la mano lentamente para evitar su contacto y él me contempla dubitativo.

—Aunque me cueste reconocerlo… no esperaba que me afectase tanto verte llorar. Siento que debería consolarte de alguna manera, pero no sé cómo hacerlo. Lo siento —confiesa aturdido.

Su aplastante sinceridad me hace sonreír entre lágrimas. Le doy con mi hombro en el suyo. Ahora mismo mi cuerpo se está excitando demasiado por culpa de nuestra proximidad. Maldito.

—Ten cuidado, mayordomo, a ver si al final no vas a ser tan insensible como pretendes aparentar.

Niega con la cabeza.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros no es más que el fruto de la sobrecarga de sentimientos que hemos acumulado ambos en esta situación. Es la mera consecuencia de haber estado juntos durante tanto tiempo. Somos adultos. Hemos tenido sexo y no tiene por qué cambiar nada en tu vida, Alicia. Espero que sepas que puedes confiar en mi silencio.

Algo hace clic en mi interior. Puede que me haya dado demasiado sol en la cabeza. O que me haya vuelto adicta al orgasmo más brutal de mi vida, o quizá esté teniendo la crisis de los treinta, no lo sé, pero de pronto, me estoy planteando arriesgarme a lo grande. Lanzarme de cabeza sin pensármelo.

—¿Y si lo que quiero es que mi vida cambie? —Noto cómo se encienden mis mejillas ante semejante confesión.

Drake clava su mirada en mí. Tiene los ojos entrecerrados de un modo que indica que le gusta lo que ve. Sus oscuras pupilas crepitan más que las llamas que nos calientan. Se muerde el labio inferior casi hasta el punto de hacerlo sangrar. Está buscando algo en mí. Lo siento. Sus músculos se tensan. Yo me pongo nerviosa aguardando el gran momento en el que me confiesa que también le gusto, pero… no ocurre nada de todo eso. Enseguida relaja los hombros y vuelve a desviar la vista hacia el fuego.

—Hay cosas que es mejor dejarlas pasar.

¿Veis? Por este tipo de cosas es por lo que me vuelvo loca y lo pincho para fastidiarle, porque dice que algo es blanco, pero sus actos me demuestran que es negro. No obstante, cedo. Me rindo. Será mejor cambiar de tema. No quiero presionarlo ni humillarme más por hoy.

—¿Qué estabas haciendo antes? —le pregunto como si no estuviera muriéndome de la vergüenza por haber sido rechazada.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Cuando te tapabas la cabeza en el suelo.

Cada músculo de su cuerpo se pone en tensión.

—Es ese maldito pitido del que te hablé.

—¿Te duele siempre?

—No. A veces se detiene. Ahora mismo ha parado. Pero cuando vuelve es… digamos que horrible.

—¿Y no sabes qué lo produce?

—No. —Se encoge de hombros.

—Pues siento si he tenido algo que ver con eso —asumo.

—¿No eras tú la que decía que no debía echarme las culpas de todo?

—*Touché*. —Le sonrío.

Pasamos unos minutos en silencio.

—¿Por qué decidiste aceptar el trabajo a dos meses de tu boda, Alicia? —me pregunta.

—Por el dinero. Obvio.

Veo la censura reflejada en sus ojos.

—Ahora prueba con la verdad —insiste.

Miro las llamas, pensativa. Ni siquiera yo misma sé la respuesta a esa pregunta. O quizá sí, pero me da miedo admitirla en voz alta. Dejo escapar un suspiro.

—Desde que era niña mi madre me ha anulado. Siempre he sido alguien a quien manipular. Nunca me ha considerado válida y supongo que eso me ha hecho creer que soy una completa inútil. Estar con Gerardo, que me hace lo mismo, no es que haya ayudado.

—No sé por qué, pero me cuesta creer eso —ironiza.

Se me escapa una sonrisa.

—Creo que gracias a ti me estoy empoderando más que nunca. Has despertado a una Alice rebelde que no sabía que estaba ahí.

—¿Rebelde? Si solo fuera eso, sería incluso asumible —se queja y me río.

—No, en serio. Creo que por miedo a que mi madre se enfadase siempre terminaba cediendo a sus exigencias y eso, con los años, se extrapoló al resto de personas. Quería cambiar eso y pensé que en este tiempo separadas encontraría la manera.

—¿Y cómo va la cosa?

—Cada vez lo veo más complicado. Es la reina del chantaje emocional. Lo hace a todas horas y la mayoría del tiempo ni siquiera me doy cuenta. Hasta me lo hizo con la boda…

Me contempla con los ojos muy abiertos.

—¿Te casas con ese tío porque es lo que quiere tu madre? —Se sorprende.

Yo me refería al tema de las flores, pero ahora que lo dice…

—No exactamente. Pero es cierto que tengo una necesidad constante de agradar a las personas que me rodean. Me obsesiona decepcionarles. Es una especie de tara mental. No sé, pero, si he de ser del todo sincera, creo que le dije que sí a Gerardo precisamente por eso.

Ya está. Ya lo he dicho. Es la primera vez que puedo pronunciar la verdad y hacerlo me libera de una manera que no imaginaba.

Permanecemos en silencio. No sé qué estará pensando.

—¿No dices nada? —indago.

—No tengo nada que decir. Me parece que estás hablando de otra persona.

—Es que contigo me pasa justo lo contario. No quiero agradarte, solo fastidiarte. Jamás pensé que tú encontrarías la manera de hacerme saltar.

Nos reímos juntos mientras me mira como si fuese la única mujer que existe en el mundo. Niega con la cabeza y después se frota la barba con una mano.

—Miles de euros gastados en un máster de Resolución de Conflictos para esto —gruñe.

Le doy un manotazo en su bíceps.

—¡Deberías alegrarte por mí!

—¡Oh! Sí. No quepo en mí de gozo.

—¡En serio! Gracias a ti ha salido a la luz una nueva Alice y ahora no pienso callarme nada. Voy a tomar mis propias decisiones.

Suelto una carcajada al ver su expresión de falsa alegría. Él deja escapar el aire de sus pulmones y se contagia de mi alegría, aunque no se permite mantener durante demasiado tiempo la sonrisa y se apresura a borrarla.

Es en momentos como este cuando soy consciente de que cualquier mujer babearía en su presencia. ¡Por favor que traigan un par de fregonas a Colombia! Lo miraría con lascivia, se pavonearía, lo desearía y, por supuesto, haría cualquier cosa por conseguir sus atenciones.

Todo mi cuerpo reacciona a él, a su voz, su olor, su presencia. Me cuesta mantenerme lejos. Me encantaría tocarlo. No. Me encantaría que me abrazase y sentir que nada malo puede ocurrir acurrucada en su pecho. Cuando lo hizo en la cascada fue la única vez que no me he sentido sola en la inmensidad del mundo.

—Entonces, resumiendo, deberías darme las gracias por haber sido quien te ha abierto los ojos —musita.

—¿A qué te refieres?

—Si no hubiera sido por mí nunca te hubieras dado cuenta de que tu relación era una farsa.

He de admitir que todavía me cuesta no mandarlo a la mierda cuando dice esto.

—Creo que te tienes en muy alta estima, Lennox. También podría haberme dado cuenta yo

solita ¿no crees? —Es mi forma de darle la razón sin dársela.

—Estoy seguro de ello.

Me clava la mirada en la boca y mi sonrisa desaparece lentamente. Nos quedamos así unos segundos, balanceándonos en esta cuerda floja de tensión, sin saber muy bien qué decir o hacer a continuación. Se frota la nuca con la mano como si estuviese planteándose si seguir hablando o mantenerse en silencio.

—¿Has tomado alguna decisión? ¿Vas a seguir con él?

Lo miro asombrada. No me esperaba en absoluto que le importase mi futuro sentimental.

—No puedo seguir con él. Pero tampoco quiero dejarle sin más. Es complicado.

—¿Por qué?

—Porque vivimos juntos. No es tan sencillo. —Permanezco unos segundos en silencio antes de continuar: —Vivo en su piso. Yo no tengo dinero para independizarme.

—¿Y tus padres?

Suelto un bufido.

—Tendría que estar al borde de la muerte para volver a vivir con mis padres.

—Entiendo que te resulte difícil desmontar toda una vida. Recoger tus cosas…

—No —lo interrumpo dejándome llevar por mi indignación—, no es por eso. No tengo casi nada allí. Nunca me ha dejado decorar el piso. Siempre me ha dejado muy claro que era SU piso. Un piso de tíos.

Frunce el ceño.

—¿Un piso de tíos?

—Sí.

—¿Y eso cómo es exactamente?

—Pues mira, por ejemplo, cuando fuimos a comprar la cocina le conté que mi sueño sería tener una de color rosa con una isla enorme… y él la puso negra. También le pedí una estantería para poder colocar mis libros y se negó. Ni siquiera le estaba pidiendo una estantería hasta el techo ni de lado a lado de la pared, eso sería excesivo, aunque dada mi cantidad de libros… Recuerdo que una vez le pedí adoptar un perrito pequeño y así meterlo en una casita de muñecas, pues mi madre nunca me compró una y pasó lo mismo, me dijo que ni de coña. Si me hubiese dejado, hubiera pintado las paredes de malva, incluso habría puesto una chimenea, me flipan las chimeneas… pero él siempre me dejó bien claro que en su casa no hay cabida para mis cosas de chica.

De pronto, soy consciente de que me he dejado llevar. Estoy hablando por los codos y a Drake le falta bostezar.

—Sigo sin entender qué haces con ese payaso —reniega.

—Según él, todo eso no era masculino —concluyo.

—La masculinidad de un hombre no se mide por el color del que pinte sus paredes, Alicia. Además, si hubiera sido yo, hubiera diseñado la puta casa a tu antojo solo por verte sonreír, joder.

Lo miro como se mira a un hombre que acaba de decir algo tan bonito, pero como si no tuviera importancia. Sus ojos recorren mis labios. Una oscura tormenta se cierne sobre ellos. No digo nada. Pero lo siento todo. Aquí ocurre algo. Entre nosotros pasan cosas. No puede ser que solo yo lo note.

Dejamos pasar otro rato. El fuego me resulta sanador e hipnótico a partes iguales.

—¿Por qué te dedicas a esto, Drake? —Me toca preguntar.

—¿Con *esto* te refieres a pasar unos días en la selva con la mujer más insurrecta del mundo?

Se me escapa otra risa. Ha conseguido que me olvide de las lágrimas.

—¡Sabes a lo que me refiero! —Pongo los ojos en blanco.

—¿Y por qué no? Es un trabajo como cualquier otro.

—No sé. Creo que es demasiado sacrificado. No tienes vida.

—Mi vida es el servicio a los demás.

—¿Así? ¿Sin más? Vamos, Lennox, yo te he contado la verdad. Tuvo que haber un motivo. ¿Tiene que ver algo con lo que me contaste ayer?

Me observa pensativo hasta que al final asiente.

—Pasaron años hasta que se resolvió todo aquel tema. Años en los que tuve que tomar decisiones muy duras. Después, decidí dejar el Ejército y dedicarme a algo donde no tuviera que tomar más decisiones. Dedicaría el resto de mi vida a cumplir órdenes en lugar de darlas. Y aquí estoy.

—Vaya. Uno que no quiere dar órdenes y otra que se muere por darlas. Hacemos una buena pareja —bromeo.

Sus mejillas se sonrojan y a mí cerebro le da por bailar una samba. Me entran ganas de explicarle que no me refería a que seamos una pareja como tal, pero sería darle más importancia y ni siquiera sé si está rojo por eso o por el reflejo del fuego. Carraspeo antes de volver a tomar la palabra para destensar el ambiente. A ver si dejo de meter la pata.

—Hablando de comida —podría haber dicho *comida* como *música*, pero, honestamente, es lo primero que me ha salido—, ¿cuál es tu grupo favorito?

—¿Grupo? —Se sorprende.

—Claro, grupo de música… déjame adivinar… ¡algún grupo de rock satánico!

—No considero que Beethoven o Mozart tengan nada de satánicos, aunque en una época dijeron que si escuchabas sus melodías al revés invocabas al diablo.

—¿Al diablo?

Asiente.

—No te rías porque da resultado. Aunque no recordaba haberlas escuchado nunca del revés. —Se acaricia la mandíbula, pensativo.

Lo miro intrigada.

—¿Por qué dices eso? No creerás en esas chorradas. —Frunzo el ceño.

—He de creer, pues tengo al mismísimo diablo delante de mis ojos.

—¡Oh!

Le doy en el brazo mientras me parto de la risa.

—A todo esto, si quería hablar de comida, ¿por qué me has preguntado sobre música?

—Madre mía —me cubro el rostro con las manos—, estaba pensando en sacar algún tema de conversación y se me han venido a la mente esos dos. Supongo que mi cerebro ha hecho un mix.

Él me sonríe y niega con la cabeza.

—Tu cerebro es la caja de Pandora.

—Pues ya que estamos, dime cuál es tu comida favorita ¡y ni se te ocurra decirme alguna de tus mierdas remilgadas!

—Me estás censurando —me reprocha de broma.

—No, en serio, no me salgas en plan huevas de caballa nórdica, dime algo factible.

Permanece pensativo.

—Tortilla de patatas con gazpacho.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que tu comida favorita son las patatas, cuando has estado en los mejores restaurantes del mundo?

—¡Oh, vamos, Alicia! Me has pedido algo que fuera factible —se queja.

Lo pienso durante un segundo.

—Venga, vale —admito a regañadientes.

—¿Y la tuya?

—Pues siento decirte que mi comida favorita no es tan vulgar como la tuya, querido.

Pone los ojos en blanco y hace un ademán con la mano a modo de invitación.

—Sorpréndeme.

—¡Huevas de caballa nórdica!

Suelta un bufido y los dos nos tronchamos de la risa.

—Eres demasiado tramposa —se queja entre risas.

—Y por eso te gusto, Lennox, admítelo.

—Y por eso vas a conseguir que pierda la puta cabeza.

Al cabo de un rato, me pregunta:

—¿Qué hay de tus relaciones?

—¿Mis relaciones? ¿A qué te refieres?

—Si eres de relaciones largas o cortas, si has estado con más chicos…, ya sabes.

Agudiz0 la mirada.

—¿Y por qué se supone que debería contestarte a eso?

—Porque luego yo respondería la misma pregunta y sé que te mueres por saberlo.

—¡Oh! ¡De eso nada!

—Ya lo creo que sí.

—¡Ya lo creo que no!

Me cruzo de brazos fingiendo indiferencia. Pero, entre tú y yo, vendería mi alma al diablo por saber su respuesta.

—¿Y qué pasó al final con aquellos del Ejército que os traicionaron? ¿Se hizo justicia?

Su expresión es de incredulidad absoluta por el drástico cambio de tema.

—Esa es información clasificada. No estoy autorizado para hablar de ello. Solo te diré que, si algo he aprendido en esta vida, es que la justicia no existe, Alicia, y mucho menos para los que ostentan el poder.

Sus ojos reflejan la rabia que siente todavía, así que me puedo hacer una idea de lo que pasó: Nada. Me siento un poco culpable por haber ensombrecido lo que hasta ahora eran risas y buen rollo.

—Aun así, deberías estar muy orgulloso. Cualquiera en tu lugar podría haberse callado en vez de enfrentarse contra el ejército y el gobierno, a riesgo de que nadie le creyese. Tú luchaste por lo que era justo.

—Pero no conseguí nada.

—Claro que sí. Conseguiste que todos tus compañeros no muriesen en vano. Aunque la resolución que os otorgó el sistema corrupto no fuese la esperada, tú lo intentaste. Hiciste cuanto estuvo en tu mano por sacar a la luz la verdad. ¡Por el amor de Dios! Sobreviviste solo en la selva para conseguirlo. El resultado no dependía de ti. Estoy segura que después de aquello cambiaron muchas cosas, aunque tú no fueras consciente.

Me mira lleno de algo que no sé descifrar. Eleva la mano que tiene casi pegada a mí la hace descender por mi brazo. Yo bajo la mirada para observar el recorrido que sigue su mano hasta que se detiene junto a la mía. Levanto la vista buscando en la suya una respuesta. Sus profundos ojos azules están fijos en los míos y siento como si el tiempo se hubiera detenido. Hay algo en su modo de mirarme que me dice que me desea.

—Es la primera vez que alguien me dice algo así —susurra.

—Quizá sea la primera vez que alguien se detiene a mirar más allá de la enorme coraza que llevas puesta siempre. —Tengo el corazón en la garganta.

Parece aturdido. Como si le costase pronunciar las palabras. De hecho, se muerde el labio inferior tratando de evitar que le salgan por los labios.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué?

—¿Por qué te has detenido a mirar más allá? —Por primera vez desde que le conozco parece… vulnerable.

Pienso en la respuesta. Todos deben de tratarle como alguien insensible. Alguien que no opina de nada. Solo ejecuta órdenes. Pero yo he descubierto al hombre que se esconde debajo de esos guantes blancos. Alguien protector, leal, honrado, noble, valiente y con un sentido del humor tan irónico e ingenioso que te hace sentir viva y feliz, aunque se esfuerce en ocultarlo. Y creo que ese hombre está empezando a gustarme demasiado.

—Yo… no sabría explicarlo.

—¿Y si pruebas a demostrármelo? —susurra.

Su mirada se oscurece. Busca mi mano y tira de ella hacia su cuerpo.

—Ven aquí.

No me resisto. Al contrario, me sitúo entre sus brazos y me acerca más a su cuerpo, con una mano al final de mi espalda y la otra sujetándome para que no pierda el equilibrio, pecho contra pecho. Parpadeo unas cuantas veces y le pongo tímidamente la mano libre en el hombro. Se aproxima hasta dejar sus labios demasiado cerca de los míos. El corazón me da un vuelco y siento cómo las mejillas me arden. Va a besarme.

De repente, un fuerte estruendo retumba a nuestro alrededor y la puerta de la cabaña se viene abajo y Drake gira la cabeza de golpe a un lado.

Suelto un grito aterrador.

—¡Quiubo! ¡Suban las manitas donde pueda verlas! —Cuatro individuos ataviados con pasamontañas y sin camisetas entran apuntándonos con metralletas.

Drake se pone en pie conmigo en brazos mientras me sitúa a su espalda con un ágil movimiento. Esto no puede ser verdad.

—No se haga el bravo, man —le advierte uno de ellos con un claro acento colombiano mientras nos apunta con su arma.

—Corre al baño cuando te lo diga —murmura Drake muy bajito.

Estoy en shock. Ni siquiera soy capaz de mover los labios para responderle, cuanto más para correr al baño.

Todo sucede demasiado rápido. Drake se abalanza sobre ellos al tiempo que grita «¡corre!». Escucho varios disparos demasiado cerca, pero no sé dónde terminan. Mi cerebro les ordena a mis piernas que me transporten hasta el baño, pero ellas solo se dedican a temblar.

Drake cae al suelo.

Y ahora sí soy capaz de correr, pero hacia él.

Capítulo 25

—Te dije que te escondieras en el baño —protesta Drake a mi espalda. Está muy enfadado—. La próxima vez que me juegue la vida por salvarte avísame de que no piensas obedecerme.

—¡Y tú avísame a mí de que vas a lanzarte contra cuatro metralletas! ¡Casi me da un infarto! —me quejo.

—¿Metralletas? ¡Son escopetas de perdigones! ¡Con eso no matarían ni a un pájaro, joder!

—¡Y yo qué sé!

Nos encontramos sentados en el suelo, atados de pies y manos. Las manos de uno con las del otro a nuestras espaldas. El miedo no me permite respirar. No tengo la menor idea de qué pretenden hacer con nosotros estos tíos. No son tan corpulentos como Drake, pero están en forma y son cuatro, además, con los pasamontañas no puedo saber qué edad tienen.

Uno de ellos se acerca a mí con lentitud. Pone cada uno de sus pies a un lado de los míos para tenerme entre sus piernas.

—¿Y eso? ¿Quién pidió pollo? —jadea de manera asquerosa.

—¡Vete a la mierda! —le grito.

—¿Por qué será esta mamacita tan valiosa? —se pregunta a sí mismo en un ronroneo que me revuelve el estómago—. Se ve que se toma la sopita.

Me retira un mechón de pelo con la punta de su escopeta. Se me escapa un sollozo, tiemblo y tengo que cerrar los ojos para no ponerme a llorar.

—¡No se te ocurra tocarla ni un pelo! —lo amenaza Drake con una voz que aparenta ser demasiado sosegada, pero con un tono tan violento que hasta a mí me daría pánico.

Él niega con la cabeza.

—Me hace el favor y le baja al tonito, bro. Parece que el sardino se ha enamorado de la vieja que no debía. —No puedo verle la cara, pero a juzgar por su tono, diría que está sonriendo —. Esta vaina se pone divertida.

Nos rodea para situarse frente a Drake, que era lo que él pretendía, que me dejara en paz a mí. Suena un golpe seco que siento en mi espalda. El mayordomo suelta un alarido. Ha debido de darle una patada en la herida del costado el muy...

—Hijo de puta —ruge Drake entre dientes muerto de dolor.

—¡Drake! —grito aterrada.

—Estoy bien —suspira como puede.

—¡Eh! ¡Vení pa´cá! —llama a los otros tres—: vengan a estuprar a la muñeca pa que al Romeo se le bajen los humos.

—¡Noooo! —ruge Drake, que se remueve en vano contra mi espalda.

No sé lo que significa eso, pero solo por el tono el pánico se apodera de mí. Las lágrimas recorren mis mejillas. Solo de pensarlo entro en shock.

El secuestrador vuelve a situarse frente a mí, suelta la escopeta en el suelo y esta vez me toca los pechos violentamente con sus manos asquerosas. Siento una arcada, pero me armo de valor para no vomitar. Bajo la mandíbula y consigo morderle el brazo con todas mis fuerzas.

—¡Perra bastarda! —grita—. Ustedes se van a enterar de quién manda aquí.

Comienza a desabrocharse los pantalones a toda prisa y a mí se me cae el alma a los pies. Este es el fin.

—¡Antonio! —lo recrimina uno de los que estaban fuera mientras entra—. ¿Qué mierda tú hace?

—Voy a poner a la hembra a chupar gladiolo —responde este.

—¡El jefe ha ordenado que no la lastimemos!

—¡Juemadre el jefe! ¡Voy a jalarme a esta fufa!

—¡Ni pu´el chiras! Indio patirrajao!

Ambos comienzan a forcejear y terminan a golpes. Cierro los ojos con fuerza y miro hacia el lado opuesto como si así evitara que alguna bala perdida me diese.

—Impúlsate con las piernas para poder girarnos y así te puedo cubrir con mi cuerpo —me ordena Drake, que trata en vano de movernos a ambos con su peso.

Entonces suena un disparo en el exterior. Este es diferente a los que había oído hasta ahora, es mucho más potente. Se me congela la sangre al escucharlo. No tardan en sonar otros dos disparos más y yo grito con todas mis ganas.

—Tranquilízate, Alicia —sisea Drake.

Un último disparo retumba en mis oídos. Ahora dentro de la cabaña. De pronto, siento cómo el cuerpo inerte del hombre que pretendía agredirme cae a mis pies llenando todo de sangre. Se me escapa otro grito desgarrador y mi corazón late tan rápido que creo que me voy a desmayar. Nunca he visto un muerto antes. ¡Por Dios!

Un hombre de unos sesenta años, canoso, con bigote y bajito aparece por la puerta de la cabaña alumbrado por un enorme foco como si fuese un ángel. Lleva un impoluto traje de chaqueta gris y me sonríe.

—Señor Maximiliano, hemos eliminado a los cuatro —informa un hombre enfundado en ropa negra de arriba abajo y también ataviado con un arma, aunque esta es más parecida a una pistola.

—¡Desátala de inmediato, Andrés!

El hombre de negro se acerca a mí con un enorme cuchillo que saca de su espalda. Ay,

Dios mío. ¿Y si se le va la pinza y me corta el cuello? Giro la cabeza para no mirar. Enseguida las cuerdas de mis pies y mis muñecas caen al suelo y él se marcha hacia el exterior.

—Perdone los modales de mis empleados, señorita Gragio —se disculpa el tal Maximiliano en un impecable castellano mientras me ofrece la mano para que me incorpore.

¿Gragio?

Ahora caigo en la cuenta: esos secuestradores querrían a la actriz para pedir un rescate millonario, pero ¿qué papel juega aquí el tal Maximiliano?

Dudo por un momento si coger su mano tendida o no porque estoy demasiado asustada y el cuerpo de un hombre muerto sigue tirado en el suelo junto a mí, sin embargo, algo en sus ojos de color café me indica que debo confiar en él.

—Puede llamarme Alexandra —le informo fingiendo ser ella al conseguir ponerme en pie frente a él con la soberbia que caracteriza a la Gragio.

Drake suelta un bufido. Sabe, al igual que yo, que esto va a salir fatal, pero tengo q intentarlo. No me queda otra.

—Llevo mucho tiempo buscándola, querida. —Besa el dorso de mi mano con delicadeza.

—¿Qué?

—No le hagas caso —ruge Drake, que continúa atado en el suelo.

Maximiliano clava la mirada en Drake y ladea la cabeza, intrigado.

—Interesante —comenta pensativo.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunto al mayordomo al borde de un ataque de pánico —. ¿Os conocéis?

—No conozco de nada a este caballero, señorita Gragio. Y acaba de desvelar que habla español. No debería haberlo hecho bajo ningún concepto.

¡Mierda!

Su tono ahora es rígido, distante y frío, como el día en que lo conocí. ¿Eso significa que quiere que siga fingiendo o que no? Da igual lo que quiera, es la única salida que tenemos.

—Lennox, creo que soy lo bastante mayorcita como para saber en quién puedo confiar y en quién no. Resulta obvio que Maximiliano me ha salvado la vida. ¿No crees que sea una hazaña digna de mi confianza?

Maximiliano me sonríe y le guiño un ojo. Le cojo del brazo para no caerme por la impresión y el miedo que siento, aunque disimulo que es por coquetería.

—Sácame de aquí, querido. Estoy harta de tanto verde —le pido con el tono más frío que soy capaz de articular.

Él amplía su sonrisa mientras posa su mano sobre la mía.

—Darío —llama a uno de los hombres que están fuera—, libera al mayordomo.

Miro a Drake de reojo y veo que sus ojos refulgen enrojecidos de ira.

—No. Déjalo ahí un rato más, a ver si así aprende a respetarme.

Capítulo 26

Creo que he dormido más de mil horas y me he despertado porque me llamaron para cenar, si no, estoy segura de que seguiría durmiendo. Por lo visto, echaba de menos un colchón en condiciones y unas sábanas con olor a suavizante.

No he visto a Drake desde ayer, cuando lo dejamos atado en plena noche en la cabaña, pero sé que se encuentra en algún lugar de la casa porque pregunté varias veces por él y me informaron de que estaba descansando en su habitación, pues tenía la herida del costado infectada y le habían tenido que hacer una cura en condiciones. Por supuesto, mi ego de doctora no se ha visto afectado en absoluto.

Llamadme loca, pero tengo la sensación de que están tratando de mantenernos alejados, ya que, en cuanto ayer apareció Maximiliano en la cabaña, nos trasladaron a cada uno en un jeep diferente hasta un claro en medio de la selva donde nos esperaba un jet privado. Una vez allí, supongo que al mayordomo lo meterían en la parte trasera del avión con los demás empleados, pues no me permitieron verlo. Me moría por estar con él, no obstante, tenía que disimular y tampoco se me ocurrió ninguna excusa por la que Alexandra tuviera tantas ganas de ver a su mayordomo.

Mientras me estoy preparando en la habitación para la cena, cada detalle parece importarme más de lo habitual: el perfume, el peinado, la ropa. Todo lo elijo meticulosamente con la esperanza de estar impecable en el momento de volver a ver a ese maldito robot del demonio. En realidad, es una auténtica chorrada pensar que le va a importar lo más mínimo lo que lleve puesto. Estoy segura de que mirará más cualquier pedazo de carne que haya en el plato que a mí.

Aunque, a pesar de mis pensamientos derrotistas, no pierdo la esperanza, después de darme un relajante baño de tres horas, peinarme, maquillarme y vestirme con un mini vestido rojo y unas cuñas plateadas a juego con nada, por supuesto todo proporcionado por la inconmensurable generosidad de Maximiliano, bajo la escalinata de su descomunal mansión para reunirme con él, que me espera engalanado en el salón. Nada más verme, una sonrisa enorme invade su rostro. Supongo que se encuentra maravillado porque la gran Alexandra Gragio esté dispuesta a cenar a solas con él.

Cenamos los dos en el porche frente a la playa viendo atardecer. Me informa de que nos encontramos en la isla Coralina, una de las islas del Rosario. Es un lugar mágico con arenas blancas, aguas cristalinas y un paisaje virgen que parece haber salido de un sueño. Esto es espectacular. Casi puedo introducir los pies en el mar Caribe desde la mesa.

También descubro que Maximiliano está locamente enamorado de Alexandra, más que nada porque lo expresa sin ningún pudor y me pide que le llame Max con una voz melosa. En ese preciso momento no sé dónde meterme, pero me armo de valor e imagino que soy una actriz arrogante. Creo que salgo muy bien del paso contestando con una sonrisa coqueta y un «como

todos, querido» que él se toma demasiado bien. O eso espero.

Devoro toda la exquisita comida que hay en la mesa como si fuera un oso antes de meterse en su cueva para hibernar y eso incluye probar la *chicha*, una bebida típica colombiana. Más que probarla, yo diría que he acabado con todas las reservas del país y creo que es la causante de que ahora mismo Maximiliano me esté pareciendo hasta atractivo.

Mi mente traicionera se sumerge en mis recuerdos tórridos con Drake y la expectativa de lo que está por venir aumenta por momentos. Quiero verlo. Ya. Tengo mucho calor. El sudor perla mi frente y lo seco de forma discreta con la servilleta de tela verde que descansa sobre mis muslos. Cada segundo se me antoja eterno. Quiero ir a buscarlo, no me siento a salvo sin él.

—¿Está acalorada, Alexandra? —me pregunta mi acompañante en un tono seductor.

—Un poco. Creo es por la humedad. Debería irme a dormir. Ha sido un día muy largo.

—¡Oh! Vamos, si lleva todo el día durmiendo. Quédese conmigo un ratito más. —Su sonrisa no me gusta demasiado. Me recuerda a la del malo de los cuentos.

Trato de ignorarlo, pero al levantarme de la silla todo da vueltas a mi alrededor. Me mareo. Me tambaleo de un lado a otro. Pierdo el equilibrio hasta el punto de caerme, aunque él se apresura a sujetarme por la cintura en el último momento. Como si lo estuviera esperando.

—Creo que ha bebido demasiado, señorita Gragio, permítame acompañarla a su habitación —susurra en mi oído.

Este mareo no es de haber bebido demasiado. Es muy diferente. Veo borroso. Siento que no tengo el control sobre mis actos. Tengo calor. ¿Alguien ha encendido la calefacción?

Maximiliano me abraza. No entiendo el motivo. No soy capaz de apartarlo de mí. Las señales que envío al cerebro no son eficaces. Es como si no pudiera moverme. El calor me asfixia. Quiero apartarme, pero me resulta imposible.

—¡Suéltala ahora mismo!

La voz de Drake a mi espalda consigue espabilarme un poco, aunque no demasiado, pues no soy capaz ni de sonreír.

«Por fin has venido», pienso.

—No te metas donde no te llaman o me veré obligado a hablar con tu jefe, Lennox.

—Puedes llamarle ahora mismo. Estará encantado de saber que has drogado a su prometida para abusar de ella —ruge lleno de ira.

«¿Drogado? ¿Abusar?».

—¿Prometida? —repite Maximiliano incrédulo.

Siento que unos brazos enormes me levantan del suelo. Reconozco su olor y su tacto enseguida y me acurruco en su pecho. Estoy a salvo. Ya no siento miedo.

—No pensé que fueras capaz de caer tan bajo. Me habían hablado bastante mal de ti, pero me negaba a creer que alguien de tu posición se dedicase a semejantes mierdas. —Siento cómo vibra el pecho del mayordomo en mi oído al hablar con un tono cargado de furia.

—Vamos, Lennox, no te enfades. Solo ha sido una pequeña broma. No iba a hacerle nada.

—¡No te atrevas a tomarme por tonto! —ruge—. Me has tenido encerrado para que no pudiera venir a interrumpir. Me has subestimado.

Escucho un bufido.

—No estabas encerrado, hombre. Lucía cuidaba de tus heridas. Me dijo que ayer tuviste mucha fiebre y estaba preocupada.

—Lucía quería hacer otras cosas aparte de cuidarme, doy por hecho que cumplía órdenes, pero te ha salido mal la jugada.

Siento cómo los celos me arañan las entrañas. Maldita Lucía.

—Habrá sido un malentendido —insiste el magnate.

—Espero que la policía opine lo mismo cuando lo denuncie.

—Nadie va a denunciar a nadie. No querrás que lleguemos a tal extremo, ¿me equivoco, amigo? Te recuerdo que eres un invitado en mi casa, que nadie sabe que estáis aquí y que en Colombia desaparece gente muy a menudo. Sería una lástima que el cine perdiese a una actriz tan prometedora como Alexandra por una insignificancia como esta.

—¿Me estás amenazando?

Siento que sus músculos se tensan y escucho el fuerte palpitar de su corazón en mi oído.

—No es mi intención. Como tampoco es la tuya denunciarme a la policía. Por lo tanto, te aconsejo que lleves a la señorita Gragio a su cuarto para que descanse, ya que se siente indispuesta al haber bebido demasiado. —Hace una pausa en la que supongo se estarán retando con la mirada uno al otro—. Mañana saldrá vuestro avión con destino a Madrid.

—Esto no va a quedar así, maldito hijo de puta.

—Te sugiero que sí.

Drake suelta un gruñido y se marcha conmigo en sus brazos.

Capítulo 27

Me despierto sobresaltada en medio de la noche. No sé dónde estoy, solo sé que me encuentro sobre una cama enorme que huele a suavizante. Salgo de entre las sábanas a toda prisa, pero me mareo y me veo obligada a tomar asiento de nuevo. No siento frío al posar mis pies descalzos sobre el suelo de madera, pues aún está cálido debido al calor del día.

La cara de Maximiliano mirándome como un pervertido aparece en mi memoria de repente y por un momento me aterra la idea de que me haya podido hacer algo, pero enseguida el rostro de Drake interrumpe el horrible pensamiento y me tranquilizo al recordar que apareció en el momento justo. Dios, no quiero ni pensar lo que me podrían haber hecho ese desgraciado de no haber llegado Drake a tiempo.

Por cierto, ¿dónde estará?

Me levanto esta vez más despacio. Lo busco por todas partes, pero no hay señales de él. Supongo que habrá sido él quien me haya metido en la cama tal cual estaba porque aún llevo puesto el vestido rojo.

Miro a mi alrededor algo asustada. Me encuentro en una especie de casita de playa. Todo está decorado en tonos menta y blanco. Los muebles son de madera. Colgada en la pared más grande, una tabla de surf decora el pequeño salón. Un sofá de cuero blanco y una alfombra estampada rematan el ambiente. Algunas luces led en cascada cuelgan del techo y te invitan a ser feliz.

Por la ventana abierta que tengo en frente se pueden contemplar la luna y las estrellas. El sonido del mar demasiado cerca me insta a dirigirme hacia la puerta. Abro y me quedo boquiabierta: las olas rompen contra los dos escalones que dan a la playa.

—¿Drake? —lo llamo.

Ya casi no estoy mareada, pero sigo sintiendo mucho calor… entre mis piernas. Estoy excitadísima.

Diviso una figura a lo lejos. Es él. Lo reconocería entre un millón de hombres. Está sentado sobre una roca frente al mar. Bajo los escalones a toda prisa y meto los pies en el agua, que no me cubre ni los tobillos.

Mientras camino a toda prisa me doy cuenta de que soy una maraña de sentimientos encontrados. Por un lado, estoy contenta de volver a verlo, pero por el otro, me mata la incertidumbre por saber cómo reaccionará ante nuestro encuentro. La anticipación y los nervios se mezclan en un cosquilleo en mi estómago, no sé si en forma de mariposas o rinocerontes.

La emoción aumenta a medida que me acerco. Siento un nudo en la garganta. El pulso se me acelera a cada paso. Y cuando solo nos separan unos metros, como buen depredador que es,

me descubre.

Mi corazón da un vuelco en cuanto nuestros ojos se encuentran y en ese preciso instante el mundo parece detenerse. Una sonrisa brota en mi rostro sin quererlo. Sé que la suya refleja lo mismo. El deseo de correr hacia él es abrumador, pero me obligo a no hacerlo. Prolongo el momento para no parecer una mujer desesperada, sin embargo, lo que consigo es que la emoción se intensifique.

Él se levanta de su asiento improvisado con movimientos felinos para venir hacia mí. Nos acercamos muy despacio hasta que nos detenemos uno frente al otro. La brisa marina acaricia mi pelo que ondea al viento. El olor a salitre invade el ambiente y las estrellas parecen brillar más que nunca sobre nosotros.

—Alicia —susurra a modo de secreto.

Dios, no puede estar más guapo. Miro su rostro con disimulo deteniéndome en cada detalle. Hay cambios sutiles que se convierten en señales de un viaje que ambos hemos recorrido en ausencia del otro: su sonrisa es más cálida; la luz de la luna juega con su cabello limpio y sedoso; lleva unos vaqueros, una camiseta de manga corta de color azul celeste y unas deportivas blancas; además, su increíble mirada índigo expresa algo... distinto.

—Drake, yo…

Con suma delicadeza posa uno de sus dedos sobre mis labios para que me calle.

—Estás preciosa —musita.

Me pongo muy nerviosa. Mucho más de lo que me esperaba.

—Déjame hablar, por favor —le pido—. Quiero decirte que siento haberte dejado en la cabaña. Tenías razón. No debo separarme de ti.

Detecto auténtica sorpresa en sus ojos, y también cierto brillo divertido, entonces susurra:

—Te perdono.

Al mirarle a los ojos me doy cuenta de que me está tomando el pelo una vez más para destensar la situación y con ese gesto me provoca una fuerte sacudida de calidez.

No aguanto más y me lanzo contra su pecho. Lo abrazo con todas las ganas del mundo y él no tarda en envolverme entre sus brazos. Sentir su calor es un bálsamo para el alma.

—Te he echado de menos —confieso.

—Y yo a ti, Cenicienta. Me he vuelto loco buscándote.

Nos aferramos uno al otro como si tratáramos de fusionarnos para no separarnos más. La incandescencia de su abrazo y su inconfundible aroma desencadenan un torrente de emociones que me abruman. Como si nos confesáramos sin palabras lo importante que somos el uno para el otro. Como si dos piezas de un rompecabezas encajaran al fin.

El tiempo parece detenerse mientras nos sumergimos en los ojos del otro, completamente cautivados. La conexión es profunda y la atracción es más fuerte que nunca. La conmoción al tenerlo tan cerca es casi abrumadora, como si estuviera flotando en una burbuja de felicidad. Como si el tiempo se hubiera detenido y solo existiéramos él y yo en este lugar paradisíaco.

—Drake, siento fuego —le confieso enajenada por la brutal atracción que profeso por él mientras me aparto un poco—: Esto no me había pasado nunca. Necesito que… me beses… o algo. Lo que sea. Da igual.

Él se ríe mientras me dedica una mirada cargada de remordimiento.

—Es normal, te han suministrado escopolamina y flibanserina.

—¿Qué es eso?

—Una droga para inhibir tu voluntad y otra para estimular la libido femenina.

—Ay, Dios. ¿Burundanga y afrodisiaco? —Me cubro la boca con las manos.

Me coge por los hombros para que lo mire a los ojos.

—No te asustes. En unas horas se te habrá pasado por completo. Ya estás mucho mejor de la escopolamina. La flibanserina tardará más tiempo en desaparecer de tu organismo —me explica.

—¿Más tiempo? Pero ¡no puedo estar así más tiempo! —exclamo.

—Créeme, Alicia, lo peor ya ha pasado. Comparado con lo que te podría haber sucedido… —Se obliga a detenerse y aprieta la mandíbula—: No es para tanto. Intenta calmarte.

—¿Qué no es para tanto? ¡Daría lo que fuera porque me follases aquí mismo, Drake!

Se le oscurecen las pupilas y traga saliva con dificultad.

—Pues eso no va a ocurrir —gruñe.

—¡Ya lo sé! Me lo dejaste bien claro. No hace falta que me lo repitas. Pero siento que no puedo contenerme. Quiero estar cerca de ti, que me toques y…

—Hagamos algo —me interrumpe tratando de no reírse—, tengo que contarte un par de cosas muy importantes. Estoy seguro de que al saberlas se te pasarán las ganas que me tienes.

«Nunca se me pasarán las ganas que te tengo», protesto.

—¿A qué te refieres?

—Ven. —Me ofrece su mano y la acepto.

Nos subimos a la roca donde estaba él hasta que me ha visto aparecer. Se trata de una piedra enorme que entra en el mar y contra la que rompen las olas. Una especie de mini acantilado.

Al sentarse hace una mueca de dolor.

—¿Cómo estás? —le pregunto preocupada—. Creo recordar que Maximiliano ha dicho antes que has tenido fiebre. ¿Tienes la herida infectada?

La memoria aún me juega malas pasadas y no sé si lo he soñado o esa conversación ha sido real.

—Ahora estoy bien. No te preocupes.

—¿Qué te han hecho?

—Estoy bien, Alicia.

Con esta frase me deja claro que no va a hablar más del asunto.

No puedo evitar que mis ojos se desvíen a su entrepierna. Esa camiseta le marca los músculos de sus brazos de una manera que es una descomunal tentación para mí en este momento. Mi imaginación vuela hasta el momento en que tuvimos sexo en la cabaña, vislumbro su torso desnudo, su espalda en tensión al empujar, sus brazos… ¡Tengo que pensar en otra cosa, joder!

—Te queda muy bien la ropa de humano. Pareces veinte años más joven —bromeo.

Él se ríe.

—Vaya. Un cumplido. ¿Eso también se debe a la droga? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No quieras saberlo. —Cubro mi rostro con las manos muerta de la vergüenza.

—Claro que quiero saberlo. ¿Te parezco atractivo?

—¡No pienso contestarte a eso! Solo estoy cachonda. ¡No me han suministrado el suero de la verdad!

Él suelta una carcajada. Una carcajada. Él. La segunda desde que lo conozco. Al final me voy a volver adicta.

Lo contemplo embelesada tratando de grabar este instante en mi memoria para siempre. Es lo más bello que he presenciado jamás. El sonido de su risa es como música celestial para mis oídos. Estoy fatal. Lo sé.

—Bueno y ahora que ya no me queda ni un resquicio de dignidad, dime ¿qué querías contarme? —Cambio de tema.

—Conozco a Maximiliano —suelta mientras se obliga a ponerse serio de nuevo—, en la cabaña te mentí para que no te asustaras más de lo que estabas.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De qué lo conoces?

—Tengo que atar un par de cabos sueltos en cuanto llegue a Madrid y pueda hablar con Geller, pero estoy casi seguro de que él orquestó tu secuestro.

—Querrás decir *nuestro* secuestro —lo corrijo.

—Nadie contaba con que me salvaras la vida, Alicia.

Un fuerte escalofrío recorre mi cuerpo por completo.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Eso es lo que tengo que investigar. No estoy seguro de que Maximiliano haya movilizado todo esto solo para violar a Alexandra. Sería un psicópata de órdago.

Cada vez que pienso en lo que me podría haber hecho, me entran escalofríos y se me encoje el cuerpo.

—¿Entonces? ¿Es verdad que Alexandra está prometida con Geller?

—No. Eso es lo que él pretende, pero ella siempre se ha negado.

Por lo tanto, no puede ser un ajuste de cuentas entre magnates porque Maximiliano no tenía ni idea de que estaban prometidos.

—Pues no entiendo nada. Si Maximiliano no ha secuestrado a Alexandra como fetiche ni como venganza…

—Es que no ha secuestrado a Alexandra —me interrumpe—. Te quería a ti.

Un escalofrío me recorre la columna.

—¿Qué?

—Lo supe en cuanto dijo que llevaba mucho tiempo buscándote.

—¿Qué es lo que supiste, Drake? Me estás asustando.

—¿Recuerdas la promesa que le hice al capitán Gragio antes de morir?

—Encontrar a su hija —respondo.

Asiente mientras me mira de una forma muy rara.

—Esa hija eras tú.

Capítulo 28

En cuestión de un instante un ciclón de emociones me arrasa con tanta fuerza que lo único que logro hacer es mantenerme en pie. Después me vuelvo loca. Lo admito. Corro por la orilla. Me siento en la arena. Lloro. Grito. Me revuelvo el pelo. Me muerdo las uñas. Vuelvo a llorar. Le pego puñetazos en el pecho a Drake mientras trata en vano de detenerme…

—Alicia, intenta calmarte.

—¿Que me calme? Acabas de decirme que toda mi vida es una mentira ¿¡y quieres que me calme!? —Hago aspavientos con las manos, exasperada.

No encuentro la manera de liberar todo cuanto crece en mi interior. Y lo peor es que no sé si es rabia, tristeza, orgullo, soledad, confusión, desesperación, miedo, agitación... Es tal el nivel de ansiedad que me invade que casi pierdo el corazón por la velocidad de sus latidos. Son tantísimas las emociones que se precipitan sobre mí que no sé ni cómo reaccionar ante ellas. Veo pasar ante mis ojos todas y cada una de las escenas junto a mis padres y me niego a aceptar que hayan sido una mentira. Estoy sobrepasada.

Entonces, Drake hace lo único que podría hacer para atraer mi atención: besarme.

En cuanto sus labios entran en contacto con los míos es como si de repente todo lo que no sean sus labios me importase un bledo. Mi ser se concentra en el beso y se aferra a él como si fuese la última oportunidad de salvar mi vida. Cuando estoy deleitándome en la delicia de sus labios carnosos, de repente se aparta de mí como si le estuviese infligiendo un daño atroz.

—Mierda —gruñe para sí apartando la mirada a un lado.

—¿¡Pero a ti qué coño te pasa!? —Lo empujo con fuerza, aunque ni se inmuta.

Sus ojos azul intenso brillan perversos al volver a mí y tiene la boca retorcida en esa mueca culpable que siempre me advierte de que se trae algo entre manos. Está jodidamente irresistible al hacerlo, como siempre, no es ninguna novedad. Pasea la vista por mi cuerpo cargada de remordimientos. Me enciendo más aún. Pero decide cambiar de idea y niega con la cabeza como si tratase de centrarse. Juraría que está debatiendo consigo mismo si lanzarse conmigo a la arena o interponer distancia entre nosotros para siempre.

—Lo siento… Joder. No debí hacer… eso. —Noto la rabia en su voz. Se lleva el puño cerrado con fuerza a la boca y se muerde el nudillo.

No sé qué le pasa, parece un animal aterrado al que están acorralando. Doy un paso hacia él para comprobar qué tiene, y retrocede. Magnífico. Se le ha ido la pinza. Justo en el mejor momento. La mirada salvaje en sus ojos y las pupilas dilatadas me dicen que no me acerque de nuevo o me arrepentiré.

Clavo una mirada acusatoria en él. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Mi relación. Mi familia. Mi trabajo… Mi vida entera se ha derrumbado. Acabas de contarme que todo ha sido una mentira y, encima, en lo único que puedo apoyarme, que eres tú, por si no los sabías, ¡también es falso!

—No es falso… —se detiene en seco.

Estoy metida en un lío. Y no un lío cualquiera. Un lío de la hostia. Y no tengo adónde huir. Ni en quién confiar. No puedo más. Resulta agotador.

Me dejo caer sobre la arena y al sentarme con las piernas abiertas se me ven las bragas, pero me da igual. Él ya lo ha visto todo.

—No seas tan dura contigo misma. No tiene por qué ser así —dice a mi espalda.

—¡Ah! ¿No? ¿Y qué sugieres? ¿Que siga con mi vida como si nada? ¡No puedo! ¡Yo no soy un androide sin sentimientos! ¡Tengo un millón de preguntas que necesitan respuestas! —exclamo con la mirada fija en el suave vaivén de las olas mientras atrapo la arena entre los puños apretados.

Drake deja escapar un suspiro y toma asiento a mi lado con las piernas flexionadas, rodea sus rodillas con los brazos en una pose de modelo de revista desenfadado y me mira. Mierda. No es justo que sea tan guapo.

—Prueba con esas preguntas, quizá pueda ayudarte con alguna. —Su tono denota sumisión.

Lo miro indecisa. Lo único que quiero es besarle de nuevo, pero mucho me temo que tendré que conformarme con las respuestas a mis preguntas. ¿Puedo fiarme de él?

—¿Sabías quién era desde el principio? —disparo.

—Sí. En cuanto te vi en la oficina lo supe. Eres igual que ella.

—¡Sí, claro! —ironizo. Si fuera como ella me hubiera ido mejor en la vida.

—Conozco a Alexandra cuando no lleva encima kilos de marketing y te aseguro que eres igual que ella —confirma.

Con marketing supongo que se refiere a joyas, maquillaje y ropa de lujo. Eso me lleva a morirme de celos y hacer la siguiente pregunta:

—¿Te has acostado con ella?

—No.

—Pero ¿lo has intentado?

—No.

—¿Y ella?

Su silencio responde por él.

—Vaya. ¡Así que le has dado calabazas a mi hermanita! Me hubiera gustado ver eso —bromeo.

Tuerce el gesto.

—Si ese es el tipo de preguntas que vas a hacerme, esta conversación ha llegado a su fin —gruñe molesto.

Hace el ademán de levantarse, pero poso la mano en su antebrazo para que no lo haga.

—Desde que se lo prometiste al capitán han pasado demasiados años ¿no crees?

Ahora sí permanece en su sitio.

—Exactamente han pasado dieciocho años. Tú tenías once cuando él murió. Cumplirás los treinta en menos de dos meses, si no me equivoco.

—Sí.

Me sorprende que sepa eso también.

—¿Por qué no me buscaste antes? —insisto.

—Yo no estaba bien. No sabía ni quién era. Estuve perdido durante mucho tiempo. Problemas familiares. Miles de juicios. El Ejército y el Gobierno extorsionándome... Luego me fui a Londres. Además, no sabía ni por dónde empezar a buscarte. Él no me dio demasiados datos, solo tu nombre y el de tu madre, pero ni siquiera tenías su apellido. A lo largo de los años perdí la esperanza de dar contigo. Después conocí a Geller y gracias a su ayuda y sus medios económicos pude retomar la búsqueda con la excusa de encontrar una doble para Alexandra. El destino se encargó del resto.

—Entonces ¿soy el error de una noche loca de mis padres? ¿Nadie más sabía que el capitán Gragio había estado con mi madre?

Me mira intentando descifrar en mis ojos si la respuesta me dolerá o no.

—Por lo que Marco me contó antes de morir, que no fue mucho, estaba casado con la madre de Alexandra.

—Se llamaba Marco —musito pensativa.

Que mi madre, con lo estricta y estirada que es, con la de charlas sobre la lealtad y fidelidad que me ha dado durante toda la vida, haya podido ser la amante de alguien lo asimilaré en otro momento. Es demasiado ahora mismo para mi cordura.

—Así que mi verdadero padre nunca tuvo intención de conocerme. Lo que ocurrió es que en su lecho de muerte le atormentó la mala conciencia y quiso redimir sus pecados. Qué tierno todo ¿no? —me mortifico para disimular el dolor que siento en el pecho.

—Estás equivocada. Fue ella quien no le permitió conocerte.

¿¡Cómo!?

—¿Mi madre?

Drake asiente.

—Tu padre se lo pidió en reiteradas ocasiones. Quiso reconocerte como hija, pero ella no se lo permitió.

Me sujeto la cabeza entre las manos para asimilar tanta información. No puede ser posible. No puedo creerlo.

Drake suelta un suspiro y posa la mano en mi espalda mientras me observa con cautela. Su calor me reconforta.

—Alicia, no conoces las circunstancias en las que ocurrieron los hechos. Deberías hablar con ella antes de sacar tus propias conclusiones. Seguramente sea mucho más complicado de lo que imaginas —me aconseja en un tono cariñoso.

—Ni siquiera estoy segura de querer hablar con ella nunca más. Me ha estado mintiendo durante toda la vida. Ella y mi padre que ya no lo es. ¿Por qué no iban a seguir haciéndolo? Ya no me fio de nadie.

—Puede que no quisieran una vida como la de Alexandra para ti —conjetura.

—¿Y no podrían haber pensado que una hermana no tiene por qué ser como la otra? De hecho, aparte de las Kardashian, ¿a cuántas hermanas conoces que se dediquen a lo mismo? ¡Es ridículo! —Gesticulo con las manos.

—Créeme, si el capitán te hubiese reconocido como hija legítima hubieras sido bastante más parecida a Alex de lo que a tu madre le hubiera gustado.

Retira la mano de mi espalda al comprobar que estoy más tranquila.

—¿Por qué?

—Porque desciendes de una familia adinerada —me explica—. Muy adinerada.

—Vaya. Debe de ser la primera vez en la Historia en la que una madre lucha por el no reconocimiento de su hija —ironizo.

—Puede.

Suelto un bufido de incredulidad.

—¿No tiene guasa? Toda mi vida adulta trabajando en tres sitios a la vez porque no llegaba a fin de mes y ahora resulta que mi padre era rico ¡y mi hermana la mismísima Alexandra Gragio! —No sé si hablo para mí, para él o para nadie en particular.

—¿Tienes problemas económicos?

—¡Oh, vamos, Lennox! No te hagas el tonto. Lo sabes de sobra. Ahora entiendo por qué me ofreciste tal cantidad de dinero para trabajar contigo. Sabías que no podía negarme.

Ya empiezan a encajar las piezas.

—No estés tan segura. Aún queda lo otro que he de contarte…

—No había ni una sola foto de mi padre conmigo cuando era bebé. Todas son a partir de los tres años. Pensé que era porque él fue quien las hizo siempre —lo interrumpo. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Voy a tener que anotar todas las preguntas que se amontonan en mi cabeza para que no se me olvide ninguna... ¡Y mi madre! ¡Se va a cagar cuando la pille!

Todo cuanto estoy soltando es un conjunto de reflexiones que salen por mi boca sin orden ni filtro. Pero es que no puedo pensar ahora mismo con claridad. Soy un millón de

especulaciones sin sentido.

Permanecemos un buen rato en silencio escuchando el tenue sonido de las olas y mirando las estrellas al fondo. Me obligo a respirar con calma porque, de lo contrario, podría darme una crisis de ansiedad y entonces estaré perdida.

—Siempre me he sentido sola —le confieso al cabo de un rato. Drake me contempla sin decir nada—. No me refiero a estar sola. Me gusta estar sola porque así tengo tiempo para leer. Me refiero a sentirme sola, incluso cuando estoy rodeada de gente —le explico.

—Sé a lo que te refieres.

—¿Te ha pasado?

—Me pasa continuamente —admite.

—¿Conmigo también? —No he podido evitarlo, me ha salido la pregunta sin quererlo, precisamente porque a mí con él no me ocurre. Es la única persona con la que siento que puedo ser yo de verdad.

Desvía la mirada y eso me hace obtener la respuesta: conmigo también. Una prueba más de que no soy especial para nadie.

—Estábamos hablando de ti. Dime ¿cómo te sientes exactamente?

—Nunca me he sentido integrada. Como si no encajase en ninguna parte. Y ahora creo que entiendo el motivo. El problema no era yo. El problema era que no estaba en el lugar adecuado.

—Te equivocas.

—¿Por qué?

—Si algo he aprendido en la vida es que siempre estamos en el lugar adecuado. Todo lo que está destinado para ti llegará a su debido momento. Si no lo tienes antes es porque primero debes aprender algo. Porque no estabas preparada.

—¿Tú crees en esas cosas? —me sorprendo.

—Antes no. Ahora sí.

—¿Antes de qué? —pregunto intrigada.

«Antes de ti» resuena en mi cabeza.

Me atraviesa con una mirada intensa, y justo cuando sus labios se separan para hablar se detiene.

—Lo sabrás a su debido momento —termina diciendo.

Estoy más que segura de que no iba a soltar semejante estupidez, pero ya nunca lo sabremos, pues, para variar, ha cambiado de idea en el último momento.

—¿Siempre dices lo contrario de lo que piensas? —protesto.

No añade nada más, pero veo que se tensa.

Pasan pocos minutos antes de que vuelva a tomar la palabra. Si permanezco en silencio las voces de mi mente me torturan con crueles conjeturas sobre abandono y rechazo.

—¿Y Gerardo? ¿Sabe algo de todo esto? —investigo.

Lo miro con obstinación y elevo una ceja esperando su respuesta.

—No lo veo probable. A no ser que tus padres se lo hayan contado. Cosa que dudo. No tendrían motivos.

—Pues yo intuyo que lo sabe.

—¿Por qué? —inquiere.

—Porque estaba demasiado emocionado cuando me ofreciste el trabajo. Ese ya se veía siendo millonario. —Me encojo de hombros.

—Alicia, no hay ninguna razón por la que Gerardo me haya podido relacionar con el capitán Gragio. Solo lo sabemos tus padres y yo. Puede haber muchos otros motivos por los que tu prometido quisiera que aceptases el empleo.

—Ex.

—Ex ¿qué? —Parpadea confundido.

—Mi ex prometido. Ya no pienso casarme con él.

Sus ojos brillan. Lo sé. Lo veo. Lo siento en mi interior. No puede ocultarlo, por mucho que se apresure a mirar al horizonte para que no lo descubra.

No entiendo el motivo, pero toda esta locura ha ayudado a sacarme de dudas: no quiero casarme, nunca he querido, y mucho menos con Gerardo.

No espero que lo mío con Drake salga adelante, teniendo en cuenta que no hay nada entre nosotros, más allá de puro deseo sexual (por su parte, por la mía hay mucho más que eso), pero ahora sé que se pueden sentir miles de mariposas revolotear en tu estómago con un simple beso y quiero esas mariposas para mí. Todas.

—No debes tomar una decisión tan importante en una situación como esta. Has tenido demasiadas emociones en muy poco tiempo. Es normal que estés conmocionada. Cuando llegues a Madrid tendrás tiempo de reflexionar con tranquilidad —me aconseja con calma, sin apartar los ojos del infinito.

Cierro los ojos. Tomo aire hasta que se llenan mis pulmones. Degusto cómo la brisa marina acaricia mi rostro. Vuelvo a abrirlos. Las estrellas titilan en el cielo como destellos mágicos que me intentan decir algo. La playa, envuelta en oscuridad, se convierte en un refugio, un rincón secreto donde los susurros del mar parecen tejer nuestra complicidad. Quizá no vuelva a verlo cuando volvamos. Y entonces lo sé: tengo que decírselo.

—Drake —musito sin atreverme a mirarlo.

La frescura de la arena bajo mis dedos y el murmullo suave del océano crean un escenario perfecto para la confesión que tanto tiempo he ocultado. A mi lado, sus ojos reflejan la luz plateada de la luna que acaricia las olas. Compartimos en silencio este momento único, sin imaginar lo que está por venir, o quizá sí. Si es experto en lenguaje corporal sabrá que estoy loca por él desde el primer minuto.

—Dime, Alicia.

Un par de olas rompen de pronto con violencia, como el fiel reflejo de las emociones que bullen en mi pecho. Ambos nos miramos por fin. Siento cómo me estremezco. Si doy el paso nada volverá a ser como antes.

En un rincón de una playa caribeña esta noche se volverá eterna, como si el universo hubiera conspirado para que este instante se grabara en nuestras memorias como un recuerdo indeleble para siempre. Las palabras sobran. El lenguaje de la mirada habla más fuerte que cualquier confesión, pero, aun así, me armo de valor para confesar:

—Si de algo me he dado cuenta aquí es de que no siento lo que tenía que sentir por Gerardo. —¡Dios mío! Noto cómo se encienden mis mejillas.

—Está bien.

Vuelve a mirar al infinito como si nada y ese gesto enciende mi ira como la corta mecha de una bomba.

—¿¡¡¡Qué!!!? ¿Que está bien? ¿Eso es todo cuanto tienes que aportar a la causa? —exclamo al tiempo que me pongo en pie indignada haciendo violentos aspavientos con las manos. —¡Maldigo el día en que te conocí, puto robot!

—Pero ¿qué he hecho mal ahora? —protesta mientras se levanta del suelo también.

—¡Te estoy diciendo que siento algo por ti! ¿Y lo único que respondes es que *está bien*? —pronuncio estas dos palabras imitando a una máquina.

Parpadea un par de veces sin dar crédito a lo que digo.

Caigo en la cuenta de que mi actitud solo me hace parecer más patética, y ya he hecho bastante el ridículo en los últimos minutos para el resto de mi vida, así que me doy la vuelta y me dirijo con paso firme a la casita donde me he despertado antes para ver si puedo tele-transportarme a otra galaxia.

Enseguida siento que su mano me rodea la muñeca y da un tirón fuerte para que me estampe contra su pecho.

—¡Suéltame! —le grito mientras trato de zafarme de sus enormes brazos.

—Repite lo que has dicho.

—¡Que eres un puto gilipollas!

Le doy puñetazos que no le hacen ni cosquillas en su pecho de hierro.

—Alicia.

—¡¿Qué-cojones-estás-haciendo?! —grito.

—¿Has dicho que sientes algo por mí?

—¡Ya no! ¡Olvídalo!

Por fin consigo soltarme y continuar mi camino. Él me sigue.

—¿Cómo cojones pretendías que entendiera que sientes algo por mí cuando lo que me dices es que no sientes nada por tu promet… —la mirada asesina que le lanzo consigue que no termine la palabra—: Por Gerardo?

—¡Pues estaba claro! —me defiendo.

—¡En absoluto!

—¡Oh! —Me detengo para encararlo—. ¿Y qué se supone que debería haber hecho? ¿Arrodillarme y darte un anillo?

—Una mujer debe saber lo que quiere y cómo obtenerlo. No andarse por las ramas con indirectas y adivinanzas absurdas —gruñe enojado.

Esto me enciende más todavía. ¿Cómo puede ser alguien tan idiota?

—Yo sé muy bien lo que quiero.

Entrecierra los ojos y los clava en los míos con el reto implícito en ellos.

—¿No me digas? Y ¿qué es? —susurra.

—¡No volver a verte en mi vida!

Siento que las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero antes muerta que dejarlas caer. El nudo que tengo en la garganta me aprisiona.

—¿Podríamos comportarnos como adultos, por favor?

—¡No!

No habla. Solo me pone un dedo debajo de la barbilla y me levanta la cara hacia la suya. Nuestras miradas se encuentran y me quedo paralizada. Perdida en la asombrosa profundidad azul de su mirada. Drake no aparta su mirada de la mía. No sé qué se le estará pasando por la cabeza, solo sé que me muero de la vergüenza. El corazón me va a mil. Me invade el arrepentimiento y un montón de emociones más que todavía no estoy preparada para explorar. Quiero irme de aquí.

No tengo la menor idea de qué hacer con todo lo que siento. Mi vida ha estallado por los aires. Necesito sacarlo fuera. Es demasiado. Tengo taquicardias. No puedo respirar bien, parece que el oxígeno no me llega a los pulmones. Me siento flácida. Estoy a punto de caerme de rodillas.

Me caigo.

—Te tengo —susurra contra mi rostro.

Me ha cogido a tiempo y sin ni siquiera darme cuenta. Sentir su cálido tacto en mi cuerpo es… Joder. ¿Cuándo me ha ocurrido esto? ¿Por qué he pasado de pensar en fastidiarle a todas horas del día a soñar con estar encima de él cada noche? Y, sobre todo ¿cómo consigo que pare?

Percibo la necesidad en sus brazos, tensos por el autocontrol. Lo oigo en la forma lenta con la que toma aliento para tratar de calmar sus agitadas pulsaciones. Lo siento en la tensión de su cuerpo al temblar sobre mí. Y, por Dios Santo, lo veo en sus ojos. Me desea.

Si esto es lo que me provoca cuando es tan distante conmigo ¿qué narices voy a sentir cuando se deje llevar, si es que acaso lo hace? ¿Qué será de mí si se permite admitir que se muere por hacerlo?

Antes agradecía que se contuviese, pero ahora quiero que se libere de las cadenas que lo

reducen, que se deje llevar y arrase con todo a su paso. Incluida mi razón.

—Drake —musito algo mareada mientras me separo un poco de él—, me has hecho daño.

Nuestras miradas no son capaces de separarse. Parece algo preocupado por mí todavía, por eso no se aleja demasiado.

—Sabes que preferiría morir antes que hacerte daño.

—¿Lo sé? —Pongo en duda su afirmación ladeando la cabeza.

—Deberías. Porque resulta patéticamente obvio.

Su expresión me parece hasta graciosa. Tiene el ceño fruncido, se acaricia la nuca y desvía la mirada. Si no supiera que es imposible, juraría que está avergonzado.

—Bueno, al fin y al cabo, es tu trabajo ¿no?

Se queda en silencio.

—Hace tiempo que dejó de ser por trabajo.

Y después de semejante frase me quedo muda.

—Entonces, ¿por qué es? —me atrevo a preguntar finalmente. Con él nunca se sabe.

—Ya sabes la respuesta a eso, Alicia. —Su voz suena más grave.

—La verdad es que no.

Se acerca a mí sin apartar sus ojos de mí. Tengo que elevar el rostro para mantener la mirada, aunque la suya me resulte intimidatoria.

—No puedo pensar con claridad cuando estás cerca. Ni siquiera sé qué mierda estoy haciendo ahora.

—Prueba a explicármelo mejor. Todavía no me queda claro.

Drake agudiza su mirada y la comisura de sus labios se tensa para no sonreír.

—Esto —nos señala a ambos con el dedo— no debería pasar entre nosotros.

—No veo que esté pasando nada —me hago la tonta imitando su gesto con el dedo—, entre nosotros.

—¿Sabes cuántas veces pienso en tus manos sobre mí?

Trago saliva. Mi corazón vuela desbocado. Niego con la cabeza muy deprisa porque ni siquiera me sale la palabra «no». Sus ojos refulgen en llamas.

—Cada. Segundo. Del. Puto. Día —ruge.

Joder. Un latigazo abrasador recorre mi columna vertebral. Me tiembla todo. Tengo el pulso a mil.

Me coge las manos entre las suyas y entrelaza los dedos con los míos para llevarme las manos sobre el trasero. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no besarle, pues la postura nos obliga a ello.

—Dijiste que nunca más se repetiría —balbuceo.

—Lo dije porque soy idiota.

Asiento, henchida de orgullo.

—Te advertí que serías tú quien me lo pediría.

Sonríe con una expresión oscura.

—Tenías razón.

—Siempre la tengo, Lennox. Asúmelo.

Mira un momento hacia un lado, supongo que para no reírse en mi cara.

—¿Qué quieres de mí, Alicia?

—Todo.

No tengo la menor duda.

Él acaricia con un dedo el perfil de mi rostro sin dejar de rodearme la cintura con el otro brazo.

—¿Todo?

Deslizo la mano hasta su dura entrepierna y siseo:

—Todo, Lennox.

Entonces se desata la tormenta. Ni siquiera termino de pronunciar su apellido cuando me rodea la mandíbula y el cuello con sus enormes manos y devora mi boca. Nuestras lenguas se encuentran salvajes e implacables en besos feroces y profundos. Al volver a besarlo siento como si encontrase de repente mi lugar en el mundo. Lo he echado de menos.

Su olor, a cítricos y madera, anula todos mis pensamientos. Me coge por el trasero y me lleva al interior de la casita de la playa.

—Si lo quieres todo, te lo daré —gruñe contra mis labios sin dejar de besarme.

Capítulo 29

Una vez dentro, me deja en el suelo para cerrar la puerta con llave, después me coge de la mano y me lleva hasta la cama.

Aparta mi pelo a un lado casi sin rozarme. Me pide permiso con la mirada, aunque yo le di carta blanca hace tiempo. Su boca se abre sobre mi cuello. Primero son besos lentos y suaves que me hacen estremecer. Cuando gimo se convierte en un vampiro sediento que logra hacer temblar mis rodillas.

Baja la cremallera del vestido y este cae al suelo. Luego desliza las braguitas por mis piernas, acariciando de manera premeditada mis muslos al hacerlo. Aprovecho para desabrocharle los vaqueros, pero me detiene cuando quiero bajárselos.

—No tan rápido —susurra sujetándome la muñeca.

Me indica que me tienda sobre la cama y lo hago algo avergonzada al verme tan expuesta delante de él, pero al pasear sus ojos por todo mi cuerpo sin censura me indica que le fascina lo que ve y eso me envalentona.

Viene hacia mí a cuatro patas. Me acaricia el cuello con delicadeza, los hombros, los pechos, la cintura, el vientre, las caderas y entre mis muslos. Sin dejar de mirarme como si estuviese bajo un embrujo. Le clavo las uñas en sus brazos cuando sus dedos me abren e inspeccionan la zona. El aire está cargado de tensión. Se me escapa otro gemido.

Introduzco la mano en su ropa interior, todavía puesta, y agarro su erección. Siento cómo se estremece entre mis dedos. Gime en mi oído. Me está torturando con tanta lentitud. Lo necesito ya.

Su dedo corazón se cuela en mi interior por fin. Busco su boca y él la mía con lujuria. Nos besamos con desesperación porque nunca sabemos si el beso que nos damos será el último.

—Alicia —jadea contra mis labios.

—Mm —gimoteo.

—No creo que esto sea solo sexo. Es algo… más —admite con la respiración agitada.

Siento que se me encoge el pecho. Todo se detiene. Me aparto de él para poder mirarlo a los ojos.

—No puedo creerlo. —Me ha sacado por completo de mi enajenación sexual.

—¿Qué?

—¿Estás tratando de hacerme sentir bien? ¿Ahora?

Frunce el ceño.

—No te lo he dicho por hacerte sentir bien —indica enfadado.

He pensado como un millón de veces en lo mucho que me gustaría escucharle decir algo así. Me quedo completamente quieta. Tengo que asimilar que esto es real y como no quiero que descubra que estoy mucho más pillada por él que él por mí, disimulo con una broma, como siempre.

—¡A ver si te vas a convertir en humano, Lennox!

—Déjalo —reniega molesto mientras trata de separarse de mí, pero cojo su pelo y lo atraigo hacia mi boca otra vez. Me besa, pero a regañadientes.

Puede que haya sido la primera vez que dice algo parecido a una mujer y yo encima me estoy burlando de él. Admito que me siento algo culpable por ridiculizarlo así, pero es lo que se merece por hacerse de rogar tanto.

—Drake, mírame —le pido y obedece—: Pareces un auténtico hijo de puta, pero yo sé que debajo de todas esas capas de *insoportabilidad* tienes un corazón.

Niega con la cabeza. Me da la risa y él sonríe tímidamente al mirarme, aunque no se detiene. Su boca desciende desde mi cuello a mis pechos, donde se queda mordisqueando y succionando mientras sus dedos vuelven a hacer de las suyas entre mis muslos.

El sexo con él es brutal y sucio. Justo lo opuesto a lo que tenía con Gerardo. En la cama puedes ser todo lo que quieras mientras lo disfrutes y Drake consigue que me olvide de todos mis complejos y problemas, que me vuelva loca y solo me centre en el placer. Lo demás ya vendrá después.

No sé si estoy gimiendo demasiado fuerte, pero me da igual, no puedo controlarlo. Drake se concentra en explorar mi cuello y después mis pechos, momento que aprovecho para ponerme a horcajadas sobre su cuerpo y bajarle los pantalones junto a su ropa interior.

Su gran miembro aparece reluciente pidiendo mis atenciones.

—¿Te quedan condones de esos *vintage*? —susurro.

Sonríe con malicia y saca uno del bolsillo trasero del vaquero, pero este es nuevo, no es de los antiguos. ¿De dónde lo habrá sacado? Rasga el paquete con los dientes, se lo pone y se rompe. La expresión de terror en su rostro me da risa.

—¡Al final van a ser más seguros los antiguos!

—Siempre es mejor lo maduro.

Sé que lo dice por él comparado con Gerardo, pero decido callarme.

Se agacha y saca otro. Repite los movimientos: lo rasga con los dientes, lo saca, lanza el envoltorio por los aires y se lo pone. Este sí está bien.

—¿Tenías dos? —me sorprendo—. ¿Y luego dices que tus planes eran otros?

Me guiña un ojo y me derrito.

Me dan igual los planes que tuviese para nosotros. Lo quiero dentro ya. Así que me sitúo a la altura perfecta para penetrarme y no lo dudo.

Drake suelta un bufido.

—¿Estás bien?

Me detengo para comprobar si algo va mal.

—Demasiado.

—Me has asustado. —Me relajo sobre él.

—No sé qué cojones me pasa contigo. Me haces perder el control. Y el control es lo más importante que tengo en mi vida.

—Pues déjame a mí el control, Lennox.

Se muerde el labio inferior como si estuviera rabioso mientras niega con la cabeza sin apartar su intensa mirada de mí. Comienzo a mover la cadera despacio. Después con más violencia, desesperada porque me penetre más profundo le clavo las uñas en el pecho. Puedo sentir los fuertes latidos de su corazón en las palmas de las manos mientras lo cabalgo sin piedad. Él clava sus manos en mis caderas. Nos movemos en sincronía, como si nuestros cuerpos encajasen desde siempre.

Entierro la cara en su cuello y le muerdo. Él jadea contra mi oreja:

—¿Qué cojones estás haciendo conmigo?

Sus palabras anulan cualquier resquicio que me quedase de duda.

—Esto es solo el principio.

Y eso parece volverle loco. Se incorpora, sale de mí y tira de mi cuerpo hasta dejarme tendida con la espalda sobre la cama. Se pone encima. Nos besamos de una manera salvaje, enrollando las lenguas, lamiéndonos la boca, jadeando como locos, hasta comienza a penetrarme con tanta fuerza que nuestra piel choca con violencia. Si no fuera por el cabecero, saldría volando.

No deja de moverse. Dentro. Fuera. Me levanta una pierna, la coloca sobre uno de sus hombros y vuelve a empujar. La sensación es increíble, en esta postura la penetración es muy profunda y me vuelve loca ver la expresión de sus ojos oscurecidos perdiendo el control por mí. Por. Mí.

—Joder, Alicia… —gruñe mientras se agarra al cabezal de la cama y todo chirría—: Hostia puta.

Esto me acelera y arqueo la cadera para que no detenga el ritmo, ya de por sí enfermizo. No soporto tanto placer. Voy a explotar. No aguanto más. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me corro como jamás creí que fuera posible.

Él sale de mí, se retira el preservativo y se masturba para terminar fuera de mí. Cierra los ojos y jadea mientras se muerde el labio inferior hasta que explota con un «Dios» que me estremece entera. Esta imagen será mi máximo afrodisiaco de por vida.

Después se deja caer sobre mi cuerpo. Hunde la cara en mi cuello y me besa. Casi no me creo que esto esté pasando.

—Para que lo sepas, esto no volverá a repetirse —le digo imitando su voz del otro día al

tiempo que me pongo cómoda dándole la espalda y dejando una buena distancia entre ambos.

—¿Cómo voy a sobrevivir a tal decepción? —ironiza.

—No te hagas ilusiones conmigo, Lennox. Esto solo ha sido un polvo para dejar claro quién manda.

Suelta un ruido que es medio risa, medio tos.

—Eres muy mala, ¿lo sabes? —Suena más divertido que irritado.

—Tengo el mejor de los maestros.

Suelta un suspiro que no sé si será una risa, pero no añade nada más. Enseguida me coge entre sus brazos para atraerme hacia sí y permanecemos abrazados en plan cucharita.

—Buenas noches, Alicia.

—Buenas noches, Drake.

¿Por qué me parece que ninguno de los dos va a pegar ojo esta noche?

Capítulo 30

DRAKE

Siento que algo me aprisiona el estómago. Después una opresión en el pecho. Me cuesta respirar. Abro los ojos de golpe. Todavía es de noche. En cuanto me descubro abrazado el cuerpo desnudo de Alicia como si fuese un bote salvavidas me aparto corriendo de ella.

Me cago en la hostia, casi me da un derrame cerebral.

Me levanto de la cama con sumo cuidado para que no se despierte. Necesito mi espacio para pensar o más bien para pegarme un tiro en los huevos. ¿Qué cojones se supone que estoy haciendo?

Busco mis gayumbos por el suelo y me los pongo a toda prisa. Necesito salir de estas cuatro paredes. Aire. Respirar. Pero antes voy a hacer lo que jamás creí posible, una gilipollez nivel Dios: tapo a Alicia con la colcha para que no se resfríe. Un paso más hacia el abismo, joder.

«Estás jodido, tío», me recrimina el subconsciente mientras me paso la mano por la mandíbula.

Salgo por la puerta y me siento en la penúltima de las cuatro escaleras que bajan a la playa. Hay marea alta y el agua baña mis pies. En cuanto la cálida brisa marina me acaricia la piel recuerdo que siempre me ha sosegado mirar el mar. La pena es que nunca tengo tiempo para hacerlo.

Pienso en Alicia. En cómo ha abierto una puerta en mi interior. Una puerta al otro mundo. Ese mundo al que me había jurado no volver nunca más.

Ella es como un terremoto, me pasa por encima, de repente, y cuando me quiero dar cuenta ya ha devastado todo. Ni siquiera recordaba cómo era sentirse así, pero es que la vida que hay en sus ojos me contagia. No tiene la doble moral ni la crueldad que ostentan las personas de las que me rodeo a diario. ¿Podría soñar con llevar una vida normal junto a ella? Imposible.

La mirada de alegría que vi en su rostro cuando la salvé de ese maldito hijo de puta no se va de mi cabeza. Me sentí como un héroe en lugar de como un puto malnacido por haberla metido en esto. No dejo de recriminarme el no haber mentido a Frank cuando la encontré. La he negado seguir con su matrimonio, su familia y su vida. Pero en cuanto la vi me saltó la polla dentro del pantalón y no pude contenerme. Tenía que ser mía de alguna manera. Y le jodí la vida.

No tengo que fingir cuando estoy con ella. Soy más yo que nunca, a pesar de que ni siquiera sepa quién cojones soy. Nunca me he sentido tan cercano a aquel chico que perdió todo en un campamento militar a los veinte años como esta noche.

Por un instante me he permitido ver el mundo que me rodea con otros ojos. Sus ojos. Un mundo sin peligro, sin extorsiones, sin saldos de cuentas ni chantajes. Pero ¿a quién pretendo engañar? Ese mundo no es para mí. No podría vivir paseando por la calle de la mano con ella o yendo al cine. Tarde o temprano me aburriría.

He trazado mi vida al milímetro. Me gusta tenerlo todo bajo control. Me siento cómodo con el orden y la pulcritud. Con la subordinación y la moderación. Me resulta completamente imposible admitir que pueda sentirme atraído por el caos. Ella es justo lo contrario a todo cuanto quiero en mi futuro. No hay lugar para la ilusión, ni las risas, ni los sueños… todo eso son polladas que puedes perder en cuanto alguien se cruce en tu camino. Y no estoy dispuesto a perder más. Si no tienes nada no puedes perder nada.

Hasta esta noche estaba completamente seguro de que solo sentía atracción sexual por ella. Algo tan simple que podría explicarse en cualquier clase de Química de secundaria. Alguna especie de hormona que ella segregue y que a mí me vuelva loco de alguna manera. No hay más.

Pero ella ha logrado en muy poco tiempo lo que no ha conseguido nadie en toda mi vida. Me hace reír. Dios santo, ni siquiera recuerdo la última vez que me reí antes de conocerla.

Contemplo el mar con la mirada perdida durante unos minutos, pero su imagen viniendo hacia mí descalza por la playa con ese increíble vestido rojo irrumpe en mi mente. Luego visualizo el vestido rojo cayendo al suelo. Sus brazos rodeando mi cuello. Su rostro al correrse. Su risa…Y entonces ocurre.

Mi pecho se expande. Arde hasta que no quedan ni las cenizas.

Quiero hacerla feliz.

Quiero que se ría a todas horas. Quiero que me mire cada día como me ha mirado antes. Como si fuese alguien importante y no un simple mayordomo que solo sirve para cumplir órdenes. Quiero despertarme con ella cada mañana y acostarme con ella cada noche. Quiero follarla como un loco y también hacerle el amor a fuego lento. Quiero recuperar esa versión de mí mismo que creí muerta. Quiero… todo.

—Drake.

El corazón se me acelera de la hostia al escuchar su voz a mi espalda.

—Vuelve a la cama —gruño sin mirarla.

Para sorpresa de nadie, no me hace ni puñetero caso.

—¿Qué haces aquí? —indaga.

«Pensando en ti más de lo que me gustaría».

—Mirando el mar.

—¿No te enseñaron en la escuela de mayordomos estirados que está feo mentir?

Ahogo una sonrisa. Me vuelven loco sus comentarios mordaces y que le fascine tanto tocarme los cojones.

Cuando me atrevo a encararla y me encuentro con sus ojos entrecerrados estudiándome con suspicacia, siento que el corazón ya no me late de la misma forma. Cada vez que la miro late

de otra manera, una muy suya.

Toma asiento junto a mí y me cubre con la colcha que hasta ahora envolvía su cuerpo como si fuese una capa. La capa de la heroína que salvará al villano de una muerte segura. Durante una milésima de segundo siento el pánico recorriéndome de arriba abajo al suponer que está desnuda, pero no, gracias a los cielos lleva puesta mi camiseta. Aunque… al mirar sus muslos desnudos y pensar que podría no llevar nada debajo… A tomar por culo mi autocontrol.

—No tengo frío. —Hago el ademán de devolvérsela.

—Podemos compartirla.

Posa la cabeza en mi hombro y se cubre con la mitad de la colcha. Noto cómo se tensa cada músculo de mi anatomía. Demasiada intimidad para mis problemas sociópatas. Resuenan todas las alarmas en mi mente. ¿Qué coño me pasa? Me quiero echar hacia atrás para que se aparte, pero al mismo tiempo una sensación cálida abriga mi pecho. Me muero de ganas de rodearla con el brazo, sin embargo, me mantengo inmóvil. Podría confundir las cosas más de lo que ya están y antes de eso tengo que estar seguro de lo que pretendo con ella y ella conmigo.

—Deberías descansar. Mañana volvemos a Madrid —le sugiero.

—Ya descansaré en el avión. Prefiero estar aquí contigo. —Mete la cabeza por debajo de mi brazo para hacerse un hueco, de tal forma que mi brazo termina rodeando sus hombros.

La miro de reojo para que no me pille. Está tan tranquila a mi lado. Envuelta con mi brazo, respirando con calma mientras observa las olas. Me encanta el olor de su pelo, siempre huele a fruta dulce... ¡Oh, Dios! ¿Qué estoy diciendo?

De repente, todos mis miedos se convierten en una certeza devastadora: me he enamorado de ella.

Y este descubrimiento me revela algo que lo cambiará todo: tengo que confesarle la verdad antes de que descubra por qué me asignaron esta misión.

Capítulo 31

No soy capaz de parar de sonreír. Creo que incluso doy miedo. El Joker a mi lado parece un tío serio, pero es que no puedo creerme que Drake por fin haya dado su brazo a torcer y haya admitido que le gusto, aunque sea un poquito. Bueno, seamos sinceros, lo que no puedo creer es que alguien como yo, es decir, mujer normalita fatal de lo suyo, pueda atraer de alguna manera a alguien como él, es decir, monumento nacional arrogante que te cagas.

Anoche, cuando salí a buscarlo, me quedé dormida sobre su regazo y por la mañana me he despertado en la cama. Sola. Supongo que me llevaría él hasta allí y no quiero ni pensar en que se me cayera la baba, roncase o algo por el estilo. ¡Qué vergüenza! Aunque ya empezará a estar acostumbrado a esa patética estampa.

Por la mañana encuentro sobre mi cama un vestido vaporoso de flores azules, unas botas tipo cowboy de color beis y una cazadora vaquera. Luego me ducho y me visto. Me miro en el espejo y me fascina su reflejo. Nunca me han brillado los ojos así.

Desconozco dónde se encuentra Drake hasta que, de repente, viene una enfermera para curarle la herida y aparece de la nada en el salón, vestido con unos vaqueros negros que le sientan de muerte, unas deportivas blancas y una camiseta violeta que resalta más aún el azul de sus ojos. Me fijo en que lleva el pelo mojado y a lo loco, por lo que deduzco que se ha duchado antes que yo. Cuando la enfermera termina su trabajo, él se marcha sin decirme nada.

Casi no hablamos en toda la mañana. Solo lo estrictamente imprescindible. Me evitaba todo el tiempo y yo no quiero sacar el tema de lo que ocurrió anoche a relucir.

A medio día nos llevan en el jet privado de Maximiliano hasta Medellín y de allí tomamos un avión con destino a Madrid después de comer. El susodicho ni siquiera se ha despedido de nosotros. Mejor así porque lo hubiera matado en cuanto lo hubiera tenido delante.

Al embarcar, a las 16 horas, Drake ha dejado caer que ha hablado con Frank Geller, pero no me ha querido contar nada más. Solo ha dicho que le ha *aconsejado* a Maximiliano que nos haga llegar sanos y salvos a España, por eso ha pagado los billetes en *first class*.

Y ahora me encuentro pegada a Drake porque los asientos del avión van de dos en dos y también porque es la primera vez que vuelo (estando consciente, claro) y me da mucho miedo, aunque no pienso decírselo, o tendrá otro motivo más para meterse conmigo.

Pulso un botón y ambos asientos se convierten en camas. Suelto un suspirito de emoción.

—¡Mira, Drake! ¡Son camas!

—Sí, ya veo —reniega sin querer tumbarse. Vuelve a pulsar el botón para que el asiento no se transforme del todo en cama—: Siento decirte que aquí no podemos hacer lo que estás pensando, pervertida.

Lo miro con una amenaza velada y él por fin se ríe. Lleva todo el día raro conmigo. Esa sonrisa me da un soplo de aire fresco.

Pulso más botones.

—¡Y da masajes! —exclamo mientras el avión comienza a acelerar para despegar—. ¡Y hay carta de almohadas!

—Yupi —dice desanimado mirando por la ventana con nostalgia.

Cojo la carta del restaurante y la miro a ver si así me distraigo.

—¡Voy a pedir un vino!

—Sí. Lo que te hace falta, beber alcohol —reniega para sí.

—Nunca había volado en primera clase. —Disimulo los nervios toqueteando todo cuanto tengo a mi alrededor—. Mira qué pedazo de pantalla de televisión.

Se gira mara mirarme de frente.

—¿Puedes tranquilizarte, Alicia? Pareces una ardilla puesta hasta el culo de cocaína.

Se pone una especie de antifaz sobre los ojos dispuesto a pasar de mí.

—¡Oh! ¡Ni lo sueñes! —Le arranco el antifaz, me lo escondo tras la espalda y se queda mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué acabas de hacer? —Parpadea varias veces.

—No puedes dormirte.

—¿Por?

—Porque… —pienso qué inventarme para no admitir que tengo miedo—, ¡porque quiero ver una peli!

—Tienes dos ojos en la cara, puedes verla sin problema. Devuélveme el antifaz.

Pongo los ojos en blanco. Qué idiota es cuando quiere.

—Es que quiero verla contigo. Tengo muchas ganas de saber qué opinas sobre...

Enarca una ceja.

—¿Qué opino respecto a qué?

—A la peli.

—¿A cuál de ellas?

Joder, esto es más difícil que el examen de la EBAU. Busco desesperada alguna pista sobre las películas que hay disponibles, pero puede haber mil millones, pero siempre hay una que tienen en todas partes. Nunca falla.

—A *Leyendas de Pasión*.

—¿*Leyendas de Pasión*? —repite con un gesto de asco—. Eso suena a romance de adolescentes. Si no es de Tarantino, paso.

—¿Tienes algún problema que te impida ser amable? —le pregunto cabreada. Ya casi no puedo disimular el pánico que siento porque acabamos de separarnos de la pista de despegue y siento el vértigo en mi estómago.

—¿Y tú tienes algún problema que te impida ser sincera conmigo?

—¿Por qué?

—Porque se ve a la legua que estás cagada de miedo.

Abro mucho los ojos.

—¿Y qué pasa si tengo miedo? —respondo agitada.

—No pasa nada, es normal. Lo que no entiendo es por qué tienes que ocultarlo.

—¡Oh! Pues mira, ya somos dos lo que no entendemos por qué el otro nos oculta sus sentimientos. —Me cruzo de brazos.

—Alicia —gruñe a modo de regañina.

—Porque siempre parezco débil a tu lado y eso me saca de quicio —admito.

¿No querías sinceridad? Pues toma dos tazas.

Drake parece sorprendido y se mantiene callado durante unos segundos. Después me sonríe, pero de una manera muy sutil. Creo que todavía no está familiarizado con el gesto.

—Anda, ven, tonta —susurra muy serio infundiéndome valor con su mirada mientras abre uno de sus brazos como si fuera una gallina clueca que quiere cobijar a su pollito.

El avión va muy rápido y por la ventanilla se ve la tierra cada vez más lejos. Es una sensación horrible.

No desaprovecho la ocasión porque estoy a punto de llorar y porque este gesto, viniendo de él, es toda una proeza.

—Pero solo porque me lo has suplicado, ¿eh? —bromeo.

—Claro —me sonríe.

Me levanto de mi sitio y salto al suyo para que me abrace. Él tiene el reposapiés alzado, por lo tanto, se encuentra con las piernas en alto. Tomo asiento encima de él, pasando las piernas a un lado sobre las suyas tipo princesa medieval montando a caballo. Luego me acurruco contra su pecho como una niña pequeña. Es como si el mero hecho de estar junto a él pudiera evitar cualquier catástrofe. Este pensamiento me obliga a compararlo con Gerardo, pues siempre era yo la que tenía que ser fuerte cuando estábamos juntos. Siempre invalidaba mis emociones.

—Espero que esto no sea una burda excusa para meterme mano, señorita —me dice al oído.

Suelto un bufido y me sale la sonrisa.

—Ahora mismo con seguir respirando tengo bastante.

Me aprieta más contra su pecho, que sube y baja al ritmo de su respiración calmada. Su olor es una mezcla entre el océano y la selva que me hace perder la razón.

—¿Es la primera vez que vuelas?

—Si no contamos la vez que me trajeron drogada, sí, lo es.

—Y si el avión se estrellase…

—¡Drake, joder! —lo interrumpo y me separo de él para que vea lo enfadada que estoy. Deja su mano sobre mi muslo—: No digas eso ni de broma.

—¿Por qué?

—¡Porque puedes atraer las cosas en las que piensas! —le suelto como si fuera lo más obvio del mundo.

Él me mira burlón y después se ríe.

—No me jodas que crees en esas mierdas.

—No son mierdas. Es verdad.

—Entonces, si pienso en que me va a tocar la lotería, ¿me tocará?

—¡No! Solo pasa con las cosas malas.

—Claro. ¿Y qué ciencia ha confirmado tal gilipollez?

—Hay muchos estudios y teorías al respecto —me defiendo.

Asiente reteniendo la risa.

—Ya veo.

—Da igual. No lo digas más.

—Está bien. Solo te lo preguntaba porque quería saber si te gustaría haber hecho algo en concreto antes de morir.

—¡Drake! ¡Qué no hables de la muerte, joder!

Le doy con la mano en el brazo y vuelve a reírse mientras me abraza de nuevo para acercarme hasta su pecho. Aspiro su olor y cierro los ojos. Una vez que me tranquilizo, sopeso su pregunta. Creo que lo que me gustaría hacer antes de morir es estar así con él. Como si fuéramos una pareja normal. No se me ocurre nada mejor.

Cuando el avión lleva un rato estable me atrevo a separarme un poco de él. Sufro el impacto del azul de sus ojos sobre mí. No termino de acostumbrarme.

—¿Estás mejor? —pregunta.

—Sí. Gracias por... eso. Lo que haya sido.

Sonríe con picardía.

—Cuenta conmigo siempre que quieras subirte encima.

Le doy en el pecho riéndome mientras pongo los ojos en blanco al sentir su miembro tan duro contra mi cadera.

—¿Vemos la peli?

—¿Qué peli?

—¡Ya te lo he dicho! ¡*Leyendas de Pasión*!

—Y yo ya te he dicho que no pienso ver esa mierda.

—¡Pero si no sabes ni de lo que va! —me quejo.

Parpadea.

—A ver. Sorpréndeme. ¿De qué va?

—Son tres hermanos que viven con su padre en un rancho en Montana.

—Déjame adivinar, tres universitarios que hacen fiestas por doquier cuando se va el padre.

—¡No! —Me río—. Está ambientada entre la Primera Guerra Mundial y los años 30.

—Vale. Se pone algo más interesante —comenta—. ¿Qué más?

—El hermano pequeño, Samuel, les presenta a su novia y los otros dos hermanos se enamoran de ella.

Niega con la cabeza.

—Vaya bodrio. Paso.

—¡No! Te prometo que está muy bien. Tienes que verla. Brad Pitt está…

—¡Ah! Ya lo entiendo todo —me interrumpe en un tono de sospecha—. Por mí puedes ver todas las películas de Brad Pitt que quieras. Tienes mi bendición. Yo me voy a dormir. Tengo sueño atrasado de hace años y estoy seguro de que aquí no podrá comerte ningún jaguar hambriento. Intenta no meterte en líos. —Vuelve a ponerse el antifaz mientras repite la frase que me dijo en la selva.

Le levanto el antifaz para que me mire.

—Pero yo quería que la viéramos juntos. —Saco el labio inferior, poniendo una carita triste.

Se quita el antifaz, suelta un suspiro, se pellizca el puente de la nariz y niega con la cabeza.

—¿Contenta? Pon la puta película —claudica.

—¡Gracias, Drake! —suelto un gritito.

Le doy un beso en la mejilla. Pongo la película y vuelvo a acurrucarme en su pecho como si esto fuera lo más natural entre nosotros.

Capítulo 32

—Todavía no puedo creerme que te hayas quedado dormida a los diez minutos de empezar la película y me haya tenido que tragar todo ese drama barato yo solo.

Lo miro expectante. Drake no deja de protestar mientras gesticula. Está indignadísimo. No tiene ni una sola palabra buena hacia la peli.

—… ¿es que no había más mujeres en el mundo? ¿Tenían que enamorarse los tres de la misma? ¡Y cuando matan a la chica india! Eso es el culmen de lo absurdo, joder. ¿Qué más le podía pasar a ese pobre hombre?

Le sigo contemplando sin decir ni una sola palabra mientras una de las azafatas nos coloca una bandeja a cada uno a modo de mesita para cenar. Estoy disfrutando de lo lindo. No parece el tío estirado y serio que quiere que todos veamos, es... diferente.

—…y el final es la hostia, vamos, que lo devore un oso era lo último que me esperaba.

—El oso es una metáfora —añado.

Pone una mueca irónica y levanta las manos.

—¿Una metáfora? ¡Vaya pérdida de tiempo! Me podría haber dormido esas tres horas.

Retengo la risa para preguntarle:

—Entonces ¿no te ha parecido romántica?

Suelta una risa sarcástica.

—¿Dónde ves tú el romanticismo?

—¿No lo ves? Tristan renuncia al amor de su vida. Lucha continuamente contra su destino: un amor prohibido. Te hace recapacitar sobre qué hacer cuando las emociones te invitan a seguir un camino que racionalmente rechazas. Esa es la moraleja. No se puede ir contra corriente. Cuando el amor aparece en tu vida solo puedes rendirte a la evidencia.

Me contempla pensativo con los ojos entornados.

—Así que rendirse a la evidencia —murmura—. ¿Querías que viera esa película por alguna razón en especial, Alicia?

Pronuncia mi nombre de una manera diferente, como si fuera algo erótico. Me pone nerviosita y lo sabe. Lo hace a propósito.

—No —suelto con un gallito agudo.

—Dos hombres. Una mujer…

La azafata aparece justo a nuestro lado salvándome con su sonrisa de una situación en la que me he metido yo solita y encima sin quererlo. Mientras nos facilita una carta a cada uno, suelto todo el aire que estaba conteniendo.

—No eran dos hombres. Eran tres —añado para despistarlo.

—El pequeño no cuenta. Era un panoli que la palmó enseguida.

Me duele que se meta con Samuel como si fuera algo personal, pero hay algo que llama la atención.

—¿Panoli? ¿*Mr. Perfect* ha usado la palabra panoli en su erudito vocabulario? ¡No puedo creerlo!

El coqueteo más que evidente de la azafata con Drake me interrumpe la broma y un rictus serio me invade de repente.

Siento cómo los celos me corroen por dentro en cuanto ella suelta la primera carcajada mostrando sus dientes blancos perfectos y posa su mano sobre su hombro con suma delicadeza, exponiendo su manicura asquerosamente perfecta. Como un acto reflejo meto mis manos debajo de la mesa porque parece que haya estado picando cemento. Antes de marcharse, la rubia le guiña un ojo y se va contoneando en exceso las caderas sobre sus infinitos taconazos de aguja. «A ver si se parte la cadera la muy…», pienso.

—¿Por qué has tratado así a la azafata? Me he visto obligado a ser demasiado amable con ella para relajar la evidente tensión que has creado sin motivo —me reprende Drake.

¿¡Perdona!?

«Alice, disimula, no te lances», me digo.

—¿Y cómo la he tratado exactamente? —murmuro mordiéndome la lengua.

—Pues, por ejemplo, creo que no era necesario hacer un comentario tan sarcástico sobre la escasez de tela en su falda mientras te explicaba amablemente qué ingredientes llevaba la tortilla —expone.

—No me lo estaba explicando amablemente. Se estaba inclinando sobre la mesa para que pudieses apreciar su generoso canalillo.

Retiene la risa. «Capullo».

Como no dice nada y yo me estoy poniendo histérica, insisto:

—En serio, ¿solo has visto a una pobre chica indefensa atacada por mí?

—¿Tendría que ver otra cosa? —Se cruza de brazos expectante.

—¡Pues claro!

—Ilústrame —pide dándome paso con la mano.

—Yo lo que he visto es que no dejaba de toquetearte y de reírse como una comadreja. ¡Y tú estabas encantado! ¿Dónde está ahora el robot insoportable, eh? ¿O es que solo lo sacas a relucir conmigo?

«Menos mal que ibas a disimular, chica».

Drake me contempla muy serio. De manera penetrante. Las llamas trepidan en sus ojos. Aprieta los labios. No sé si va a reírse o está enfadado. Hacía tiempo que no me sentía tan indefensa y tan expuesta. Abro la boca para romper este incómodo silencio, pero él levanta el dedo índice en el aire para que me detenga y cierro el pico.

—Estás celosa —susurra.

—¿¡Qué!? ¡Ni de coña! —me sobresalto.

Él asiente pagado de sí mismo.

—No puedes engañarme, Alicia, tengo un máster en Comunicación no verbal y un doctorado en ti.

Le sonrío de la manera más falsa que puedo.

—¡Qué más quisieras!

Durante un instante, tengo la sensación de ser la mujer más insignificante del mundo. ¿Cómo he podido pensar que alguien como él quisiera algo conmigo?

—Has elegido a conciencia esa película para que me plantee que mi vida será horrible si no estoy contigo. Una mujer todavía prometida a otro hombre, por cierto. ¿Te suena? Lo que no tengo muy claro aún es quién soy yo en esta ecuación. Y ya te adelanto que espero no ser Brad Pitt porque no me gustaría que me devorase un oso en el ocaso de mi vida.

Resoplo. No tengo palabras. No es posible que esté hablando en serio. Quiero clavarle el cuchillo en el ojo y que deje de mirarme con esa expresión de superioridad. Pero, para mi desgracia, continúa hablando:

—Y luego te pones como un basilisco simplemente porque trato a una pobre azafata con educación. Estás MUY —enfatiza— celosa.

No sé si estoy más enfadada con él o conmigo misma. Me siento patética.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—¡Que eres un maldito imbécil! —le grito y así es como consigo que todos los presentes giren la cabeza hacia nosotros.

Me levanto de mi asiento y me dirijo al baño a toda prisa. Necesito estar sola con mi cabreo. Pero en seguida siento el calor de su mano sujetar mi muñeca y tirar de mí hacia su pecho. En cuanto elevo el rostro para mirarlo y comprobar qué pretende, me agarra por la cintura y sus labios carnosos se estampan contra los míos sin piedad. A nuestro alrededor suena un «oh» generalizado del entregado público.

Me arrastra consigo sin detener el beso hasta una zona donde no nos puedan ver, que no es sino un hueco junto al baño donde hay una cortinilla. Entonces su lengua se cuela en mi boca. Parece desesperado por besarme, aunque estoy segura que no más que yo, que le respondo como si fuese el último beso que le daré en la vida. Experimento tal alivio que cualquier duda sobre sus sentimientos se esfuma.

Desplazo mis manos alrededor de su cuello y él enreda sus dedos en mi pelo para hacer

más profundo el beso. Nuestras respiraciones suenan agitadas. Necesitaba esto más que nada en el mundo. Lo necesito a él. Cuando me besa siento ganas de bailar, gritar o todo a la vez. Todo se pone en orden.

—Drake… —Me aparto un poco de él.

—Shhh —me interrumpe. Apoya su frente en la mía mientras sujeta mi rostro con ambas manos y me acaricia con los pulgares—: Vas a tener que armarte de paciencia si quieres que lo intentemos. No sé cómo funcionan estas cosas.

Mi corazón da un triple salto mortal. Esa mirada llena de cosas nuevas que no sé descifrar hace que esté más guapo que nunca. Y mira que eso es difícil.

—¿Qué quieres intentar? —susurro.

—Lo nuestro.

—Pero acabas de decir…

—Olvida lo que te he dicho. Soy un maldito gilipollas que no sabe lo que dice.

—Por lo menos estamos de acuerdo en algo. —Me río con ganas.

La enorme sonrisa que se dibuja en su rostro es cuanto menos radiante. Refleja algo muy parecido a la felicidad. Nunca hubiera supuesto que este simple gesto de un rostro pudiera ser algo tan bello.

Esta vez vuelve a besarme con más determinación. Solo él es capaz de encender mi deseo en un segundo. Nunca me había pasado y es algo que me desconcierta porque no lo creía posible. Hay veces que ni siquiera me roza y me derrito.

—Me he puesto demasiado cachondo al verte celosa.

Lo sabía. Sabía que lo estaba disfrutando el muy cabronazo.

Sus labios descienden por mi cuello hasta alcanzar el lóbulo de mi oreja. Se me escapa un gemido y tengo que sujetarme a sus brazos para no caerme porque las piernas ya no me sujetan.

—Perdonen, ¿van a cenar? —La voz de la encantadora azafata a mi espalda me asusta y me separo de Drake como si fuese el demonio.

—¡Sí! —chillo recolocándome el vestido.

Él se limita a sonreír. Le encanta verme en este tipo de situaciones. Lo sé.

—Ya tienen la cena servida —nos indica ella, esta vez no tan sonriente como antes.

—Es que mi chica no aguantaba sin besarme. —Se encoge de hombros y le susurra a la azafata a modo de secreto—: Es muy fogosa.

¿¿¿¡¡¡Mi chica!!!???

Ella parece enfadada, titubea y finalmente se va. Drake me mira satisfecho, pero yo no sé dónde meterme de la vergüenza, así que me dirijo de nuevo hacia nuestros asientos.

Al sentarme me obligo a centrarme en el plato de canelones con setas que tengo frente a mí porque siento tantísimas emociones que me abruma no saber ni siquiera cómo clasificarlas.

Comemos en silencio. Él no aparta sus ojos de mí y yo lo esquivo todo el tiempo.

—¿Qué te pasa? —pregunta al cabo de un rato.

¿Qué me pasa? No lo sé ni yo, la verdad.

—Si te soy sincera, creo que en cuanto pise Madrid voy a volverme loca.

—¿Por qué?

—Porque ni siquiera he asumido que nos hayan secuestrado y hayamos salido con vida. Ni que me hayan intentado violar; ni que mis padres no sean lo que creía; ni que tenga una hermana; ni que no vaya a casarme…

—Eso es lo mejor —me interrumpe—. No puedes negarlo.

Pongo los ojos en blanco.

—Que me hayas dicho que quieres intentar lo nuestro es lo mejor sin duda.

—¿Tú crees? —Sonríe con picardía mientras se mete un trozo de pan con despreocupación en la boca.

—No sé si estar asustada, traumatizada, enfadada, triste, contenta… Me dices una cosa, pero actúas como si pensaras lo contrario. —Pongo las manos en mi cara mientras le miro—: Creo que mi cerebro ha decidido no pensar en nada en concreto y continuar hacia adelante, pero en algún momento tendré que explotar. Y cuando lo haga…

Miedo me da.

Él eleva la mano y me coge una de las mías sobre las mesitas para entrelazar nuestros dedos. Siento cómo me tiembla todo el cuerpo.

—Me siento culpable de todas y cada una de las cosas que te han sucedido, pero creo que podremos afrontarlas juntos —musita.

Permanezco mirando nuestras manos unidas como si estuviese viendo a Dios bajar del cielo. Luego alzo el rostro y lo miro con los ojos muy abiertos.

—Le has dicho a la azafata que era *tu chica* —suelto.

Noto cómo sus dedos se ponen rígidos contra los míos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo eres.

—No recuerdo que me lo hayas preguntado.

—¿Es que hay que preguntarlo? —Me observa aterrado.

—Pues… no sé.

De repente siento vértigo, como si el suelo se derrumbase bajo mis pies.

—¿Quieres que te pida salir como cuando teníamos doce años? —se mofa.

—Es que no sé lo que quiero.

—¿No quieres que estemos juntos?

Separa su mano de la mía con cautela.

—¡No! ¡Sí! No es eso. Es que tú no paras nunca en ningún sitio y yo no creo en las relaciones a distancia. Lo nuestro no funcionaría, Drake.

—Pues yo creo que te equivocas.

—¿Por qué?

—Porque si los dos ponemos de nuestra parte, puede funcionar.

Niego con la cabeza.

—Para mí es una línea roja no saber dónde estás, o si estás vivo o muerto. Si lo que nos ha ocurrido hubiera sucedido estando juntos, me hubiera dado un ataque. No quiero esto en mi vida, Drake. Ya bastante cosas tengo encima.

Me observa con prudencia. Después suelta un suspiro.

—Entiendo. Quieres casarte y tener hijos —asume apenado.

—¡No! Ni de coña. No quiero casarme y mucho menos tener hijos —exclamo.

—Entonces, ¿qué quieres, Alicia?

—Quiero una vida tranquila. Normal. No sé. Estar juntos. Viajar; salir; pasar los domingos en el sofá de casa leyendo un buen libro tapados con una mantita; ver películas de Brad Pitt… Y, a ser posible, no volver a ver un arma de fuego nunca más.

Permanecemos un momento en silencio. Parece que todo se ha enfriado entre nosotros al descubrir que no somos compatibles más allá del sexo, que la ilusión de estar juntos solo va a durar lo que dure este vuelo.

—Si dejase el trabajo ¿estarías conmigo?

El estómago me da un vuelco brusco, como cuando montas en la lanzadera y caes al vacío. Al hacerlo impacta contra el corazón y juntos logran sacudirme todo el cuerpo.

—¿Hablas en serio? —balbuceo.

—Totalmente en serio.

No sé si creérmelo.

—Pues… sí. Quiero decir… No sé… Si fueses una persona normal, estaría contigo. Si tú quieres, claro. —Hablo demasiado rápido y unas cuantas octavas por encima de mi tono normal.

Estoy muy nerviosa.

Me sonríe como un niño travieso.

«Maldita sonrisa arrolladora, no salgas ahora que me derrito cada vez que apareces», le recrimina mi yo enamorado.

—Está bien.

Coge los cubiertos y continúa comiendo.

¡Sí hombre! ¿Solo va a decir eso? ¡Otra vez! ¡Lo mato!

—Está bien ¿qué? —insisto.

—Cuando llegue a Madrid hablaré con Frank y dejaré el trabajo —me informa como si diese el parte meteorológico mientras se mete un trozo de su empanada en la boca.

—No tienes que dejar tu trabajo por mí, Drake.

—Tengo dinero suficiente para vivir de manera holgada siete vidas. Es hora de disfrutar un poco de lo que me quede de esta ¿no crees?

—¿Y si lo nuestro no funciona? Siempre me lo reprocharás.

—Alicia. —Me penetra con esa mirada intensa que pone cuando quiere intimidarme—: Eso no va a pasar. No lo permitiré.

Carraspeo y le señalo con el dedo.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero ¡no controlas el mundo, maldito ególatra!

Sus ojos se deslizan hasta mis labios, que se tensan en una leve sonrisa a la espera de una de sus ácidas respuestas. Se ladea y se inclina hacia adelante como para confesarme un secreto y hago lo mismo de manera instintiva. Estamos a escasos centímetros uno del otro. Retándonos. Me muero por besarlo, pero no le daré el gusto.

Antes de hablar muy bajito para que solo yo pueda escucharle se moja los labios con la lengua de forma muy pausada para que mis ojos sigan el recorrido, hambrientos. Cabronazo manipulador.

—Lo nuestro nunca podría salir mal porque nadie en mi puta vida me ha tocado tanto los cojones como tú. Y, aun así, continúo sin poder pensar en otra cosa que no sea besarte y estar dentro de ti. Nadie me ha importado más allá del trabajo, pero tú has conseguido meterte en mi cabeza y no logro que salgas de ella ni un solo segundo.

—No quiero estar en tu cabeza —lo interrumpo.

—¿Por qué? —Me observa con miedo.

—Porque donde quiero estar es en tu corazón.

Me mira embriagado de algo que no sé descifrar porque todavía no conozco demasiado bien sus gestos y mucho menos los afectivos, pero puede ser algo muy parecido a la admiración.

—No voy a decirte mierdas románticas, Alicia. No soy de esos.

—No quiero que lo hagas si no lo sientes —le digo algo decepcionada.

—Que no lo diga no significa que no lo sienta.

—Si lo sintieras, serías capaz de expresarlo en voz alta. No es tan difícil.

—Quizá no lo sea para ti. Yo he crecido en una familia donde expresar emociones era síntoma de debilidad y siendo adulto me pagan precisamente por ocultarlas. No puedo llegar y soltarte un discurso romántico así como así, pero eso no significa que no lo sienta. Puede que sienta cosas mucho más fuertes de lo que imaginas.

Entiendo todo lo que me ha dicho. Él es así. Por mucho que le fuerce no se va a convertir en otra persona. Eso solo ocurriría en una novela romántica, en la realidad todo lleva su tiempo.

—Está bien, Robocop. De momento me vale. —Le sonrío.

Deshace la distancia que nos separa y me da un beso en los labios.

—Y ahora cómete los canelones de una puta vez, que me muero por follarte en el baño —susurra contra mis labios.

No sé si lo hace a propósito, pero me quedo muda y, por supuesto, sin una pizca de hambre. Hambre de alimentos, me refiero.

Capítulo 33

—Alicia. —Escucho mi nombre entre susurros al oído.

No sé si estoy soñando o es real. Parpadeo unas cuantas veces. Lo veo todo borroso. Me restriego los ojos con los puños cerrados, pero el sueño gana la batalla.

—Alicia. —Esta vez siento un pequeño apretón en mi cintura.

Consigo abrir los ojos y descubro dos aguamarinas que me contemplan con cariño a escasos centímetros.

—¡Drake!

Aparece también una sonrisa en sus labios.

—¿Qué pasa? —musito adormilada.

—Hemos llegado.

Echo una mirada rápida hacia abajo. Tengo la pierna y el brazo derecho sobre su cuerpo y estoy tapada con una manta. Supongo que después del sexo salvaje que tuvimos en el baño debí de quedarme dormida porque estaba exhausta. Espero que los pasajeros pensaran que lo que sonaba al otro lado de la puerta eran turbulencias.

Me incorporo para sentarme. Miro a mi alrededor. Los demás viajeros están ya en pie metiendo cosas en sus bolsos.

Me vuelvo hacia él con la furia brillando en mis ojos.

—Te dije que me despertaras antes de aterrizar —le regaño.

Quería haberme regodeado en el pánico de aterrizar. No tenía derecho a arrebatarme esos minutos horribles en los que hubiera imaginado mil formas de estrellarnos.

Se encoge de hombros y eleva la comisura de sus labios en un gesto burlón.

—Pensé que el piloto podría apañárselas solo.

Pongo los ojos en blanco y le doy un golpe en su pecho de hierro.

—Me lo prometiste —insisto.

—Alicia, hemos aterrizado y seguimos vivos. Punto.

—¿Y si hubiéramos tenido un accidente? ¡No me hubiera enterado!

—Hubieras muerto soñando conmigo. No puede haber una muerte mejor.

La fobia se me dispara por las nubes al escucharle.

—¿Quieres dejar de pronunciar la palabra *muerte* mientras seguimos dentro del avión?

Él me sonríe con un ápice de maldad en sus ojos.

—Está bien. No has dejado de respirar, así que no tienes de qué preocuparte. Mueve tu precioso culito y salgamos de aquí.

Me levanto para ponerme en pie a regañadientes. No tengo nada que recoger porque no poseo pertenencias. Hablando de pertenencias, en todos estos días no he echado de menos el móvil. Algo que jamás hubiera creído posible. Lo tendré lleno de llamadas y mensajes. ¿O no? Lo que me lleva a pensar: ¿Qué habrá ocurrido en todo este tiempo? ¿Estarán todos bien?

Por un momento conjeturo sobre lo que me encontraré cuando vuelva. Si mi familia y amigos sabrán que me han secuestrado o no. En casa de Maximiliano le pedí a Drake que me dejara llamar a mi madre para decirle que estaba bien, pero después recapacité y no me vi capaz de hablar con ella como si no supiera nada sobre mi auténtico padre. La iba a liar. Así que decidí esperar a estar cara a cara con ella.

Cuando bajamos del avión es de noche. En cuanto piso el asfalto me siento a salvo. El alivio se instala en mí como si fuera una mantita cálida que me arrulla.

Salimos de la terminal y llegamos a la calle. Caminamos uno junto al otro en silencio hasta la primera fila de taxis. Supongo que tomaremos uno para que nos lleve a algún hotel. No hemos hablado de eso, ahora que lo pienso. Quizá debería…

—¡Lennox!

La voz procede de un coche tipo limusina negro que está aparcado en doble fila frente a nosotros. Drake levanta la mano en señal de saludo. No parece que se haya sorprendido tanto como yo de que alguien nos espere. Se acerca al vehículo como si nada para abrir la puerta trasera y dejarme entrar. Lo miro esperando una explicación, pero como no la obtengo, supongo que me la dará cuando estemos dentro. Pero, lejos de venir a sentarse a mi lado, cierra la puerta sin ni siquiera mirarme. Observo atónita cómo rodea el coche, abre la puerta del copiloto y se sienta junto al conductor. No puedo evitar sentirme un poco decepcionada.

—¿Qué tal estás, Alice?

Enseguida reconozco a Roberto Carlos, el guardaespaldas de Alexandra al que mandé a la mierda. Se ha girado para mirarme con una sonrisa arrebatadora. De repente me parece que han pasado mil años desde que nos vimos por primera vez.

—No lo sé.

—Es normal que estés asustada. Pero no te preocupes por nada, ya estás a salvo —me anima en un tonito fraternal que no me hace ninguna gracia.

Caigo en la cuenta de que ellos ni siquiera se han saludado. Miro por la ventana sin añadir nada más, es la señal para que me deje tranquila. Lo pilla. Arranca, sale del tumulto del aeropuerto y enseguida nos incorporamos a la autovía.

—¿El oso está en el madroño? —le pregunta Drake.

—Sí. Está todo en orden.

—¿Y Manhattan?

—Ese tema está bastante revuelto. He descubierto que han intentado desplumar a la perdiz.

—Lo sospechaba.

—Estamos de mierda hasta el cuello.

—Cuidado de lo que dice delante de Alicia, Solís —le reprende el mayordomo en su habitual tono seco y tajante de mayordomo que no echo de menos para nada.

El resto del trayecto nadie comenta nada más.

—¿Dónde quieres que te dejemos, Alicia? —me pregunta Drake mirándome por el reflejo del espejo retrovisor.

¿En serio? ¿Ahora piensa tratarme como a una desconocida?

El inmenso castillo en el aire que estaba construyendo se derrumba de repente sobre mis narices. Le dedico una mirada apenada y llena de desilusión. ¿Cómo he podido ser tan tonta? Solo quería traerme sana y salva para que Frank Geller no le echara la bronca y ahora finge que no me conoce. Desvío la mirada hacia la carretera y me obligo a no llorar.

—Déjame en la Puerta del Sol, Roberto Carlos, por favor —le pido sin mirar al mayordomo.

—¿En la Puerta del Sol? —pregunta Drake ahora girándose para poder mirarme directamente a los ojos—. ¿Dónde vas?

—A ti no te importa.

A Roberto Carlos se le escapa una risilla.

—¿Cómo no me va a importar? ¿Qué mosca te ha picado?

—Tú preocúpate por el oso y el madroño. Yo sé cuidarme solita.

Frunce el ceño y aprieta los labios. Se remueve en su asiento.

—Alicia, son las cuatro de la madrugada, no pienso dejarte allí sola.

—¿Y quién te dice que voy a estar sola? —lo pincho.

En realidad, me ha dado un brote de tontería y he soltado la primera chorrada que se me ha ocurrido porque me he mosqueado con él. No tengo móvil, ni dinero, ni siquiera las llaves del piso de Gerardo, así que no sé qué leches voy a hacer si me dejan en Sol.

Drake suelta un suspiro mientras se vuelve a colocar de frente en su asiento.

—Solís, llévenos a mi casa —le ordena.

El guardaespaldas lo mira con los ojos y la boca muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma. Al escuchar un fuerte pitido del coche que se aproxima de frente a nosotros suelto un grito y me lanzo contra el asiento cubriéndome la cabeza con las manos. Gracias a eso da un volantazo y lo esquiva. ¡Madre mía! ¡Casi tenemos un accidente! El corazón me late tan rápido que se me va a salir del pecho.

—¡Conduzca con cuidado, joder! —vocifera Drake.

Pasamos unos minutos en silencio. Un silencio bastante incómodo, aunque necesario

porque los tres nos hemos asustado bastante.

—¿Estás seguro de que vamos a tu casa? —cuestiona Roberto al cabo de un buen rato.

El mayordomo solo asiente. Veo en el espejo retrovisor que a Roberto Carlos se le ha dibujado una estúpida sonrisa que le voy a borrar de un plumazo ahora mismo.

—¿Y por qué vas a hacerle caso a él y no a mí? —protesto.

—Porque prefiero enfrentarme a ti cien veces antes que a él.

Drake suelta una especie de risa mezclada con gruñido para disimularla. Estoy segura de que piensa lo mismo que yo: Roberto Carlos no sabe con quién se juega los cuartos.

—Esto es machismo puro y duro.

Me cruzo de brazos llena de indignación. No pienso aceptar la caridad del mayordomo. Es más, no quiero ni verle. Me ha hecho sentir como si fuera insignificante. Ni siquiera llevamos unas horas juntos y ya se ha avergonzado de mí, pero no encuentro una salida a la situación. Aun así:

—Me da igual. No pienso salir del coche. Me tendrás que llevar a rastras.

El mayordomo da un puñetazo sobre la guantera.

—Me cago en mi puta vida… ¡frena el coche, Solís! —ruge Drake.

—¿Me has tuteado? —festeja el guardaespaldas.

Lo mira con los ojos inyectados en sangre.

—¡Frena. El. Puto. Coche!

—Vale, tío. ¿Ves a lo que me refería, Alicia? —Mira hacia atrás.

—¡Mira a la carretera! —le gritamos Drake y yo a la vez.

Aparca en el arcén y pone las luces de emergencia.

Drake suelta una especie de gruñido. Sale del coche dejando su puerta abierta y se dirige a la mía como si fuera un tornado. La autovía está vacía, no circulan coches a estas horas y se permite el lujo de abrir la puerta de par en par. Por un instante creo que va a arrancarla. Me coge del brazo y tira de él para sacarme fuera.

Me pone la espalda contra el coche y él apoya sus manos una a cada lado de mis hombros, sobre el techo. En sus ojos brilla la rabia.

—¿Me vas a decir qué cojones te pasa ahora? ¿Quieres terminar de volverme loco o qué?

—¡No! ¡Dime tú qué te pasa! —grito mientras trato en vano de alejarme de su cuerpo.

Forcejeamos, pero me sujeta por los hombros.

—¡Solo te he preguntado dónde querías ir!

Mis ojos repletos de acusaciones se quedan anclados en los suyos colmados de dudas.

—¿Y dónde se supone que voy a ir en plena madrugada? ¿A casa con mi novio al que he puesto los cuernos o a casa de mi madre que me ha ocultado la verdad de quién soy durante toda

mi vida? ¡Ni siquiera tengo el móvil para poder llamar a mis amigos! ¡Ni dinero para quedarme en un hotel! ¿No ves que no tengo a dónde ir? ¡Eres un maldito gilipollas!

Roberto Carlos tiene que estar flipando.

Drake abre los ojos, estupefacto. Parece que no entiende nada.

—No quiero que me recojas en tu casa por caridad —añado molesta.

Suelta el aire que estaba conteniendo, se aparta de mí y se revuelve el pelo con una mano mientras pone la otra sobre su cadera. Mira al cielo y después a mí.

—¿En qué puto momento has pensado que hago esto por caridad? —Eleva una ceja y se masajea la mandíbula con la mano que tenía en el pelo—. Es más, ¿en qué puto momento crees que no me apetece que vengas a casa?

—¡Oh, te apetece muchísimo, claro, se te ha visto súper emocionado!

—¡Me he puesto así porque creía que no querías venir conmigo! Ha sido una pregunta retórica.

Suelto un bufido de incredulidad.

—¡Oh, vamos, Lennox! —bajo la voz—: Has fingido que no me conoces delante de Roberto Carlos porque te avergüenza que sepa lo que ha pasado entre nosotros. Solo te ha faltado llamarme de usted a mí también.

Sacude la cabeza sorprendido.

—Pero ¿qué cojones…

—Tengo dignidad, ¿sabes? —lo interrumpo—. Después de hacerme sentir tan insignificante no pienso permitir que me recojas como a una refugiada en tu torre de Babel. Prefiero quedarme en la calle sola y muerta de frío antes que permitir que vuelvas a rechazarme.

Echa la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Después la baja y pone las manos cruzadas sobre su nuca, mirando al suelo. Parece que busca algo. Resopla y clava sus resplandecientes ojos sobre mí mientras sus labios se curvan hacia arriba.

—Vas a conseguir que pierda la puta cabeza.

—¡Tú sí que… —No me permite terminar la frase porque se abalanza sobre mí como un depredador. Me sujeta el rostro entre sus manos y me besa con tantas ganas que siento la debilidad en mis rodillas, tanto que tengo que aferrarme a sus hombros porque creo que voy a desplomarme.

Después de ese beso de infarto, se aparta unos milímetros de mí. Le paso la mano por el pelo sedoso. Cierra los ojos para degustar la caricia y al abrirlos su gesto es mucho más amable que antes.

—En cuanto me miraste comprendí que serías mi perdición. Intenté evitarlo, pero no pude. He estado un tiempo luchando contra mis sentimientos, lo admito, pero ahora haría cualquier cosa por protegerte, Alicia. No vuelvas a pensar que te niego. Nunca más —afirma contra mis labios.

OH-DI-OS-MI-O

Asiento con una enorme sonrisa de tonta que no me cabe en el rostro.

—Y ahora métete en ese jodido coche si no quieres que Roberto se haga una paja mirándonos.

—¡Oh! venga ya, tío —protesta el aludido—: estabas haciéndolo de puta madre hasta que has dicho *paja*. Lo has jodido todo.

Se me escapa una risa mientras entro de nuevo en el coche. Al ir a cerrar la puerta me doy cuenta de que Drake está entrando tras de mí para tomar asiento a mi lado y no cabe en mí más amor. Me falta gemir. Cierra la puerta y me da la mano, que reposa con la mía con los dedos entrelazados sobre sus piernas. Apoyo la cabeza sobre su hombro sin poder dejar de sonreír.

Roberto Carlos nos mira perplejo por el espejo retrovisor y suelta un silbido.

—Si no lo veo no lo creo.

—Llévanos a casa y déjate de hostias —gruñe Drake en un tono seco.

—Escuchar cómo me tuteas sí que me pone cachondo —lo provoca—. Te debo una, Alice.

—Vete a la mierda.

—Creí que nunca me lo pedirías.

Suelto una carcajada.

Vaya dos.

Capítulo 34

—¿No me irás a asesinar?

Abre mucho los ojos y eleva las cejas fingiendo sorpresa.

—¿Tanto se me notan las intenciones?

Me río por su respuesta. Siempre tan ocurrente.

—Llevas un rato sin decir ni pío y estás tenso como un yunque...

—De lo cual deduces que voy a asesinarte —termina mi frase.

Con él he descubierto que cuando me pongo nerviosa bromeo y ahora estoy muy muy nerviosa, tanto que llevo un rato jugueteando con el dobladillo del vestido sin cruzar la mirada con él.

—Drake, en serio, esto es muy incómodo —confieso.

Nos encontramos los dos de pie en medio del salón de su casa.

—Dime qué necesitas y te lo traeré —responde solícito.

Miro a mi alrededor a ver si encuentro algo que pueda pedirle y así romper el hielo que parece haberse creado entre nosotros de repente.

La verdad es que me sorprende que su enorme mansión tenga un estilo tan bohemio. Tanto las paredes como el suelo están formados por enormes piedras blancas. El techo lo atraviesan vigas de madera. De no ser por los inmensos ventanales, parecería que estuviéramos en una cueva de verdad. Una lástima que al ser de noche no se pueda ver lo que hay al otro lado.

—¿Puedo cambiarme? —le pregunto señalando mi vestido arrugado.

—Por supuesto. Te indicaré dónde está tu habitación. Hay un baño dentro.

Se vuelve de forma apresurada hacia el pasillo que termina en unas escaleras blancas de mármol y lo sigo. Todo está decorado con materiales sostenibles, en tonos claros, además de haber velas y plantas con flores. No me pega nada con su personalidad.

Voy rumiando que no me hace mucha gracia instalarme en otro cuarto, pero, de momento, no se lo voy a decir.

—Pensé que dormiríamos juntos.

Vale. No había dicho cuánto duraría dicho momento.

Se detiene en seco y clava sus ojos en los míos.

—¿Eso es lo que quieres?

Me abrazo a mí misma mientras asiento con las mejillas ardiendo por la vergüenza. Él mete las manos en los bolsillos, se apoya con un hombro sobre la pared que tiene al lado y cruza un tobillo sobre el otro sin apartar su mirada brillante de mí.

—Creo que antes de acostarnos...

—¡No te estaba pidiendo sexo! —me quejo.

Él suela una risa espontánea al ver el tono rojo de mi rostro mientras niega con la cabeza. Se está divirtiendo de lo lindo el muy cabrón. Soy como un pequeño ratón con el que juega una pantera.

—¿Tienes sueño entonces? —pregunta.

—No.

Ladea la cabeza buscando adivinar qué diablos quiero. Entrecierra los ojos.

—¿Te apetece una copa?

—¡Por favor! —exclamo y sonríe de nuevo—. Pero antes déjame que me dé una ducha y me cambie.

—Claro.

*****

Drake aparece con una bandeja llena de mierdecillas varias para preparar un cóctel. Acabo de descubrir que es esa clase de tío que tiene de todo por si alguna vez en la vida le apetece. ¿Qué más secretos guardará?

Me he puesto una sudadera suya de color gris de Nike que me llega por la mitad de los muslos y unos calcetines de lana gordos del mismo color. Como tiene puesta la calefacción en modo Sáhara, no tengo ni pizca de frío.

Me he duchado en el baño del cuarto de invitados que está en la primera planta. Todo es enorme en esta casa. Enorme y de un gusto exquisito.

—¿Has decorado tú todo esto? —le pregunto mientras tomo asiento en el sofá.

Él dispone las cosas sobre la mesita baja que tengo delante para prepararme el combinado.

—No. Contraté a una interiorista.

—Ya decía yo.

—¿Qué?

—Nada.

—Alicia —insiste observándome muy serio con una ceja levantada.

—Es que este tipo de decoración tan chic no te pega nada. Engañarías a la pobre interiorista para que pensara que eras un hombre bohemio y soñador —bromeo.

—Y, según tú, ¿cuál sería mi tipo de decoración?

—¡Oh! Está clarísimo. Algo oscuro y tenebroso con muebles de metal y todo de color negro. Muy masculino. Marcando quién manda, como a ti te gusta. Debería verse por alguna

parte tu gran complejo narcisista.

Me doy cuenta de que lleva un rato con los brazos cruzados, mirándome en silencio.

—Así que narcisista ¿eh? —Es lo único que dice.

—Sí.

—Ser consciente de que soy el mejor en lo que hago no es ser narcisista, es ser realista.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Ves? No tienes remedio.

Me ofrece la copa que me ha preparado, doy un trago y cierro los ojos para degustarlo. Al abrirlos de nuevo impacto contra su mirada oscura.

—¡Está buenísimo! —exclamo.

—Ya te lo he dicho. Todo lo que hago roza la perfección.

Suelto un bufido seguido por una carcajada.

Él toma asiento a mi lado y coge su copa, es un Manhattan, como el mío. Levanta su copa y brindamos.

—Por nosotros —susurra.

Sonrío por pura inercia, pues su tono canalla y su mirada seductora consiguen que me entre un escalofrío por todo el cuerpo. No entiendo por qué estoy tan nerviosa.

Da un sorbo a su bebida y al limpiarse los labios mis ojos persiguen su lengua con lujuria. Lo está haciendo tan lento a propósito. Estoy segura.

—¿No tienes servicio? —pregunto lo primero que se me pasa por la cabeza para no lanzarme sobre él. Nunca había estado tan necesitada de sexo como ahora. Parece que con él nunca me sacio.

—Tengo un jardinero.

—¿Tampoco tienes mascota?

—No podría hacerme cargo de otro ser.

—Claro, pudiendo dedicar todo tu tiempo a ti mismo, ¿para qué desperdiciarlo cuidando de otro ser vivo?

—Exacto.

—Pues te vendría muy bien un perrito.

—¿Para qué?

—Para trabajar las relaciones afectivas.

—No tengo tiempo para eso.

—¿Y la casa?

—Viene una señora a limpiar de vez en cuando.

—Pero está impoluta y es muy grande.

—No estoy aquí casi nunca. Viajo mucho ¿recuerdas?

—Ah. Ya.

—Si el mantenimiento de mi casa es algo que te quite el sueño podría explayarme contándote las condiciones contractuales de mis empleados.

Nos miramos uno al otro. Él con mofa y yo con antipatía. Le saco la lengua y sonríe. Su sonrisa me reconforta más de lo que me gustaría admitir.

—¿Por qué eres así de idiota?

Se ríe mostrando unos dientes más blancos que la nieve que sale en los dibujos animados.

Después deja la copa sobre la mesa. Pasa un brazo sobre el respaldo del sofá al tiempo que se gira y cruza una pierna sobre la otra a la altura del tobillo, de tal forma que se encuentra de frente a mí. Me siento insignificante.

—Deberíamos ser sinceros el uno con el otro, Alicia.

Abro demasiado los ojos y casi me atraganto con la bebida. Creo que voy a necesitar otro par de copas.

—¿A qué te refieres?

—Tengo que confesarte algo desde hace mucho tiempo porque no he encontrado el momento adecuado y no voy a permitir que pase de esta noche.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es?

—Antes de contártelo, quiero pedirte que reclames la herencia que te dejó tu padre.

—¿Cómo dices?

Cojo aire antes de asimilar lo que me acaba de soltar. No hubiera averiguado que iba a salir con esto ni en un millón de años. Creía que estábamos en plan guasa. El cerebro se me ha bloqueado. Abro la boca para responder, pero se me adelanta.

—Una condición del testamento es que reclames la herencia hasta el día en que cumplas los 30 años. Disponemos, más o menos, de un mes.

—¿Qué testamento?

—Tu padre escribió un testamento y lo dejó custodiado en el despacho de un prestigioso abogado amigo suyo antes de partir a aquel viaje a Colombia.

Frunzo el ceño, pensativa.

—¿Crees que sabía que no volvería?

Solo de pensar en esa posibilidad se me hiela la sangre.

—Puede ser. Pero eso ahora no importa, Alicia. Tienes que reclamar lo que es tuyo cuanto antes.

—Yo no quiero nada. No es mío.

—Da igual si no lo quieres. Tienes que hacer lo correcto. Tu padre lo querría así. Fue su última voluntad. Una vez que tengas el dinero, dónalo a una ONG, me da igual, pero tienes que ir al despacho.

—No. Que se lo quede Alexandra todo.

No quiero ni imaginar la que se podría liar si la prensa descubriera que la gran Alexandra Gragio se verá en los tribunales con una mindundi que quiere quitarle la mitad de sus pertenencias. Ya veo los titulares: «La aprovechada que pretende estafar a la pobre actriz haciéndose pasar por su hermana». No, no, no, de ninguna manera.

—Alexandra ni siquiera sabe que existes.

—¿Qué? ¿Y cómo es eso posible? ¿Es que no ha leído el testamento?

—Ha leído la parte que le han permitido leer.

—¿Qué quieres decir, Drake? No entiendo nada.

Me está empezando a entrar calor y me abanico con la mano. Él alarga la suya y la posa sobre mi rodilla temblorosa para tratar de calmarme.

—A nadie le interesaba que salieras a la luz. No se trata de un simple testamento de un padre a su hija secreta. Hay muchas más cosas en juego.

—Se supone que debías tranquilizarme —le reprocho.

—No tengo tiempo para andarme por las ramas. Tenemos que trazar un plan.

—¿Qué tipo de cosas hay en juego, Drake?

Mira hacia su izquierda y después a la derecha. Luego se echa hacia adelante para hablar muy bajito y yo hago lo mismo para poder escucharlo.

—Geller —musita como si temiera que hubiera cámaras en cualquier parte.

—¿Qué pasa con él?

—Roberto y yo creemos que ha intentado matarme.

—¿¡Qué!? ¿Por qué? —Me cubro la boca con las manos y abro mucho los ojos.

—Cree que cuanta menos gente sepa la verdad, mejor. Y yo lo sé todo. Más que él incluso. Además, si se ha enterado de que… *estamos juntos* —casi se atraganta al decir estas dos palabras —, tiene que estar aterrado. Si me eliminase a mí de esa ecuación, solo le quedaría el albacea que custodia el testamento. Una presa fácil. Por eso no quiero que nadie nos vea juntos.

—Pero, no lo entiendo, ¿por qué piensas que ha intentado matarte?

—Maximiliano dejó caer que mi jefe estaba muy decepcionado conmigo y Roberto ha descubierto que el secuestro fue orquestado por él, por eso nadie se ha enterado de lo ocurrido. Fue un mero teatro. Además, le escuchó ordenar a sus hombres que *me disparasen sin acabar conmigo del todo porque así parecería un accidente*.

La cabeza me echa humo.

—¿Y por qué iba a orquestar el secuestro?

—Por dos razones muy simples. Una: hacerse el héroe delante de Alexandra. Y dos: mantenerte alejada de aquí.

—¿Y por qué no me ha matado a mí?

—A ti, de momento, te necesita viva. Al menos durante un mes más.

—¿Por qué?

—Si alguna de vosotras dos muriese antes de cumplir los treinta, todo el testamento deberá ser donado a las familias afectadas por la barbarie de Colombia. Y si solo lo reclamase una de vosotras, estando la otra viva, será íntegro para la parte solicitante.

—Pero, ¿qué tiene que ver Geller en todo esto?

—¡Sh! —Se lleva el dedo índice a los labios—. No digas su nombre. Llámalo… *Gato*.

—¿Qué pinta aquí el gato ese? ¿Por qué querría desplumar a la perdiz?

Me mira sorprendido al comprobar que estaba muy atenta a su conversación con Roberto Carlos y, no solo eso, sino que he descifrado su idioma en clave, o al menos una parte. Sonríe orgulloso.

—Ya te dije que quería casarse con Alex.

Pongo los ojos en blanco.

—Pensaba que era una broma.

—Da igual. Ahora mismo tenemos que centrarnos en ir dos pasos por delante de él y te puedo asegurar que no va a resultarnos nada sencillo.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Lo primero es rescindir tu contrato. Después despedirme. Y luego personarnos en los juzgados donde estará el albacea para poder reclamar la herencia.

—¿Solo eso? ¿Así de fácil?

Descruza la pierna y se sienta con los dos pies apoyados sobre el suelo, haciendo una inclinación hacia el frente y apoyando los codos en las rodillas muy separadas. Une las puntas se sus dedos, mira pensativo al infinito y resopla.

—Me alegra que te parezca fácil.

Lo miro hecha un matojo de nervios.

—¿Qué hay de difícil en eso?

Él guarda silencio mientras observa un punto fijo con suspicacia.

—Me vas a asustar de verdad, Lennox, ¡dímelo! —le exijo.

Chasca la lengua y después me mira, pero algo en su mirada me hace desconfiar.

—Da igual. Ya lo iremos viendo sobre la marcha. Puede que me haya preocupado en exceso.

Sé que miente, pero estoy tan cansada que ahora mismo lo único que quiero es dormirme

entre sus brazos y que se derrumbe el resto del universo.

Me levanto del sofá, le ofrezco la mano, me mira sopesando si de verdad quiero hacerlo y al final siento cómo su cuerpo se relaja, me toma de la mano, se incorpora y lo llevo entre risas y cosquillas a su habitación.

Capítulo 35

—¿No tienes nada que decir? —me pregunta.

Se encuentra sentado con la espalda apoyada sobre el respaldo de su descomunal cama. Tiene el torso desnudo porque le he quitado la ropa por el camino mientras nos besábamos.

—No quiero hablar de problemas ahora. Solo quiero… estar contigo.

La luz de la luna que entra a través del inmenso ventanal de su habitación es lo único que ilumina la estancia y nuestros rostros.

—Pero debemos…

Le pongo el dedo índice sobre sus labios para impedirle continuar.

—Dejemos las obligaciones a un lado. Solo esta noche, Drake. Lo necesito. Solos tú y yo.

Sus ojos bailan indecisos.

Consciente de la batalla que se cierne en su interior, dispuesto siempre a hacer lo correcto, me siento a horcajadas sobre sus muslos. Estoy harta de fingir ser quien no soy y de ocultar mis sentimientos reales. Quiero acabar con todo eso. Quiero ser yo.

Sus enormes manos me toman por los muslos con firmeza. Aún llevo puesta su sudadera. Parece que le gusta verme con ella.

—Quiero que sepas que… —Sus ojos reflejan miedo. Un hombre tan grande y noble no debería tener miedo por no ser suficiente y eso me anima a continuar—: Quiero que sepas que yo también estoy rota por dentro, Drake, pero que cuando estoy contigo me infundes el valor que necesito para enfrentar mis miedos y querer ser mejor. Contigo soy más yo que nunca.

Suelta un suspiro, se deja caer hacia adelante y apoya su frente en mi hombro. Le tiembla el cuerpo. Le paso mis dedos entre su pelo suave. Siento algo húmedo en mi piel y entonces cojo su rostro entre mis manos para poder mirarlo a los ojos.

No puede ser.

—Drake. Estás…

Se seca las lágrimas que resbalan por sus mejillas con la palma de la mano, muy enfadado consigo mismo.

—Me estoy enamorando de ti y no puedo evitarlo. —Se me abre la boca y me apresuro a taparla con una mano

—¿Qué?

—No me he atrevido a confesármelo ni siquiera a mí mismo. Pero volvería a pasar por la mierda que he tenido que soportar durante toda mi vida una y mil veces más si eso me llevara a ti.

Joder. Ahora soy yo la que no puede retener las lágrimas.

—Yo siento lo mismo, Drake.

Se estremece en un sollozo mientras una inmensa sonrisa, la más bonita de todas, engalana su rostro brillante por las lágrimas.

Acaricia mis hombros trazando círculos con la punta de sus dedos, después desciende por mis brazos hasta atrapar mis manos entre las suyas y entrelazamos los dedos. Posa sus labios sobre los míos con dulzura. Sabe salado. Este beso es diferente a todos los demás. Es un beso dulce de adolescentes. Un beso que deberíamos habernos dado hace mucho tiempo, pero nosotros, como ya es costumbre, empezamos por el final.

Sus fuertes brazos rodean mi cuerpo para estrecharme contra su pecho. No tardo en notar su dureza entre mis piernas y eso consigue que suelte un gemido, lo que termina de dar rienda suelta a su contención.

No podemos parar de besarnos. Me besa el cuello y echo la cabeza hacia atrás. De vez en cuando me muerde la piel y eso me vuelve loca. Sus manos buscan debajo de la sudadera mis pechos y en cuanto los encuentra arqueo la espalda por su contacto. Es como si estuviesen hechos para él. Solo puedo pensar en su boca devorándome.

—No quiero tu cuerpo —susurra.

Le hundo los dedos en su pelo con fuerza y gruñe. Coge la sudadera, me la quita y la lanza por los aires como si la odiara, lo que me hace reír. No tarda en lanzarse sobre mis pechos, que lame con devoción y me vuelve loca. Siento su piel cálida contra la mía.

Luego se incorpora y me coge con un solo brazo para dejarme tendida bocarriba sobre la cama. Él permanece de rodillas sobre el colchón, mirándome con los ojos negros de deseo. Contengo las ganas de cubrirme.

Se relame, no aparta sus ojos de los míos mientras coge mis braguitas y las baja a lo largo de mis piernas hasta que las lanza junto a la sudadera. Pero esta vez la expectativa no me permite reírme. Se coloca mis piernas sobre sus hombros y me sonríe de una manera tan lasciva que casi tengo un orgasmo.

—No quiero tu obediencia —jadea.

En cuanto su boca entra en contacto con mi piel casi me da algo. Una mezcla entre pudor y placer muy extraña. Pero su maestría enseguida logra que el pudor se vaya por donde ha venido. Le agarro del pelo con una mano y al colchón con la otra. Él me sujeta con fuerza por las caderas para anclarme al colchón. Estoy al borde de la locura.

La boca se me seca en cuanto lo miro a los ojos. Es potencia. Es sexo salvaje. Pero no es eso lo que deseo de él. Lo que anhelo es lo que no se ve. Lo que esconde bajo esas capas.

—Lo que quiero es tu corazón.

Su mirada se torna tan tierna que le hubiera roto el corazón a cualquiera que la hubiera

visto.

—Drake, hazme el amor —le pido.

Se levanta de la cama para coger un preservativo del primer cajón de la mesilla y se lo pone. Es tan experto que creo que podría ponérselo incluso con un dedo y los ojos cerrados.

No tarda en volver. Se acomoda poco a poco sobre mí. Sosteniendo su peso sobre los antebrazos y me besa. Le coloco las piernas alrededor de su cintura. Le acaricio el pelo, la espalda y las nalgas.

Se introduce en mí muy despacio y permanece quieto cuando está dentro. Muy dentro.

—Nunca he hecho el amor con nadie —susurra en mi oído.

Cojo su rostro entre las manos y le obligo a mirarme:

—Solo tienes que dejarte llevar por lo que sientes. Por lo que te dicta el corazón.

Y vaya si lo hace.

Parece un animal insaciable. Lo hemos hecho tres veces seguidas. Entre sudor, lágrimas, besos, caricias, jadeos y estrellas me ha hecho el amor como nunca me lo había hecho nadie.

—Menos mal que no sabías hacerlo —suspiro agotada mientras trato de apartarme el pelo sudoroso enredado en el cuello.

—Te haré el amor hasta el fin de los días, Alicia —susurra contra mis labios.

Una vez que hemos terminado el tercer asalto, exhaustos, permanecemos abrazados, yo con la cabeza sobre su pecho, acariciándonos medio dormidos.

—Drake.

—Mmmmm.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te estabas enamorando de mí? —susurro.

No responde.

Levanto la cabeza para poder mirarlo a los ojos. No lo está dudando, solo… parece que no quiera confesármelo. Al final destensa los hombros y lo suelta:

—Al día siguiente de que me salvaras la vida. Cuando me abrazaste. Al sentir los latidos de tu corazón contra mi pecho. Tuve ganas de reír. Joder. Por primera vez en casi cuarenta putos años quise saltar de alegría y reír con fuerza.

—Vaya. Pues lo fingiste muy bien —protesto.

Lo que yo recuerdo de ese momento es que quería apartarme de él a toda costa.

—Ya te he dicho que me debatía entre la razón y el corazón.

—Y ganó la razón, obviamente —ironizo y sonríe.

—Cuando me cosiste la herida comprendí que no eras la mujer dependiente que fingías ser. Que eras mucho más.

Me besa con suavidad.

No creo que fingiese ser dependiente, en realidad me hicieron creer que lo era. Nadie me había dado la oportunidad de ser valiente. Nadie había confiado en mí. Solo él.

—Creo que te equivocas —digo.

—¿Por?

—No fue en ese momento.

—¿No? —Frunce el ceño.

—Vamos, Lennox, los dos sabemos que te tenía en el bote desde que me escuchaste cantar en italiano —bromeo.

Suelta una carcajada.

—¡Sí! Fue justo ahí.

Vuelvo a posar el rostro sobre su pecho con una enorme sonrisa en mis labios.

—Yo creo que sentí algo por ti en cuanto te vi salir de aquel ascensor. ¿Te acuerdas? Te agachaste para darme el zapato que se me había caído al suelo.

—¿De verdad? —Se sorprende.

Asiento con energía.

—No pude volver a pensar en otra cosa que no fueran tus ojos —admito.

Siento su pecho moverse arriba y abajo por la risa.

—Eso demuestra lo superficial que eres —bromea.

—No puedo negarlo —asumo acariciando sus brazos musculosos para certificarlo—. No todos somos tan recatados como tú. Seguro que en la escuela esa de mayordomos os enseñaban a no mirar a las mujeres y manteneros castos y puros de por vida.

Suelta otra carcajada.

—Yo me refería a tener sentimientos fuertes.

—Y yo.

—No, cariño, tú estás hablando de ponerte cachonda. —Su voz ronca y su boca sucia me encienden de nuevo. Esto no es posible—. Yo me volví loco cuando te vi en ropa interior sobre la cama el día que derribé la puerta. Tuve que salir a toda prisa de allí porque me empalmé como un maldito adolescente.

—¿En serio?

Asiente.

—Esa imagen fue la protagonista de muchas pajas después.

Vuelvo a levantar la cabeza con la boca abierta escandalizada.

—¿¡En serio!?

Se pone una mano sobre la cabeza y asiente con mirada felina, lo que me hace reír y ponerme cachonda a partes iguales.

—¿Tú qué crees?

—¡Pensaba que te repelía! —protesto divertida.

—Era mi papel. Pero me lo has puesto demasiado difícil.

Volvemos a quedarnos callados durante un rato mientras escuchamos nuestra respiración y nos hacemos arrumacos. Nunca había estado así con nadie. Tan a gusto. Odio compararlos, pero es que Gerardo se ponía a roncar en cuanto terminaba y la mayoría de las veces solo se corría él. Drake disfruta dándome placer a mí.

—¿Qué va a pasar entre nosotros, Drake? No te imagino paseando conmigo por el parque. Tú necesitas guerrillas colombianas y secuestros exprés en tu vida.

Me observa pensativo.

—Ya he tenido suficiente de eso.

—¿De verdad?

—Me apetece establecerme en algún sitio y estar tranquilo. —Se encoge de hombros.

Le doy otro beso en los labios.

—Necesito decirte que no quiero que renuncies a nada por mí. Si deseas seguir trabajando para Geller lo respeto. Me acostumbraré.

Él se incorpora para mirarme a los ojos. Parece sorprendido.

—Gracias por eso.

—Lo digo de verdad.

—Lo sé.

Me levanto de la cama, voy al baño a lavarme y al salir me pongo la sudadera y las braguitas que estaban tiradas por el suelo. Me siento sobre la cama con las piernas cruzadas frente a él, que está sentado con la espalda sobre un montón de almohadas.

De todas las preguntas que me gustaría hacerle, solo una me tortura:

—Drake, ¿qué pasó con tus padres?

Noto cómo se tensa de repente.

—¿Por qué quieres saberlo? Imagina que están muertos y punto —su tono denota irritación.

—Porque quiero conocerte. No es justo que tú lo sepas todo sobre mí y yo nada de ti. Necesito que confíes en mí. No voy a juzgarte.

Me observa y veo la duda palpitar en sus ojos.

Suelta un suspiro mientras se cruza de brazos.

—Cuando volví de Colombia intentaron que no destapara lo que ocurrió. Querían que nos dieran una indemnización de mierda como les asignaron a los demás y seguir con nuestras vidas como si nada.

—¿Lo dices en serio?

—Mis padres son gente sencilla. No querían problemas. Destapar todo aquello supondría cambiar nuestras vidas para siempre. Dijeron que no estaban dispuestos a volverme a perder.

—Y te perdieron igualmente —musito.

—Mi honor no me permitió mirar hacia otro lado.

Alargo un brazo y lo cojo de la mano.

—Tuvo que ser muy duro que después del calvario que sufriste para volver a casa nadie te apoyase.

—Fue mucho peor que las miserias que viví en la selva para sobrevivir. —Se obliga a no recordarlo, pero estoy segura de que lo está haciendo.

—Gracias por contármelo.

Se levanta de la cama, abre un cajón de la cómoda y se planta un bóxer de color azul marino. Después se pone a deambular por la habitación como una pantera enjaulada. Tiene la mandíbula tensa y se revuelve el pelo. Está a kilómetros de aquí. Supongo que pensar en sus padres le duele más de lo que quiere aparentar. Estoy a punto de pedirle que lo deje, que no siga hablando del tema, pero me contengo porque en realidad quiero que se desahogue.

—Oye. —Me levanto y lo sigo, pero parece no verme. Le cojo una mano para que se detenga y me mire. Lo hace a regañadientes—: ¡Hiciste lo correcto, Drake! No permitas que nadie te haga pensar lo contrario. Nunca.

—Tuve que tomar decisiones muy difíciles cuando era solo un puto crío de veinte años. Una de ellas fue esa: mi deber o mi familia. Si sobreviví en la selva fue solo porque me juré vengar a mis compañeros. No tuve dudas.

Lo abrazo con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello, absorbiendo su olor y tratando de infundirle amor. Él me devuelve el abrazo.

—Por eso, cuando todo acabó, decidiste irte a Londres y dedicar tu vida a obedecer órdenes en vez de darlas. Por esa razón eres mayordomo —conjeturo mientras me aparto un poco de su cuerpo.

Asiente.

Me imagino a un chico esquelético y lleno de cicatrices volviendo a casa como si fuera un milagro y que le repudiasen sus padres por querer seguir luchando, por hacer lo correcto, en vez de apoyarlo. Me muero de pena. Pero hay padres que no saben actuar en situaciones complicadas.

—Al menos la cuantía que les pagaron a las familias de los caídos se multiplicó por mil después de aquello. Fue solo dinero, pero me sentí menos culpable al haber hecho justicia, por lograr que mis compañeros no muriesen en vano —indica.

Niego con la cabeza mientras él se aleja de mí.

—No puedes sentirte culpable por algo que no hiciste, Drake.

—Lo sé. Con los años lo he ido asumiendo. Cumplir con mi misión era lo único que me ha

mantenido cuerdo todos estos años. Tú eras mi último cabo suelto. No sé qué hubiera sido de mí de no haberte encontrado.

Vuelvo a cogerle las manos y me acerco para darle un beso dulce, pero continúa manteniendo la distancia.

—Pues ya puedes descansar, soldado. Todo ha salido bien —susurro.

—No creo que haya salido bien. No teníamos que acabar juntos. Lo único que puedo ofrecerte es sufrimiento. No soy bueno para ti, Alicia, pero parece que te empeñas en no verlo —reniega contra mis labios.

—Eso deberé decidirlo yo, si no te importa.

Deja escapar una sonrisa irónica.

—Me juré no volver a decidir el destino de nadie y… —hace una pausa, aprieta los labios y su mirada se llena de algo similar a la culpabilidad. Traga con dificultad—: No volver a abrirme a nadie para no perderlo. Y mírame. Ahora estoy cagado de miedo… por perderte.

Abre los brazos y deja caer los hombros para demostrar que se rinde y yo no aguanto sin lanzarme a su pecho para abrazarlo con fuerza. Enseguida me envuelve en sus brazos y me besa la coronilla con dulzura. Su aroma y el suave vaivén de su pecho me reconfortan.

—Estoy seguro de que tarde o temprano pagaré un alto precio por todo el amor que me estás dando. Siento que cuanto mejor estemos, más intenso será el dolor que sienta después.

Me separo de él y elevo el rostro para mirarlo a los ojos.

—No vas a perderme. Te lo prometo.

Sus ojos brillan al borde del llanto, pero se contiene. Yo, sin embargo, los tengo anegados en lágrimas y ni siquiera me he dado cuenta. Me percato al sentir una gota recorrer mi mejilla. Coge mi rostro entre sus manos para posar sus labios sobre esa lágrima con suma delicadeza y le sonrío henchida de amor.

—No sé amar, Alicia.

—Yo te enseñaré.

—Creo que estoy maldito, todos los que se acercan a mí mueren o quedan devastados de por vida.

El gigante se va a derrumbar de un momento a otro. Miro embelesada al hombre que tengo delante. Es guapo, fuerte, generoso y noble. Sacrificó todo cuanto tenía por el honor de sus compañeros y renunció a su familia por salvaguardar sus valores. Porque era lo único que le quedaba. Incluso ahora, convertido en un hombre formidable, sigue sin creer que sea suficiente para nadie.

—¡Oh, Drake! Ven aquí. —Lo atraigo hacia mí y se deja caer contra mi hombro mientras lo abrazo y lo acuno.

Su cuerpo se destensa entre mis brazos y me rodea con los suyos.

—En la selva me dijiste que las protagonistas de tus libros se salvan solas y que incluso hasta podrían salvar al héroe ¿recuerdas?

—¡Claro!

—Pues tenías razón.

Y así es como termino de enamorarme de él. Sin remedio. Con toda mi alma.

Capítulo 36

Miro la hora por enésima vez en el último minuto en la pantalla del móvil que Drake me ha comprado esta mañana. Por cierto, me ha dejado aquí antes de irse a resolver sus asuntos con Geller, por eso estoy algo preocupada. Teniendo en cuenta que ha intentado matarlo, creo que mi inquietud está justificada.

Me encuentro sentada frente a una mesita baja esperando a que la camarera me sirva la manzanilla que he pedido. El pie no es capaz de estarse quieto, se mueve arriba y debajo de manera involuntaria. He quedado con mi madre en una cafetería dentro de la estación de Atocha porque viene en el tren de cercanías y le he pedido que nos viésemos en un lugar público y a solas para que no me la liase con su don teatrero.

—¡Alice!

La veo a lo lejos venir corriendo hacia mí. Tiene la cara roja y los ojos llorosos. No tiene muy buen aspecto. Mi primer impulso es levantarme corriendo para abrazarla, consolarla y llorar juntas. Pero me obligo a permanecer sentada mientras ella esquiva a los viandantes a toda prisa.

—¡Alice, cariño!

En cuanto llega a mi altura se abalanza sobre mí y casi nos caemos al suelo.

—Tranquila, mamá, estoy bien.

No hay consuelo para ella. Toma asiento en una silla y la acerca dando saltitos con ella hasta que está pegando a la mía. Me abraza y me besa como si no hubiera mañana.

—Alice, por Dios. Nos tenías muy preocupados. No sabíamos nada de ti. No había manera de localizarte. He perdido muchos kilos pensando que algo malo podría haberte ocurrido. Tu padre ha llamado a todo el mundo que pudiera ayudarnos. Está desesperado y encima no has querido verle. ¿Qué está pasando?

Me alejo un poco de ella porque me está dando tanta pena que voy a ceder y me he prometido a mí misma no hacerlo. Ella me mira como si buscara alguna herida o algo que me delate, pero me he encargado de venir maravillosa, con un conjunto de falda y chaqueta de color azul petróleo que me ha comprado Drake, unos taconazos de aguja, peinada y maquillada.

—Mamá, estoy bien. Solo he perdido el móvil y no tenía manera de localizaros porque estaba de viaje y ya sabes lo mala que soy para memorizar los números. En cuanto llegué a España fue lo primero que hice. Además, no ha sido tanto tiempo, tienes que relajarte. No puedes saber dónde estoy en cada momento como cuando tenía tres años.

—¿Relajarme? ¡Gerardo tampoco sabía nada de ti! ¡Ni siquiera tus amigos! No has puesto fotos en tus redes… parecía que te había tragado la tierra, hija.

—Bueno, ya te lo he explicado —afirmo tajante.

Me observa con cautela. Me conoce muy bien y sabe que algo ha cambiado.

—Vale. Ya veo que estás muy bien. Ahora cuéntame dónde has estado.

—Ya te lo he dicho, de viaje de trabajo.

—Alice —suelta en un tono despectivo—, ¿crees que puedes hablarme así? ¿A tu madre? ¿Qué te pasa? Falta un mes para la boda y ni siquiera te has dignado a elegir un vesti…

—No va a haber boda, mamá —la interrumpo.

Sus ojos se abren como platos. Se queda en shock.

—¿Cómo que no va a haber boda? ¡Será una broma!

La miro con rotundidad.

—¿Crees que tengo cara de bromear?

—Pero… —duda qué decir al verme tan segura—, no puedes. Está todo preparado. La gente…

—Me da igual lo que piense la gente, podrías preguntarme si estoy bien antes de pensar en lo que opinarán los demás.

Se pone el dorso de la mano sobre la frente fingiendo que va a desmayarse. Un viejo truco que ya no me afecta. Como ve que no le hago el menor caso, exclama:

—¿Y Gerardo? ¿Se lo has dicho?

—Primero quería hablar contigo.

—¡Pobrecito, Alice! ¡No tienes cor…

—¡No te atrevas a terminar esa frase! —la amenazo en un tono tajante señalándola con el dedo—: Aquí la única que no tiene corazón eres tú por ocultarme durante toda mi vida la identidad de mi padre.

Sus ojos se oscurecen y se queda pálida. Pero enseguida disimula. Cree que es imposible que sepa la verdad.

—Vaya tontería. ¿Y qué quieres que te cuente de tu padre? ¡Pregúntaselo a él!

—No puedo.

—¿Por qué? Estará encantado de resolver todas tus dudas.

—Lo veo un poco difícil porque está muerto.

Traga con dificultad y mira a su alrededor buscando una salida como si fuera un animal enjaulado. Ya no le queda la menor duda de que lo sé. Y a mí tampoco. He de admitir que hasta ahora mismo albergaba una mínima esperanza de que me convenciera de que todo era mentira, pero acabo de darme de bruces contra la cruda realidad.

—¿Qué estás diciendo, Alice? —Lo intenta por última vez y ni siquiera le hago caso porque su actitud me resulta patética.

La camarera llega con mi bebida y mientras me la sirve le pregunta a mi madre qué desea tomar, pero no puede ni contestar.

—Una tila, por favor —le pido yo. Asiente, me sonríe y enseguida se marcha.

Mi madre no es capaz de mirarme. Se retuerce una mano contra la otra y se mueve en la silla como si hubiera chinches en ella.

—Mamá, mírame.

Obedece a regañadientes y veo que tiene los ojos enrojecidos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has ido a Italia para averiguarlo? —musita al fin.

—Eso da igual. Quiero que me expliques por qué me has ocultado algo tan importante durante tantos años.

—Lo hice para protegerte.

—¿De qué? ¿Del amor de mi padre?

—Él no te quería. Yo…

—¡No te atrevas a mentirme! —Levanto la voz al interrumpirla y se sorprende, pues siempre he sido sumisa ante ella—. Fuiste tú la que le negó conocerme. ¡No tenías derecho!

Cada vez que lo pienso me invade la rabia porque haya influido en mi vida así. Ha decidido mi destino sin contar con nadie y de la manera más egoísta posible. Esto parece que le sorprende y la estremece a partes iguales porque alza la cabeza y se endereza en la silla, tomando una postura orgullosa. Eso sí, con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Con quién has hablado? Nadie sabía eso.

—Te vuelvo a repetir que eso no importa. Quiero saber tus motivos y después decidiré si te perdono o no.

Suelta un sollozo y se enjuga las lágrimas con un pañuelo azul de tela que ha sacado del bolso. Toma aire y comienza a hablar con la mirada perdida en un punto fijo del infinito.

—Yo era muy joven, solo tenía diecinueve años. Acababa de salir de un instituto femenino de monjas. Imagínate. No sabía lo que era un hombre, aparte de mi padre, claro, pero él no contaba. Una tarde salí a pasear y lo vi a lo lejos con su elegante uniforme del ejército. Era tan guapo que dolía mirarlo. Nunca he visto un hombre más atractivo. Tú has heredado sus increíbles ojos, por cierto.

Hace una pausa para mirar hacia otra parte.

—Mamá.

Niega con la cabeza como si no quisiera recordarlo.

—Se encaprichó de mí al instante. Era mucho más mayor que yo, me sacaba trece años, y supongo que le gustó que fuera tan ingenua. Fui tan tonta que me enamoré de él en cuanto me miró. —Suelta una risa triste—. Fuimos novios muy poco tiempo, durante un año, más o menos, aunque no nos veíamos todos los días. Él vivía en Roma. Venía cuando podía y pasábamos tres o cuatro días juntos en una casa que tenía a su nombre. Nuestro amor fue una fuerza arrolladora que nos arrasó a los dos. Después de aquello creo que ninguno pudo amar a nadie más. O al menos no como lo hacíamos nosotros. —Los ojos soñadores de mi madre me causan lástima. Estoy al borde del llanto yo también, pero me debo mantener fuerte para que confiese y no se

aproveche de mi debilidad.

—Tuvo que ser bonito —susurro para animarla y asiente.

—No todo el mundo tiene la gran suerte de vivir un amor así, Alice.

Me quiere enredar en su tela de araña. Ahora lo veo.

—Continúa, por favor.

—Marco se esforzó mucho en dos cosas: conquistarme y esconder nuestra relación. Al principio creí que era por mi padre, pero después descubrí que fue porque estaba casado. Todavía siento el dolor en el pecho cada vez que recuerdo su mirada de horror al contarle que estaba embarazada.

—¿Fue así como te enteraste de que estaba casado? ¿Cuándo fuiste a contarle que estabas embarazada?

Pobrecita.

—Así fue. Recuerdo que fantaseaba día y noche con ese momento. Soñaba que me propondría matrimonio en cuanto supiera la noticia. Que nos iríamos a vivir juntos y saldría de la dictadura de mis padres por fin. ¡Qué ilusa fui! A día de hoy todavía me avergüenzo.

—Tú no tienes que avergonzarte. Él fue el que engañó a su mujer. ¡Y a ti!

—Supongo, pero nunca me recuperé de aquello.

Dejo escapar un suspiro. Me muero de la pena por verla así. Sé que me está diciendo la verdad porque creo que es la primera vez en su vida que la veo hablarme de una manera tan honesta.

—Y, casualidades de la vida, su mujer se acababa de quedar embarazada también. Justo el día que vino para dejarme y contarme que ya no podíamos seguir juntos, le di la tremenda noticia de mi embarazo.

—Madre mía. —Me llevo la mano a la boca.

—Todo lo que te cuente es poco, pero no quiero entrar en detalles ahora. Solo puedo decirte que no te imaginas lo que tuve que pasar. Él desapareció. Mis padres casi me mataron cuando se enteraron del embarazo. Tu abuelo me dio tal paliza que a día de hoy todavía no entiendo cómo no aborté. Todo el barrio me llamaba puta por la calle... Fue horrible. Pero yo quise tenerte. Eras lo único que conseguía que sonriera cada día.

No aguanto más y la cojo de la mano para mostrarle mi apoyo. Ella me sonríe entre lágrimas.

—Siento haber sido tan dura contigo, mamá.

—No, hija. Tienes razón. Debí habértelo contado hace mucho tiempo, pero quiero que entiendas por qué no lo hice. Cuando tenías dos añitos, Marco apareció de repente diciendo que quería conocerte. Su mujer había muerto de cáncer y me dijo que no se atrevió a dejarla en medio de la enfermedad, pero que no había dejado de pensar en mí ni un solo día. Estaba dispuesto a volver conmigo para criar juntos a las dos niñas.

—¡Eso hubiera sido maravilloso!

—Lo hubiera sido. Pero la condición era que tenía que irme a Italia con él. En cuanto se enteró mi padre lo amenazó de muerte si nos llevaba lejos de él. Para tu abuelo eras lo mejor que le había dado Dios. Te quería más que a nada en el mundo. Le echó en cara a Marco haber desaparecido, no habernos mandado dinero, no haber estado cuando le habíamos necesitado, no dar la cara por mí cuando todos me insultaban y le dijo que nunca permitiría que me llevase a Italia. Ni a su nieta tampoco. Antes tendría que matarlo.

—Joder con el abuelo.

Yo lo quería muchísimo y lo sigo haciendo, pero jamás lo creí capaz de tal cosa. Se me está cayendo un mito.

—Después de aquello nunca más volví a dirigir la palabra a mi padre. Murió sin que le perdonara. A día de hoy no le puedo perdonar y me odio por ello. Pero por su culpa no he podido volver a ser feliz. —Rompe a llorar y la atraigo hacia mí con cariño para abrazarla y consolarla.

—No te tortures, mamá. No pudiste hacer nada. Eran otros tiempos, eras una niña y, además, dependías de los abuelos económicamente.

—Sí que pude hacerlo. Pude escaparme con él, pero no me atreví. Me convencieron de que un hombre como Marco se aburriría de mí tarde o temprano y entonces tampoco tendría a mis padres. ¿Dónde iría yo con veintidós años y una niña pequeña? —Solloza desconsolada.

—Oh, mamá. —Le doy un beso en la frente mientras ella se suena los mocos y se limpia las lágrimas en el pañuelo.

La camarera llega para dejar su tila y nos observa como si estuviéramos en peligro. Nos pregunta si estamos bien y al decirle que sí se marcha, aunque no demasiado convencida.

Pasados unos minutos en silencio, mi madre bebe varios traguitos de su taza y trata de serenarse antes de volver a tomar la palabra.

—Cuando me dijeron que Marco había muerto creí que moriría con él. Dicen que de amor no se muere, pero vivir la pérdida de un amor así es lo mismo que morir. Nunca dejé de amarlo. Ni siquiera ahora. Siempre será el amor de mi vida.

Siento tanta pena por ella. No soy capaz de ponerme en su lugar, tuvo que ser horrible.

—Lo siento mucho, mamá —le digo apretando su mano.

—En su lecho de muerte tu abuelo me confesó que Marco me había estado mandando dinero, mucho; y que, además, me había estado escribiendo cartas durante años, pero que las quemó todas. Todas las razones que alegó durante años para apartarlo de mí eran mentira.

—¿Qué?

El corazón me da un vuelco. Me oprime. Y, si me duele a mí ahora, ¿cómo debió de sentirse ella al enterarse de aquella atrocidad? No quiero ni imaginármelo. Me revuelvo en la silla y aprieto los puños.

—Joder, mamá, el abuelo no tenía derecho —exhalo llena de ira e indignación—. ¿Y la abuela no hizo nada? ¿Ni siquiera te lo contó?

Niega apenada.

—Ella nunca se atrevió a llevar la contraria a mi padre. —Se encoge de hombros—. Y ese es el referente de padres que tuve, por eso no quería ser igual contigo, pero siento que al final he terminado haciendo lo mismo.

Dejo escapar un suspiro.

—No te voy a decir que eres la mejor madre del mundo, pero tampoco eres la peor, mamá. Me has sobreprotegido, además, me has manipulado, y eso me ha cortado las alas en muchos sentidos. Pero ahora sé que has hecho lo que has podido con las herramientas que tenías y no te juzgo.

—Ay, Alice, estoy tan orgullosa de ti. Te has convertido en una mujer maravillosa.

Creo que es la primera vez que me lo dice. La primera vez que no me siento un cero a la izquierda cuando estoy a su lado. Nos abrazamos como nunca antes lo habíamos hecho. Con un amor renovado que me llena el corazón. Entender sus circunstancias logra que el rencor desaparezca por completo y que cada pieza del puzzle encaje en el lugar que le corresponde. No fui la aventura de una noche, fui fruto de un amor inmenso que tuvo un final demasiado trágico por las circunstancias.

—Entonces ¿fue el abuelo el que no permitió que mi padre me reconociera como hija?

—Sí.

—¿Y después de su muerte? ¿Por qué no lo hiciste?

—Después era tarde.

—¿Tarde para cobrar la herencia o para reconocerme? —inquiero.

Abre mucho los ojos y eleva las cejas. Como si entendiera de repente a qué ha venido todo esto, aunque no puede estar más equivocada.

—¿Qué sabes de la herencia? —pregunta sorprendida.

—Primero dime qué sabes tú.

—A los pocos meses de su muerte, supe que Marco había hecho un testamento y que te nombraba en él. Yo no sabía que tenía tantísimo dinero, piensa que no teníamos internet en aquella época. Lo supe muchos años después de su muerte, aunque eso no cambiaba nada. Le pregunté a Alberto qué hacer al respecto.

—¿Y qué te aconsejó papá?

Que llame *papá* a Alberto la hace sonreír.

—Que no te lo contáramos.

—¿Por qué?

—Por si te perdíamos.

—No lo entiendo, mamá.

—Creía que al enterarte de que tu hermana era la actriz esa tan famosa y de que eras millonaria no querrías saber nada más de nosotros. Nos sentimos muy insignificantes al lado de tanta grandeza.

—Pues me conocéis muy poco si pensasteis eso.

—Lo siento, cariño. De verdad que me arrepiento muchísimo, pero ya no puedo dar marcha atrás. Si hubiera sabido que te lo ibas a tomar así de bien, te lo hubiera contado antes. No te imaginas el peso que me estoy quitando de encima. Me mataba no poder confesártelo.

Claro. Lo que ella no sabe es que, de primeras, me lo tomé fatal, que la hubiera estrangulado de haberla tenido delante, pero que gracias a Drake he venido mucho más calmada y dispuesta a escuchar. Aun así, no dudo en soltar lo que siento, aunque ella me interrumpa justo cuando voy a abrir la boca.

—Por cierto, quiero que sepas que a Alberto tampoco le permití que te adoptara oficialmente para que lo decidieras tú cuando fueras mayor.

—Pero ¿cómo lo iba a decidir si no lo sabía?

Mira hacia abajo. Está haciendo cosas raras con los dedos sobre sus piernas.

—No encontré el momento. Me daba miedo que te enfadaras conmigo. Y lo fui dejando hasta que ha sido demasiado tarde.

Chasco los dedos al lado de sus oídos para que me mire.

—Te quejas de que el abuelo decidiera por ti y resulta que tú has hecho lo mismo conmigo durante toda mi vida.

Esa frase la hace cerrar los ojos y comenzar a llorar sin consuelo. Después de unos minutos en los que ni siquiera trato de animarla, consigue retomar el habla:

—Alice, no sé cómo pedirte perdón. Si pudiera hacer algo…

¡Lo tengo!

—Pues yo sí lo sé.

Clava sus ojos en mí llena de curiosidad.

—¿Cómo?

—Voy a necesitar tu ayuda para demostrar que soy hija legítima del capitán Marco Gragio y poder reclamar la herencia. —Escuchar su nombre de mi boca la abruma por un segundo, pero lo disimula muy bien.

No quiero que ese dinero lo tengan los que no deben para hacer cosas que no están bien.

—Me temo que eso ya no es posible, hija —suspira apenada—, pensaba que lo sabías y que por eso estabas enfadada.

—¿Por qué?

—Cuando cumpliste los quince años se puso en contacto conmigo por teléfono un señor italiano. Me dijo que era el albacea del testamento y me informó de que el plazo para reclamar la herencia había expirado. Fue una de las razones por la que decidimos no contarte nada. Habías perdido toda esa fortuna por nuestra culpa.

No quiero entrar en ese debate ahora porque tengo ganas de matarla, pero no por el dinero, sino por ser tan tonta.

—¿Recuerdas cómo se llamaba aquel hombre, mamá?

Permanece pensativa unos minutos.

—Un tal *Feller* o *Teller*…, no sé, algo así.

—¡Geller!

—¡Eso! ¡Sí! —festeja aplaudiendo.

Una fuerza descomunal me oprime el estómago.

¡La madre que lo parió!

Capítulo 37

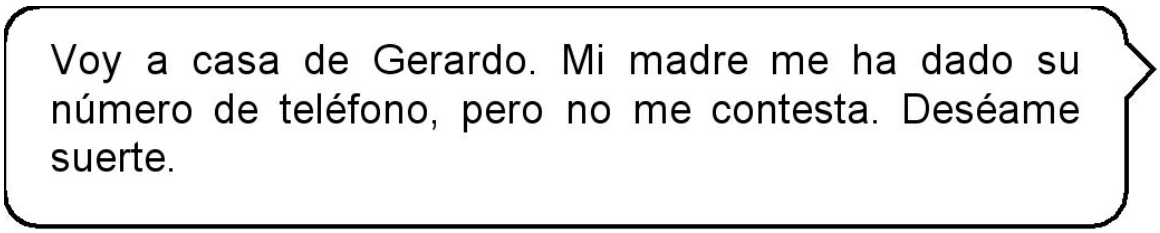
En cuanto mi madre deja la cafetería en la que hemos estado durante horas reconciliándonos, llamo a Drake para contarle todo lo que he descubierto y que me siento mucho mejor, pero no me contesta. Decido enviarle un mensaje.

Drake, tenías razón (y no pongas esa cara de autosuficiencia, que te conozco). Nada era como imaginaba. Ha ido genial y creo que a partir de ahora la relación con mi madre será mucho mejor. Gracias por animarme a dar el paso.

Estoy muy triste porque mi padre la escribió muchas cartas, pero mi abuelo las quemó todas. ¿Te lo puedes creer? Saber eso me ha roto el corazón.

¡Ah! He descubierto que el gato llamó a mi madre para contarle que ya no había tiempo para solicitar la herencia cuando yo tenía quince años. Por eso nunca la reclamó, pero está dispuesta a ayudarnos con todo lo que necesitemos. ¿Cómo ha ido tu parte del plan?

No obtengo respuesta. Ni siquiera aparece el doble stick azul de visto. Supongo que estará discutiendo con Geller. No quiero pensar en nada más que no sea eso porque necesito tener la mente fría para enfrentarme a lo que me espera y no estar de los nervios creyendo que le ha pasado algo.



*****

Llamo varias veces a la puerta de lo que antes era mi casa. Mientras espero a que me abra pienso en cómo ha cambiado mi vida en tan poco tiempo.

Suenan pasos en el interior que terminan al otro lado de la puerta. Saludo con la mano a través de la mirilla. Sé que está ahí y que tiene que estar alucinando.

—Gerardo, soy yo —digo. Pues parece tardar demasiado en abrir—. ¿Qué haces?

Escucho que los pasos se alejan de la puerta a toda prisa. Pasan como seis minutos y al final abre la puerta.

Tiene el pelo mojado, un pantalón de chándal que hacía siglos que no se ponía y la camiseta del revés. La expresión de su rostro logra ponerme a la defensiva. Algo raro pasa aquí.

—¡Alice! —exclama con demasiada efusividad, en un tono muy alto mientras me señala con las palmas de la mano hacia arriba en plan presentación televisiva.

—Hola.

Los dos titubeamos. Se abalanza sobre mí para darme un beso en los labios, pero me aparto con brusquedad.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunta extrañado por mi cobra.

—No. ¿Qué te pasa a ti? Estás muy raro.

—¿Raro? ¿Por qué?

Me cruzo de brazos.

—Para empezar, porque estás plantado en medio de la puerta sin dejarme pasar y, para terminar, porque has tardado mil años en abrirme.

Eleva ambas cejas.

—¡Oh! ¡Claro! ¡Pasa! —Se retira de la puerta de un salto—. Perdona.

Frunzo el ceño y lo miro de reojo mientras entro muy despacio. Esto me huele fatal.

—¿Por qué has tardado tanto en abrirme? —insisto, ya que él parece no querer responder a esa pregunta en cuestión.

—Porque estaba en pelotas.

—Ya. Y sería la primera vez que te viera en bolas.

—No sé… me he puesto nervioso ¿vale? No me lo tengas en cuenta, cariño.

La palabra «cariño» retumba por mi mente como una pelota de pin pon chocando contra las paredes de un cuarto oscuro.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta con una voz aguda.

—Un vaso de agua, por favor.

Ahora mismo me resulta increíble que esta persona sea la misma con la que hace días estaba decidida a compartir el resto de mi vida. Me resulta un completo extraño. No sé si está diferente o es que yo lo veo así.

Me siento en el sofá y miro a mi alrededor queriendo hacer acopio de todos los buenos recuerdos que atesoran estas paredes. He venido decidida a quedar bien con él porque siempre se ha portado genial conmigo. Aunque no me quiero ni imaginar lo que dirá de mí su madre cuando se entere.

—Un vaso de agua para la señorita —gorjea mientras pone el vaso en la mesa frente a mí.

—Gracias.

Enseguida toma asiento a mi lado, pero manteniendo la distancia. Ni siquiera me roza.

—¿Estás bien? Se supone que no volvías hasta el mes que viene ¿no?

—Vaya. Veo que te alegras un montón de que haya vuelto antes. —Cojo el vaso y doy un sorbo. Él se remueve incómodo en el asiento.

—Claro que me alegro, no seas tonta.

—Pues no lo parece.

—Pero ¿qué pretendías que hiciera? Me he sorprendido. Eso es todo.

No sé qué es exactamente, pero no me siento cómoda. Esta ya no es mi casa y parece que él también lo nota.

—Gerardo, he venido a hablar contigo.

Sus ojos se clavan en mí con demasiada intensidad. Está estudiando la situación.

—No te vas a quedar.

Desvío la mirada y poso mis ojos en el suelo.

—No.

—Ya lo sabía. En cuanto vi a ese tío supe que te lo ibas a follar.

Clavo mis ojos llenos de ira en él, que parece que le hace gracia. Me levanto del sofá como si tuviera un muelle en el culo. Contengo las ganas que me entran de asestarle un guantazo con toda la mano abierta.

—¿Qué acabas de decir? —exclamo.

—Lo que has oído —permanece tan pancho en el sofá—, que estaba cantado que se iba a

colar entre tus piernas. Y no se lo habrás puesto ni difícil. Una mujer a dos meses de casarse… ¡qué bonito, Alice!

Juro que mi intención era pedirle perdón y quedar como amigos, pero no creo que eso vaya a ser posible con la mierda que acaba de soltar.

Un ruido procedente de nuestra habitación consigue que desvíe la mirada hacia la puerta cerrada.

—¿Qué ha sido eso? —Señalo con el dedo.

Se levanta y se coloca entre la puerta y yo.

—Habrá sido el viento. No te atrevas a cambiar de tema.

—Ya. El viento. Abre la puerta.

—No pienso abrirla. Ya no tienes derecho a estar aquí.

—¡Abre esa maldita puerta, Gerardo!

—¿Qué pasa? ¿Te crees que todos somos como tú?

—¡Más quisieras tú parecerte a mí!

—Sí. Claro. Me encantaría ser una mujer inestable emocionalmente que necesita la aprobación de su mamaíta para todo —escupe.

Lo miro con asco y niego con la cabeza.

—¿Cómo he podido estar tan ciega? —me reprendo a mí misma por haber creído que era el hombre de mi vida.

—¡Oh, vamos! No estabas ciega. Lo que pasa es que necesitabas mi dinero para estar todo el día tirada en MI casa holgazaneando. Por lo menos me lo podías haber agradecido con alguna mamada de vez en cuando, pero no vales ni para eso.

Ya está.

La Alice de antes se hubiera puesto a llorar y se hubiera creído todo el veneno que está saliendo de su boca. Se hubiera hecho pequeña y al final hubiera suplicado perdón con tal de ser querida. Pero ya no soy ella. Y, por supuesto, no pienso darle el gusto de montar en cólera.

Me aliso la ropa con ambas manos, levanto la cabeza y saco pecho. Me da igual si hay alguien en la habitación, en realidad no me importa.

—Mandaré a alguien para recoger mis cosas. Siento que esto tenga que terminar así. No era mi intención.

Me vuelvo para dirigirme a la puerta, pero se planta delante de mí.

—No pienses ni por un momento que vas a irte de rositas —ruge demasiado cerca de mi rostro.

No me gusta un pelo su mirada. Parece que está poseído.

—Apártate de mi camino, Gerardo.

—¿Qué vas a hacer cuando se aburra de ti, Alicia? ¿O acaso se te ha pasado por la cabeza

que semejante tío va a querer estar con alguien como tú? Lo que le ponía cachondo era que rompieras tu matrimonio. Punto.

Sus palabras me demuestran que me conoce bien y sabe dónde golpear.

—Me da igual lo que dure. Por lo menos los orgasmos que tengo con él no son fingidos.

Gracias a mis reflejos me da el tiempo justo a esquivar su bofetón. Iba directo a la mejilla. Siento que el mundo estalla a mi alrededor al ser consciente de que ha intentado agredirme. Se me escapa un grito de terror.

—¡Gerardo! ¡¿Qué haces?! ¿Te has vuelto loco?

Guada aparece a mi espalda gritando. Compruebo a simple vista que está descalza y tan solo lleva una camiseta puesta. Se acerca hasta mí para comprobar que me encuentro bien y después abrazarme.

—¿Guada? —la miro atónita sin poder apartarme de ella porque, en realidad, ahora mismo necesito el cariño de alguien.

—Sí, Alice, nena, nos hemos acostado —anuncia ella en un tono para nada culpable—, ya era hora de que te dieras cuenta del ascazo que da tu prometido.

—Pero… —balbuceo mientras siento que la cabeza me arde.

—En mi defensa diré que te llamé el otro día para contártelo todo porque ya llevamos tiempo con esto, pero no me cogiste el teléfono —suelta tan pancha.

Miro a ambos como si estuviera viendo un partido de tenis, solo que este es terrorífico. ¿En qué puto momento mi vida se ha convertido en esta mierda?

—Sois… los dos…

—¡No somos nada! —ruge Gerardo interrumpiéndome fuera de sí—. ¡Tú has hecho lo mismo!

No quiero perder ni un instante más de mi vida aquí. Necesito salir de estas cuatro paredes que me aprisionan. Me doy la vuelta y salgo corriendo hasta llegar a la puerta.

—¡Huye! ¡Que eso es lo único que sabes hacer! —me grita él.

—No te pases, gilipollas —le increpa mi amig… le increpa Guada.

Abro la puerta y bajo las escaleras a toda prisa porque el ascensor está ocupado. Necesito que me dé el aire de la calle cuanto antes o me desmayaré.

Hasta que no planto un pie en la acera no me permito llorar, pero no lloro de pena. Por supuesto que no. Lloro de rabia. De impotencia. Porque no entiendo que las personas puedan cambiar tanto en tan poco tiempo. O, quizá, siempre hayan sido así, aunque yo no lo haya sabido ver. La verdadera naturaleza de las personas siempre sale a relucir cuando ya no te necesitan. Es una lección que me grabaré a fuego junto con otras tantas otras.

Me abrazo a mí misma. Estoy en shock. Me obligo a armarme de valor para moverme y alejarme de aquí cuanto antes por si a ese energúmeno se le ocurriese perseguirme. Me ha intentado pegar y no lo asimilo. No entiendo por qué me siento como una mierda que no vale para nada.

El rostro de Drake con sus increíbles ojos azules llenos de amor aparece en mi mente. Pero se desdibuja ante las palabras de Gerardo «¿crees que un hombre como él va a querer estar contigo? Lo que le pone cachondo es romper tu relación. Punto». Y esto sí que me lo creo. A muerte.

Durante toda la vida me han hecho creer que soy débil y que no puedo valerme por mí misma. Lo que me provocaba una gran inestabilidad emocional, por eso necesitaba la constante aprobación de los demás. Dependía de la opinión de otros para valorarme a mí, por eso era tan complaciente siempre. Por eso no luchaba por lo que quería y me rendía antes de intentarlo. Pero eso se ha terminado. La única opinión que importa a partir de hoy es la mía.

Gracias a Drake me he dado cuenta de lo que valgo y de que no necesito a nadie para ser feliz. Solo tengo que creer en mí y ahora lo hago. He sido capaz de dejar a Gerardo, que me haya agredido es su culpa y no la mía. Eso demuestra la clase de monstruo que es y no significa que me lo mereciera por hacer algo mal. Y, desde, luego, lo pagará muy caro, pues bastante tiene con ser un desgraciado.

De repente, suena el móvil. Es un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Alicia Álvarez? —Se me eriza el bello de todo el cuerpo al escuchar esa voz.

—Soy yo —musito.

—Soy Frank Geller. Siento tener que ser yo el que te dé esta terrible noticia.

Capítulo 38

He cogido un taxi para que me trajese a casa de Drake a toda prisa y lo he pagado con el dinero que me ha dado. Estoy al borde del infarto cuando atravieso corriendo su enorme jardín.

Abro la puerta y desactivo la alarma con los dedos temblorosos. Menos mal que he apuntado el código en el móvil porque nunca lo hubiera recordado. Todavía no doy crédito a lo que me ha contado Geller.

Avanzo por el pasillo a toda prisa. Ni siquiera he llegado a la cocina cuando suena la puerta de entrada abrirse.

Me vuelvo e impacto contra sus ojos. Quiero correr a sus brazos y cobijarme allí para siempre, pero ya no puedo.

Una enorme sonrisa ilumina su rostro al verme. Entra y cierra tras de sí al tiempo que se aproxima para besarme.

—He conseguido tu despido y el mío. ¡Somos libres! —Levanta con orgullo una capeta llena de papeles que lleva en la mano derecha.

Justo cuando sus labios se acercan a los míos doy un paso hacia atrás para esquivarlo. El rostro se le desencaja. Busca en mis ojos una respuesta.

—Dime que no has vuelto con él —musita algo descolocado.

Me cruzo de brazos. A ver si así parezco más segura de mí misma o al menos no se nota que me tiembla todo el cuerpo.

—¿Qué haces aquí tan tranquilo si Geller pretendía matarte? —indago.

Eleva las dos cejas asombrado.

—¿A qué viene eso?

—No creo que alguien que trate de matarte te firme el finiquito como si nada y te deje ir sin más.

—¿Sin más? ¿Acaso te haces una idea de lo que me ha costado conseguir nuestros despidos? Ese cabrón me ha hecho firmar mil acuerdos de confidencialidad. Por un momento pensaba que no me dejaría salir del edificio con vida. Lo he hecho por nosotros —me explica enojado.

Si me hubiera dicho todo esto ayer, estaría realmente preocupada, pero hoy no. Ahora no.

—Drake, ¿por qué me contrataste? —le pregunto en un tono muy serio.

—¿A qué viene todo esto, Alicia?

No entiende nada. Tiene que estar alucinando. Como lo estoy yo. O eso es lo que quiere hacerme creer.

—Respóndeme —le pido tajante.

Él aparta la mirada. Deja la carpeta sobre una cómoda que hay en medio del pasillo, a un par de metros a su espalda y se masajea la mandíbula, pensativo. Sin acercarse de nuevo a mí. Vuelve a mirarme, aunque esta vez ya no es él. De nuevo es el mayordomo arrogante y distante que conocí el primer día.

—Ya lo sabes. Para cumplir con la promesa que le hice a tu padre antes de morir.

—Lo que mi padre quería era que Alexandra y yo nos conociéramos y a día de hoy no la conozco. ¿Qué promesa has cumplido entonces?

Entrecierra los ojos y me estudia con detenimiento. No da crédito a que sepa la verdad.

—¿Me puedes explicar a dónde quieres llegar?

—Creo que quien tiene que explicarme algo eres tú.

Se pone las manos sobre la cadera mientras me mira con el ceño fruncido.

—De verdad que no entiendo nada —insiste.

—Tu querido Frank me ha enviado al móvil una copia del testamento de mi padre.

Abre mucho los ojos y traga con dificultad. Lo que me demuestra que no estoy muy lejos del punto al que quiero llegar.

—No hagas caso a nada de lo que te diga ese bastardo, Alicia, ya sabes que es experto en manipular a todo el mundo —me pide mientras vuelve a acercarse a mí.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—También me has manipulado para que me crea toda esa mierda de mi padre biológico. Geller me ha mandado las pruebas de que el capitán Marco Gragio no murió como me contaste. Además, tú nunca estuviste en Colombia. Todo fueron cuentos chinos para mantenerme secuestrada allí durante dos meses.

—¿Qué?

—La putada es que Maximiliano nos encontró antes ¿no? Con eso no contabas, por eso me has traído a tu casa.

—¿Estás loca? Fuiste tú quien quiso venir a mi casa.

—No finjas, Lennox, también tengo el contrato firmado por ti donde te comprometes a hacer *lo que sea* —enfatizo— para que yo no aparezca por el juzgado antes de cumplir los treinta años.

Se queda blanco. No es capaz de cerrar la boca. No puedo contener más las lágrimas y hasta se me escapa un sollozo.

—Alicia… —Eleva las manos para coger las mías.

—¡No te atrevas a tocarme! —Retiro las manos para que ni me roce—. Has conseguido que confíe en ti y que me enamore como una idiota. Geller me ha contado vuestro plan: cada uno con una hermana. Muy romántico por vuestra parte. Pero una cosa te voy a decir: ni tú ni Geller os vais a quedar con el dinero de mi familia. Aunque me cueste la vida. No os vais a salir con la vuestra.

Niega con la cabeza mientras se pellizca el puente de la nariz. Después deja caer las manos junto a un suspiro.

—Vamos. Piénsalo, Alicia. ¿Por qué iba a contarte todo eso? ¿Qué gana él? Está cabreado conmigo y quiere joderme. ¡Está mintiendo!

—No lo sé. Y me importa una mierda. Lo único que sé es que su versión encaja mucho mejor con la realidad que la tuya. ¡Y que él ha aportado pruebas!

—Todas esas pruebas son falsas, joder. —Se revuelve el pelo con ambas manos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo le ha dado tiempo a falsificar todos esos documentos en minutos? ¿O me vas a decir que él sabía que ibas a renunciar hoy mismo al trabajo? ¿Quién es, Nostradamus?

Acto seguido, paso por delante de él para salir a la calle, pero me sujeta por la muñeca para que le mire a los ojos.

—Tienes razón. Te mentí. Geller me encargó entretenerte durante estos dos meses para que no pudieras reclamar la herencia. Así todo sería para Alex y, por consiguiente, para él. Pero no te he mentido con respecto a mis sentimientos, Alicia, me he enamorado de ti. Y te juro por mi vida que te estoy diciendo la verdad. Tienes que creerme.

Siento cómo el corazón se me rompe en mil pedazos. En cierto modo estaba esperando que me dijera que todo era falso. Que me lo demostrase de alguna manera y que todo volviese a la normalidad. Pero acaba de matarme. Doy un tirón fuerte para recuperar mi brazo y acerco mi rostro al suyo.

—¡Puedes meterte la herencia por el culo, Lennox! No te atrevas a volver a dirigirme la palabra en tu vida.

Salgo por la puerta dando un portazo y escucho un rugido en el interior:

—¡Noooooo!

Capítulo 39

Mañana es mi cumpleaños.

Los primeros días en casa de mi madre no pude salir de la cama, solo era capaz de llorar. Las lágrimas no se terminaban nunca. Me sentía utilizada, rabiosa, devastada, traicionada, dolida, ultrajada... Estaba locamente enamorada de un hombre por el que lo había dejado todo y él se había reído de mí.

Confundía unos días con otros y no era capaz de hacer nada que no fuera auto compadecerme, bueno, miento, también me fustigaba por haber sido tan idiota. Todo dentro de mí ardía dejando mi alma devastada envuelta en cenizas.

Aquellos días recé pidiéndole a Dios que Drake apareciera por la puerta y me convenciera de que Geller me había mentido. Que me pidiera volver con él y volviésemos a estar juntos. Pero nunca ocurrió. Lo único que tuve suyo fue un agónico silencio que me desgarraba por dentro.

Después, tras varios días, dejé de llorar porque no me salían más lágrimas de los ojos, pero me dolía el pecho. No soportaba pensar que Drake solo hubiera estado conmigo para ayudar a su jefe a conseguir una herencia. Estaba convencida de que era un hombre noble y resultó ser una rata sin escrúpulos. Me sentía imbécil y me odiaba a mí misma por haberme dejado engañar así.

Y ahora mismo soy una muerta viviente que por fin ha logrado salir de su cuarto, pero que deambula por la casa como si nada le importase. Bueno, es que en realidad nada me importa. Todo cuanto había soñado ha saltado por los aires. Me encuentro perdida. Los días se me antojan eternos. Mis padres han dejado de insistir en cuidarme, solo me obligan a comer y beber lo imprescindible para mantenerme con vida. Además de ducharme cada dos días para que no acudan las moscas, claro. Ni siquiera me importa el aspecto que tengo.

—Cariño —susurra mi madre desde la puerta mientras estoy tendida sobre mi cama mirando al techo fijamente como una momia.

Mi única respuesta es desviar los ojos hacia ella. Este gesto le da pie a pasar y sentarse a mi lado.

—Tengo algo para ti, pero no estoy segura de que sea una buena idea dártelo.

Me enseña una caja de zapatos que no llama mi atención en absoluto.

—Mamá, por favor, déjame sola —balbuceo.

—Alice, —me da un beso en la frente mientras me contempla con dulzura, después se levanta de la cama y deja la cajita a mi lado con sumo cuidado—: Creo que esta es una señal del destino. Ojalá yo hubiera tenido la misma suerte que tienes tú. Te quiero.

Que mi madre me diga que me quiere me resulta perturbador y maravilloso al mismo tiempo. Antes de salir y cerrar la puerta a su espalda, me dedica una enigmática sonrisa. Eso consigue que destape con desgana la cajita.

Lo que descubro en su interior consigue que me dé un vuelco el corazón. Hay muchos sobres cerrados con la palabra «Alicia» escrita a mano. Y solo hay una persona en el mundo que me llame así.

¡Oh, Dios mío!

Me incorporo sobre el colchón para sentarme con las piernas cruzadas. Cojo el primer sobre y lo abro de manera apresurada. Joder, me tiemblan las manos en cuanto veo su letra. ¿Cómo es posible que un simple trozo de papel te devuelva a la vida?

Alicia, antes de nada, me gustaría que tuvieras en cuenta que no sé desenvolverme en el complicado arte de las relaciones humanas. Por eso ayer, cuando llegaste acusándome de haberte utilizado, no supe defenderme.

Sé que te resultará patético que a mi edad ni siquiera sea capaz de plantarme delante de ti para aclararte lo ocurrido cara a cara, pero, para serte sincero, no puedo soportar tu desprecio. En este tiempo he lidiado con todas tus miradas, pero no logro superar ver la decepción que vi en tus ojos ayer.

Pedirte perdón ni siquiera llegaría a reflejar lo que siento. Estoy avergonzado, arrepentido y dolido, además de otros mil sentimientos horribles que me asfixian, pero eso no importa. Solo quiero pedirte la oportunidad de que podamos hablar para aclarar las cosas. En calma. Por favor.

Siempre tuyo.

Drake Lennox.

Si me pinchan no sangro. Tengo ahora mismo un nudo en la garganta imposible de descifrar. Por un lado, quiero saltar de emoción. Me parece un gesto tan romántico esto de las cartas… pero por el otro, quiero romperlas y seguir compadeciéndome, porque unas cuantas cartas no cambian el hecho de que me haya engañado.

Abro la siguiente algo reticente, pero también muy intrigada, no vaya a ser que me pierda algún dato importante.

Querida Alicia:

Mi yo cabrón quiere boicotear este asunto de las cartas, me dice que es una pollada y que no es nada masculino. Mi yo enamorado de ti, sin embargo, me anima a no desistir. Cuando lo hizo tu padre con tu madre te pareció increíblemente romántico, he pensado que podría serlo también…

Pero qué gilipolleces estoy diciendo. Esto es simplemente un patético y desastroso intento de que me perdones y lo peor es que ni siquiera sé por dónde empezar. En realidad, no creo que merezca ese perdón, pero te necesito tanto que no se me ocurre qué más hacer. He de añadir en mi defensa que tienes el móvil apagado y por eso me he visto obligado a recurrir a esto.

No sé qué más decir. Si te fijas lo suficiente, descubrirás el mensaje que quería hacerte llegar sin haberlo dicho de manera explícita.

Todavía tuyo.

Drake Lennox.

No puedo evitar que una leve sonrisa se dibuje en mi rostro al imaginarlo agobiado por tener que hablar sobre lo que siente y encima por carta, aunque enseguida me obligo a hacerla desaparecer y abro el siguiente sobre. Mientras lo hago me pregunto cuándo habrá dejado las cartas y si mi madre estará compinchada con él. ¿Se habrán conocido?

Querida Alicia:

Hoy he de admitir que estoy peor que nunca. Llevo ya cuatro días sin dormir y creo que he empezado a tener alucinaciones porque anoche me pareció verte por la ventana. Dime que eras tú para que no termine de

volverme loco, por favor.

Me mata no tener ninguna manera de demostrar mi inocencia. Tan solo apelo a lo que te dicte el corazón y espero que en lo más profundo de tu ser sepas que tengo razón. Porque el corazón nunca se equivoca.

Hoy he decidido ir un poco más allá y dejar de ser el penoso hombre desesperado que le suplica a su chica que vuelva con él por carta. Te echo de menos a cada minuto del día. Me he acostumbrado a tu forma de hacerme rabiar y ahora no soy capaz de sonreír si no estás a mi lado. Tú me has enseñado lo bonito que puede ser el mundo y no quiero renunciar a verlo a través de tus ojos. El mío es demasiado oscuro.

Hoy quiero contarte algo que no sabe nadie. Quiero que lo sepas para que no vuelvas a sentirte vulnerable conmigo. Porque tú siempre te has implicado más y no es justo. Así te demostraré que estoy dispuesto a todo por ti.

La razón por la que mis padres dejaron de hablarme fue porque se avergonzaban de mí. Escuché a mi padre contarle a un vecino que me había salvado porque siempre fui un cobarde y que se apostaba el cuello a que me habría escondido mientras mis compañeros luchaban. Aquello terminó de destrozarme y, en cierta manera, acepté ser el mayordomo de Frank para demostrarme a mí mismo que no era ningún cobarde, aunque he fallado estrepitosamente en mi propósito, pues ahora la que lo cree eres tú.

No sé qué intento demostrar con esto. Creo que no te enviaré esta mierda.

Miro la carta con detenimiento. No está firmada. Supongo que decidiría mandarla en el último momento, como un arrebato.

Abro la penúltima.

Querida Alicia:

Hoy he visto una película de esas ñoñas que te gustan tanto. No

entiendo cómo puede resultarte creíble que un tío haga esas tonterías por amor… aunque, pensándolo bien, yo estoy escribiendo cartas a alguien que jamás me responderá. ¿Eso significa que soy un romántico? Joder, espero que no.

(Esto me hace soltar una risilla).

He decidido comenzar a hacer algo que me tendrá ocupado durante todo el día porque, de lo contrario, me volveré loco. Me mata no poder compartirlo contigo, pero es lo que hay. Te lo digo porque no tendré tiempo para escribirte más cartas. Por fin te librarás de mí. Para mí, sin embargo, el dejar de escribirte es algo que me desgarra por dentro porque pensar que este trozo de papel algún día estará en tus manos es lo único que me da ánimo para seguir respirando. Es lo único que me une a ti. Y no quiero renunciar a ello. No quiero renunciar a ti, Alicia.

Te echo mucho de menos. Nunca había echado de menos a nadie. Me dueles en el alma. Creo que estoy tan desesperado que hasta me gustaría escucharte cantar en italiano. Imagínate el límite de mi desesperación.

Tengo miedo de no volver a verte. He aprendido la lección. Nunca más te ocultaré nada, pero te ruego que me des una última oportunidad. Juro no volver a cagarla, aunque tendrás que ayudarme un poquito porque sabes que soy un desastre en esto de las relaciones.

Alicia, por favor, nos merecemos ser felices. Déjame hacerte feliz.

Siempre tuyo.

Drake Lennox.

P.D. Por primera vez desde hace días he encontrado la manera de lograr dormir. El truco consiste en echar tu perfume a la almohada y abrazarme a ella. Esto no debería habértelo contado. ¿No? No parece algo que haga un hombre funcional de mi edad.

Releo esta última carta y me pregunto qué será lo que va a hacer que le mantenga tan ocupado como para no acordarse de mí. Quizá ha cogido algún trabajo para alejarse. Pensar en esa posibilidad me duele.

Mirando su caligrafía y la distribución del texto, me da la sensación de que ha ido soltando ideas aleatorias sobre el papel, sin una estructura preconcebida. Algo al azar. Es decir, algo para nada compatible con el robot Lennox.

Cojo el último sobre. Me tiembla el pulso. Puede que sea una despedida para siempre y no sé si quiero leerla.

Querida, Alicia:

Esta será mi última carta. Créeme, si fuera por mí te escribiría una cada día durante el resto de mi vida, pero creo que si no me has contestado ya es que no quieres hacerlo y tengo que respetar eso, por mucho que me duela.

He intentado hablar contigo para poder aclarar lo que ocurrió y explicarte todo, pero entiendo que no quieras saber nada de mí. Siempre decepciono a todo el que tengo al lado. Mi padre tenía razón, soy un maldito cobarde que no ha sabido luchar por la increíble mujer que tenía al lado.

Solo quiero que sepas que nunca te olvidaré.

Te quiero.

Tuyo: Drake.

Termino de leer por vigésima vez las cartas.

Te quiero. Ha escrito. Me quiere.

¡¿Me quiere?!

Decido salir de mi cuarto para no volverme más loca y me dejo caer boca abajo en el sofá del salón. No sé qué pensar, ni siquiera podría definir cómo me siento. Mi padre deja escapar un suspiro al mirarme de reojo mientras ve la ruleta de la suerte.

Me encuentro como un despojo humano, con uno de los brazos colgando del sofá cuando suena el timbre y mi madre, que estaba en la cocina preparando la comida, acude presta a abrir.

—¡Oh, Dios mío! —La escucho gritar desde la puerta.

Mi padre se levanta como alma que lleva el diablo para comprobar de qué se trata y en cuanto llega al pasillo lo escucho exclamar:

—¡Hostia puta!

Mi apatía no me permite ni mover un dedo. Estoy segura de que será alguna chorrada como tantas otras que se han inventado a lo largo de este tiempo para comprobar si muestro algún signo vital. Puede que incluso se trate de alguna vecina que venga a pedir sal. Me da igual. Prefiero seguir aquí tirada lamentándome de mi desgracia.

—Pasa. Pasa. Por favor. —Escucho.

Si no supiera en la época que estamos, juraría que mi madre está hablando con Carlos III por su entusiasmo. Al final hasta voy a tener que girar la cabeza para ver qué coño pasa.

—Aquí la tienes. Perdona sus modales. Tiene depresión —le explica mi madre a quien sea.

—¡Madre de Dios! ¿Está depresiva o muerta? —Una voz femenina, desconocida y con un acento extranjero suena a mi espalda.

Creo que ha llegado el lamentable momento de girarme.

En cuanto la veo se me escapa un grito y me levanto del sofá de un respingo.

—¿¡Alexandra!?

Efectivamente. La mismísima Alexandra Gragio se encuentra en medio del salón de mis padres. Joder. Lleva un vestido ajustado de color rojo y unos taconazos a juego. Se ha recogido el pelo en una cola de caballo altísima y va maquillada como si se presentara a los Oscar.

Si alguien nos viese juntas ahora mismo, despedirían al energúmeno al que se le ocurrió la maravillosa idea de contratarme como doble de esta espectacular mujer.

No sé qué hacer mientras ella me contempla con cara de asco. Parece que esté mirando un pato desplumado y leproso.

—¿Tú eres Alicia?

Me dejo caer en el sofá de nuevo para no desmayarme.

—Alexandra ¿te apetece algo de comer o de beber? Estaba preparando la comida —le ofrece mi madre muy nerviosa.

Ella la observa como si fuera una mosca insignificante.

—¡Pues sí! ¡Me encantaría! Hace años que no como algo casero —indica al fin con una sonrisa radiante.

Mi padre y mi madre se miran alucinados.

—¡Muy bien! Toma asiento, por favor, enseguida ponemos la mesa.

Coge a mi padre del brazo y se lo lleva a la cocina a toda prisa. Me apuesto lo poco que tengo a que se mueren por cuchichear.

La actriz suelta su bolso carísimo en el mueble de la tele y se sienta en la primera silla que

encuentra, que casualmente es la más próxima a mí.

—¿Y bien? —me dice.

Parpadeo un par de veces. Tengo que estar soñando. No doy crédito a que alguien a quien he visto en cientos de películas en el cine esté ahora en mi casa. Tan cerca.

Como me he quedado muda, mueve la mano delante de mis ojos a modo de saludo.

—¿Eres muda? Qué raro. No me habían informado de que fueras muda —comenta para sí.

—No soy muda —balbuceo.

—¡Vaya! ¡Menos mal! ¡Hablas! Iba a llamar a Roberto para ponerle verde.

—¿A Roberto?

—Roberto Carlos. Mi guardaespaldas. ¿No lo conoces? Él a ti sí —me explica.

—¡Oh! Ese Roberto.

—Alicia, céntrate, mañana es tu cumpleaños —me increpa.

—¿Y has venido a traerme un regalo? —ironizo—: No tenías que molestarte.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ya me advirtieron que eras insoportable. Está bien. Será genético. No voy a andarme por las ramas. —Mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la escucha—: Mañana es tu cumpleaños y tenemos que ir juntas a por la herencia de papá.

Un momento.

—¿Qué?

¿Papá?

El cerebro me va a estallar.

—Drake me lo ha contado todo. Por cierto, ya me dirás qué coño le has hecho porque nunca creí posible que alguien como él pudiese estar en un estado tan deplorable… aunque, viéndote a ti, ya veo que sois tal para cual —reniega mientras me observa con cara de asco.

Es escuchar su nombre y ponerme a la defensiva.

—No quiero saber nada de él.

—Me parece estupendo, pero tienes que ayudarme.

—¿Por qué tendría que ayudarte?

—Porque eres mi hermana.

El corazón me da un vuelco.

Lo sabe.

Lo sabe y lo cree.

Nos miramos una a la otra. Yo con desconfianza y ella con resentimiento.

—¿Por qué quieres que vaya a reclamar la herencia? Si no voy, será todo para ti —señalo.

Eleva una ceja como muchas veces he visto que hace en sus pelis. Ahogo el ansia de pedirle que me firme un autógrafo.

—¿Crees que necesito ese dinero? —inquiere molesta.

—No.

—¿Entonces?

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

Ella suelta un suspiro y se cruza de piernas para estar más cómoda.

—Alicia, eres la única familia que tengo. No creas que voy a soltarte un discursito lacrimógeno. No soy muy afectuosa. Me muevo en un ambiente de pocos sentimientos y muchas puñaladas. Pero ya que he descubierto que tengo una hermana me niego a perderte.

—Pobrecita, cuánto has debido de sufrir rodeada de fama y riqueza —me burlo—, pero siento decirte que no me das ninguna pena.

—Ni tú a mí.

Nos retamos con la mirada.

—Lo que intento decirte es que tienes que reclamar la herencia para que papá descanse por fin en paz. Si después no vuelves a hablarme me da igual —escupe en un tono para nada amigable.

—Lo que quería nuestro padre era que nos conociéramos. El dinero le daba igual. Como a mí. No me importa la herencia.

Esta frase parece que le duele más que si le hubiera dado un tortazo.

—A mí tampoco me importa el dinero, pero no quiero que se lo quede Frank y eso es lo que pasará si no me ayudas. Después puedes quedártelo todo, reformar esta pocilga o donarlo a alguna asociación benéfica para que todos vean lo generosa que eres. Me es indiferente.

Me cruzo de brazos.

—No. Paso.

—Está bien. Lo he intentado. Me largo. —Se levanta—. Le prometí a Drake que lo intentaría, pero tenía razón en que eres más terca que una mula. Allá tú.

Coge su bolso y se encamina hasta la salida.

Por un lado, quiero llamarla para que vuelva; pero, por el otro, quiero seguir con mi vida porque si permito que me convenza volveré a la casilla de salida, es decir, a pasarlo mal de nuevo.

—¡Alexandra!

Ella se vuelve para mirarme.

—¿Has dicho que Drake está peor que yo?

Asiente incrédula.

—Estás hasta las trancas por él ¿eh, hermanita? —festeja.

—¿Cómo lo has adivinado? —ironizo señalando mis pintas.

Ella niega con la cabeza.

—Si vienes conmigo te prometo que mañana tendrás mucho dinero y a un mayordomo a tus pies.

Lo pienso durante un instante. No quiero tenerlo a mis pies, solo quiero tenerlo a mi altura.

—Con la condición de que me llames Alice.

Alicia solo me llama él. Ella asiente con una enorme sonrisa.

—Por cierto, Lennox me ha dado un regalito para ti. —Se levanta para darme una caja y cuando la abro descubro unas Converse rosas idénticas a las que perdí en el viaje.

Ahora sé que he tomado la decisión correcta.

Capítulo 40

Roberto Carlos conduce cada vez peor. Vamos en un Lamborghini descapotable rojo esquivando a toda velocidad a los coches que circulan más lentos por la autovía. Ellos dos van sentados delante y yo detrás agarrada con todas mis fuerzas al asiento de mi hermana.

—¿No crees que deberías ir un poco más despacio? —grito para que me escuche con el viento.

—No te preocupes, Alice —me sonríe Alexandra por el espejo retrovisor—, pagamos las multas con mucho gusto.

—¡No lo digo por las multas!

Creo que ninguno me escucha, o, lo que es más seguro, pasan de mí.

Al cabo de una media hora aparca en frente de un local que hace esquina. Parece una peluquería cutre en Vallecas. Me llama la atencíon que la gran actriz frecuente esta zona.

—Cuando terminemos te llamaré, bombón —le dice Alexandra al guardaespaldas.

—Ok, preciosa.

Se dan un beso en los labios y ella sale del coche.

Yo me quedo paralizada.

—¡Alice! ¿Vienes? —me apremia con un gesto de la mano porque no quiere que la reconozcan.

—¡Sí!

Sacudo la cabeza para que la imagen de los dos besándose abandone mi mente. ¿No estaba con Geller? ¿O es que mi hermanita juega a dos bandas? Puede ser. Con los famosos nunca se sabe.

Entramos en la peluquería y enseguida reconozco a Sonia y a Selena.

—¡Nena! —exclama una de ellas al vernos sin dejar de cortar el pelo a la clienta. Supongo que no quieren armar demasiado revuelvo para que no nos reconozcan las clientas.

La otra se acerca a nosotras y susurra con el ceño fruncido:

—Pero ¿qué hacéis juntas?

—Esta chica necesita chapa y pintura urgente, Rosa —indica mi hermana.

—¿Rosa? Pero ¿no se llamaba Sonia o Selena?

Las tres me miran con una cara extraña y rompen a reír. Vale. Soy demasiado inocente, joder.

—Pasad por aquí, chicas, enseguida viene Javi —nos pide la tal Rosa apuntando hacia unas cortinas.

Entramos donde nos ha dicho y descubro un salón muy grande decorado en blanco y fucsia lleno de máquinas enormes. Me llama la atención que no haya ningún espejo por ninguna parte.

—¿Qué es todo esto? —pregunto observando todo a mi alrededor.

—Esto es el laboratorio —canturrea Alexandra.

—¿Un laboratorio?

Mi mente debe de estar adormilada porque no capta ni una sola indirecta.

—Van a convertirte en mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya lo intentaron una vez y, créeme, no salió bien.

Ella suelta una risa.

—Porque no estaba yo supervisando. ¡Ahora no nos diferenciará ni Roberto!

¿Roberto? Aprovecho ya que ha sacado ella el tema.

—Hablando de Roberto, ¿tú no estabas saliendo con Frank?

—¿¡Con Frank!? ¿¡Geller!? ¿Estás loca? ¡Si podría ser mi padre! —Pone cara de asco—. ¿En qué momento has pensado eso?

—Creí escuchar a Drake que te había pedido matrimonio —disimulo.

—Así es. Varias veces. Pero le dije que no.

Javi interrumpe nuestra conversación entrando como una *rock star* en el salón. Mi hermana y él se dan un gran abrazo casi sin rozarse y dos besos al aire. No pueden ser más falsos.

—Estás divina. Me encanta tu *total look Gio* —festeja él.

—Tú sí que estás divina —responde Alex.

Después se vuelven hacia mí para mirarme, él con cara de gato mojado.

—¿Qué coño te ha pasado? ¿Te ha atropellado un camión, tía? —reniega.

Los dos se ríen y yo solo acierto a soltar un ilegible «ojalá».

Dos horas después me han hecho de todo. Tinte. Depilación. Corte. Manicura. Pedicura. Hidratación intensa. Masaje relajante. Masaje drenante y multitud de masajes que terminan en –ante. He descubierto para qué sirven todas y cada una de las máquinas que tienen aquí. Mi piel está tan tersa y suave que se podría echar chocolate fondant encima y resbalaría, ni siquiera se mancharía.

Mientras espero a que se me sequen las uñas, Alexandra, que había desaparecido, aparece de la nada para sentarse a mi lado.

—Te queda divino ese Gucci. —Lo admira sin disimulo y no es para menos, pues debe rondar los seis mil euros. No entiendo cómo un trozo de tela verde puede costar tanto solo por llevar un nombre en la etiqueta.

—Gracias. ¿No es demasiado corto?

—Bobadas. Ningún vestido es demasiado corto con esas piernas y ese culo. Además, ese cuello *halter* de tirantes te sienta de lujo, chica. Está diseñado para ti.

Le sonrío por el cumplido. Como he adelgazado tanto no me veo demasiado mal, aunque tampoco es que me vea llevando esto todos los días como hace ella.

Mira hacia todas partes con cautela antes de susurrar:

—Estamos solas. Podemos hablar tranquilas.

—¿De qué quieres hablar?

—Mira, Alice, el mayordomo y yo no nos llevamos demasiado bien ¿sabes? Odio que siempre sea tan correcto, que pretenda que el mundo sea perfecto y que todos le obedezcamos como corderos mansos, pero entiendo que es su trabajo. En cierto modo le respeto y le estoy muy agradecida por muchas cosas que ha hecho por mí. Así que siento que le debo esta conversación contigo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que sepas que no es mal tío. Es un gruñón estirado, pero no es mala persona.

—Según tú, claro, porque no sabes ni la mitad de la historia —me quejo.

Niega con el dedo índice.

—Rober me ha contado lo que ha pasado.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y se puede saber qué te ha contado *Rober*? —enfatizo.

Supongo que su versión de los hechos será una en la que yo soy la bruja malvada que hace sufrir al pobre mayordomo indefenso.

—Que Lennox ha sido un capullo contigo.

Esto me deja sin palabras porque estaba dispuesta a soltar una parrafada en mi defensa.

—Al menos ha dicho la verdad en algo.

—¿Crees que te ha mentido?

—No solo me ha mentido. Me ha utilizado.

—¿Cómo?

—Hizo que me enamorase de él para mantenerme ocupada durante dos meses y que así Geller pudiese cobrar la herencia.

—Bueno, según creemos, eso no es del todo cierto. Si lo que pretendiese Lennox fuese eso ¿por qué iba a estar tratando de que Frank no cobre la herencia precisamente?

—¿Creemos? ¿Quiénes creéis eso?

—Roberto y yo.

—No entiendo nada.

El cerebro me echa humo. Ella suspira y pone los ojos en blanco.

—Pues es muy fácil, Alice. Frank trabaja para mí, y Roberto y Drake para Frank. Cuando Frank se enteró de que la hija de uno de los hombres más influyente y adinerados del momento se había quedado huérfana, y que además quería ser actriz con quince años, me apadrinó en su agencia, por así decirlo, y desde entonces fui su protegida.

—Te ayudó.

Niega con la cabeza.

—Fue todo por la herencia. Luego descubrió que no podría cobrarla hasta que cumpliera los treinta, así que tuvo que esperar. Aunque no creas que ha estado de brazos cruzados, pues en todo ese tiempo se estuvo encargando de hacerme creer que es mi mejor opción como marido. O al menos él piensa que lo creo, pues no sabe lo de Roberto.

—¿No lo sabe? ¿Estás segura?

—Lo mataría.

—Madre mía, Alex.

Hace un gesto con la mano para que despreocupe.

—No te preocupes, soy actriz, sé hacer creer a un hombre que me gusta.

—Ya…

—Al cabo de los años apareció un mayordomo buscando a mi hermana perdida, asunto que todos creían que yo desconocía y que siempre trataron de ocultarme, pero yo lo supe por unas cartas que dejó mi padre a mi madre y que jamás he mostrado a nadie. Hasta hace muy poco seguían creyendo que no sabía quién eras. Por eso no me fio de nadie. Solo Roberto me contó la verdad en cuanto la supo y por eso confío en él. ¿Lo vas entendiendo?

—Estoy flipando.

—Bien. En resumen, todo era más o menos normal hasta que el mayordomo te encontró. Recuerdo que aquel día casi me da un infarto. Me moría de ganas por conocerte, pero tenía que disimular porque yo no debía conocer tu existencia.

—¿Querías conocerme? Pensaba que no —musito dolida y esperanzada al mismo tiempo.

—¡Pues claro!

Me sonrojo y ella aprovecha para seguir hablando y que corra el aire.

—Una de las cosas que más me alegraba era de haber mantenido en secreto es que hablaba tu idioma. Ellos estaban tranquilos porque no podríamos entendernos en caso de coincidir, pero algo falló y Drake descubrió que hablaba castellano. Cuando llegué al hotel, el mayordomo no me permitió verte. Estaba muy enfadado contigo porque no le hacías ni caso, así que tuve que aguantarme sin conocerte. De nuevo tenía que esperar. Aquella noche fue la del supuesto secuestro. ¡Qué coincidencia!

—¿Por qué supuesto?

—Porque no fue ningún secuestro, Alice. No fue real. Fue puro teatro. No hubo tiroteos ni nada por el estilo. Eso fue lo que te hicieron creer. Roberto me contó todo lo que habían montado el mayordomo y Frank para llevarte a Colombia. Pagaron a una banda de allí para que os *secuestraran*. —Hace el gesto de comillas con los dedos— y os llevasen allí.

Me cubro la boca con las manos, pues se me ha abierto y no soy capaz de cerrarla.

—¡Qué cabrones! —exclamo llena de ira—: Un momento. Pero… la bala que tenía Drake era real. ¡Yo misma se la saqué!

—Eso ya no lo sé. Lo único que sé es que teníais que estar allí durante dos meses. Hasta después de tu cumpleaños.

—Qué bonito.

—Rober piensa que Frank dio la orden de matar al mayordomo de verdad. La putada fue que Maximiliano os encontró antes de tiempo y con eso no contaba nadie.

—Pero ¿por qué? Él era el único medio de mantenerme con vida. Drake me dijo que para que no se donase la herencia a una ONG tendríamos que estar las dos vivas. Ahora veo lógico que nuestro padre dispusiera todo eso teniendo en cuenta esta mierda. Era un seguro de vida para nosotras.

—Así es. El plan era perfecto: las dos vivas, pero solo una reclamando la herencia. Todo para mí, es decir, para Frank.

—¿Para Geller? ¿Por qué? No lo entiendo. Si no os vais a casar.

—Él se lleva un sesenta por ciento de todas mis ganancias, incluidas herencias.

—¿Un sesenta? ¿Tanto? —me escandalizo.

—Uno de los grandes magnates del mundillo me fichó cuando era una cría inexperta y me hizo ser quien soy. En agradecimiento firmé un contrato vitalicio sin ni siquiera mirar las clausulas. —Se encoge de hombros.

—¿Y para qué quiere tu herencia si está forrado?

—Estaba forrado. En el pasado. Aparte del dineral que invirtió en mí porque espera recuperarlo con creces, también perdió millones en un fondo buitre en Milán que se fue a la quiebra. Las malas lenguas dicen que está endeudado hasta el cuello y que solo vive de las rentas de lo que un día fue. ¿Entiendes ahora por qué no puedo heredar yo?

—Más o menos sí. Aunque mi cerebro ahora mismo está que echa humo.

—¿Qué más necesitas saber?

—Si Drake estaba en el ajo con Geller desde un principio ¿qué ha cambiado? ¿Por qué ahora está de nuestra parte?

—Porque se ha enamorado de ti.

Mi corazón da un vuelco.

—No es por eso. Créeme. Se ha enterado de que Geller mandó matarlo y se quiere vengar

de él. De nuevo utilizándome a mí.

Ella se encoge de hombros y se mira las uñas como si nada.

—También es posible.

Ambas nos miramos a los ojos. Hay algo diferente entre nosotras.

—Gracias, Alexandra.

—¿Por? —Parece sorprendida.

—Por explicarme todo esto. Me hubiera gustado encontrarte mucho antes, pero quiero que sepas que, al menos por mi parte, siempre estaré abierta a conocernos y a mantener la relación que a nuestro padre le hubiera gustado.

—¡Oh! Vamos, no hagas que se me corra el rímel. —Se limpia el ojo con el dorso del dedo con suma delicadeza.

Nos sonreímos.

Ahora de repente no vamos a ser las mejores hermanas del mundo, pero algo me dice que poco a poco podemos llegar a serlo, o al menos intentarlo.

—¿Me prometes que vas a hablar con el mayordomo? —me pregunta.

—No tengo nada que hablar con él. Para él solo soy un medio que justifica el fin.

Desvía la mirada a un lado como si sopesara decirme algo o no.

—Voy a contarte algo que no debería, Alice. ¿Quién crees que ha estado durante días convenciéndome para que fuera a buscarte?

La miro con intriga.

—¡Ha sido él! —exclama.

—Pero lo ha hecho para joder a Geller. Te lo estoy diciendo —insisto.

—Frank ya está jodido, Alice. Lo estuvo desde que pusiste un pie en Madrid de vuelta. Además, yo acabo de filtrar a la prensa que eres mi hermana secreta a modo de seguro de vida. Ese bastardo no tiene escapatoria. Mañana iremos las dos a firmar el testamento y ya se nos ocurrirá algo, pero te garantizo que esa rata no va a quedarse con un solo céntimo del dinero de nuestra familia.

Nuestra familia.

—Entonces, lo que no tiene sentido es que Drake te haya convencido para hacer todo esto.

—Creo que ambas estamos de acuerdo en que presenta un montón de actitudes sociópatas, pero si de algo estoy segura es de que está coladito por ti. Y hasta ahí puedo leer.

La sola idea de que eso sea real me calienta el corazón. Una idiotez tan grande como la copa de un pino, pues no hay más ciego que el que no quiere ver. Yo solo soy trabajo. Me siento patética por haber creído otra cosa. Toda la mierda que se inventó sobre su estancia en Colombia… Por cierto:

—Alex.

—Dime.

—¿Tú sabes cómo murió nuestro padre?

—Claro.

—¿Cómo fue?

—Le tendieron una emboscada cuando estuvo en una misión en Colombia.

—¿Estás segura?

—Completamente. Sus cartas sirvieron para incriminar al Ejército en un juicio que se celebró hace muchos años. Todavía guardo los recortes de periódico de la época contando aquel escándalo. ¿Por qué lo preguntas? ¿No te ha contado nada tu madre?

—Mi madre no quiere hablar de él.

—Entiendo. —Permanece pensativa.

—¿Sabes quién era la acusación particular contra el Ejército en aquel juicio? —insisto.

—Ni idea. Supongo que sería algún compañero de mi padre con un par de cojones. A mí solo me citaron a declarar y aporté las cartas como prueba.

—Aquello fue antes de conocer a Frank, supongo.

—Claro. Él nunca me lo hubiera permitido. A partir de ahí fue cuando dio conmigo, pues salí en todos los medios como la pobre hija a la que dejaba huérfana el gran capitán Gragio.

Entonces, Alex no sabe quién es Drake en realidad. No se ha aprovechado de eso. Él me ha contado la verdad y Geller me envió documentación falsa al móvil. Le he subestimado una vez más. ¡Seré idiota!

Ahora no sé a quién creer. La culpabilidad lucha por invadir mi estado anímico. Me está empezando a doler la cabeza. Me voy a volver loca.

—¡OMG! —La voz de Javi me saca del ensimismamiento—. ¡Esto sí que es una obra de arte, reina!

Ha venido hasta mí y me ha cogido de la mano para que me levante del sillón. Silba al darme una vuelta sobre mí misma. Después me lleva hasta un espejo escondido tras unas cortinas para que me vea a mí misma y se me escapa un grito frente al reflejo.

—¡Ay, la leche! —exclamo alucinada.

—¡Somos *muy* —enfatiza— buenos!

Choca la mano con Sonia y Selena mientras se ríen los tres.

—Es increíble. ¡Soy igualita que Alex! —exclamo.

Él asiente.

—Si os viera por separado no os distinguiría.

Mi hermana sonríe orgullosa.

—Pues de eso se trata, *baby*.

Se dan un beso y salimos del establecimiento las dos.

—Ahora empieza lo divertido, Alice —se ríe mientras me dirige hacia la limusina negra junto a la que nos espera Roberto con una flagrante sonrisa en su rostro al vernos.

Miedo me da.

—¿A qué te refieres? —quiero saber.

—Te vas a hacer pasar por mí para que ese mayordomo del demonio te confiese lo que siente de verdad y le creas de una vez por todas.

—¡No!

—¡Ya lo creo que sí!

Capítulo 41

Alexandra y yo pasamos la noche en casa de Roberto porque la prensa está ávida de encontrarme. Por lo visto la hermana secreta de Alexandra Gragio es trending toppic internacional.

Todo genial.

Cuando íbamos de camino a casa de mi hermana, mi madre me llamó asustada contándome que tenía la puerta de su casa llena de periodistas preguntando por mí. Por eso el guardaespaldas pensó que la mansión de mi hermana estaría igualmente plagada, y nos fuimos a su piso. Un modesto apartamento cerca de Plaza Castilla, al norte de la capital.

Nos pasamos la tarde comiendo pizza y viendo comedias románticas tirados en los sofás. Ambos han conseguido que por primera vez en mucho tiempo no piense en Drake y en lo desgraciada que soy por haberlo perdido. La verdad es que conocer a Alex en su modo desenfadado es completamente diferente a la idea preconcebida que tenía de ella. Parece una persona bastante normal y cuerda. Yo la imaginaba mucho más déspota y narcisista, pero estuvo todo el tiempo pendiente de que me sintiese cómoda y eso me sorprendió bastante.

Al llegar la noche repasamos el plan como cinco mil veces para que no tuviera ni una sola fisura. Esta vez sí que le presté atención a cada detalle que me explicaba el guardaespaldas y también a los gestos de mi hermana. Esos gestos tan suyos que la hacen inigualable, como, por ejemplo, chascar la lengua antes de reírse.

Lo último que escuché antes de dormirme profundamente fue que llamaba a Drake y le decía que no había podido convencerme para colaborar con el plan y que, además, yo no quería saber nada de la herencia ni de él. ¡Será mentirosa! Hubiera vendido mi alma al diablo por saber lo que le contestó él, pero mi instinto me dijo que era mejor no saberlo.

*****

Esta mañana nada más levantarme había miles de globos en la habitación. En cuanto he puesto un pie en el suelo me ha llovido confeti y Alex me ha cantado como diez veces el cumpleaños feliz.

—Gracias a Dios no has sido cantante —bromeo—. Nunca antes había deseado con tantas ganas ser sorda.

—¡Al volver te daré tus regalos! —gorjea aplaudiendo y saltando como una niña pequeña.

Mi cara debe de ser todo un poema porque Roberto me dice:

—No se lo tengas en cuenta. Nunca había tenido a nadie a quien dedicarle sus atenciones. Feliz cumpleaños, por cierto.

Después de desayunar tarta de chocolate y soplar las velas, nos hemos ido a su habitación.

Me ha vestido como si fuese ella, es decir, con un vestido midi color frambuesa de Dior que quita el hipo; y ella se ha vestido como cree que iría yo, o lo que es lo mismo, con unos vaqueros rotos y una camiseta marinera tan vieja que hasta sospecho que la ha sacado de un contenedor. Las deportivas que lleva también dan bastante pena.

—No preguntes —me advierte con un vaivén de la mano en cuanto la miro con aversión.

Pero no soy capaz de mantenerme en silencio:

—¿Así me ves? ¿Cómo una pobre mugrienta?

—Te he dicho que no preguntes —repite y me río al notar su incomodidad. Supongo que las dos estaremos bastante incómodas hoy.

A las doce en punto del mediodía un taxista nos deja frente a la puerta de los Juzgados.

—¿Preparada, hermanita? —Me coge de la mano y nos miramos una a la otra. Es como verme reflejada en otra persona. Muy heavy.

—Para nada —sollozo.

No se me escapa la mirada fugaz que echa Roberto a nuestras manos cogidas y la sonrisa de medio lado que se dibuja en sus labios, aunque trate de disimularlo desviando enseguida la vista hacia la ventanilla. Eso me hace pensar que Alexandra no ha debido de tener gente en su vida que la quiera sin pretender sacar algún beneficio.

—No te preocupes por nada. Roberto irá contigo en todo momento. Tú solo tienes que mover ese culo respingón que Dios te ha dado y que a mí me cuesta horas de gimnasio mantener. ¿Te he dicho ya que te odio por eso?

Nos reímos y pongo los ojos en blanco.

—Unas cuantas veces. —Me pongo seria—: No, Alex, en serio, ¿nadie va a poner en duda que sea hija de mi padre ahí dentro? —pregunto nerviosa antes de bajar del vehículo.

—No —responde como si le hiciese gracia mi duda—. Y si lo hacen, yo sabré reaccionar.

—¿Por qué estás tan segura?

—Me dijo el abogado que los resultados de la prueba de paternidad salieron positivos. Tu madre aportó varios documentos oficiales con la firma de mi padre, como la partida de nacimiento. Y yo me hice varias pruebas para comprobarlo. De eso no hay duda.

—¿En serio?

Me quedo en shock al saber que mi madre ha aportado pruebas. Pensé que no las tendría y que, además, tampoco querría saber nada del tema.

—Drake se ha movido rápido, nena. Es infalible. —Me mira con una ceja enarcada—. Joder, ahora que lo pienso, ese hombre en la cama tiene que ser un mastodonte ¿no?

—¡Alex!

Niego con la cabeza y suelto un bufido seguido por una carcajada. Alex tiene el don de destensar cualquier ambiente, por muy caldeado que esté.

—Hora de la acción, chicas. —Nos indica Roberto, que lleva un pinganillo en la oreja.

—¿Tienes el móvil preparado? —susurra Alex.

Asiento.

—¡Pues que comience la fiesta! —exclama.

No me da tiempo ni a coger aire cuando la puerta del taxi se abre y descubro a Drake al otro lado sujetándola.

Joder.

Jesús.

No puede estar más guapo.

Se me corta la respiración al verlo de repente a escasos centímetros de mí, con uno de sus múltiples e impolutos trajes de chaqueta. Una pajarita. Una camisa blanca. Ataviado con sus característicos guantes, esta vez negros. Repeinado hacia atrás para que el azul de sus ojos me deslumbre a traición. El aire que nos separa está cargado de nostalgia, tensión y su inconfundible olor a cedro.

Me encuentro en una horrible encrucijada. Sé que debo mantener la calma e interpretar mi papel. Me he estado preparando para ello, pero el corazón me late con demasiada fuerza. Siento su presencia como un eco del pasado que aún me estremece sin poder evitarlo. Y para colmo, todo el resentimiento que tenía acumulado parece desvanecerse en el instante en que nuestras miradas colisionan.

Cuando nuestros ojos impactan, por un instante, el tiempo parece detenerse. La luz del mediodía ilumina su rostro, destacando los rasgos que recuerdo con tanta claridad: esos profundos ojos azules, ahora llenos de arrepentimiento; la mandíbula tensa que apenas oculta la emoción contenida; y esos labios que una vez me susurraron todo tipo de promesas.

Me detengo frente a la puerta abierta, sin poder apartar la mirada de él. Nuestras respiraciones entrecortadas llenan el escaso espacio entre nosotros, crean una tensión eléctrica que se siente palpitar en el aire y hacen enmudecer el bullicio a nuestro alrededor.

Y entonces, como si fuera un reflejo del ayer, Drake extiende la mano hacia mí. Una ofrenda de paz y reconciliación. Le sonrío de manera tímida. Su expresión se suaviza. Los muros que hemos estado construyendo a nuestro alrededor en los últimos días se desmoronan ante la intensidad de nuestras emociones. Se me escapa un leve suspiro.

Tomo su mano sin poder dejar de temblar. No contaba con semejante encerrona. La electricidad del contacto recorre mi piel y eso que lleva guantes. Es un momento simple, pero cargado de significado para mí. Con este nimio gesto encuentro la redención que tanto ansiaba, el perdón que nos libera a ambos del peso del pasado.

Pero…

—Alexandra —pronuncia en un tono seco a la vez que inclina la cabeza a modo de saludo formal.

¿Alexandra?

¡Mierda!

¡Se me ha olvidado por completo que no soy yo!

¿Cómo coño he podido representar en mi cabeza una escena tan diferente a lo que ocurre en realidad?

«¡Reacciona, Alice!», me increpo.

Carraspeo y aparto los ojos de él a toda prisa para centrar la atención en la multitud de periodistas cargados con micrófonos y cámaras enormes que intentan llegar a mí al grito de «¡Alexandra!».

—Mayordomo —respondo como me ha indicado Alex que lo llama. Suelto con celeridad su mano para alejarme cuanto antes de su olor y su aura enigmática.

Enseguida aparece Roberto para arroparme posando una mano en mi espalda y conducirme hasta la puerta de los Juzgados. Trato de llevar la cabeza alta, el paso firme y no mirar a nadie en concreto, como me ha recomendado mi hermana, pero resulta difícil cuando te están metiendo micrófonos y móviles en la cara y, además, estás pensando en cómo será el encuentro entre Drake y la supuesta Alice. Ay, Dios.

No tardamos en subir la inmensa escalinata de mármol blanco que nos lleva hasta las puertas del Juzgado. En el ascenso he escuchado preguntas de todo tipo, desde «¿no le resulta sospechoso que alguien aparezca dieciocho años después de la muerte de su padre?» hasta «¿para cuándo la boda con Frank Geller?». Todo debería ser en inglés y, de hecho, un par de ellos las formulan en ese idioma, pero, por supuesto, ya sabemos cómo somos los españoles. Luego se encargarán de promulgar en el programa de turno que la actriz no ha querido responder a nada porque es una estirada o porque oculta algo. Y a nadie se le pasará por la cabeza que en realidad, teóricamente, no entendía la pregunta.

El silencio sepulcral del interior de los juzgados contrasta con la algarabía del exterior. Todo a nuestro alrededor es de mármol blanco y marrón, decorado con columnas inmensas y muebles de madera maciza.

Mientras Roberto y yo pasamos por el detector de metales, donde he tenido que firmar mi primer autógrafo falso a los guardias de seguridad, la supuesta Alice entra discutiendo con el mayordomo. Hace aspavientos con los brazos como si le fuera la vida en ello. ¡Oh, joder!

Me pongo la mano en la frente y cierro los ojos para concienciarme: No debo intervenir. Roberto a mi lado susurra sin apenas mover los labios «ya sabía yo que no iba a ser capaz de estarse calladita».

—…y te recuerdo que fuiste tú quien me mintió desde el principio —le grita ella.

—¡Sí! ¡Te mentí! Pero te acabo de pedir perdón. ¿Acaso no te enseñaron en el colegio a perdonar?

—Me enseñaron a perdonar y a pegar patadas en los huevos. ¿Cuál quieres que te demuestre primero?

—Típico de ti —protesta.

Entonces ella le clava un dedo en el pecho y lo mira con los ojos inyectados en sangre.

—No creas ni por un segundo que con un mísero perdón y cuatro lagrimitas de cocodrilo

me voy a olvidar de las putadas que me has hecho, Lennox. ¡Ni lo sueñes!

Se dirige hacia nosotros dándole la espalda mientras él va tras ella como un perrito amedrentado. Siento hasta lástima al ver la escena.

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunta él.

Ella se gira de repente y lo encara, por lo que él se detiene en seco para no derribarla.

—¿Que qué tienes que hacer? ¡Morder el puto polvo, imbécil!

Roberto y yo los observamos atónitos. El guardaespaldas suelta un «la madre que la parió». Y yo estoy sin habla. Ni siquiera logro parpadear.

Alex se ha metido tanto en el papel que ni yo misma hubiera sido capaz de semejante hazaña. No me extraña que esté nominada a los Óscar. Por cierto, todo esto acontece mientras pasan por el detector de metales y los cachean a ambos. Los de Seguridad deben de estar flipando. Por cierto, espero que no le pidan a ella otro autógrafo porque entonces descubrirán que el mío es el falso.

Drake parece haberse quedado en silencio y pensativo. Resulta evidente, ahora que tengo la oportunidad de observarlo de lejos, que ha perdido peso y tiene mala cara. Parece cansado.

Cuando se reúnen con nosotros trato de no mirar a ninguno a los ojos porque me descubrirían. Mi madre siempre me ha dicho que soy como un libro abierto porque se me nota en la cara cualquier cosa que pienso.

—Vamos al despacho del albacea. Nos está esperando —informa Roberto.

Todos le seguimos en silencio hasta el ascensor.

Una vez dentro del estrecho cubículo se masca la tragedia.

—¿No le dije que le comprara un atuendo adecuado? —le reprocha Drake al guardaespaldas, que está a su lado y a mi espalda.

Caigo en la cuenta de que vuelve a hablarle de usted, por lo que mucho me temo que ha vuelto a levantar las inmensas barreras que lo separan de la humanidad.

—¡Ya estamos! —reniega mi hermana, la supuesta yo, que se encuentra a mi lado y de espaldas a ellos dos también—. Tú y tus atuendos. No pienso disfrazarme de pija.

—Lo he intentado, pero han insistido en decidir ella misma lo que ponerse —responde Roberto encogiéndose de hombros.

—Le di la orden expresa de que no pareciesen la pobre y la rica. ¿Usted ve alguna diferencia? —ironiza en un tono seco.

Compruebo por el espejo que ambos nos dedican una mirada de arriba abajo. Hasta siento los ojos de Drake detenerse en mi trasero más tiempo del que me gustaría, pues se supone que es el culo de mi hermana. Después clava los ojos en los míos de golpe. Me sobresalto. Lo sabe.

—¿Perdona? Pobre será tu madre. Eres un clasista —suelta Alex.

Miro al suelo para no reírme al ver la cara de espanto que pone él al escuchar sus palabras.

Gracias al cielo se abren las puertas del ascensor y salgo a toda prisa al pasillo.

Lennox no deja de mirarnos a ambas con los ojos entrecerrados.

—Alexandra Gragio y Alicia Álvarez —anuncia una voz femenina.

—Seguidme —dice Drake, que se encamina hacia una de las numerosas puertas que hay a ambos lados.

El sonido de mis tacones contra el mármol y los carísimos zapatos de los caballeros es lo único que se escucha. Al llegar al lugar indicado se detiene y nos deja pasar a nosotras primero.

—No voy a volver contigo ni muerta, Lennox. Ya te vale, llamarme pobre —susurra ella mientras pasa por su lado. Él continúa alucinando.

Justo al entrar en el enorme despacho me quedo de piedra.

Frank Geller está sentado en uno de los sillones mirándonos con una amplia sonrisa.

Capítulo 42

En cuanto veo al magnate sentado apaciblemente en el sofá, con los brazos abiertos apoyado sobre el respaldo, la pierna cruzada a la altura del tobillo con su carísimo traje de chaqueta, mis ojos se desvían de manera automática a los guantes de Drake.

«Si se despidió del trabajo ¿por qué sigue vestido como un mayordomo? ¿Y qué diablos hace aquí Geller? —Pienso—: Fácil, Alice, hija, porque todo era mentira».

El estómago me arde. Tengo ganas de vomitar. Dudo de todas y cada una de las personas que me rodean. Todo esto ha sido una encerrona, está claro, pero ¿para qué?

—Alex, mi amor. —Frank Geller se levanta del sofá en cuanto me ve y corre a cogerme la mano para besar el dorso con suma delicadeza. Es un clon de Robert Redford. Admito que tiene su aquel, pero el contacto de sus labios con mi piel me produce arcadas—: Estás espectacular, como siempre.

Le sonrío sin saber muy bien cómo se comporta Alex con él, pues nadie me ha avisado de que estaría aquí. Me estoy empezando a agobiar bastante, por no decir que me voy a poner a llorar de un momento a otro.

—¿Qué hace aquí este tío? —pregunta mi hermana mascando un chicle que vete tú a saber de dónde coño lo ha sacado mientras lo señala con el dedo.

¿En serio? ¿Alex cree que yo hablo como una drogadicta del Bronx? ¿Acaso alguien en su sano juicio me confundiría con ella? Está exagerando más de la cuenta y la van a pillar. Solo espero que en realidad no opine así de mí. ¿O está haciendo eso precisamente para que yo haga lo mismo con mi personaje? Joder, estoy hecha un lío. Deberíamos haber planificado todo esto mejor.

—No se te ocurra dirigirte a mí de esa manera —gruñe Geller.

—¿O qué? —Se encara con él sacando pecho y levantando la barbilla.

Ay, Dios. Ahora mismo soy el emoticono de la mujer poniéndose la mano sobre la frente.

—Alicia, por favor —la reprende Drake cogiéndola del brazo.

—¡Vete a la mierda, Lennox! Tú serás la putita de este tío, pero yo no. Me ha secuestrado y ahora quiere quedarse con mi pasta. Repito ¿qué hace aquí? —Se cruza de brazos esperando la respuesta. Hace una pompa con el chicle.

—Lennox, espero que te encargues de tu mascota si no quieres que la elimine de la ecuación de manera fulminante —lo amenaza Geller entre dientes. La mascota soy yo. Es decir, ella.

El mayordomo asiente y se la lleva a un rincón diciéndole algo al oído. Me recorre el cuerpo un escalofrío al pensar que ese oído debería ser el mío.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando este día, Geller? ¿No piensas cantarme el cumpleaños feliz? —salta ella pasando del mayordomo.

Abro la boca sin poder evitarlo porque esto se ha salido de madre. A mi querida hermanita se le ha ido la pinza por completo.

Frank Geller entonces se acerca a mí y me susurra al oído:

—No te preocupes, en cuanto haya firmado nos desharemos de ella por fin. Lo tengo todo preparado para que parezca un accidente.

Se me hiela la sangre. No solo por sus palabras, sino por la manera tan escalofriante en que lo dice, como si estuviese hablando de quitarse un pelo de la chaqueta. Sin darme apenas tiempo de reacción, me coge de la cintura y me dirige hacia el sofá para que tome asiento a su lado.

Enseguida entra en la estancia un señor de unos setenta años, trajeado, con el pelo blanco y bigote, que nos saluda con un leve asentimiento mientras se dirige hacia la enorme mesa de madera que preside el despacho, la rodea sin demasiada prisa y se sienta en el sillón de cuero que hay tras ella.

Carraspea.

—Buenos días. Seré muy breve. —Saca unos papeles de su maletín. Los coloca sobre la mesa y me mira. Después mira a mi hermana y por último se pone a leer—. Alexandra Gragio, con DNI…

Durante un buen rato enumera la cantidad de posesiones inmuebles que nos deja la familia en herencia, pues, por lo visto, somos herederas universales al no tener ni primos ni sobrinos. Ni nada.

—El señor Frank Geller con DNI…

Un momento. ¿Por qué está Geller en el testamento? No entiendo nada.

Desvío la mirada hacia mi hermana y me hace la señal para que grabe con el móvil. ¡Joder! ¡El móvil! Busco con disimulo en el minúsculo bolso plateado que me ha prestado ella, pero no lo encuentro. Mierda.

—… por lo tanto, la empresa del citado caballero deberá devolver tres millones de euros a las señoritas Álvarez y Gragio en un periodo no superior a tres meses a contar desde la fecha de la firma, es decir, hoy. Por otra parte, Alexandra Gragio renuncia a la parte que le corresponde de su herencia en beneficio íntegro de su hermana.

Frank se levanta como si tuviera una guindilla en el culo.

—¡Eso no es lo que habíamos acordado, Alex! —Señala los papeles sobre la mesa mientras me mira con recelo—. He gastado ese dinero con creces en tu carrera. Quedamos en que la deuda quedaría saldada cuando todo fuera para mí. ¿Qué cojones crees que estás haciendo?

¡Madre mía!

—No lo recuerdo —balbuceo nerviosa.

—Señor Geller, tranquilícese —le pide el albacea.

Noto que Drake y Roberto se tensan.

—¿Que no lo recuerdas? —Suelta un bufido seguido de una sonrisa hipócrita que me hiela la sangre. Después se acaricia la mandíbula un tanto cabreado—. Pues permíteme que te refresque la memoria, querida: me lo prometiste mientras me comías la polla en un hotelazo de cinco estrellas en Bali. Uno de esos que tanto te gustan.

Madre mía. Mis ojos se desvían a Roberto sin poder evitarlo, pero él está mirando a mi hermana. Ella se encoge de hombros tratando de disimular.

No entiendo nada.

—¡Dime que eso no es verdad! —suelta el guardaespaldas sin apartar la vista de mi hermana.

—Roberto —gruñe Drake.

Oh. Oh. Se va a liar parda.

Todo ocurre demasiado rápido. Geller tira de mi brazo con fuerza para que me levante. Pega mi espalda a su pecho y me sujeta con un brazo por el cuello mientras con la otra mano me apunta a la cabeza con una pistola. Se me corta la respiración y siento los latidos del corazón en la garganta.

—Cambiad ahora mismo esa puta cláusula o me la cargo —ruge Geller.

El albacea se mete debajo de la mesa a toda prisa. Roberto se lanza a proteger a mi hermana y Drake permanece en pie frente a nosotros con las manos en alto.

—Cálmate, Frank. No adelantas nada con esto. Acepta la derrota —le pide tajante.

—Si yo pierdo perdéis todos —ruge en mi oído.

No puedo parar de temblar. El cañón de la pistola me hace daño en la sien.

—Suéltala y te doy mi palabra de que negociaremos las condiciones.

Noto cómo se tensan los músculos de mi opresor alrededor de mi cuello.

—No te atrevas a mentirme, Lennox. Hace tiempo que no me fio de ti. Desde que viste a esta ramera perdiste el norte. Con lo bien que habíamos planeado todo. Después de haberte tratado como un padre me fallaste por echar un puto polvo.

—Frank… —Drake da un paso hacia nosotros.

—¡No te muevas!

Geller apunta al mayordomo con el arma y en esa milésima de segundo en la que me veo liberada aprovecho para asestarle un fuerte golpe en las costillas con el codo al tiempo que le muerdo el brazo con todas mis fuerzas, tanto, que siento el asqueroso sabor de su sangre en la lengua. Geller se encoge de dolor. Drake se abalanza sobre nosotros. Y la pistola se dispara.

Caemos al suelo los tres.

—¡No! ¡Alice! —grita mi hermana.

Drake y Geller forcejean a mi lado, pero yo no logro moverme. Me duele mucho una

pierna. Hay sangre por todas partes, aunque no sé de quién.

Veo que la pistola sale rodando por el suelo. Roberto la coge y apunta a Geller, pero este ni se inmuta, continúa forcejeando con Drake como si nada.

—¡Estate quieto o te meto un tiro, Frank! —lo increpa el guardaespaldas.

—No tienes cojones —escupe el aludido.

De repente, finge asustarse por algo y, tanto el mayordomo como Roberto Carlos, miran en esa dirección, momento que el magnate aprovecha para levantarse de un salto y salir corriendo. Drake y Roberto se reprochan haber caído en semejante trampa de niños con la mirada mientras el segundo ayuda al mayordomo a levantarse a toda prisa.

Enseguida aparecen por la puerta dos guardias de seguridad y Drake los esquiva para perseguir a Geller. Roberto Carlos le sigue después. Todo es un caos.

Los guardias corren a auxiliar al albacea en cuanto este les llama.

Alex se aproxima a mí a toda prisa y se agacha a mi lado para comprobar si estoy bien.

—¡Alice! ¿Estás bien? ¿Tienes alguna herida? —grita nerviosa al tiempo que supervisa mi cuerpo mientras tiembla por ver tanta sangre.

—Me duele la pierna.

Vuelve a mirar. Esta vez con más detenimiento. Veo el pánico reflejado en sus ojos.

—No tienes nada. La sangre no es tuya. Tranquila —suspira aliviada. Se deja caer al suelo y me abraza con todas sus fuerzas—. Joder, qué miedo he pasado.

Después de que hayan sacado al albacea de aquí, los guardias nos ayudan a levantarnos y nos acompañan a otra sala para hacernos preguntas sobre lo ocurrido. No puedo dejar de temblar.

—No he podido grabarlo, Alex. No encontraba el móvil —susurro para que solo me escuche ella—. Lo siento. Lo he fastidiado todo.

—No te preocupes, hermanita, lo tenía yo. Está todo controlado. Lo has hecho muy bien. —Me guiña un ojo y por fin me relajo. Tenía miedo de que todo esto hubiera sido en vano.

Al cabo de un rato, llega la policía y vuelven a interrogarnos.

—¿De quién era la sangre? —pregunto.

—No se sabe —me responde uno de los agentes.

Mi hermana se encoge de hombros y leo en sus labios un «ni idea».

*****

Alex y yo llevamos un buen rato deambulando nerviosas por la casa de Roberto sin apartar la mirada de la pantalla del móvil por si hubiera alguna noticia. Al menos se me ha pasado el dolor de la pierna mientras caminaba, aunque estoy segura de que mañana la tendré amoratada.

Me estoy vistiendo con ropa de mi hermana después de haberme duchado para limpiarme la sangre cuando se escucha la puerta de entrada abrirse y las dos corremos hacia allí. Al ver a Roberto Carlos entrar siento una enorme decepción.

Ella se lanza a sus brazos mientras grita su nombre y se dan un beso apasionado.

—¿Qué ha pasado? Me tenías muerta de miedo —lo regaña.

Se apartan uno del otro enseguida en cuanto Roberto me mira y esa mirada no me gusta nada.

—Alice, lo siento. —Mira hacia abajo.

Un fuerte impacto me golpea el pecho. Me acerco hasta él y lo cojo de las solapas del traje con fuerza para que me mire a los ojos.

—¡Dime que Drake está bien! —le grito.

Él agacha la cabeza y mira al suelo de nuevo a pesar de mis golpes en su pecho.

—¡Roberto Carlos —le grito—, dime que está vivo!

Él niega con la cabeza, frunce el ceño y aprieta la mandíbula.

—No sé dónde está.

—¿Cómo que no lo sabes? —insisto desquiciada.

Alex me pasa un brazo por el hombro con dulzura para abrazarme después y así me aparta de él. Los tres nos dirigimos al salón para tomar asiento en el sofá.

—Cuando salimos al exterior, el equipo de seguridad de Geller al completo, unos diez hombres, nos apuntaron con armas, pero en cuanto Drake los miró las bajaron. Es su jefe y le fueron leales… hasta el final. —Me abrazo a mí misma. No quiero escuchar nada más—. Ahí perdimos unos minutos demasiado valiosos para darle caza, aunque logramos seguirlo por las calles. Casi lo teníamos cuando cruzó la carretera… no nos daba tiempo... pero Drake… no se detuvo… Había demasiado tráfico, joder. —Se lleva las manos a la cabeza.

—Lo han atropellado —suelto dejando caer el alma a mis pies.

—Alice, no pienses eso. Ya verás como está bien —me anima mi hermana echando un mal de ojo a su novio.

Dejo caer la cabeza sobre su hombro y rompo a llorar.

—Ese mayordomo es como un toro, Alice. No te preocupes —trata de calmarme.

Pero yo hace tiempo que he dejado de escuchar y sentir nada. Solo puedo recriminarme haber sido tan injusta con él y no haber estado a su lado todo este tiempo.

Capítulo 43

Es de noche y Alex me ha convencido para que la acompañe a recoger mi regalo de cumpleaños. Aunque lo único que me apetece es meterme en mi cuarto a llorar, o más bien en el cuarto de la casa de mis padres, ya que no tengo donde caerme muerta, y no salir nunca más de allí.

El día de hoy ha sido demasiado en todos los sentidos.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer con tanto dinero? —me pregunta mi hermana al salir del ascensor para que me evada y no dé demasiadas vueltas a la cabeza.

Después de que la policía nos interrogase por fin hemos firmado la herencia.

Nos encontramos en la última planta de un lujoso piso al norte de Madrid.

—No lo sé —respondo con desgana—: De momento le daré una buena parte a mi madre para que tape algunos agujeros o reforme su casa. Luego ya veré, pero la idea es donarlo a una ONG colombiana. —Me detengo para mirar a mi alrededor con desconfianza—. ¿Dónde estamos?

—Ahora lo verás.

Se descalza. Llama a un timbre y de repente sale corriendo. ¿En serio? Siempre se me olvida que todavía no la conozco lo suficiente como para asegurar que no está zumbada.

Por un instante dudo si seguirla o no, pero no me da tiempo a reaccionar porque la puerta se abre y tras ella… aparece él.

¡Oh, oh!

En el preciso instante en el que lo tengo delante de mí, lo confirmo: estoy enamorada de Drake Lennox. Perdida y absolutamente enamorada.

El corazón comienza a latirme como si necesitase bombear sangre para correr una maratón. Le echo un vistazo rápido para comprobar que está bien y que no tiene ninguna herida de muerte o que no le falta alguna extremidad. Cosas normales en su día a día.

Reprimo las inmensas ganas que me entran de saltar sobre sus brazos y besarlo. ¡Está bien! ¡Está vivo! Noto cómo toda la tensión retenida durante el día abandona mis músculos y casi me desplomo en el suelo, de no ser porque unos brazos me lo impiden.

—Hola —susurra mientras me sostiene. Echaba de menos esa forma tan suya de mirarme, haciéndome sentir que soy lo más valioso que hay en el mundo.

Le aguanto la mirada como puedo porque me resulta irresistible y ni siquiera voy a mencionar su exquisito olor. Sonríe complacido.

—Vaya sorpresa. No esperaba que fueras a caer rendida a mis pies nada más verme.

Me incorporo envalentonada por la ira.

—¿Ya estás otra vez dándotelas de super héroe que salva a mujeres desvalidas, Lennox? —protesto mientras me separo de él y del maldito embrujo que ejerce sobre mí.

Se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos del vaquero apoyando un hombro en la pared. Me fijo un momento en que esa camiseta azul no le marca tanto los músculos como es habitual. Ha adelgazado mucho.

—Hay cosas que no cambian nunca —susurra henchido de orgullo.

—Ni que lo digas. —Suspiro nerviosa.

No sé qué decir. Por un lado, me muero por soltar todas las preguntas que se arremolinan en la punta de mi lengua y también por besarlo, pero, por otro, me obligo a pensar que esas respuestas ya no servirían de nada. Él está entrenado para la adrenalina y para que su vida sea una eterna película de acción, no pinta nada en un día a día monótono y aburrido como lo son los míos. Y yo no podría esperar en casa mirando el móvil a cada minuto al borde del infarto sin saber si está vivo o muerto, como hoy. Lo nuestro está abocado al fracaso. Es mejor así.

Sin embargo:

—¿Quieres pasar? —Señala la puerta con una mano separándose de la pared.

Titubeo. Me muero de ganas. Pero no puede ser. No estoy dispuesta a volver a sufrir. De hecho, ya estoy sufriendo.

—No. Gracias. En realidad… no sé qué hago aquí. Alex me ha engañado para que viniera y después ha salido corriendo y me ha dejado tirada —me excuso señalando sus zapatos desperdigados por la alfombra. Luego titubeo y elevo una mano en señal de despedida—: Supongo que ya nos veremos… adiós.

Ahogo las ganas de insultarlo por no avisarme de que estaba bien. Por haber permitido que pasara un día de mierda imaginando que le había ocurrido algo horrible.

Cuando me doy la vuelta para dirigirme hacia el ascensor me coge por la muñeca. El repentino calor de su tacto abrasa mi piel logrando que miles de cosquillas se apoderen de mi estómago. Me giro de golpe y lo miro a los ojos fijamente.

—Por favor. Será solo un momento. Necesito hablar contigo —me suplica.

Recupero mi brazo para evitar que siga tocándome y, sobre todo, para evitar que mi cuerpo se anticipe a una noche de sexo salvaje. Mi clítoris está bailando la samba en cuanto ha notado el contacto. Ya lo está celebrando el muy iluso.

—Está bien. Pero solo porque tengo algunas preguntas que me gustaría que respondieras —le concedo.

—Tú y tus preguntas.

Asiente y vuelve a indicar el camino a seguir con una mano en dirección a la puerta y la otra tras la espalda, como es habitual en su pose de mayordomo.

El estómago me da un vuelco en cuanto entro en el piso. Huele a él. A bollería. A… hogar.

Se trata de una enorme sala diáfana donde todas las paredes exteriores son de cristal, por ende, al estar en un piso tan alto, se vislumbra a través de ellas la espectacular iluminación de la noche madrileña… y, además, en lo alto se ven las estrellas.

Miro a mi alrededor buscando no sé muy bien qué. Aquí hay algo especial. No parece una sala de exposiciones donde no se pueda tocar nada como lo es su otra casa. No sé explicarlo bien, pero ese algo me hace sentir en casa.

—¿Te gusta? —titubea a mi espalda.

Me giro de golpe para comprobar si es cierto que el gran tiburón blanco está nervioso y así es. Sus ojos reflejan inseguridad. Algo que nunca creí posible en él.

—Sí. Es… bonito.

—¿Te apetece algo de beber?

¿Un copazo de Tranquimazim quizá?

—No. Gracias. Estoy bien.

Se adelanta y se sienta en un enorme sofá blanco de piel con las piernas abiertas y los codos sobre ellas mientras me estudia con atención. Una vez que ha tomado asiento, el sofá no me parece tan grande. Lo observo con cautela porque cada célula de mi cuerpo me suplica que me suba encima de él. Es experto en comunicación no verbal, así que estoy segura de que sabe que me va a dar un infarto, pues me tiembla todo el cuerpo.

—Toma asiento, Alicia, por favor.

Obedezco y me siento frente a él, aunque, desoyendo a mis células, lo hago todo lo lejos que me es posible.

Por su cara deduzco que lo que me va a decir no me va a gustar un pelo. El corazón se me acelera. Se pasa la mano por la cara y termina en la mandíbula.

—Feliz cumpleaños —suelta con su habitual tono neutro, ese que me saca de quicio por parecer un robot.

—¿Qué?

Esas dos palabras me alejan de golpe de mi frívolo papel de mujer distante e inaccesible.

—No he podido felicitarte esta mañana —me explica haciendo un gesto con las manos.

—Bueno, tampoco era el momento más idóneo. —Me encojo de hombros.

Se echa hacia atrás en el sofá y, una vez recostado, sonríe de manera baladí.

—¿Cuándo piensas contarme que os habéis cambiado? —me acusa con el dedo índice.

—¿Qué? —repito medio atontada.

Lo sé. No estoy manteniendo una conversación demasiado inteligente, pero es que no me salen más que monosílabos.

—Esta mañana he felicitado a la supuesta Alicia y ahora tú no lo recuerdas… evidentemente porque no eras ella —me explica—. Estaba seguro de que no eras tú.

Agudizo la mirada y me cruzo de brazos.

—No tan seguro, por lo visto.

—Admito que has interpretado tu papel a la perfección. Alexandra, sin embargo, ha sobreactuado demasiado. Aunque, si he de serte sincero, supe que eras tú en el preciso instante en que clavaste tus ojos sobre mí al salir del taxi. Todo mi cuerpo reaccionó a tu presencia y no lo entendí hasta que estuvimos en el ascensor.

Supongo que con «todo mi cuerpo» se refiere a su entrepierna, básicamente. Siento cómo me ruborizo, aunque me obligo a disimular.

—Es muy romántico por tu parte que me reconozcas por el culo.

Él retiene la sonrisa.

—No hay ninguno igual.

No sé si quiero matarlo o lanzarme a sus brazos.

—¿De quién era la sangre? —pregunto para cambiar de tema.

—¿La sangre?

—En el despacho, cuando se disparó la pistola, había sangre —le explico.

—¡Ah! Sí. Del brazo de Frank. En un principio, hasta que descubrí que era suya… —Aprieta los labios—. Solo de pensar que pudiera ser tuya…

—Bueno, supongo que eso ahora da igual —lo interrumpo.

Vuelve a quedarse serio.

—No da igual. Le ordené expresamente a Roberto Carlos que no suplantarais la identidad de la otra por ser demasiado peligroso. Yo tenía que protegerte a ti y él a tu hermana. Ese era el trato.

—¿Por qué?

—Porque sabía que Geller no se quedaría de brazos cruzados y, de hacer algo, iría a por Alexandra y tú estarías a salvo. De esta manera, te han puesto en el centro de la diana.

—¿Sabías que iría a por ella?

—Conozco demasiado bien a ese cabrón.

—Lo lógico hubiera sido que me eliminase a mí.

—Me encargué de que estuvieras alejada de él —afirma.

Recuerdo cómo se llevó a Alex hacia el rincón más alejado de la sala.

—En realidad sabías que te la estabas llevando a ella. No me mientas.

Él cruza los dedos de las manos, toma aire y suelta un bufido.

—Para que Roberto y yo pudiéramos centrarnos en ti necesitaba tener a Alex a salvo. En el ascensor le eché en cara tu atuendo, pero en realidad lo que le estaba queriendo decir era que sabía quién erais cada una y que seguíamos con el plan.

—¿En serio?

—Son claves que tenemos entre nosotros. —Se encoge de hombros—. Pero el muy imbécil la cagó en cuanto se puso celoso y la miró a ella en vez de a ti. En ese momento Geller supo quién eras tú en realidad. Por eso no hay que mezclar el amor con el trabajo. La más nimia de las miradas jode una misión al completo.

Jugueteo con el dobladillo de mi sudadera para que no me mire a los ojos y descubra la decepción en ellos al saber que mi propia hermana y su guardaespaldas me han usado de parapeto. Ya no me puedo fiar de nadie. Siento que se me rompe un poco el corazón. Había imaginado una relación idílica con mi hermana y de pronto se desquebraja. Todos me utilizan para tirarme después.

—¿Cuándo te has mudado? —pregunto para que no descubra mi dolor.

—Aún no lo he hecho.

Vuelvo a posar mis ojos sobre él. Me duele mirarlo. Mucho. Demasiado.

Me quiero ir.

—Drake, ¿de qué querías hablar?

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho hoy. Sé que no ha sido fácil para ti enfrentarte a la prensa, ni a Geller ni... a mí. Has sido muy valiente y gracias a eso somos libres.

—No tienes que darme las gracias. Me he quedado con todo el dinero. —Suelto una risa falsa ante mi intento lamentable de broma—. En cuanto a Geller, me gustaría saber toda la verdad. Estoy harta de que me mintáis y me ocultéis información.

Me estudia con detenimiento.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

—Todo.

—Pues la última novedad es que Geller es hermano de la madre de Alexandra, es decir, su tío. Todo ha sido una venganza escrupulosamente orquestada por él.

—¡Qué dices! —Me cubro la boca con ambas manos.

—Me he enterado hoy mismo, mientras declaraba en la comisaría antes de que se lo llevaran al calabozo y he de admitir que eso no lo vi venir.

Su mirada cargada de prepotencia me obliga a pincharlo.

—¡Oh, vaya! A ver si va a resultar que no eres tan perfecto como creías. —Pero enseguida recuerdo que no puedo tomarle el pelo. No estamos en ese punto—: ¿Y por qué haría todo esto el tío de Alexandra?

—El capitán Gragio no se llegó a casar con su hermana, por eso no le correspondía nada de la herencia. Primero intentó ponerle remedio y beneficiarse a través de su sobrina y después quiso vengarse a través de ti.

—¿De mí por qué?

—Él siempre ha creído que tu padre y tu madre lo tenían todo orquestado. Que él dejó

morir a su hermana para poder estar con tu madre, para que os quedaseis con el dinero, y dejar a Alexandra sin nada. Creo que por esa misma razón me reclutó a mí también y quiso eliminarme de la ecuación en cuanto se dio cuenta de que trataba de ayudarte.

—Jo-der.

—Pero eso ahora ya no importa. Gracias a la grabación del móvil de Alex estará en prisión unos cuantos años. Además, la única cláusula de rescisión de contrato, tanto para ella como para mí, era que hubiera una causa penal interpuesta entre las partes, por lo tanto, ahora somos libres.

Un momento.

—En tu casa me dijiste que ya te había despedido —le recuerdo.

—Si te decía la verdad no hubieras accedido a colaborar. Cambié tu libertad por algunas concesiones en mi contrato.

—¿Qué concesiones?

—Da igual, Alicia. —Me dedica una mirada enigmática.

—No. No da igual. Dímelo. Estoy harta de tantas mentiras.

Si ha hecho algo por mí quiero saberlo.

Drake traga saliva.

—Firmé un contrato vitalicio a cambio de que te dejara libre.

El estómago me da un vuelco ante su confesión. Estoy hecha un manojo de emociones y no entiendo nada. Coloco una pierna flexionada sobre el sofá para estar más cómoda y poder mirarlo de frente.

—Entonces ¿todo lo que me contaste sobre mi padre era falso? ¿Todo ha sido una mentira? —Necesito simplificar para que mi cerebro no estalle.

Niega con rotundidad.

—Toda esa parte es verdad. Nunca te he mentido con respecto a eso.

Siento un nudo enorme en la garganta.

—Entonces…

—No te he mentido con respecto a nosotros, Alicia —me interrumpe—. Necesito que lo sepas.

Me da un vuelco el corazón.

—No te creo. Solo estuviste conmigo porque era parte del guion.

«Me has roto el corazón».

Él se revuelve el pelo con la mano mirando al suelo. Después clava sus ojos en mí con esa mirada intensa que tanto he anhelado.

—Estaba acojonado.

—¿Acojonado?

—He de admitir que al principio fue todo un teatro. Debería mantenerte en Colombia esos dos meses y punto. Era bastante fácil. Pero después todo se complicó.

—¿Después de qué?

—De ti… De nosotros.

Permanecemos unos segundos en silencio. Sus ojos refulgen con una intensidad que rebela el torbellino emocional que se está gestando en su interior. Me ruegan que lo crea. Pero no quiero creerlo porque esto no tiene ningún futuro.

—¿Y la bala? ¡Yo misma te la saqué! —lo interrumpo con el ceño fruncido.

Deja escapar un suspiro y un destello de frustración aparece en sus pupilas.

—Todo falso, Alicia. No era una bala de verdad. Era una esfera de metacrilato que me introduje yo mismo. Tus nulos conocimientos de supervivencia ayudaron bastante a que no te dieras cuenta de que era imposible haber sobrevivido a un vuelo tan largo con un tiro en esa zona y mucho menos correr y hacer los esfuerzos que yo hice después con semejante herida.

O sea, que aguantó que le cosiera sin tener ni idea y fingió todo. ¡Qué fuerte! Ahora mismo soy un relámpago contenido a punto de desencadenar una tormenta devastadora sobre él.

—¡Eres un puto mentiroso, Lennox!

Me levanto del sofá. Siento los hombros, el cuello y la mandíbula en tensión. Tengo la respiración agitada. Me coloco una mano en la frente y la otra en la cintura. ¿Cómo he podido ser tan idiota y estar tan ciega?

Él también se levanta del sofá, tenso como una cuerda a punto de romperse, para ponerse delante de mí. Su expresión denota culpabilidad y arrepentimiento. Posa ambas manos sobre mis hombros con delicadeza.

—Lo sé. Y lo siento. Pero no me arrepiento de haberlo hecho porque eso también logró mantenerte a salvo.

—¿A salvo? ¡Me secuestrasteis, joder! ¡Mientras yo estaba cagada de miedo, tú te lo estabas pasando en grande haciendo de héroe!

Me aparto de él para tomar distancia, sin perder el contacto visual.

—Todo lo que vivimos allí fue real, Alicia. Lo juro. Tienes que creerme.

—¿Real? ¡Acabas de confesar que fue todo una farsa! —Suelto una carcajada llena de incredulidad—. ¡Creí que te gustaba de verdad!

Me obligo a parar de hablar porque las lágrimas me recorren las mejillas y no quiero que me vea así. Me limpio con las manos como puedo.

Se aproxima con el rostro desencajado, pero levanto la mano para detenerlo.

—No te atrevas a tocarme —rujo llena de odio mientras me dejo caer en el sofá. Abatida.

No sé cómo me siento. No quiero perdonarle, pero me muero por hacerlo.

Se pone de cuclillas ante mí con un brazo apoyado en el sofá y el otro sobre mis rodillas. Es como si necesitara tocarme. ¿Quién se lo iba a decir a él?

—Alicia, te pido perdón por haberte ocultado el verdadero motivo del secuestro, pero no por haberlo llevado a cabo. De eso no me arrepiento en absoluto.

—¿¡Qué!? ¡Eres un puto sádico sin escrúpulos!

Vuelvo a levantarme haciendo aspavientos con las manos.

Cierra los ojos como si le dolieran mis palabras. Desde luego, deberían darle el Óscar a mejor actor. Cuando los abre es otra persona. Una llena de dolor.

Toma asiento en el sofá. Mete la cabeza entre los brazos y suspira. Después echa la cabeza hacia atrás como si rogase al cielo que lo ayude.

—Joder. Esta mierda de los sentimientos se me da fatal. No sé cómo explicarte las cosas sin que te lo tomes como una declaración de guerra.

Me planto delante de él con los brazos cruzados. Me mira desde abajo.

—¿Qué tal si intentas ser sincero y dejar tus mierdas a un lado? —le sugiero.

Me ofrece la mano para que me siente a su lado. La tomo a regañadientes, pero lo hago. No me suelta. Acaricia mi piel con delirio, como si fuera a romperse.

Ninguno de los dos aparta los ojos de ese punto de unión. Me quema.

—Lo que intento decir es que no me arrepiento de haberte llevado a la selva porque gracias a eso todo mi mundo cambió y yo… me enamoré de ti.

Entrelaza sus dedos con los míos, pero los separo al instante para volver a levantarme. No logro quedarme quieta.

—¡Ja! ¡Esa sí que es buena!

Él se levanta detrás de mí, pero esta vez no es tan sumiso. Todo su cuerpo está rígido, su mandíbula tensa y sus cejas casi se tocan sobre la nariz.

—Todo ha terminado, Alicia. Deberías saber que no tengo ningún motivo para seguir engañándote —ruge.

—¡Mientes! No sé lo que intentas ahora, pero mientes. Tú mismo me dijiste que solo te movías por dinero y que no me fiara de ti.

Me dirijo a la cristalera, pero Drake me agarra por la muñeca para que no le dé la espalda.

—Pero todo eso cambió en el preciso instante en que te besé. O puede que fuera antes, no lo sé, porque desde que te vi delante de aquel maldito ascensor pusiste patas arriba el puto mundo entero. Pero en aquel maldito beso fue cuando me di cuenta de que estaba perdido. Solo quería protegerte y a partir de entonces mi objetivo cambió. No permitiría que Geller se saliera con la suya y mucho menos que te tocara un solo pelo. Por eso te conté toda la verdad. —Su tono de voz denota el cabreo que lo invade sin que haya podido contenerlo.

Suelto mi brazo de su agarre con ímpetu.

—Pues siento decirte que no te creo. No puedo creer nada de lo que salga por tu boca porque me ocultaste lo más importante. —Le doy toquecitos en el pecho con el dedo que lo cabrean aún más.

—Iba a contártelo aquella noche en mi casa, pero nos pusimos a hablar de la herencia y se me olvidó.

—¡Vaya, qué casualidad!

Me examina con detenimiento. Supongo que quiere preguntarme si he leído sus cartas, pero no pienso contárselo.

—Está bien. Si no me crees, déjame demostrártelo con hechos.

Me ofrece de nuevo su mano, pero, obviamente, se la niego y me abrazo a mí misma. Aprieta los puños. Sus ojos arden en llamas. Parece que está a punto de destruir el mundo, pero se dirige hacia una pared dando un par de zancadas, marca algo en una pantalla táctil que ni siquiera se ve y se abre una puerta camuflada.

Me mira.

—¿Vienes?

—¿Eso dónde da? ¿No irás a secuestrarme de nuevo?

Ahoga una leve sonrisa de incredulidad. Creo que lo que le gustaría en realidad sería matarme muy lentamente para que sufra.

—La vida consiste en arriesgarse. Tendrás que dar un salto de fe si quieres saberlo.

Su mal humor y él atraviesan la puerta. Dudo por un segundo si salir corriendo y huir, pero algo en lo más profundo de mi ser me dice que tengo que confiar en él. ¿Estaré loca? Todos sabéis la respuesta. Era una pregunta retórica.

Me dirijo hacia la puerta y, nada más asomar la cabeza, suelto un grito: Drake tiene un cachorro en sus brazos.

—¿Qué haces? —pregunto atónita.

—He adoptado un hámster.

—Eso no es un hámster, es un perro.

—Lo que sea.

Parpadeo confusa. No entiendo nada.

—¿Por qué?

—Para demostrarte que estoy cambiando. Que puedo y quiero preocuparme por otros seres vivos y que no soy un robot sin sentimientos como tú crees.

La cara del cachorrito es todo un poema. Se debate entre mover la colita agradecido por recibir amor o gimotear porque Drake no sabe ni cogerlo. Me apresuro a arrebatárselo de los brazos y lo estrujo con cariño mientras él me lame la cara lleno de amor. Es precioso, una bolita blanca peluda y muy pequeña.

—Parece que tú le gustas más. Tendrás que ayudarme a cuidarla. Es chica. —Se acaricia la nuca, nervioso. Parece desubicado, no sabe qué hacer.

Miro a mi alrededor y descubro que no hay nada en la habitación. Solo un par de muebles.

En cuanto mis ojos se posan en la cómoda mi corazón se salta un latido del susto.

—Drake, ¿qué es todo esto?

—He traído alguna de tus cosas de casa de tus padres.

—¿¿¿Por qué??? En serio, tienes un grave problema. ¿Quién te crees que eres para traer mis cosas a tu casa?

Mete una mano en el bolsillo trasero de su vaquero para sacar unas llaves que me entrega.

—Esta es tu casa.

Paso de las llaves.

Suelto a la perrita en el suelo, no sin antes darle un beso en la cabecita. Ella se va corriendo hacia el salón.

—No deberías dejarla suelta, va a morder todo. Es una máquina de destr…

—¡Déjate de gilipolleces! —lo interrumpo cruzándome de brazos. —¿Qué es todo esto?

—No tenías dónde vivir y pensé que te gustaría. Es el único sitio que poseía esto. —Señala hacia el techo y me quedo boquiabierta al descubrir que se trata de un enorme cristal desde el que se ven las estrellas.

Por un momento quiero saltar sobre él para besarlo como si fuese a morir mañana, pero me obligo a pensar con claridad y de nuevo me pongo a la defensiva:

—¿Estás de coña?

—¿No te gusta?

—¿Pensabas que por regalarme un piso y un perro iba a perdonar todo lo que me has hecho para poder seguir con tu vida?

—No.

—¿Cómo que no? ¡Es lo que estás haciendo! Tener la conciencia tranquila. —Abro los brazos para abarcar la grandeza de su ofrenda de paz.

—Te equivocas. No quiero seguir con mi vida, Alicia. Quiero que tú estés en ella.

—¿Yo? —balbuceo confusa poniendo una mano sobre mi pecho mientras siento cómo se me calienta la sangre en las mejillas.

En sus ojos leo la respuesta a mi absurda pregunta. ¡Oh, Dios! Cuánto he echado de menos esa mirada.

—Quiero que compartamos esta casa y que la convirtamos en un hogar juntos… —Lo piensa un instante y añade—: O si lo prefieres, yo seguiré viviendo en la mía y nos veremos de vez en cuando. Lo que tú decidas estará bien. Siempre que sea lo que quieres, claro. Nada de secuestros.

Ahogo una risa. Me tapo la boca con la mano. Me he quedado muda por primera vez en mi vida. Los nervios se apoderan de mi estómago y de pronto tengo ganas de chillar.

—Desde luego, la gestión emocional es tu asignatura pendiente —me quejo.

—Este tiempo sin ti ha sido un auténtico infierno, Alicia. Creí que volvería a retomar mi solitaria rutina sin problema, pero no he sido capaz. Te echaba de menos cada maldito segundo del día. Así que lo dediqué a crear tu casa ideal, o al menos, tal y como yo me la imaginé cuando me la describiste.

«OMG. Que va a ser verdad».

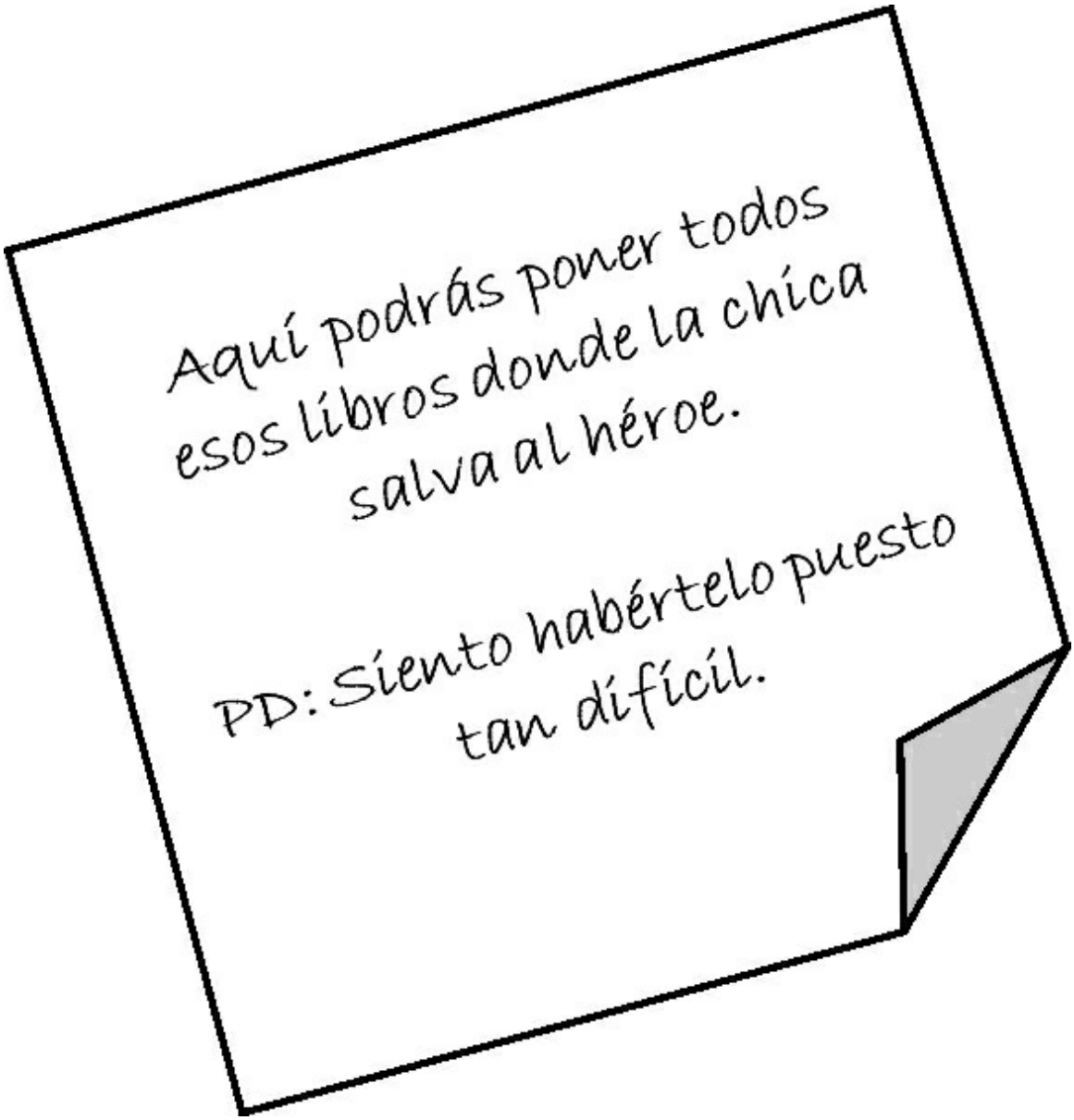
—¿Mi casa ideal?

Un momento.

Salgo de la estancia a toda prisa para observar con más detenimiento el salón. Y es al verlo con otros ojos cuando caigo en la cuenta de por qué me resultaba tan acogedor. Es una réplica exacta de lo que le conté en la selva que sería mi casa ideal.

La cocina es rosa y está delimitada por un pequeño tabique que hace las veces de barra para comer, justo como la quería. El color se debe a que el capullo de Gerardo siempre me dejó muy claro que el piso era suyo y que no lo iba a decorar de manera femenina. Por eso siempre la quise así. Mi ex tenía muy claro que el rosa es de chica y el azul de chico. Drake me acaba de demostrar que no se siente menos hombre por guisar en una cocina rosa.

Una de las paredes la forma una librería blanca que llega hasta el techo. Es inmensa y está vacía. Me acerco corriendo hacia ella porque veo algo escrito en un postit.



Me guardo el papelito en el bolsillo del vaquero tratando de retener una risita triunfal que amenaza con salir de mis labios.

También veo una casita pequeña que parece de muñecas, pero que supongo que será para la perrita, pues hay un cartel sobre el tejado para escribir su nombre y dentro una mantita rosa.

En otro lateral hay una chimenea enorme, de esas incrustadas en la pared y cerradas con un cristal hermético para que no huela a humo la casa.

Los cojines sobre el sofá, la alfombra, los cuadros… todo en tonos malvas, mi color preferido.

Me giro de repente para mirarlo. Él me contempla con el terror reflejado en su rostro mientras me limpio con el dorso de la mano las lágrimas que han brotado de mis ojos sin permiso.

Esto era lo que me dijo en las cartas que iba a mantenerle muy ocupado. Por lo que me dejaría de escribir.

—Me estabas escuchando —susurro—. Cuando te conté cómo era la casa de mis sueños, tú… me prestabas atención de verdad.

La tensión abandona su cuerpo. Suelta el aire que estaba reteniendo y sonríe aliviado.

—Siempre.

Sonrío por fin. Río mientras lloro.

—Siento haberte ocultado ciertas cosas, Alicia. —Se acerca a mí y me acaricia la mejilla para limpiarme las lágrimas como si fueran algo demasiado valioso—: Pero todo lo que sentí por ti fue real. Esto —nos señala a ambos con el dedo— es real.

Al escucharle decir esto se me escapa una exhalación y me relajo. Desde luego que se le da fatal el tema de los sentimientos porque lo que debería haber hecho sería besarme como en los finales de las películas románticas, aunque:

—Drake…

Me sujeta el rostro entre las manos para que lo mire a los ojos. Su cercanía me vuelve loca. Por fin sé que no miente. Que no me ha engañado y que me quiere de verdad. Lo veo reflejado en sus ojos y en esa forma tan suya de mirarme. Es la persona en la que más confío de todo el mundo. Lo siento en mi corazón. Y eso no se puede fingir.

—Yo… joder. Me he enamorado de la forma que tienes de tocarme los cojones.

Suelto una carcajada y con ella el dolor que tenía clavado en el pecho desde hace mucho tiempo se disipa dejando paso a algo que debe ser felicidad.

—Es la peor declaración de amor de la historia —me quejo.

Eleva una ceja mientras una sonrisa de oreja a oreja invade su rostro.

—¿Eso es un sí?

Alzo las cejas a modo de advertencia mientras jugueteo con su camiseta.

Acabo de darme cuenta de que antes no tenía autoestima y ahora me siento la mujer más poderosa del mundo, alguien que no solo puede salvarse a sí misma, sino que puede salvar a los demás. No creía en mí misma porque siempre me habían hecho ser dependiente y eso me provocaba una enorme inestabilidad emocional. No luchaba por lo que quería y me rendía enseguida sin intentarlo siquiera porque daba por sentado que no sería capaz. Estaba obsesionada con caer bien y con no decepcionar a nadie, pero ahora me importa un bledo y sé que tengo que priorizarme. Gracias a Drake he aprendido a sacar el carácter que tenía escondido. Soy una nueva Alice y esta versión de mí me encanta.

—Sabes que cada vez que discutamos te voy a recordar lo mal que me lo has hecho pasar ¿verdad? —bromeo.

—Podré vivir con ello.

—¿Seguro?

Asiente.

—Sí.

Me pongo de puntillas, coloco los brazos alrededor de su cuello y tiro de su pelo hacia mí para besarlo. Él deja escapar un suspiro de alivio en cuanto siente mis labios contra los suyos y enseguida me rodea la cintura con sus brazos. ¡Cuánto he echado de menos sentir la calidez de su cuerpo y la rudeza de sus gestos! Me encanta que sea así de posesivo cuando estamos solos.

—Joder, lo que te he echado de menos, Cenicienta —susurra contra mis labios—, nunca creí que pudiera doler tanto querer a alguien.

Me besa de nuevo como si así se cerciorase de que soy de verdad. Me separo de él de repente con una ceja levantada:

—¿Eso significa que me quieres?

Pone los ojos en blanco y vuelve a besarme, pero me aparto para que afronte lo que ha dicho.

—¿El robot Lennox ha dicho que me quiere? —lo pincho.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta un gruñido antes de volver a mirarme con los ojos incendiados en llamas.

—¡Sí! ¡Joder! ¡Te quiero de la hostia!

—Sonaba mejor en las cartas.

—¿Las has leído? —Parece avergonzado.

—Muchas veces.

—¿Y por qué no me respondiste?

—Quería ponértelo difícil.

—¿Más?

—Te dije que tenías que morder el polvo, ¿recuerdas?

—Eso lo dijo tu hermana.

Él sonríe al recordar el numerito que le montó al entrar en los juzgados.

—No, en serio, gracias por escribirme esas cartas, significaron mucho para mí. Creo que me dieron la fuerza que necesitaba para comenzar a sanar.

—Siento que lo hayas pasado tan mal.

Le sonrío con dulzura y comprensión, pues él tampoco lo ha debido de pasar mucho mejor. Niego con la cabeza para alejar esos pensamientos negativos.

—¿Y tú? ¿Me quieres? —pregunta con cara de bobo y muerto de miedo.

—Te quiero, Robocop.

Deja escapar un suspiro.

—Joder —exclama aliviado.

Salto a sus brazos y me coge mientras rodeo su cintura con las piernas. No paramos de besarnos mientras se dirige conmigo encima hacia otra de las paredes. Pulsa como puede más códigos en otra pantalla y se abre una puerta corredera.

Miro de reojo la gran estancia a la que me ha traído. No quiero parar de besarlo. Necesito hacer el amor con él de manera urgente, pero algo llama tanto mi atención que me veo obligada a separarme de su boca.

—¿Qué es eso que hay encima de la cama?

Me deja bajar con cuidado de su cuerpo y me acerco boquiabierta hacia el lugar. Se revuelve el pelo con una mano.

—Era mi último cartucho.

Cojo una de las dos prendas que descansan escrupulosamente dobladas sobre la enorme cama que preside la habitación. Se trata de dos pijamas, uno de hombre y otro de mujer, con el mismo estampado de ositos y la palabra *Dralice* bordado en medio del pecho.

—¿*Dralice*? —Frunzo el ceño.

—Drake y Alice. —Se encoge de hombros. Sé que se está muriendo de la vergüenza y pienso aprovechar la situación al máximo.

Me lo imagino con el pijama puesto y una sonora carcajada sale de mi interior sin ni siquiera darme cuenta.

—Dime que esto no está pasando —digo entre risas.

—En mi defensa alegaré que fue una de las estúpidas ideas de tu hermana y que ha sido con diferencia la peor idea en la historia de las malas ideas. Además, yo le dije que pusiera *Dralicia* en un picardías. Eso es un pijama de anciana, por el amor de Dios.

No puedo parar de reír.

Él me rodea la cintura desde atrás y me besa el cuello.

Me siento en la cama y doy un par de golpecitos con la mano.

—Ven aquí, anda, quiero mi regalo de cumpleaños —susurro.

—¿Más regalos? ¿Te ha parecido poco todo este despliegue de cursiladas? —Abre los brazos haciéndose el tonto.

—Quiero que me des todos los besos que me debes. —Lo atraigo hacia mí tirando de su camiseta. Mirándolo desde abajo de manera sugerente.

—Te daré besos hasta que me sangren los labios. —Enreda los dedos en mi pelo con los ojos negros de lujuria.

Arrugo la nariz.

—¡Eso para nada es una frase romántica, Lennox!

—¿Cómo que no? —Saca las manos de mi pelo para cruzarse de brazos.

—¿Hasta que te sangren los labios? ¿En serio? ¿Eres acaso un vampiro? —Gesticulo con las manos.

Suelta una risotada y después hace con que piensa algo:

—A ver. Lo intento de nuevo. Déjame que piense. —Carraspea y se pone muy serio—: He hecho todo esto para demostrarte que soy capaz de llevar una vida monótona y aburrida junto a ti…

—¡Eres idiota! —lo interrumpo partiéndome de risa.

—está bien, me podré ese maldito pijama de osos para demostrarte mi amor.

—¡Oh! ¡Mejor cállate! —Lo atraigo hacia mí.

Él se ríe. Niega con la cabeza, se agacha, enmarca mi rostro entre sus manos y por fin me besa como hacía tiempo que no lo hacía. Demostrándome con hechos lo que no es capaz de expresar con palabras. Que me quiere. Ahora lo sé y nunca más lo dudaré.

Capítulo 44

—No puedo creer que ese mayordomo estirado haya sido capaz de hacer todo esto. ¡Es tan romántico! —canturrea Alex.

—Por eso tuve que perdonarle.

—Ya… ¿Seguro que fue solo por eso? —Eleva las cejas varias veces con una sonrisilla malvada y nos reímos las dos.

Son las ocho de la tarde. Mi hermana y yo nos estamos tomando un mojito sentadas sobre un taburete tras la preciosa barra rosa de mi cocina después del trabajo. De mi trabajo. Ella sigue de vacaciones. He encontrado una pequeña empresa que se dedica a la edición de libros clásicos donde buscaban una empleada. A pesar de no necesitar el dinero, porque con lo que tiene Drake nos sobra, necesito ser independiente y valerme por mí misma.

Antes de quedar hoy, hemos estado durante dos semanas hablando por teléfono para aclarar todo lo que sucedió el día de mi cumpleaños, pues ella se fue de viaje y no pudo venir antes. Todavía tenemos que conocernos mejor, pero, si hay algo que tenemos claro las dos, es que ambas tenemos la firme decisión de recuperar el tiempo que nos han arrebatado.

En primer lugar, me explicó que no sabía que Geller estaría allí aquel día, no obstante, era una opción que nadie descartaba, pues siempre conseguía cualquier cosa en cuanto movía un par de hilos y no nos iba a permitir que nos saliéramos con la nuestra tan fácilmente. Alex supuso que, de ocurrir algo malo, él iría a por mí y no a por ella, por eso sugirió que nos cambiásemos las identidades. Creyó que así yo estaría más segura. Y hubiera sido así de no ser por la "involuntaria" metedura de pata de Roberto. Pues después he sabido que aquella mirada de celos no fue involuntaria, sino toda una declaración de intenciones para proteger a su novia. A día de hoy ni Drake ni yo tenemos claro que le hayamos perdonado.

También me confesó que no tenía ni idea de que Geller en realidad era hermano de su madre, aunque, conociéndola un poco, no me extrañaría que lo supiera y lo hubiera mantenido en secreto, como todo lo demás. Cuando le pregunté si no sentía algo de cariño por él después de tantos años, Alex respondió que jamás le perdonaría que intentase matarnos a ambas, ni el tiempo que nos arrebató impidiendo que nos conociéramos, ni la manipulación a la que fue sometida durante tantos años con la única intención de quedarse con la herencia. «El fin justifica los medios hasta cierto punto. La familia te protege, no te utiliza, ni mucho menos te maltrata» me dijo.

Y para concluir, hasta que sus abogados no arreglen todos los documentos y contratos que la ataban al empresario, no le puedo dar su parte de la herencia porque, de haberlo hecho antes, ese malnacido se hubiera quedado con su porcentaje. Por eso ella renunció y yo me lo quedé todo.

Cuando la miro ya no veo a la actriz famosa que todos admiran, veo a mi hermana, una

mujer maravillosamente sencilla a la que respeto, no solo por las películas, sino por su interior. Además, estoy descubriendo que me encanta compartir cosas con ella. Ahora que he mandado a paseo a los falsos de mis amigos, (los cuales, por cierto, sabían que Gerardo me engañaba con Guada desde hacía más de un año y se callaron como zorros), voy a necesitar una confidente y en ella he encontrado a la ideal.

—¿Vas a decirme de una maldita vez que has traído en esa maleta? —le pido muerta de la curiosidad.

Ella sonríe y asiente.

—Solo quería comprobar que estábamos bien antes de ponerme melancólica.

—Alex, llevamos hablando una media de tres veces diarias desde hace quince días. ¿Eso no te ha dado una ligera pista de que estamos bien?

Vuelve a sonreír como si acabase de caer en la cuenta.

—¡Yo qué sé! ¡Como eres tan rarita!

—¡Oye! —protesto y nos reímos.

—Es tu regalo de cumpleaños atrasado.

Se levanta del taburete, se acerca a la maleta de cabina de Louis Vuitton para ponerla sobre el sofá. Después la abre con gran ceremonia y me pide que vaya a su lado con un gesto de la mano.

—Te he traído algunas reliquias que he pensado que te gustaría tener —musita.

En cuanto me pasa una foto del hombre más guapo que haya visto jamás con un bebé en brazos al que mira como si lo que tengo en mi mano fuese su mayor tesoro y el corazón se me acelera.

—Esa eres tú, Alice —susurra con ternura como si fuera todavía ese bebé.

Ahora lo entiendo todo. Siento cómo los hilos invisibles del destino comienzan a coser una herida que permanecía abierta desde hacía años.

—Me quería —murmuro sintiendo cómo los ojos se me llenan de lágrimas al tiempo que aprieto la foto contra mi pecho.

—¡Claro que te quería!

—Pero mi madre me dijo que nunca me conoció.

—Lo siento, Alice, pero creo que tu madre te ha mentido.

—Una vez más.

—Supongo que su situación debe de ser difícil.

La miro, pero la veo borrosa a través de las lágrimas, por eso me las seco con el dorso de la mano. Por un momento me enfado y me da rabia que mi madre haya mantenido esa mentira, pero al final suelto un suspiro y me dejo caer en el respaldo del sofá.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —Me mira con suspicacia.

—Que me da igual. —Me encojo de hombros y sonrío aliviada por haberlo entendido al fin.

—¿Por qué?

—He aprendido que mis emociones no deben depender de los demás, Alex. Yo no puedo controlar lo que hagan las personas de mi alrededor, pero sí puedo decidir cómo me afectan a mí esos actos.

—No lo pillo.

—Mi madre siempre se ha portado fatal debido a sus inseguridades. Nuca creyó ser suficiente para nadie. Tuvo una vida muy difícil y por eso decidió hacer lo que hizo con respecto a mí. Acertado o equivocado, no la juzgo. Pero esos miedos los hizo míos. Me convirtió en alguien inseguro e incapaz. Y, a pesar de haberlo hablado, son demasiados años relacionándonos mal, así que tampoco puedo pedirle que cambie de la noche a la mañana y sea la madre perfecta. Me llevará tiempo volver a confiar en ella, si es que alguna vez logro hacerlo. Todo eso no puedo controlarlo, es el pasado, pero lo que sí está en mi mano a partir de ahora es decidir cómo me afecta a mí. Y he decidido que no volveré a permitir que me manipule. Ya no. Ella tiene su vida y yo la mía.

Asiente pensativa.

—Tienes razón. Al final va a resultar que eres la reencarnación del maestro Mijagi.

Nos reímos.

Dos horas más tarde, hemos mirado un montón de fotos de mi padre, leído todas sus cartas, llorado y reído. He descubierto que su historia fue dura hasta el final y aun así nunca perdió la fe. Siempre hizo lo correcto. Como Drake. Y eso es de admirar. Se hubieran llevado muy bien. Y yo lo habría querido con todo mi alma.

—No tengo palabras para agradecértelo, Alex. —Tomo sus manos entre las mías.

—No seas tonta, yo lo necesitaba tanto como tú y me gusta creer que papá estará en alguna parte mirándonos con orgullo.

Se me escapa una risa entre las lágrimas y musito:

—Juntas.

—Por fin.

Nos abrazamos y nos mantenemos así durante un rato. Es como si la conociera de siempre. Siento cómo una parte de mi herida se cura poco a poco. Cicatriza. Conocer más a mi verdadero padre a través de las cartas que dejó, de las historias que me ha contado Alex y de todas esas fotos, me ha servido también para conocerme mejor a mí misma. Me ha sorprendido tener tantas cosas en común con él, como, por ejemplo, la pasión por los puzles, que, de igual manera, comparto con mi hermana. O el gusto por la naturaleza. Por no hablar *del carácter de mil demonios que me gasto*, parafraseando a Drake.

Alex, haciendo alarde de su inmensa generosidad, me regala una copia de todas las fotos que tiene de mi padre para que yo las tenga también.

Una vez que ha recogido todo para volver a casa de Roberto, que la espera abajo, nos damos un último abrazo desde la puerta. En unos días comienza el rodaje de una película en Australia y no sé cuándo volveré a verla, aunque ahora no podemos pasar un solo día sin llamarnos, así que estaremos en contacto.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Pues ahora toca tener una vida normal. Supongo. —Me encojo de hombros.

—¿Normal? ¿Vosotros dos? ¿Rambo y Rottenmeier? —Chasca la lengua antes de reírse con ganas y me contagia.

Pongo los ojos en blanco.

—Tienes razón. Ya lo iremos viendo sobre la marcha.

Drake aparece por el pasillo. Siempre sube por las escaleras para mantenerse en forma y odio que ni se despeine al hacerlo, mientras yo no puedo ni respirar cuando lo acompaño. Mi hermana lo mira de reojo, pero finge que no lo ha visto.

—Bueno, Alice, entonces nos vemos en Australia —dice en un tono alto y guiñándome un ojo para que él la escuche—. He oído que los australianos se parecen mucho a Thor, ¡lo vamos a pasar en grande!

—Nadie va a ir a conocer a Thor —gruñe Rambo al llegar a mi lado, que permanezco apoyada en el marco de la puerta intentando no reírme.

Ya le he comentado a mi hermana su ausencia absoluta de control sobre los celos y el trabajito que me espera con este hombre. Por eso lo hace la muy cabrona, para pincharlo.

—¡Ah! Hola, Lennox. —Lo saluda como si se hubiese asustado. Desde luego, es una actriz de diez—: Eso tendrá que decidirlo ella. ¿O es que acaso eres su dueño? —reniega tirando de su maleta hacia el ascensor.

—Soy su novio.

Esa palabra dicha con tanta rotundidad consigue hacer que mi corazón se salte un par de latidos.

—¿Y? —insiste mi hermana.

—Que es lo mismo.

Alex abre mucho los ojos y suelta una sonora carcajada antes de despedirse con la mano y desaparecer tras las puertas del elevador. La muy cabrona ha plantado la semilla del mal y ahora se larga dejándome sola con la batalla a punto de estallar.

Drake se acerca a darme un beso en los labios, pero me aparto. Eleva una ceja.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Me cruzo de brazos para no dejarle entrar en casa.

—¿Qué pretendías decir exactamente con eso de que eres mi dueño?

Él suelta un bufido.

—Vamos, Alicia, no te vas a enfadar ahora por eso. —Trata de pasar, pero vuelvo a plantarme en medio de su camino.

Clava sus ojos en mí. No deja de impresionarme su porte. Metro noventa de músculo. Encima lleva los vaqueros que le hacen un culo de muerte y la camiseta azul que tanto me gusta. «Tienes que ser fuerte, Alice», me animo. Desde luego, si alguien nos viese desde fuera se partiría de la risa por mi osadía, o más bien por mi estupidez, puesto que resulta obvio que si no entra es porque no quiere y no porque yo se lo impida.

—Te he hecho una pregunta, Drake Lennox.

Él se apoya con un hombro en la pared, mete las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y cruza una pierna a la altura del tobillo sin apartar sus ojos de mí.

—Lo que quería decir es que eres mía.

Un fuego abrasador me sube por el estómago y he de admitir que ha nacido entre mis muslos. Me pone muy cachonda cuando saca su lado posesivo, pero él nunca lo sabrá. Debe pensar que está mal.

—¡De ninguna manera! Ya hemos hablado de esto. Tienes que controlar esos celos enfermizos.

—Y yo ya te he dicho que con lo que respecta a ti no soy racional ni pienso serlo. Punto. —Y lo suelta como si fuera lo más normal del mundo que un tío vaya por ahí meando alrededor de su chica en plan macho alfa de las cavernas.

Nos miramos uno al otro retándonos en un duelo a muerte que no pienso perder.

—Ya. Pues ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunta con chulería.

—¡Que me voy a Australia digas lo que digas!

Entro en casa y enseguida escucho a mi espalda que da un portazo al cerrar. No quiero ir a Australia, pero solo por fastidiarlo, me iría ahora mismo.

—No vas a ir a Australia. Por encima de mi cadáver —ruge mientras me sigue a través del salón.

—¡Oh! ¡Impídemelo!

La pequeña Nubecita me ladra. Siempre que discutimos le da la razón a Drake. Es su ojito derecho. Le puse ese nombre porque me hacía mucha gracia que un tío tan grande exclamase en medio del parque: «Nubecita, ven». Además, le he comprado miles de gilipolleces de color rosa, como vestidos y coleteros para espantar a toda mujer que crea que es hetero. Soy mala, lo sé.

Me dirijo a la habitación y saco una maleta del armario.

—¿Qué haces?

—Irme a Australia —reniego.

Se acerca, coge la maleta del asa y tira de ella hasta que logra arrebatármela de las manos para lanzarla por los aires de mala gana. Mis ojos aturdidos persiguen la trayectoria de la pobre

maleta que no tarda en estamparse contra el suelo, aunque él no aparta su mirada incendiaria de mí. Aprovecha mi desconcierto para cogerme por las muñecas y elevar mis brazos sin ningún esfuerzo sobre mi cabeza, inmovilizándome así contra la pared. Me encanta cuando me hace eso y el muy cabrón lo sabe.

—No vas a ir a ninguna parte —susurra.

—Voy a ir donde me dé la gana.

Intento zafarme, pero me lo impide. Hasta la última célula de mi ser está concentrada en su aroma, en su tacto, en sus ojos y en el enorme bulto duro que siento contra mí. Llevo puestos unos leggings tan finos que me permiten sentirlo todo a través de la tela y así es imposible ponerse seria.

Maravillado y aturdido intenta besarme, pero se lo impido.

—¿Te has propuesto joderme la vida? —gruñe muy cerca de mis labios. Su boca huele a menta.

—En absoluto. Tú eres el que se ha propuesto joderme la mía —me envalentono.

—¿Quién es la que quiere ir a ligar con los australianos?

—¡Nadie!

—Alexandra ha dicho que te lo vas a pasar muy bien porque son todos como Thor —exhala con un gruñido primitivo y un halo de dolor en sus ojos.

Se me escapa una risilla traicionera.

—Yo no puedo controlar lo que dice mi hermana. Ya la conoces, siempre está soltando gilipolleces. Pero tú deberías controlar tu comportamiento de machirulo posesivo.

Cierra los ojos y apoya su frente contra la mía. Afloja el agarre, desciende con sus manos a lo largo de mis brazos acariciándolos a su paso, después baja por mis costados hasta que llega a la cintura y me atrae hacia su cuerpo con ímpetu. Al abrir los ojos su mirada es puro fuego lascivo y no me aguanto sin lanzarme a su boca como si mi vida dependiera de ello. Me pongo de puntillas y lo agarro con fuerza por el pelo para que no pueda apartarse. Se le escapa un gruñido traicionero en cuanto nuestros labios entran en contacto.

Tiemblo y me estremezco entre sus brazos. Es como si todo cobrase sentido cuando nos tocamos. Agacha la cabeza hasta mis pechos, baja la tela de mi camiseta sin esfuerzo, después la del sujetador y se introduce el pezón en la boca como si llevase mil vidas hambriento. De no ser porque me tiene sujeta me caería al suelo. No sé cómo lo hace, pero reduce mi cordura a cenizas.

Muevo mi cadera buscando más fricción, pero no accede a mi demanda, sino que se aparta de golpe para mirarme con los labios enrojecidos y respirando con dificultad. La oscuridad de sus ojos se disipa un poco, pero no del todo. Saber que ejerzo ese poder sobre él me derrite por dentro.

—Eres mía —gruñe.

Ahogo un sollozo.

Estoy tan encendida que ahora mismo sería capaz de admitir mi derrota y suplicarle que

me folle contra la pared como ha hecho tantas veces. Solo de pensarlo se me nubla la razón. Pero eso no sería un avance en nuestra relación. No puede salirse siempre con la suya, por lo que, muy a mi pesar, me obligo a detenerme.

—No soy de nadie, Drake.

—¿Qué tengo que hacer para que lo asumas?

Echo la cabeza hacia atrás, incrédula, cierro los ojos y suelto una sonora carcajada. ¿Me lo estará preguntando en serio? ¡Ya lo creo que sí! Esto no tiene ningún sentido.

—No podrías pagar el precio —le vacilo todavía riéndome.

Sus ojos centellean con un aire diabólico.

—Pídeme cualquier cosa, Alicia. Lo que sea. Te lo daré —me reta.

—¡Matrimonio! —exclamo de broma.

Su mirada brilla con una intensidad inusitada en alguien que está enfadado. Percibo la sutil tensión de su mandíbula como una clara señal de advertencia. Siento una maravillosa mezcla de nervios y excitación peleándose en mi interior. Tiene un aire depravado que me vuelve loca. Entonces ocurre algo que no me esperaba para nada. Se deja caer de rodillas a mis pies y abre los brazos como si se rindiese ante mí.

—Soy tuyo, Alicia, en cuerpo y alma.

—¿Qué haces?

Su expresión es seria, no está bromeando y eso es lo que me aterra.

Me olvido de respirar en cuanto lo veo sacar del bolsillo de su pantalón una cajita de color azul cobalto de terciopelo y abrirla ante mis atónitos ojos. En ella hay un anillo con un pedrusco tan gordo que casi me deslumbra su brillo.

Me tapo la boca con una mano.

Niego con la cabeza.

No puedo creérmelo.

Me pellizco el brazo para comprobar que esto no es un sueño. Para mi desgracia no estoy en coma después de haberme emborrachado muchísimo en una fiesta. Esto, por lo visto, es real.

Se le debe de estar haciendo demasiado larga la espera, pues supongo que él habría imaginado que me lanzaría a sus brazos nada más abrir la caja, o incluso antes, por eso va y suelta:

—Alicia, querida, dime que sí para que podamos follar de una maldita vez, joder, me va a reventar la polla.

No es hasta que pasan unos segundos eternos cuando logro cerrar la boca.

—¡Justo cuando creía que no podrías superarte, vas y superas tu propio ranking de idiotez! —exclamo indignada.

Él parpadea incrédulo y confuso. Sigue sosteniendo la cajita entre sus enormes manos

como si de ello dependiese la salvación del mundo.

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque esta ha sido la peor declaración de la historia de las declaraciones de mierda! ¡¡¡Con diferencia!!!

Hago aspavientos violentos con los brazos.

Ahora el que abre la boca de par en par es él.

—¿Qué?

—¡Que no pienso casarme contigo ni loca! —grito.

Recojo la maleta del suelo y vuelvo a ponerla sobre la cama. Drake se levanta todavía sin dar crédito.

—Pero… ni siquiera has mirado el anillo —protesta.

—No creo que pueda mirarlo directamente sin quedarme ciega.

—¿No te gusta? Yo… he estado muchos días buscándolo.

Se me parte el corazón al escucharle. Es como un mastodonte intentando hacer ballet. Por más que lo intenta, no sabe dar los pasos correctos y se estampa contra todo lo que tiene por el medio, incluida yo.

Me detengo en mi absurda tarea de meter ropa sin sentido en la maleta de manera compulsiva. Quizá me haya pasado. Pero es que es un bruto sin tacto. Me dejo caer hasta quedar sentada en el borde izquierdo de la cama. Él me dedica una mirada enigmática. Creo que se va a poner a llorar de un momento a otro. O quizá esté pensando en estrangularme, no estoy segura.

Me tiende la mano, la tomo y me incorporo. Tiro de su camiseta para atraerlo hacia mí y besarlo para hacer las paces, pero se aparta.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—No. No. No.

—¿No, qué?

—No vas a liarme en la tela de araña de tus besos traidores. Me acabas de rechazar. Ni por un puto instante creas que voy a fingir que no pasa nada.

Su mirada me confirma que está herido en lo más profundo de su orgullo y no puedo evitar soltar una sonora carcajada.

—¿Y ahora de qué te ríes? —me pregunta como si me acabase de salir un cuerno de unicornio en medio de la frente.

—De tu cara —digo entre risas.

—¿Qué tiene mi cara de graciosa? ¿Me rechazas y encima te ríes de mi cara?

—Tu cara dice que el gran Drake Lennox, tan pagado de sí mismo, tan consciente de que cualquier mujer se moriría por ser la afortunada, no da crédito a que una pobre diabla lo haya rechazado —anuncio con una voz teatral imitando su tono serio.

Suelta una sonrisa contagiado por la mía y por mi manera de imitarle.

Le sonrío enamorada. Me muero por decirle que sí, que seré su mujer con mucho gusto, si es que acaso no lo soy ya, pero el amor no funciona así. Me ha pedido matrimonio por un impulso posesivo y después ha sido tan grosero que no puedo recompensarle por ello, porque estaría creando un monstruo.

Me da un pequeño beso en la nariz.

—Puedo hacerlo mejor si me permites volver a intentarlo —me ruega—. Puedo ponerme en plan moñas y decirte cosas románticas de esas que te gustan.

—No.

Es que cada vez que abre el pico la caga más.

—¿No quieres ser MI esposa? —Hace hincapié en «mi» a propósito el muy cabrón.

—No es eso.

—¿Entonces?

No me apetece salir al exterior ni pensar en las terribles consecuencias que supondría decirle que sí ahora. Daría lo que fuera por quedarme a vivir en nuestro piso para siempre. El espacio donde solo existimos él y yo. Sin responsabilidades. Solo risas, bromas, caricias y sexo salvaje. Pero…

—Tenemos muchos asuntos que resolver antes, Drake. Cuando estés listo te diré que sí —susurro contra sus labios.

En sus ojos puedo leer muchas cosas, pero es cuando reprime una sonrisa cuando me doy cuenta de que el muy capullo está disfrutando con la situación. ¿Tendrá un plan B preparado también para esto?

Agudizo la mirada.

—¿Qué estás tramando?

—Acabas de convertirlo en un puto reto —gruñe contra mi cuello—, y ya sabes lo cachondo que me ponen tus retos.

Me besa con devoción y caemos sobre la cama, no sin antes darle un manotazo a la maleta, que sale volando de nuevo, esta vez seguida por toda mi ropa, que se esparce por el suelo. Intento incorporarme para protestar, pero un gruñido me alerta de que no es buena idea. Mejor continúo besándolo.

—Ya discutiremos después, ahora concéntrate en tod0s los orgasmos que pienso concederte —musita mientras se quita la camiseta y a mí se me hace la boca agua.

—No hay nada que discutir, Lennox. Me voy a Australia y no habrá boda.

Me da miedo que me resulte tan fácil perdonarle, pero es que cuando me dedica esa mirada azul ardiente e intensa me derrito. No puedo evitarlo. Tenemos mucho camino que recorrer juntos, pero sé que poco a poco lograremos sanar todas las heridas que arrastramos los dos y esas serán nuestras cicatrices más bonitas.

—Me da igual la boda. Te quiero a ti.

—¿Y Australia?

Se abalanza sobre mi cuello para devorarlo porque sabe que es mi punto débil. Después me besa con violencia, sin nada de dulzura. Reclamando todo mi cuerpo, que se estremece bajo sus labios, momento que aprovecha para alejarse de golpe e inmovilizarme sobre el colchón. Me contempla con una mirada depravada y después se acerca de nuevo para susurrarme en el oído en un tono lujurioso:

—Decide: orgasmo o Australia.

—¡A la mierda Australia!

Y así nos pasamos el resto de la noche en la cama, amándonos. Diciéndonos con caricias lo que no somos capaces de expresar en voz alta. Cada pareja tiene sus normas y sus códigos, incluso su propio idioma y este, sin lugar a dudas, es el nuestro.

Epílogo 1

DRAKE

Dos años después…

Estoy seguro de que si no la quisiera tanto ya la habría matado. Desde que descubrió que me moría de celos cada vez que un hombre posaba sus sucios ojos sobre ella, no ha parado de provocarme. Según mi querida novia es para que seamos una pareja más madura, porque el amor debe ser *del bueno*. ¿Qué cojones es amor del bueno? El amor es amor y punto. Cada uno amamos de una manera diferente. Si todos amásemos igual, vaya puto coñazo.

Un ejemplo. Si un hombre la mira más de la cuenta o la sonríe con lascivia, ella alega que debo estar orgulloso por saber que me prefiere a mí; porque si gruñese para advertir al salido de turno que mantenga las distancias o, de lo contrario, le arrancaría los ojos, sería amor tóxico. Manda huevos.

No obstante, aquí estoy, tratando de mantener la compostura mientras ella posa ante las cámaras abrazada a sus repulsivos compañeros de trabajo, (todos hombres y solteros, aunque este nimio dato no os interese en absoluto), mostrando una radiante sonrisa falsa que no seré capaz de conservar como la mano de ese bastardo rubio siga descendiendo por la espalda de mi chica.

Mi yo cabrón opina que ahora mismo debería abrirme paso a hostias, cogerla en brazos y sacarla de aquí de inmediato, pero estoy seguro de que eso la cabrearía muchísimo y Alicia enfadada es peor que un chihuahua rabioso mordiéndote las pelotas con saña.

Miro esos pantalones cortos de lentejuelas verdes que se ha puesto y me vuelvo loco. Joder, eso ni siquiera debería llamarse ropa. La ropa tapa. Esos pantalones solo adornan su culo respingón. Lo hacen más atractivo aún. En casa he intentado romperle la cremallera una vez que los tenía puestos, pero no ha colado la excusa de haberse enganchado en mi reloj. Aunque eso ahora es lo que menos me preocupa porque pronto estarán todos muertos y habrán olvidado su trasero.

Creo que mi insignificante y nada preocupante obsesión por su seguridad se debe a mi riguroso entrenamiento durante años para detectar posibles amenazas, y está claro que todos los hombres sobre la tierra lo son. Todos son potencialmente peligrosos. Lo digo con conocimiento de causa porque soy uno de ellos. Sé cómo piensan.

Hablando de hombres, no creo que ninguno tenga la polla tan dura como la mía en este momento. Odio empalmarme cada vez que la tengo cerca. Pensaba que esta obsesión enfermiza se iría calmando con el paso del tiempo, pero parece que estaba muy equivocado. De hecho, ha

empeorado: todo cuanto la rodea me pone cachondo.

—¡Cariño! —Me llama con un gesto de la mano.

Joder. Por fin me la puedo llevar de este puto infierno. Le dedico la mejor de mis sonrisas y me acerco para comprobar qué necesita.

—¿Podrías sacarme una foto con Pedro? Es para las redes. —Me pasa su móvil y me quedo observando el teléfono con cara de payaso mientras ellos dos se abrazan y se ríen con complicidad.

—¡Claro, mi vida! —exclamo fingiendo que no me muero por lanzar el móvil con todas mis fuerzas contra la cara del tal Pedro.

Se colocan y les saco varias fotos en las que ella brilla como nunca. Una pena que a él se le corte la cabeza en todas. Luego le diré que no soy demasiado buen fotógrafo con un todo apenado. Un instante después, se dan dos besos, un abrazo demasiado efusivo para mi gusto y se despiden como si yo no estuviera aquí, justo al lado.

—Me ha ofrecido un ascenso porque lo estoy haciendo muy bien ¿te lo puedes creer? —cuchichea en mi oído a modo de secreto una vez que caminamos hacia la salida.

Aprieto los puños con fuerza para no correr tras él y aplastarle el cráneo contra una columna. Lejos de eso, sonrío y le doy un casto beso en la mejilla a mi chica.

—Claro que me lo puedo creer. Eres la mejor.

—¡Estoy muy contenta, Drake! —canturrea.

Me duele el pecho solo de imaginarla en un despacho a solas con ese hombre. Me cuesta respirar. Por eso me obligo a desviar la mirada hacia otro lado y pensar en un campo lleno de tulipanes azules. Aunque mi mente no tarda en coger una motosierra y destrozar todas las flores del prado.

Ya lo hemos hablado mil veces, no necesita ese maldito trabajo, pero ella insiste en que quiere sentirse útil. Vaya gilipollez. Como si estar conmigo en nuestras increíbles maratones de sexo no fuese de utilidad.

Cierro los ojos con fuerza. Todavía tengo miedo de que vuelva ese maldito pitido en la cabeza. Durante unas milésimas de segundo aguardo a que me atraviese el cerebro, pero no ocurre. Todo sigue en orden.

Abro los ojos de golpe al sentir un latigazo en mi entrepierna. La hostia, al pensar en maratones de sexo se me ha puesto la polla como el cemento. Sin ir más lejos, en nuestro viaje a santo Domingo casi no salimos del hotel en toda la semana.

Por cierto, allí también le pedí matrimonio, aunque la pregunta correcta sería ¿dónde no se lo he pedido? Mis infructuosos intentos de pedida de mano cada vez son más patéticos. He probado a pedírselo en restaurantes, hoteles, puentes, cafeterías, monumentos, museos… lo he hecho vestido, desnudo y de todas las maneras habidas y por haber y la respuesta siempre ha sido la misma: NO.

Por eso he desistido. Ya no tengo ganas de casarme. Está bien, ¿a quién pretendo engañar? Cada vez que me dice *no* aumenta la apuesta. Se llena el cerdito de billetes imaginarios, como en

el juego del calamar. Y os advierto que me encanta ganar.

Después de estar otras dos horas saludando y besando gente, Alicia por fin me coge de la mano y me indica que nos podemos marchar a casa.

Nadie predijo que la pequeña empresa que la contrató iba a crecer tanto como para hacerse famosa, pero es que su hermana los eligió para publicar su biografía y a partir de ahí han subido como la espuma. A día de hoy creo que Alexandra lo hizo por joderme la vida, como cada cosa que hace mi querida cuñada. Lo de tocarme los cojones debe ir en los genes.

De camino a casa no he abierto la boca. Alicia, sin embargo, no la ha cerrado. Todo han sido elogios hacia sus compañeros. Yo, mientras conducía cada vez más rápido, he intentado mantener el tipo y gracias a eso casi me hago sangre en la lengua de morderla tan fuerte.

Al entrar en casa ahogo un grito. Todo está diferente. Nubecita viene corriendo hacia mí como si hiciese tres años que no me ve pidiéndome ayuda con la mirada. Lleva puesto una especie de mini disfraz de… ¿leopardo?

Me agacho para recibirla en mis brazos. Ambos nos deshacemos en mimos y besos.

—¿Qué lleva puesto mi Nubecita bonita? ¿La bruja te ha obligado a llevar esta mierda?

—¡Oh! Es increíble que pongas esa voz chillona cada vez que estás con ella. No quiero ni imaginarme lo que será de ti cuando tengas una hija —protesta Alicia a mi espalda.

En otro momento la palabra «hija» me hubiese desequilibrado emocionalmente, pero hoy en día ya ni me lo planteo.

—Es que ella me adora sin condiciones. No como tú. Y a mi edad ya no espero tener descendencia.

Me la quita de los brazos sin ningún tipo de cuidado y Nubecita le gruñe indignada. A la perra no le cae nada bien mi novia porque siempre es la causante de interferir en nuestro amor, como por ejemplo ahora.

He de admitir que al principio me daba vergüenza ir con ella al parque y llamarla por ese nombre tan ridículo que se empeñó en ponerle Alicia, pero a día de hoy no me importa, de hecho, lo que me molesta en realidad es que ese absurdo nombre sea un reclamo para todas las mujeres que se acercan con la excusa de acariciarla cuando lo que quieren en realidad es mirarme los bíceps. Pero puedo vivir con ello.

Alicia mete a Nubecita en su pequeño parque vallado y al volverse hacia mí sus ojos brillantes expresan algo que no logro descifrar.

—¿Te gusta? —pregunta abriendo los brazos.

Miro a mi alrededor y me asusto.

—¡La hostia!

No lo había visto. Ella sonríe.

—¿Es la selva? —pregunto.

Asiente orgullosa.

—Nuestra selva.

Veo una pequeña maqueta de la cabaña. El río. Las palmeras dibujadas en un telón enorme. ¡Hasta la cascada!

—¿Y esto?

—Se lo he encargado al jefe del decorado de la nueva peli de Alex.

—No me refiero a eso, sino a que ¿por qué has convertido nuestro piso en la selva?

Su sonrisa se amplía más aún.

—En un principio había pensado en drogarte para ir allí, ¿te suena? Pero después lo medité mejor y… supongo que así bastará.

—¿Para qué bastará? —Me cruzo de brazos con el ceño fruncido. Miedo me da esa mirada.

Ella se acerca hasta mí y me coge de las manos. Dios, es tan bonita que me pasaría el día besándola.

—Has superado muchas cosas, Drake. Ya no eres aquel hombre que me dijo que ninguno de sus actos era desinteresado. Aquel que me pidió que no confiase en él porque no era el hombre que yo quería ver. Ahora eres el hombre de mis sueños. Ya no pretendes controlar todo cuanto te rodea. No me ocultas cosas ni me mientes. No te dedicas a obedecer órdenes sin cuestionarlas. Antes eras un hombre que había aprendido a no sentir y, lo que es peor, a no mostrar sus sentimientos. Después fuiste alguien posesivo, celoso y controlador. Pero hoy por fin me has demostrado que has cambiado. Que realmente nuestro amor es del bueno. Y todo esto lo has hecho por mí y… estoy muy orgullosa de ti. Te quiero.

Se pone de rodillas delante de mí. Me tiemblan las piernas porque cuando hace eso suele ser para bajarme la cremallera, pero mucho me temo que ahora mismo no es lo que pretende.

—Para hacerme una mamada no hacía falta ponerte tan profunda. Sabes que nunca me niego —bromeo.

Siento cargarme la magia del momento, pero quiero ponérselo difícil por haber sido tan cabrona conmigo.

Ella niega con la cabeza y suelta una carcajada.

—Cada cosa a su tiempo, Lennox.

—¿Entonces? ¿Qué haces ahí de rodillas?

—Lo sabes de sobra —reniega.

Con lo orgullosa que es me extraña que siga arrodillada.

—Pues… no. La verdad es que no tengo ni puta idea.

Ella se pone en pie de un salto para darme con el dedo índice en el pecho. Ya decía yo.

—No te hagas el listo —gruñe—. ¡Responde!

—¿Me has preguntado algo acaso?

—¡Pues claro! —exclama haciendo aspavientos con los brazos.

—No lo he oído.

—No pienso decirlo.

—Pues nada entonces.

Me doy la vuelta y ella me agarra por el brazo para impedírmelo.

—Lo que intento decirte es que sí, que me quiero casar contigo —protesta—: Se suponía que tendrías que arrodillarte frente a mí y llorar juntos de felicidad.

Elevo las cejas sorprendido, aunque en realidad lo que quiero es cogerla en brazos y poder volverme loco de felicidad.

—¿Ese era el plan?

—¡Sí!

—Pues, perdóname, pero no recuerdo habértelo pedido. Al menos no en las últimas dos semanas. Puede que haya cambiado de idea y ya no quiera casarme.

Pone los ojos en blanco y se cruza de brazos.

—¿En serio me estás haciendo esto, Drake? ¡Déjate de rollos y ponme el maldito anillo de una vez!

Me pongo la mano en el pecho de manera teatral e imito su tono de voz dramático:

—¡Oh! ¡Esta es la peor declaración de la historia de las declaraciones! ¡Jamás te lo perdonaré!

—Drake Lennox, más te vale decirme que te casarás conmigo ahora mismo o te arrepentirás el resto de tu vida —ruge.

—No pienso…

—¡Estoy embarazada!

Juro que siento cómo la sangre deja de recorrer mi cuerpo.

—¿Qué?

—Que vamos a ser padres y ahora mismo necesito que me abraces y me digas que estás muy contento por la noticia o me pondré a llorar como una desquiciada.

El oxígeno no me llega a los pulmones. No puedo ni moverme. ¿Un hijo?

—Voy a tener un hijo —musito para mis adentros, absorto en la nada.

Esto no entraba en mis planes, pero de repente mi vida cobra sentido. Como si fuera la meta para la que me hubiese estado preparando desde siempre.

—¿Lo quieres? —me pregunta nerviosa.

Por fin la miro y la veo. Una enorme sonrisa se me dibuja en el rostro y el suyo me responde de la misma forma.

—Creo que jamás he querido nada más con tantas ganas.

—¿Ni a mí? —Hace un puchero—. Ya estoy celosa.

La contemplo embobado porque jamás hubiera creído posible que pudiera cambiar tanto por amor. Soy otro hombre gracias a ella y es que, cuando estás con la persona correcta, nada es imposible.

—Dios, Alicia, te quiero tanto.

La cojo en brazos y doy vueltas sobre nosotros mismos sin poder parar de reír mientras ella hace lo mismo. Pero enseguida me doy cuenta de que está embarazada y la bajo corriendo para separarme un poco de ella.

—¿Qué haces? —pregunta extrañada.

—No quiero marear al bebé. Podría hacerle daño.

Niega con la cabeza, me coge por la corbata para atraerme hacia su cuerpo y se contonea contra mi entrepierna mirándome con esa cara de lascivia que me vuelve loco. Mi polla enseguida sale en su busca.

—Vamos a celebrar nuestro compromiso como solo tú y yo sabemos, y nada ni nadie va a evitar que hagas el amor con tu futura mujer.

—Pero…

—¡Cállate y obedece, Robocop!

Y con la enorme sonrisa que aún permanece dibujada en mi rostro tras soltar una sonora carcajada, me lanzo a su preciosa boca que me recibe hambrienta. No se me ocurre nada mejor que pasar con ella el resto de mi vida.

Epílogo 2

DRAKE

—¡Mami! —La voz chillona de mi hija de cinco años consigue que despegue los ojos de las noticias que suelo leer en el móvil para contemplar la escena desde la ventajosa posición que me otorga la distancia.

—¿Qué quieres, mi vida? — responde Alicia desde la cocina.

Mi amada esposa lleva casi tres horas intentando hacer una tarta de Polly Pocky, o como cojones se llame el maldito unicornio rosa que le gusta a María, ese con el que nos taladra la mente 24/7. Esta tarde vienen sus amiguitos del cole y quiere impresionarles. No sé si a los niños o a sus madres.

Nuestra hija no es la más sociable del mundo. Su profesora nos ha recomendado no preocuparnos, porque no tiene problemas de socialización en absoluto, lo que ocurre, simplemente, es que no le da la gana relacionarse con seres a los que considera inferiores. Puede hablar con un adulto durante horas sin ningún problema, pero no con seres humanos incapaces de charlar sobre la teoría de la relatividad cuántica. En resumen, es una mini yo.

Sin embargo, a Alicia parece afectarle este asunto de una manera ilógica y desmedida, pues siempre está tratando de caer bien a todo el mundo para que la niña tenga amigos y sea aceptada en el grupo. Todas nuestras discusiones vienen de aquí. Y todo empeoró a raíz de que mi propia mujer me expulsara del grupo de wasap de padres del colegio cuando le contesté a una madre de malas maneras.

—Papi dice que sería mejor si comprásemos la tarta porque cocinas muy mal.

Le hago señales con los brazos a la niña para que aborte misión y no se le ocurra termiar la frase, pero es tarde. Demasiado tarde, joder.

En cuanto mi preciosa esposa aparece en escena para clavar sus ojos inyectados en sangre sobre mí sé que soy hombre muerto.

—¿Con que eso dice tu querido y adorado *papi*? —pronuncia la palabra con retintín—. ¿Te refieres a ese *papi* que lleva sentado más de dos horas con sus dos huevos bien gordos en el sofá mientras yo estoy sudando en la cocina para que todo sea perfecto en tu cumpleaños?

María traga saliva y ahoga una exclamación.

«No contestes» le intento advertir vía mental.

—¡Sí! —Se ríe ella creyendo que estamos de broma.

Cuando se ríe y le salen esos dos hoyuelos en su carita de ángel pierdo la noción del tiempo.

—Yo no he dicho eso exactamente, cariño —trato de explicarle—: Solo quería evitar que pasaras un mal trago y estuvieras con nosotros en un día tan especial como hoy.

Se pone las manos llenas de harina sobre la cintura, embadurnándose de manchas blancas por todas partes. Por Dios, la de veces que le he aconsejado que se compre un delantal. Aunque, pensándolo mejor, eso la alentaría a cocinar más y no quiero morir envenenado. Lo cierto es que Alicia cocina como el puto culo y en este caso la intención no es lo que cuenta.

—¡Oh! Estupendo, ahora también me echas en cara no estar con mi hija en el día de su cumpleaños. ¡Vaya mierda de madre soy! —Hace aspavientos con las manos llenando todo a su alrededor de harina. Parece un difusor de polvo blanco.

María nos observa muy atenta como si de un partido de tenis se tratase.

—Yo no he dicho eso. Vamos, cálmate. Estás demasiado nerviosa.

—¡¿Qué me calme?! No has hecho nada en todo el día, Drake. Estoy haciéndolo todo yo sola y encima tienes la cara de meterte conmigo.

Ella aún no lo sabe, pero he estado haciendo un montón de cosas. Siempre actúo desde las sombras para que crea que es capaz de hacerlo sola. Y desde luego que es capaz, yo solo ejerzo de soporte, por si acaso.

—Vamos. Ni siquiera me has dejado acercarme a la cocina. No seas injusta, Alicia.

—¡Porque quería hacer la tarta yo sola! ¡Me hacía ilusión! Es lo que se supone que hacen las madres.

Cuando la veo con los ojos vidriosos a punto de llorar se me escapa un suspiro. Me levanto y la abrazo. Ella enseguida se derrumba sobre mi pecho y se echa a llorar de manera desconsolada. Por lo visto la cosa va peor de lo que me imaginaba. La acaricio el pelo con delicadeza mientras observo con una enorme sonrisa cómo mi ropa se ha llenado de harina también. Esta mujer es un auténtico desastre.

—¿Me enseñas esa tarta? —susurro.

—¡No! —solloza sin querer apartarse de mi pecho.

Suelto una carcajada.

—Vamos. No seas tan exigente contigo misma, cariño, no se te pueden dar bien todas las cosas. No eres yo.

—¡Tonto! —Me da un golpecito en el pecho y me regala una sonrisa por fin.

—No será tan horrible —la animo.

—¡Es mucho peor!

—¿Mi tarta es la peor, mami? —pregunta María, que ha aparecido junto a nosotros para darle la manita a su madre en señal de apoyo.

Alicia enseguida se arrodilla a su lado para hablarle a su altura, se enjuga las lágrimas con la manga del jersey:

—Nena, te juro que tu tarta será la mejor que haya visto nadie nunca.

—¡Ya lo sabía, mami!

La pequeñaja le da a su mami un fuerte abrazo y muchos besos. No duda ni por un instante que lo solucionará todo. Es su heroína. Después sale corriendo a su cuarto para jugar a cualquier cosa que sea rosa y tenga purpurina.

Cojo la mano de Alicia y nos dirigimos a la cocina. En cuanto cruzo la puerta ahogo las ganas que me entran de gritar. Esto parece un campo de minas con varios cadáveres descuartizados. Las minas son platos y los cadáveres restos de comida. Por supuesto, todo ello embadurnado de harina. Hay harina por doquier.

Pero nada llama tanto mi atención como su gran obra maestra: la tarta.

Me acerco con cuidado de no pisar o tocar nada por miedo a pringarme con alguna de las múltiples masas viscosas que nos rodean. Tengo la esperanza de que no sea tan grave como dice, pero cuando llego a la tarta no sé si ponerme a llorar o descojonarme de la risa.

Parece un festival de colorines en un vil intento de rodear la cara deforme de algo similar a un espermatozoide.

—¿Qué? —dice ella a mi lado.

—Pues…

«No te rías, cabronazo. Necesita tu apoyo», me recrimino.

—Puedes reírte, soy consciente de que es horrorosa.

—Joder, es la tarta más horrible que he visto en mi puta vida.

Ambos nos miramos y, sin saber cómo, empezamos a reírnos sin poder parar. Al cabo de un rato, me duele hasta la tripa de tanto reír.

—¡Oh, Drake! ¿Qué van a pensar las madres de mí? —se queja.

La cojo por la cintura, le doy un beso en la punta de su naricilla respingona y le susurro:

—¿Por qué tienen que venir esa panda de gallinas chillonas?

—Porque María quiere que vengan sus amiguitos.

Enarco una ceja.

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—Pues yo sí. ¿Y sabes lo que quiere tu hija?

—¿Qué?

—Pasar el día con su mami y su papi en el zoo. Ya sabes que le vuelven loca los osos panda.

Me mira confusa.

—Pero…

—Envía un wasap a ese grupo de cotorras y mándalas a la mierda —la interrumpo

reteniendo la risa. Me hace mucha gracia observar cómo los engranajes de esa cabecita trabajan.

Pone cara de pánico.

—Pero… ¡No puedo hacer eso!

—Pues les dices que estás indispuesta y que sientes muchísimo que se suspenda la fiesta. Me da igual.

Nos miramos durante unos segundos. Puedo percibir cómo sale humo de su cerebro.

—¡Vale!

—¿Vale?

—¡Sí! ¡Vale! ¡Hagámoslo!

—¡Bien! —Alzo el puño en señal de victoria y ella sonríe.

Mientras va a por el móvil para avisar a las madrastronas, omito, por el momento, que ya tenía todo preparado en el zoo donde darán varias sorpresas a María por su cumple. Una valiosa información que prefiero guardarme en la manga por si acaso.

Al volver a la cocina, Alicia se detiene en seco al encontrarnos a María y a mí agachados tras la isla.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos? —musita con una enorme y preciosa sonrisa, esa que ha heredado nuestra hija.

—¡Ahora! —exclamo.

Entonces, cogemos con las manos trozos del engendro de tarta y comenzamos a lanzárselos a Alicia, que se resguarda del ataque tras una sartén.

De repente, nos sorprende lanzándose al suelo y rodando en plan croqueta hasta llegar a nuestro sitio en lugar de reptar, como habría hecho yo. María no puede parar de reír al observar cómo le rebozo a su madre la cara en tarta al llegar junto a mí. Aunque Alicia, lejos de amedrentarse, aprovecha para hacerme cosquillas. Creo que jamás había llorado de la risa antes y es una sensación increíblemente cojonuda.

Desconozco el tiempo que dura la batalla campal porque se me ha pasado volando, solo sé que los tres nos encontramos exhaustos, despanzurrados sobre el suelo en medio de la cocina y llenos de tarta, harina, chocolate y huevos.

—¡Este ha sido el mejor cumple de toooooda mi vida! —balbucea nuestra pequeña bostezando, pues se está quedando dormida sobre el pecho de su mamá mientras abraza las pequeñas Converse rosas que le ha regalado. Cosa que se ha convertido en una tradición anual. He de admitir que con el tiempo hasta me han terminado gustando esas aberraciones rosas.Alicia y yo la contemplamos con ternura. Después ella desvía sus ojos hacia los míos.

—Gracias, Drake. Contra todo pronóstico, eres el mejor padre del mundo.

Esa frase llega a lo más profundo de mi ser. Muevo la cabeza para llegar hasta sus labios y la beso con devoción.

—Te quiero, Alicia. Te quiero como nunca pensé que se pudiera querer a alguien.

Su risita nerviosa me confirmó una vez más que todavía seguía causando efecto en ella.

—Espero que luego me demuestres todo ese amor, Robocop —susurra con una voz sexy.

Mi polla se alza exigiendo su atención. Siempre reacciona a ella, da igual el contexto, es algo casi enfermizo.

—¡Acuesta a la niña! ¡Ya! —gruño.

Ella suelta una carcajada por mi exigencia.

—Eres un mandón, Lennox.

—Sabes que la realidad es que estoy a tus pies.

Me mira dejando caer las pestañas de una manera tan sugerente que me está matando y suelta un sonidito alegre mientras se incorpora con la niña en brazos.

La observo marcharse hacia el cuarto de María para echarla en su camita un rato y pienso en lo afortunado que soy. Tengo a las dos chicas más increíbles del mundo en mi vida y por fin puedo decir que tengo una existencia plena. Entonces, de pronto, como si de una estrella fugaz se tratase, descubro mi lugar en el mundo, mi objetivo: Cada puñetero segundo que me reste de vida lo dedicaré en cuerpo y alma a hacerlas felices. Y seré el hombre que ella siempre supo que era.

Nota de la autora

Querida lectora:

Este libro es un importante punto de inflexión en mi carrera literaria porque, después de muchos años, he tomado una decisión clave en mi vida. Por un lado, creo que he renunciado a mis sueños, pero, por el otro, siento en lo más profundo de mi corazón que es lo correcto. Lo que siempre he querido.

La decisión es que no volveré a publicar novelas con ninguna editorial. He de tomar las riendas de mi trabajo y para ello necesito ser libre, sin modas, censuras ni tiempos. Y tú has sido una pieza fundamental en este nuevo comienzo, pues sin ti, jamás me hubiese atrevido a dar el paso. No obstante, sé que siempre estarás a mi lado.

Por eso, hoy, quiero agradecerte tu apoyo más que nunca, porque Anabel García existe gracias a ti. Y solo espero que me acompañes en este nuevo camino que emprendo llena de ilusión. La misma ilusión que jamás debí haber permitido que me arrebatasen. Esa ilusión que se necesita para crear las más bellas historias de amor.

Y ahora sí, espero que hayas disfrutado tanto como yo de nuestro héroe empeñado en hacer siempre lo correcto y de nuestra heroína empeñada en ponérselo difícil. Si es así, déjame tu preciosa reseña en Amazon, por favor, pues no te imaginas lo que eso me ayudaría.

¡Muchísimas gracias por leerme!

Con todo mi cariño:



Agradecimientos

Tras diecisiete libros escritos y publicados es complicado transmitir algo original en esta sección. En la anterior ya he agradecido de una manera única y especial el apoyo y cariño de mis lectoras. Por eso, además de dar las gracias a mis hijos, mi marido, mi padre y mi hermano, como siempre, hoy quiero dedicarle esta sección a la persona que más ha luchado a mi lado: mi madre.

Mamá, te lo he dicho ya mil veces, pero te lo repito: no sería la misma sin ti.

Desde hace un par de años, cuando la vida me dio un vuelco y me advirtió que no es eterna, he cambiado mucho. He aprendido a vivir y a dejar de sobrevivir. A que cada minuto cuente. Me he encontrado a mí misma, a la verdadera Ana y he crecido mucho.

Todo esto me ha ayudado a darme cuenta de quién está a mi lado y quién no. ¿Y sabes quién ha estado de manera incondicional cogiéndome la mano y secando mis lágrimas? Tú, mamá. Como siempre desde que nací.

Ser madre es el mayor de los privilegios que me ha concedido la vida, vivo y muero por mis hijos y eso lo he aprendido de ti; aunque, sin lugar a dudas, el mayor legado que me llevo conmigo es haberte tenido a ti de madre. A pesar de las muchas cosas que nos han ocurrido a lo largo de nuestro camino juntas, no cambiaría ni una de ellas, porque nos ha hecho ser lo que somos y para mí tú eres perfecta. Bueno, si me dieras más besos tampoco me quejaría, jajajaja.

Te quiero, mami. Gracias por creer en mí más que yo misma. Gracias por luchar por mí con uñas y dientes. Gracias por tus consejos. Gracias por quererme tal y como soy sin exigir nada a cambio. Gracias por ayudarme con TODO porque soy un desastre. Gracias por vender más libros que yo. Gracias por hacerme la vida tan fácil. Gracias por darme a mí y a mis hijos las oportunidades con las que yo ni siquiera me permito soñar... Y, en definitiva, gracias por acompañarme en este increíble viaje que es la vida, siempre repleta de amor.